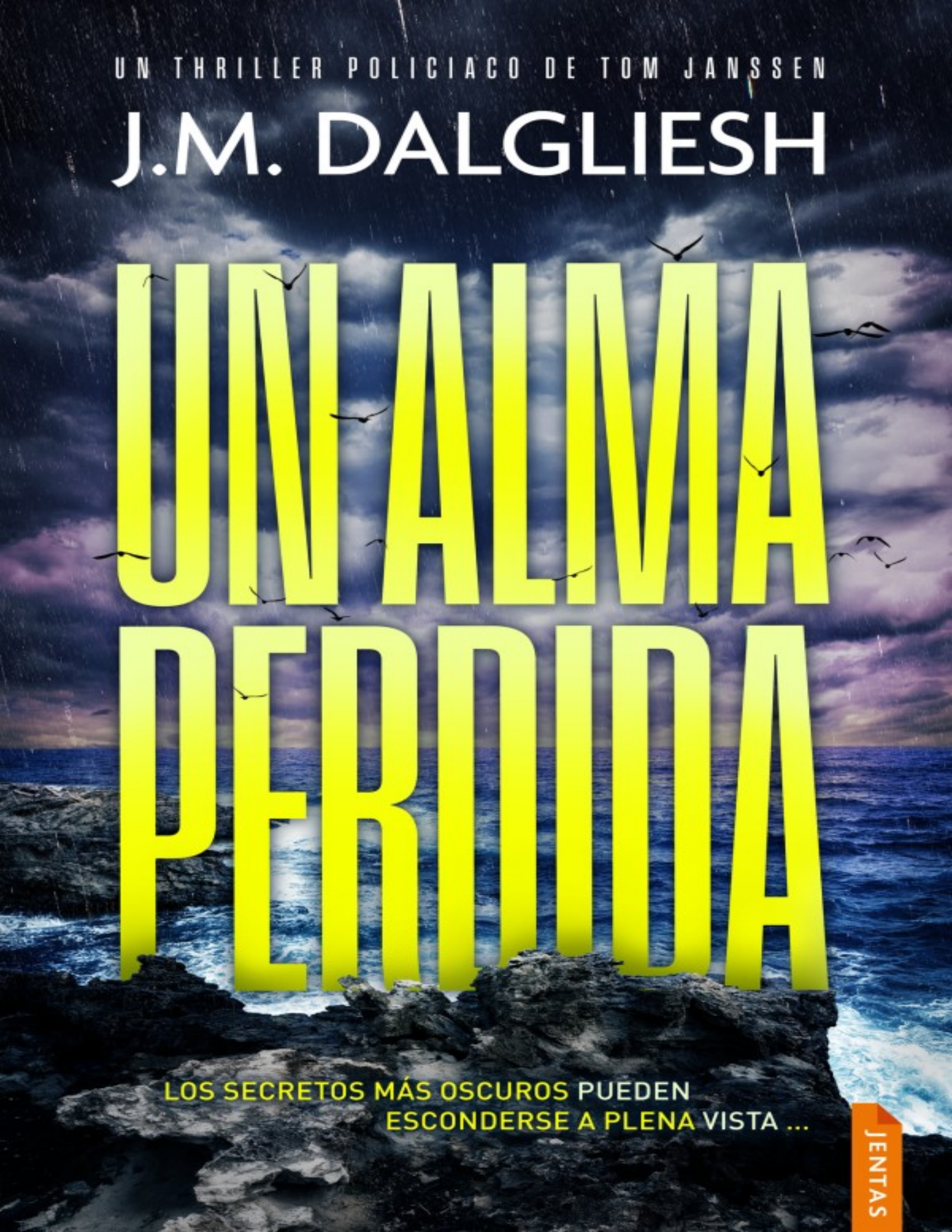

UN THRILLER POLICIACO DE TOM JANSSEN
J.M. DALGLIESH
UN ALMA PERDIDA
LOS SECRETOS MÁS OSCUROS PUEDEN ESCONDERSE A PLENA VISTA ...
JENTAS

UN ALMA PERDIDA

J.M. Dalgliesh
Un alma perdida
Título original: One Lost Soul
Copyright © J.M. Dalgliesh, 2019
Copyright © Jentas A/S, 2026
Traducción: Enrique Barrasa © Jentas A/S
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1458-1

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English Language in 2026 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

Holly agradeció el cobijo de las dunas. El viento traqueteaba a lo largo de la costa, barría las llanuras y atravesaba hasta la ropa de invierno más resistente. Donde estaban sentados, más allá de los espesos pinares de la finca de Holkham, había una especie de refugio. Observó cómo los demás encendían un fuego en la playa, recogiendo trozos de madera y ramas caídas de los bosques cercanos. En verano, los guardas de la finca solían vigilar que no se encendieran hogueras, pero no en esa época del año. El comienzo de la primavera puede ser encantador en la costa de Norfolk, con un sol radiante que calienta la piel. Siempre que el viento dominante no sople del mar del Norte, claro. Hacía tiempo que el sol se había puesto y el frío de la tarde empezaba a apretar.

En un mes, más o menos, comenzaría la temporada turística. Todos los comercios de la zona que durante el invierno abrían sus puertas en horarios muy reducidos volverían a funcionar a pleno rendimiento. Los trabajadores temporales seguramente regresarían pronto. Entre los lugareños se hablaba mucho de que ese año sería diferente. Las solicitudes de empleo habían disminuido con respecto al año anterior y su padre comentaba que incluso las agencias tenían dificultades para cubrir las vacantes.

Debía ser increíble ser una de esas personas con la libertad de viajar más allá de los confines del lugar donde crecieron, capaz de ir a otro país y experimentar estilos de vida y culturas diferentes. La perspectiva de aprender un nuevo idioma, probar comidas extrañas o contemplar la puesta de sol sobre un paisaje ajeno era emocionante, exótica. Algún día, sería una de ellos. No es que pudiera contárselo a nadie, ni lo haría cuando llegara el momento. Se desvanecería con la brisa, arrastrada por una fuerza imparable. Le vino a la mente Maddie, observándola mientras bailaba con sus amigas a poca distancia. «¿Qué será de ella cuando me vaya?». Ese

último pensamiento apagó su entusiasmo, atenuando la visión de futuro.

La hoguera ya estaba encendida. Los demás estaban cantando. No era una canción que le gustara, ni siquiera se sabía la letra, pero era popular. Sus sombras danzaban sobre la arena alrededor del fuego mientras se movían, enlazando los brazos y cantando más alto a medida que más voces se unían al coro. Holly sintió una mano en el hombro. El toque fue suave. No miró a su alrededor. Mark deslizó el brazo por encima de su hombro y se sentó junto a ella sobre la manta que había extendido para ambos. Una parte de ella quería que le sugiriera que se acercaran a las llamas. No lo hizo, y ella sabía por qué. Sin duda, pronto intentaría meterle la lengua en la boca. Para ser justos, era de esperar. El lugar, el fuego y el hecho de estar solos, alejados de los demás y sentados en la oscuridad, creaban un ambiente bastante romántico. Ella probablemente accedería.

Mark era un buen chico. La mayoría de los alumnos de su curso se mantenían alejados de él, pero eso no se debía tanto a sus arrebatos como a la reputación de la familia. Ella no conocía a nadie menos merecedor de tal desprecio. Mark le soltó el hombro, sacó una botella de una bolsa de plástico que tenía a su lado y desenroscó el tapón. Primero se la ofreció a ella. Olió el alcohol y se le revolvió el estómago. Las oleadas de náuseas eran cada vez más frecuentes, pero se mantuvo callada. Lo último que necesitaba era otro sermón sobre ir al médico. ¿Cómo iba a ir? La idea de beber la hizo sentirse peor y declinó la oferta. Él no dijo nada; bebió de la botella e hizo una mueca extraña mientras el líquido le quemaba la boca. Ese era el problema con Mark. Era un inmaduro.

La hoguera ardía con fuerza. Los colores, el crepitar de la madera y las espirales de humo y llamas bailando en el cielo nocturno con las olas rompiendo en la playa eran algo hipnótico. Holly imaginó que sus miedos eran consumidos por el calor, con el resplandor en su corazón representando sus sueños y fantasías. Un día no muy lejano dejaría atrás ese lugar y a todos los que lo habitaban, viajaría a algún lugar donde nadie la conociera y se convertiría en artista; haría cosas… joyas tal vez. Todo esto no sería más que un recuerdo.

Sintió que la mano de Mark le acariciaba la parte baja de la espalda. Mirándolo, sonrió. No dijo nada, volvió a mirar hacia la hoguera y divisó el blanco de las olas a medida que se acercaban a la orilla. Mark era un buen chico. Aun así, no podía acompañarla. No había sitio para él. No había lugar para ninguno de ellos.

CAPÍTULO 1

El frío helado del amanecer se estaba transformando rápidamente en una cálida mañana de sábado y Tom Janssen estaba sentado sobre el capó de su coche, sorbiendo su café para llevar, mientras observaba a Saffy en la zona de columpios cercana. Hacía solo un par de meses, habría insistido en que la acompañara a todos los aparatos, tanto si cabía dentro como debajo o encima. Ya no. Era una niña precoz de siete años, segura de sí misma y entusiasta ante cualquier nueva experiencia, y buscaba un desafío siempre que tenía la oportunidad. Eso no quería decir que se lo tomara todo con calma. Mientras observaba sus interacciones con los otros niños, con ninguno de los cuales estaba familiarizada por lo que él sabía, sintió una oleada de orgullo en su interior que le resultó extraña. De vez en cuando, asomaba su cabecita, como si fuera un suricato, y él veía sus rizos rubios enmarcando su cara redondeada y sus penetrantes ojos azules comprobando que seguía allí. A veces, si no estaba lo bastante atento, lo llamaba para asegurarse de que seguía prestando atención.

Él la saludaba con la mano libre y esbozaba una amplia sonrisa. Saffy cruzó el puente de cuerda persiguiendo a otra niña, cuya madre la miraba nerviosa desde un lateral. Podía entenderlo, más o menos. Se preguntaba en qué momento los padres dejaban de preocuparse por si sus hijos se hacían daño. A él le parecía que desde muy pequeños eran prácticamente indestructibles. Esa era su experiencia con Saffy. Una vez, ella había saltado desde un sofá, cayó hacia delante en una voltereta inesperada y aterrizó de cabeza sobre el suelo de madera. Hubo muchas lágrimas y chillidos espeluznantes, pero, una vez pasado el impacto inicial, como no se había hecho daño, se fue en busca de más estímulos.

Tal vez no había un plazo establecido. Los temores cambiaban a medida que el niño crecía. El parque infantil de hoy se convertiría en

la gimnasia de mañana y, antes de que se diera cuenta, en sus primeras clases de conducir.

Mientras bebía más café, se protegió los ojos del resplandor del sol. Todavía estaba bajo en el cielo y lamentó no haber cogido sus gafas de sol. Tenía la mente nublada y un leve dolor de cabeza lo carcomía. En otro momento, estaría maldiciendo la botella de vino que se había bebido la noche anterior, pero llevaba varios meses sin tomar alcohol. Pensándolo bien, puede que hiciera mucho más tiempo. No se acordaba. Y tampoco importaba. No había decidido dejar de beber, simplemente había ocurrido por accidente. En cualquier caso, tenía los labios secos y sentía la lengua como si fuera una lija. «Una resaca, pero sin la diversión de la noche anterior», pensó. Si la abstinencia era así, a lo mejor tenía que seguir bebiendo.

—Una moneda por tus pensamientos. —Miró a su izquierda mientras Alice se acercaba. No la había oído.

Ella sujetaba una bolsa de yute que contenía lo que fuera que había estado recogiendo esa mañana. Seguro que se lo había dicho, él estaba preocupado y no la había escuchado.

—¿Qué?

—Estabas a varios kilómetros de distancia.

Tom sonrió. Estaba ensimismado, pero sin pensar en nada en particular. Esa no sería una respuesta aceptable, así que optó por no decir nada. Alice era muy parecida a su hija, muy curiosa. Otros la llamarían entrometida, pero él no, no se atrevería.

—¿Me has traído café? —dijo mientras miraba alrededor, expectante, frunciendo el ceño ante la ausencia de un vaso extra.

—Lo siento, no sabía cuánto tiempo ibas a tardar.

—No pasa nada. ¿Al menos has conseguido mantener a salvo a mi hija? —Solo estaba medio seria, su tono era burlón como siempre. Incluso cuando eran niños, Alice solía ser la que mandaba, a pesar de ser varios años más joven que Tom. Señaló hacia los columpios y, justo en ese momento, la niña volvió a levantar la cabeza. Al ver a su madre, repentinamente animada, dio un brinco de alegría. Alice la saludó con la mano—. Parece que se lo está pasando bien.

—Saffy siempre se lo pasa bien.

—Ojalá no la llamaras así —dijo Alice, enfadada.

Él sabía que la abreviatura de su nombre la irritaba.

—Bueno, ¿qué apodo pensabas que iba a tener? —Ahora le tocaba a él sembrar cizaña.

—La verdad es que no lo pensamos.

—¿Tú cómo la llamas? —preguntó, rebuscando en su memoria alguna ocasión en la que ella hubiera utilizado un apodo, pero no pudo recordar ninguna.

—Sapphire. —Alice era muy pragmática—. Al fin y al cabo, ese es su nombre.

Él frunció el ceño y luego enarcó las cejas para indicar que lo entendía. En ese momento, apareció la niña en cuestión y se lanzó a los brazos de su madre, desequilibrándola momentáneamente.

—Hola, Saffy —dijo Tom, lanzando una mirada de reojo a Alice justo cuando Sapphire se zafaba del abrazo de su madre y se lanzaba sobre él—. ¿Te has divertido? —Ella asintió con la cabeza—. ¿A dónde quieres que vayamos ahora?

—¡A la playa! —Él se rio y Alice negó con la cabeza. La niña siempre quería ir a la playa; era su destino preferido siempre que le daban a elegir.

—Hoy no vamos a ir a la playa, jovencita. —Alice se mostró firme. La forma en que gestionaba las expectativas de su hija era encomiable. Algún día, él también sería padre y podría adoptar un enfoque similar. Aunque, en realidad, sabía que era más propenso a ser un pusilánime o a delegar toda la responsabilidad de la toma de decisiones difíciles en su pareja.

Unas voces elevadas llamaron su atención. Era el tipo de altercado que se oye cuando una pareja tiene una discusión en público, incapaz de contenerse hasta estar a solas, pero, al mismo tiempo, intentando continuar su acalorada discusión sin que nadie más los oiga. «Una tarea imposible». Por suerte para el hombre y la mujer en cuestión, el aparcamiento estaba bastante tranquilo a esas horas de un sábado por la mañana. Las personas que había en los columpios estaban absortas en sus hijos y ellos tres eran los únicos presenciando el espectáculo.

La mujer captó su mirada, pareciendo notar la atención —aunque

en realidad él no estaba especialmente interesado—, y se calló a mitad de frase. Tenía unos cuarenta años y vestía pantalones y botas de montar, el típico atuendo de alguien que se sube todos los fines de semana a un Range Rover casi nuevo en la acomodada zona rural de Norfolk. O estaba de camino para cuidar a sus caballos, o ya lo había hecho. Su maquillaje tenía un aspecto inmaculado, estaba aplicado de forma meticulosa, pero seguía pareciendo discreto, lo que para él era todo un logro. Su pareja, en cambio, era un poco mayor, de unos cincuenta. Era un hombre alto, corpulento, con una barriga prominente y el pelo, antes negro y ahora salpicado de gris, estaba peinado hacia atrás con un firme tupé. Llevaba pantalones de pana color mostaza y un grueso jersey verde caqui. Tenía las mejillas sonrojadas, no sabía si a causa de la acalorada discusión o porque era una persona con la cara roja por naturaleza.

Las dos puertas del Range Rover se cerraron de golpe y se reanudó el debate. «Hoy va a ser un día bastante largo para algunos», pensó.

—Bueno, espero que lo arreglen antes del lunes por la mañana, sea lo que sea —dijo Alice en tono de preocupación.

Tom la miró y se dio cuenta de que ella también había estado observando el intercambio. Saffy permanecía ajena a todo, explorando una zona en la que había narcisos y patos que se acercaban a ella para que les diera de comer.

—¿Los conoces?

—Sí. ¿Tú no? —Alice parecía sorprendida. Él se encogió de hombros. El motor se puso en marcha y salió marcha atrás a un ritmo más moderado de lo él que había previsto. Alice notó su mirada atenta mientras ella, que ya había desviado la vista, estaba centrada en su hija—. Son Colin y Marie.

—¿De la consulta? —preguntó Tom mientras veía cómo el vehículo se acercaba a la carretera principal, ponía el intermitente y se incorporaba acelerando. Alice asintió con la cabeza—. ¿Crees que te han visto?

—Sí. Estoy segura.

—Va a ser bastante incómodo cuando te estés haciendo un té.

Ahora fue Alice quien se encogió de hombros.

—Espero que finjan que no ha pasado nada.

—¿Suelen comportarse así? —No le gustaban mucho los cotilleos, pero el ambiente en el que trabajabas podía afectar mucho a tu estado de ánimo. Él lo sabía muy bien.

—La verdad es que no los veo mucho —dijo con tono desinteresado —. Cuando estoy con mis pacientes y ellos con los suyos, no nos tomamos ni un respiro hasta el final del día. —Admiraba la energía que ponía Alice en su trabajo. Desde que recordaba, siempre la había visto dispuesta a ayudar a la gente. Ella se licenció en Enfermería y se trasladó a Norwich en la misma época en la que a él lo contrataron en su trabajo y se tuvo que mudar también allí. Parecía que su amistad de la infancia se iba a quedar en eso, en algo de su pasado. Pero ahora ambos se encontraban de vuelta en casa, más o menos felices, cada uno con su propia historia que contar, e igualmente reticentes a compartirla.

—A lo mejor ha sido solo un malentendido que se ha solucionado rápido.

Ella miró hacia la carretera, donde el coche hacía tiempo que había desaparecido.

—Es más probable que me vieran y dedujeran quién eras tú.

A Tom le picó la curiosidad e interceptó su mirada mientras esbozaba una sonrisa.

—Así que hablas de mí, ¿eh? En el trabajo, quiero decir. —Ella se sonrojó, como solía hacerlo años atrás cuando se avergonzaba, pero no respondió—. ¿Y qué les dices?

—Que se aseguren de que han pagado el impuesto de circulación de sus coches —dijo de forma mordaz. Alice volvía a estar en forma y el comentario le hizo reír. Sapphire reapareció, suplicando que le dieran algo con lo que pudiera alimentar a los patos, aunque fueran solo unas patatas fritas. Lo argumentó diciendo: «A todo el mundo le gustan las patatas fritas».

—¿Puedes abrir el coche, por favor? Me pesa mucho la bolsa.

* * *

Janssen recorrió la carretera de acceso a la playa de Holkham, consciente de que iba a haber un montón de niños entusiasmados ante la perspectiva del día que les esperaba. La carretera era totalmente recta, bordeada a ambos lados por pinos y con aparcamientos a derecha e izquierda. A pesar de que la primavera había empezado con una ola de frío, ese día prometía ser espléndido y los espacios se estaban llenando de familias deseosas de explotar los seis kilómetros de arenas doradas y la cercana reserva natural. Aún era pronto para la mayoría, por lo que consiguieron aparcar cerca de las barreras que impedían el paso a la carretera de la reserva, el último punto hasta el que podía llegar el público en coche.

Sapphire canturreaba alegre en el asiento trasero y Janssen intercambió una sonrisa cómplice con Alice. La niña llevaba toda la semana esperando ese día. Mientras Alice sacaba los abrigos del maletero —el viento había amainado, pero la temperatura era todavía cercana a cero grados—, recorrió una corta distancia para comprar un tique de aparcamiento. Desanimado por el precio, apenas consiguió reunir las monedas suficientes para pagar la mitad del día. Con eso bastaba. Saffy se aburriría. Para cuando terminaran de comer lo que habían llevado, ella querría hacer otra cosa.

Cogió el tique de la ranura y volvió al coche. Saffy y su madre lo estaban esperando de pie, jugando a las palmas. Ambas le dedicaron una amplia sonrisa cuando pasó por su lado, metió la mano por la puerta abierta del copiloto y puso el tique en el parabrisas.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Alice de forma despreocupada.

—Hasta que terminemos de comer, más o menos. —Agachándose, recogió la bolsa con la comida y otra con palas, cubos y un frisbi—. ¡Vámonos! —A decir verdad, estaba tan emocionado como Saffy ante la perspectiva de pasar una mañana en la playa. Algunos de sus recuerdos favoritos eran los días que había pasado con sus padres y amigos divirtiéndose en la arena. No solo en esa playa; Norfolk tenía la suerte de contar con una costa magnífica. Algunos días iban a la playa en pleno noviembre a construir castillos

arquitectónicamente inseguros con sus correspondientes fortificaciones. Si eran lo bastante sólidas como para permanecer en pie hasta que subiera la marea, había muchas posibilidades de que los niños los destruyeran ellos mismos antes de irse, solo por diversión.

Apenas había dado dos pasos cuando sonó su móvil. Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. Era Eric Collet. Ese día estaba él al mando del Departamento de Investigación Criminal. No lo molestaría a menos que fuera importante. Haciendo señas a las demás para que siguieran avanzando, se detuvo para contestar.

—Siento molestarlo durante el fin de semana —dijo en un tono de auténtica disculpa. Podía oír el graznido de las gaviotas y el ruido de las olas rompiendo de fondo. Eric no estaba en la comisaría.

—No pasa nada. ¿Qué ocurre? —Janssen miró hacia la playa. Alice iba más despacio a medida que subían la pendiente, sin querer adelantarse demasiado, a pesar de que Saffy tiraba de su mano, rogándole que fuera más rápido. Alice le sonrió y él le devolvió la sonrisa. La suya era forzada. El sexto sentido de su intuición policial, junto con los años de experiencia, le decían que sus planes estaban a punto de verse interrumpidos.

—Hemos encontrado el cuerpo de una chica en el sendero que bordea los acantilados de la reserva de Holkham. Va a querer echar un vistazo —dijo Eric, nervioso. Era normal que lo estuviera. Eric, que no hacía mucho era un agente uniformado, había sido transferido recientemente al Departamento de Investigación Criminal y aún estaba adaptándose, aunque contaba con la confianza de todos menos con la suya propia.

—Estoy en la playa de Holkham, no muy lejos de allí. ¿Puede enviar a alguien a recogerme en la entrada principal, por favor?

Respirando hondo, Tom forzó otra sonrisa mientras intentaba captar la atención de Alice. Ella pareció darse cuenta de la importancia de la llamada, porque su sonrisa se desvaneció cuando él guardó el móvil y corrió a reunirse con ellas.

—Lo siento. Ha surgido algo y al final voy a tener que trabajar hoy.

—No te preocupes —dijo Alice, desanimada.

Lo asaltó un sentimiento de culpa, pero era una muerte sospechosa

y no podía ignorarla.

—Podemos venir otro día. —Saffy se dio cuenta de lo que estaban hablando y le lanzó una mirada fulminante. El sentimiento de culpa creció. Se puso en cuclillas y le dijo a la niña—: Te prometo que vendré contigo otro día.

—¡No quiero hablar contigo! —Saffy se cruzó de brazos y le dio la espalda, golpeando con un pie en el suelo mientras hablaba para conseguir un efecto dramático.

Él miró a Alice, que le sonrió. Claramente, no era la primera vez que presenciaba una reacción así.

—No te preocupes por nosotras, Tom —lo tranquilizó Alice, acercándose a él para coger las dos bolsas—. De verdad, no pasa nada. Vete a donde tengas que ir. Y acuérdate de llamarme luego.

Él se sintió aliviado al notar que su sentimiento de culpa se desvanecía. Le dio la llave del coche, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la mejilla. Ella sonrió con ternura.

—Va a venir a alguien a recogerme, así que puedes quedarte con mi coche. Lo recogeré más tarde.

Saffy lo estaba ignorando y ni siquiera lo miraba, así que él se inclinó y la besó en la coronilla, despeinándole los rizos. Ella respondió con un gruñido.

Despidiéndose de ellas con la mano mientras se dirigían a la playa, dio media vuelta y se encaminó hacia la entrada situada a poco más de trescientos metros.

—¡Tom!

Miró por encima del hombro y vio a Saffy, de pie en el paseo marítimo de madera que conducía a la playa, saltando y saludándolo con los dos brazos completamente extendidos, en un movimiento de arco. Él le devolvió el saludo con una amplia sonrisa. Luego Saffy se dio la vuelta y corrió delante de su madre, atravesando el pinar por la ruta más directa hacia la playa.

CAPÍTULO 2

El trayecto hasta la escena del crimen apenas duró cinco minutos en coche. Eric lo esperaba junto al cordón policial, una delgada barrera azul y blanca que cerraba el acceso al sendero que recorría la reserva natural. A pesar de que había intentado tranquilizarlo, Janssen tenía la impresión de que el agente aún estaba nervioso por haber llamado a su oficial superior en su día libre.

—Siento haberlo llamado. —Eric repitió su disculpa, pero Janssen la rechazó con un gesto de la mano.

Tras deslizarse por debajo de la cinta, Eric lo guio por el sendero, aparentemente deseoso de contarle todo lo que sabía. Hablaba a toda velocidad, y Janssen no podía seguirle el ritmo, así que tuvo que pedirle que hablara más despacio y que empezara de nuevo.

—Nos llamaron los sanitarios poco después de las ocho y media. La declararon muerta en la escena del crimen y enseguida sospecharon que su muerte había sido provocada. —Eric lo miró con una expresión seria, transmitiendo la gravedad de la escena.

—¿Y quién llamó a la ambulancia?

Eric consultó su libreta.

—Una señora de la zona, que había salido a dar su paseo matutino. Se encontró con ella en el camino.

Doblaron una curva y el sendero descendió, flanqueado a ambos lados por taludes cubiertos de matorrales y hierba silvestre que crecía hasta la altura de la rodilla. Estaban en una hondonada natural donde el camino discurría cerca del borde del acantilado. La brisa arrastraba el sonido de las olas, que retumbaba contra las rocas y hacía que pareciera que estaban más cerca. Con la marea alta, el sonido sería aún mayor, ya que las tierras bajas que conformaban la cuenca de Holkham se llenarían de agua.

Desde allí se veían claramente las piernas de una mujer sobresaliendo del camino. Su cintura y la parte superior de su

cuerpo yacían en la pendiente poco profunda de la orilla, detrás de ella. Tras acercarse, se preguntó si «mujer» era la palabra adecuada. Parecía muy joven. Puede que estuviera en su adolescencia tardía. Era difícil saberlo. El maquillaje estaba aplicado de manera pulcra y discreta. El pintalabios rojo brillante y el delineador de ojos oscuro acentuaban sus pómulos y su mandíbula angulosa. Si no fuera por la piel gris pálida, cualquiera podría pensar que estaba dormida, ya que su expresión era muy apacible. Una capa de escarcha la cubría de pies a cabeza. Había estado ahí fuera gran parte de la noche.

—Hay un hematoma alrededor del cuello —dijo Eric, como si su jefe lo hubiera pasado por alto. No lo había hecho.

Con cuidado de no acercarse demasiado al cadáver, cambió de posición para ver mejor. Eric tenía razón. Había visto suficientes estrangulaciones antes para saber que esa chica había sido estrangulada. Los moretones seguían las líneas de dos manos adultas cerrándose alrededor del cuello de la chica. La evaluó. No podía medir más de uno sesenta, era menuda. Era difícil calcular su peso, pero estaba delgada. No habría hecho falta emplear mucha fuerza para someterla. «Qué manera tan trágica de acabar con una vida joven», pensó. Curiosamente, no llevaba zapatos. Al inspeccionar las plantas de sus pies, vio que estaban sucias pero no ennegrecidas, lo que indicaba que había caminado descalza una corta distancia, aunque no hasta ese lugar.

—¿Alguna idea de quién es? —preguntó, mirando a Eric.

—Sí. Es la chica de los Bettany.

—¿La hija de Colin y Marie?

—Así es. ¿Los conoce? —preguntó Eric, sorprendido. Siempre se extrañaba cuando un forastero conocía a un lugareño. No es que Tom Janssen fuera en realidad un forastero. Se había criado en Sheringham, un pueblecito en la misma línea costera que la famosa ciudad de Cromer. Sin embargo, cuando regresabas después de haberte marchado, seguía existiendo el escepticismo sobre lo *verdaderamente de Norfolk* que eras.

Janssen negó con la cabeza.

—Solo de oídas. No sabía que tenían hijos. Precisamente, los he visto esta mañana.

—Tienen dos, aunque no recuerdo el nombre del otro. Lo comprobaré —dijo Eric, confirmando su conocimiento superior de la población local—. Tienen una consulta de medicina general justo a las afueras de Burnham Overy. Estarán destrozados. He llamado a la Científica y al forense. Deben estar de camino.

—Bien. ¿Qué piensa de Colin y Marie?

Eric se tomó un momento. Su expresión era una mezcla contorsionada de pensamiento sincero y concentración.

—Son unos profesionales muy respetados y trabajadores. Y unos pijos.

—¿Pijos?

—Bueno, ya sabe… Ricos, moviéndose en los círculos sociales correctos y cosas así.

Janssen se preguntó si había un matiz en el tono de Eric. Era un joven amable y dedicado, pero de vez en cuando se notaba cierto resentimiento en su actitud, a menudo sin previo aviso y en los momentos más extraños.

—Entiendo. ¿Y la testigo, la señora que la encontró, dónde está?

—Le pedí sus datos y la mandé a casa. Le dije que la llamaríamos para tomarle declaración. ¿Le parece bien?

Janssen asintió con aprobación, concentrándose en la fallecida.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Holly. Holly Bettany —contestó Eric.

—¿Sabe qué edad tenía?

—Dieciséis o diecisiete, creo. Sé que estudiaba segundo de bachillerato en el instituto del pueblo.

Janssen infló los carrillos mientras se masajeaba la sien con los dedos de la mano izquierda y pensaba: «Demasiado joven para salir así».

—Tendremos que ir a hablar con los padres. Las noticias corren rápido y quiero que se enteren por nosotros.

* * *

El mercado de Burnham era un hervidero de actividad. El cálido sol había hecho que la gente saliera a visitar las tiendas independientes,

galerías y establecimientos artesanales por los que era conocida la zona. En el centro de una zona protegida, era la representación por excelencia de una aldea rural georgiana con mercado. Eric salió de la calle principal y se abrió paso por la estrecha calle lateral, sorteando los vehículos aparcados de turistas y residentes.

Brancaster House se identificaba con facilidad gracias a la gran placa montada a un lado de la entrada, fijada al enorme muro perimetral. Las ruedas del coche crujieron en la gravilla del camino de entrada cuando se detuvieron ante la puerta principal.

Janssen llamó al timbre, oyéndolo sonar dentro. Momentos después, apareció una figura al otro lado. Era Marie Bettany, Janssen la reconoció de antes. Se había cambiado de ropa. Ahora llevaba un vestido largo de verano, predominantemente azul, con un estampado floral. Su cabello, que llevaba recogido por la mañana, ahora le caía sobre los hombros, y lucía un collar de perlas. Hubo un destello de reconocimiento cuando Janssen mostró su placa, pero fingió no conocerlo. Presentó a Eric, que estaba detrás de él mostrando también su identificación. A Janssen, la escena le recordó a la de un programa policíaco de televisión. El joven aún no se había adaptado a su nuevo papel.

La mujer los invitó a entrar en la casa, pero a él le pareció que lo había hecho a regañadientes, lo cual le resultó extraño.

—¿Puede avisar a su marido, por favor? —preguntó Janssen, echando un vistazo al vestíbulo. Era enorme, mucho más que la habitación más grande de la casa de Janssen, con paneles de madera noble forrando las paredes y las de la escalera ornamentalmente tallada que llegaba hasta la primera planta.

—Claro. Por favor, síganme.

Los condujo por el pasillo hacia la parte trasera de la casa. El tictac de un reloj de pie antiguo resonaba en las paredes y en el brillante suelo de parqué. Janssen notó la incomodidad de Eric y decidió que más tarde le preguntaría a qué se debía su extraño comportamiento. La gigantesca cocina era la típica de una casa de campo. Evidentemente era moderna, pero de estilo tradicional. Marie Bettany cruzó el umbral de la puerta de cristal y llamó al señor Bettany, que estaba en el jardín, antes de volver a atravesarla.

Janssen la miró a los ojos y creyó ver un atisbo de vergüenza en ellos. Le extrañaba que no hubiera preguntado por qué estaban allí.

Colin Bettany llegó poco después del jardín, con gotas de sudor en la frente y claramente disgustado por la interrupción.

—Por el amor de Dios, Marie, ¿qué pasa? —Se calló cuando vio a los policías. La expresión de su rostro cambió en un instante junto con su tono, adoptando una actitud mucho más amable—. Lo siento muchísimo. No sabía que teníamos visita. Es que esta tarde va a venir gente a tomar algo antes de que salgamos a cenar y tengo mucho lío.

Janssen vio la mesa que había en la habitación contigua. Estaba repleta de platos con comida, perfectamente colocados y envueltos en plástico transparente. Al parecer, habían invitado a bastantes personas.

—No hace falta que se disculpe, señor Bettany —dijo Janssen, sonriendo de forma cálida mientras hablaba.

—Doctor Bettany —dijo él con frialdad.

Janssen se sorprendió, pero, por otro lado, algunas personas se ponían bastante a la defensiva cuando se trataba de sus títulos. En cambio, a Marie no parecía importarle mucho el suyo.

—Perdone. Creo que será mejor que nos sentemos —dijo en tono serio, transmitiendo la gravedad del motivo de su visita.

—¿Qué pasa? —preguntó Marie, en tono preocupado.

—Me temo que tenemos malas noticias. Encontramos el cuerpo de una chica joven esta mañana en la reserva natural de Holkham. Lamento mucho decirles que creemos que se trata de su hija, Holly.

—¡Eso es imposible! —afirmó Marie con rotundidad—. Holly se marchó ayer por la tarde a Norwich para actuar en un recital. Hoy tiene ensayo para preparar la función de esta noche —dijo de forma categórica.

Janssen miró a Eric, pero este se mantuvo firme, confirmando su certeza con un asentimiento casi imperceptible.

—Estamos seguros de que es ella. Obviamente, tenemos que llevar a cabo una identificación formal, pero eso tendrá que esperar.

—¿Esperar?—intervino Colin Bettany, atónito—. ¿Esperar a qué? —dijo en tono hostil—. Solo se espera si se trata de un asesinato. ¿Es

eso lo que ha ocurrido?

Marie jadeó, se pasó una mano por la boca y con la otra se apoyó en la encimera. Eric parecía dispuesto a saltar y cogerla si se caía, pero ella se estabilizó unos segundos después.

—Estamos investigando las circunstancias que rodearon su muerte, doctor Bettany. Lo siento, pero parece que su hija fue víctima de un ataque y, por lo tanto, potencialmente de un asesinato. —Janssen los observó mientras asimilaban lo que acababa de decir. Era demasiado pronto para saber la causa de la muerte; había pruebas bastante claras, pero no eran concluyentes.

Colin Bettany sacó una silla de la mesa y se sentó en ella con cara de desconcierto.

—Marie tiene razón. Se suponía que Holly llegó a Norwich anoche —dijo en voz baja, sin rastro de la agresividad y hostilidad anteriores.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron? —preguntó Janssen, sacando una libreta.

—Ayer por la tarde —respondió Marie—. La dejé en la parada del autobús. Me ofrecí a llevarla hasta Norwich, pero ella dijo que prefería ir por su cuenta y, además, Colin y yo teníamos planes y necesitaba prepararme.

—¿Planes?

—Sí, así es —interrumpió Colin—. Nada emocionante. Una reunión del Rotary Club para hablar de recaudaciones de fondos y cosas así, y luego tenía trabajo.

—¿Cuándo debía volver Holly?

—Hoy por la noche. No sé cuándo exactamente —respondió Colin. A Janssen le pareció que estaba perdido, pero había algo más. Parecía abrumado, pero también nervioso y desconcentrado. No era de extrañar, teniendo en cuenta las noticias que acababa de recibir, pero era evidente que la realidad de la situación aún no había calado hondo. Colin miró a su mujer—. Supongo que deberíamos llamar a todo el mundo y cancelar lo de hoy. —A Janssen le sorprendió la frialdad, casi la brusquedad del comentario, pero no dijo nada.

—¡Por el amor de Dios, Colin! —murmuró Marie, con lágrimas en los ojos. Janssen estaba de acuerdo—. Yo… Debería prepararles un

poco de té, caballeros… —Empezó a rebuscar por la cocina, casi como si fuera la primera vez que estaba allí, incapaz de localizar nada de lo que necesitaba.

—No se moleste, señora Bettany. No hace falta —intentó tranquilizarla; pero la oferta del té no era más que una distracción para ella, una oportunidad de concentrarse en algo monótono para apartarse de la realidad aunque solo fuera por unos minutos—. Si el recital era esta tarde… ¿Por qué se fue ayer?

—Va a clases particulares —explicó Marie, mirando a su marido. Él bajó los ojos al suelo, se reclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos—. Las notas de Holly han bajado y quiere entrar en la Facultad de Medicina… Necesita ayuda extra si quiere conseguirlo.

—Tendremos que comprobar si acudió a la cita. ¿Se les ocurre algún sitio al que pudiera haber ido si hubiera decidido saltarse las clases o el recital? ¿Tenía alguna amiga íntima o quizá un novio?

Colin Bettany se incorporó y un destello de irritación cruzó su rostro.

—¡No! No tenía tiempo para novios ni ninguna de esas tonterías.

—¿Está seguro? —Janssen sabía que a menudo los padres eran los últimos en enterarse de lo que hacían sus hijas adolescentes. Aún recordaba haber salido con chicas cuando tenía una edad parecida, aunque la nitidez de esos recuerdos se estaba desvaneciendo—. ¿Y sus amigas?

—Si lo hubiera hecho, estoy seguro de que lo sabríamos. ¿Estoy en lo cierto, Marie? —Su mujer asintió con la cabeza, sacando un pañuelo de papel de una caja que había junto a varios libros de cocina, apilados en un estante bajo—. Y en cuanto a sus amigas… no tenía muchas. Amelia era probablemente la más cercana.

—¿Amelia? —quiso confirmar Eric mientras apuntaba el nombre.

—Sí. Amelia Harding —confirmó Marie.

—¿La hija de Fraser y Angela? —preguntó Eric.

Una vez más, Janssen se quedó impresionado por las conexiones de su subordinado. «¿Acaso conoce a todos los habitantes de esta zona de Norfolk?», se preguntó. Marie lo confirmó y Eric garabateó algo en su libreta. Janssen guardó la suya.

—¿Se les ocurre algún motivo que pueda explicar por qué se quedó aquí anoche, algún lugar al que hubiera planeado ir?

Los padres de Holly negaron con la cabeza. Marie dijo:

—Llevaba su bolsa de viaje con un cambio de ropa para hoy y su uniforme para la actuación de esta noche. Supongo que es posible que planeara quedarse con una amiga. Puedo ir a su habitación para comprobar lo que se llevó.

Marie se dirigió hacia la puerta interior, presumiblemente para subir al piso de arriba, pero Janssen la detuvo.

—Será mejor que el agente Collet eche un vistazo primero. Si no les importa, es importante que revisemos sus cosas. Hacerlo puede arrojar algo de luz sobre sus planes.

Marie asintió, pero su marido se puso furioso.

—¿De verdad es eso necesario? Solo estamos hablando de algo de ropa…

Janssen ignoró sus protestas e indicó a Eric que fuera a echar un vistazo.

—¿Le importa acompañar al agente Collet, señora Bettany?

—¡Deberían estar buscando a quien le ha hecho esto a mi hija! —Colin Bettany no se dirigió a nadie en particular, bajó la cabeza y enterró la cara entre las manos.

Janssen pensó que estaba llorando. Había días en los que odiaba su trabajo.

CAPÍTULO 3

Eric dejó que Marie lo guiara por la casa. El primer piso era tan grandioso como se había imaginado. El rellano era tan ancho en algunas partes que podía albergar varios muebles. Todos parecían muy desgastados y podrían tratarse tanto de antigüedades caras como de enseres comprados en una tienda de caridad local. Él no entendía de esas cosas. Estaba fuera de su elemento en esa casa y con esa gente.

Eric era un chico nacido y criado en Norfolk. Nunca había visto el atractivo de las brillantes luces de la capital ni de ninguna otra ciudad. Entró en la policía nada más salir del colegio, trabajó duro y quiso hacer carrera allí, entre la gente y los lugares que conocía y amaba. No había tenido una vida fácil. Su padre falleció poco antes de que Eric terminara la educación secundaria, por lo que su madre tuvo que encargarse ella sola de criar a Eric y a sus dos hermanas pequeñas.

Al año siguiente, a su madre le diagnosticaron un cáncer y fue Eric quien se hizo cargo de la familia. Sus hermanas habían conseguido terminar sus estudios y una de ellas, Elizabeth, estaba en la universidad. La otra, Angela, se había ido a vivir al norte. No les reprochaba sus elecciones. Él no había tenido la misma libertad de la que habían disfrutado ellas, pero no le importaba. Aunque la hubiera tenido, habría hecho lo mismo. Su madre trabajaba para gente como los Bettany, cocinando y haciendo las tareas domésticas. Se encargaba de todo lo que ellos consideraban indigno o no querían hacer. Trabajaba hasta dejarse la piel y pasando casi desapercibida, salvo por los días en los que no estaba en el trabajo o tenían que pagarle. Cuando ella enfermó, la despidieron. Ya no podía seguir el ritmo del trabajo. Incluso cuando el cáncer estaba en remisión, lo mejor que pudo conseguir fue un puesto a tiempo parcial en la cooperativa local. Le encantaba, eso sí. Se esperaba mucho menos

de ella y fue un cambio bienvenido.

Se acercaron a una puerta. Estaba entreabierta y Eric vio papel pintado de rosa y un póster pegado a la pared, encima de la cama. Marie notó su vacilación mientras ella avanzaba.

—Esa es la habitación de Madeleine. —En cuanto la madre dijo su nombre, Eric la recordó. Madeleine era varios años más joven que Holly.

—¿Dónde está?

—Anoche se quedó a dormir en casa de una amiga. Colin trabajaba hasta tarde y yo tenía ensayo del coro, ya que lo pospusieron a principios de la semana. —Marie adoptó una mirada lejana, dolorida —. Probablemente es mejor que no esté aquí en este momento.

Eric movió la cabeza sin decir nada. Se alegró de no ser testigo de la reacción de la niña ante la noticia. Eso le hizo sentirse egoísta, así que se concentró en la tarea que tenía entre manos. Al otro extremo del pasillo, Marie llegó a una puerta cerrada y le indicó que era la de Holly. Fue a abrirla, pero Eric la detuvo con un suave toque en el antebrazo.

—Es mejor que entre yo solo, si no le importa. Estoy seguro de que ha visto este tipo de cosas en la tele.

—Sí, por supuesto —dijo, nerviosa. Era comprensible dadas las circunstancias—. Me marcho entonces. —Marie dio un paso atrás, jugueteando ansiosamente con las manos. No parecía sentirse cómoda mirando a Eric a los ojos, y él esperó en silencio a que ella captara la indirecta y lo dejara solo de verdad. Uno segundos después, hizo precisamente eso. Asintiendo de forma nerviosa, se dispuso a regresar al piso de abajo, deteniéndose brevemente en el rellano, desde donde observó cómo Eric se ponía un par de guantes de látex que sacó de su bolsillo. Más tarde podría realizarse un registro forense completo de la habitación si la causa de la muerte resultaba ser la esperada. Mientras tanto, lo único que necesitaba saber era si Holly tenía intención de faltar a su recital o no. Se deslizó hasta el dormitorio y cerró con suavidad la puerta tras de sí.

La habitación estaba más ordenada de lo que él esperaba de una adolescente. No es que hubiera pisado una antes, aparte de la que compartían sus hermanas, pero esa no contaba. No había pósteres

de estrellas del pop en las paredes ni revistas de famosos tiradas por el suelo. Toda su ropa estaba en el cesto de la ropa sucia o guardada, porque no había nada a la vista. Había una cómoda al fondo de la habitación, empotrada en el hueco que había junto a la repisa de la chimenea, pero incluso en él había muy pocas cosas de las que él esperaba ver. Delante del espejo había un cepillo y unas planchas de pelo, que aún estaban enchufadas a la toma de corriente de la pared. Abrió los cajones y examinó el contenido. Le resultó extraño revisar su ropa interior y se sonrojó, sintiendo el calor en sus mejillas y en la base del cuello, e imaginó cómo su piel se enrojecía. Echó un vistazo por encima al no ver nada reseñable; no encontró maquillaje ni cosméticos. «Seguramente se los llevó para arreglarse para el recital», pensó.

Haciendo memoria, no recordaba que se hubiera encontrado ninguna bolsa de viaje ni de aseo cerca del cadáver. Quizá el equipo de búsqueda las localizara a su debido tiempo. Se dirigió al armario y abrió las puertas de par en par. Había dos hileras de ropa colgadas de la barra, con jerséis, pantalones y lo que parecían ser faldas, colgados o doblados ordenadamente en la estantería de arriba. No vio nada que le indicara a dónde podía haber planeado ir Holly.

Cruzando la habitación, se dirigió a la mesilla de noche. Sobre ella había un reloj digital con radio, apuntando hacia la cama, con los números parpadeando en rojo. Tal vez había habido un corte de luz durante la noche. Al abrir el único cajón de la mesilla, encontró lo que parecía un diario y, de nuevo, se sintió extraño al hojear las páginas. La mayoría estaban en blanco y en las que no lo estaban solo había tonterías que lo aburrieron enseguida. Lo volvió a guardar en su sitio, cerró el cajón y se sentó en la cama a mirar a su alrededor. El colchón era blando y elástico, se hundió en él. Pensó que debía ser terrible dormir sobre eso. Él prefería los colchones más firmes.

Como una ocurrencia tardía, se deslizó fuera de la cama y se arrodilló. Después se agachó y miró debajo de la cama. Era un diván, pero sin cajones extraíbles, lo que dejaba un estrecho hueco entre la base y la alfombra que había debajo. Utilizó la linterna de su móvil para iluminar la zona, entusiasmado ante la posibilidad de

encontrar algo escondido fuera de la vista. Estaba seguro de que habría sido más fácil recuperarlo con los finos dedos de una adolescente menuda, pero, al final, Eric consiguió sacar el portátil de su escondite. Era muy delgado y ligero, por lo que dedujo que debía haberse fabricado con una sola lámina de aluminio prensado. Eric entendía de ordenadores, y ese costaba una pequeña fortuna. Era un equipo bastante caro para una adolescente, incluso para gente con tanto dinero como los Bettany.

Con una última mirada a su alrededor, se fue de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Al bajar las escaleras, encontró a Janssen todavía en la cocina hablando con los padres. La conversación cesó cuando entró y todas las miradas se volvieron hacia él.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Janssen, expectante.

—No está el uniforme —respondió, notando la expresión de consternación en los rostros de los padres—. Pero he encontrado esto —dijo, levantando el portátil, triunfante.

—Eso no es de Holly —dijo Colin Bettany de forma categórica, antes de mirar a Marie—. No lo es, ¿verdad? —De repente, no parecía tan seguro.

Marie negó con la cabeza.

—Tendremos que llevárnoslo a la comisaría —dijo Eric, disculpándose.

—Y convendría que ustedes dos se mantuvieran alejados de la habitación de Holly por el momento —añadió Janssen—. Sé que puede ser tentador estar cerca de sus posesiones y, por lo tanto, de su hija en este momento, pero, por favor, puede que necesitemos llevar a cabo un registro más detallado y si tocaran algo o quitaran…

—¡Por el amor de Dios, hombre! ¿Por qué íbamos a querer mover nada? —dijo Colin de forma hostil.

Eric se dio cuenta de que Janssen parecía estar irritado con él. Era un jefe relajado —aunque probablemente esa no fuera la palabra adecuada, *calmado* sería más apropiado—, pero, cuando se enfadaba, estar a su lado podía convertirse en una pesadilla. Uno de esos momentos estaba a punto de manifestarse. También se dio cuenta enseguida de que Colin Bettany estaba acostumbrado a

salirse con la suya y que no era alguien dispuesto a ceder autoridad.

Janssen les explicó que les asignarían un agente de enlace con la familia que les mantendría al corriente de la investigación, pero que, por el momento, debían tener paciencia. Una vez que el cuerpo de Holly pudiera verse, se les ofrecería la oportunidad de ir a identificarla formalmente. Mientras él les daba su tarjeta, Eric se puso en marcha en dirección a la salida.

Cuando cerraron la puerta tras ellos, Eric resopló. Se alegraba de estar fuera. Janssen pareció darse cuenta de su reacción y Eric abrió el coche con rapidez, corrió hacia el lado del copiloto y se subió, deseando que pasara el momento. Su incomodidad no solo se debía al hecho de pasar el mal trago de tener que dar ese tipo de noticias y presenciar el dolor subsiguiente, sino también a que no se sentía cómodo en presencia de gente de clase alta. Su estatus social lo intimidaba y le recordaba sus orígenes. Se sentía en cierto modo inferior a ellos, indigno de compartir espacio como sus iguales, y eso le molestaba.

CAPÍTULO 4

Los niños estaban discutiendo sobre qué ver en la televisión cuando Jane regresó. Un destello de fastidio pasó por su mente ante la trivialidad del debate. William insistía en ver una serie de dibujos animados de superhéroes con la que se había obsesionado recientemente, con siete episodios cada uno prácticamente idéntico al anterior. Rosie, por su parte, quería poner unos dibujos animados protagonizados por niños con aspecto de diversos animales, que asistían a clases de manualidades dirigidas por un afable perro. La segunda era la mejor opción, pero, en lugar de involucrarse, se quitó de en medio.

Un montón de correo reciente estaba apilado sobre la encimera, junto al hervidor. Sus pensamientos se dirigieron a su marido: «Al menos te las has apañado para caminar hasta la puerta y coger esto». La cafetera estaba encendida y el filtro seguía colocado en su sitio, pero, de algún modo, dudaba que la hubiera dejado preparada para ella. Como no le apetecía tomarse la molestia de preparar café, encendió el hervidor. Las tres primeras cartas que cogió eran folletos y publicidad genérica, y las tiró a la papelera de reciclaje sin apenas mirarlas. La siguiente era una factura; abrió el sobre de un tirón, la sacó y se fijó solo en la suma total.

El agua alcanzó la temperatura adecuada y el hervidor se apagó. Metió la mano en un armario alto, sacó una taza, puso una cucharadita colmada de granos de café instantáneo y dos de azúcar. Pronto tendría que reducir su consumo de azúcar. El proceso no sería agradable, nunca lo era. Había engordado desde la mudanza, a pesar de caminar a diario por el paisaje circundante con Archie. Sus ojos se fijaron en la siguiente carta. El sobre estaba escrito a mano, iba dirigido a Ken y no tenía sello. Al cogerlo y mirar por encima del hombro hacia los niños, vio que su acalorado debate había terminado. Al parecer, los animales estaban plantando semillas de

verduras. Rosie parecía contenta. William estaba acurrucado en la esquina del sofá, con la cabeza enterrada en la tableta y un destello verde reflejándose desde la pantalla en su rostro.

Arrugó el sobre y se lo metió en el bolsillo con una mano mientras con la otra vertía agua en la taza. Justo en ese momento se abrió la puerta trasera y entró su marido.

—¿Quieres un té, cariño? —dijo mientras cogía otra taza sin esperar a que él respondiera.

Ken no tomaba café instantáneo, así que no tenía sentido preguntarle y ella no se iba a tomar la molestia de prepararle un café recién hecho si ni siquiera se lo había hecho a sí misma.

—Sí, por favor.

Ken pasó por su lado y entró en el salón, echando un vistazo a los niños. Aunque estaba de espaldas a ella, Jane sabía que estaba frunciendo el ceño. «Odias la televisión», pensó. Le disgustaban aún más las plataformas de *streaming*, pero los dibujos animados mantenían a los niños tranquilos hasta cierto punto, algo que él nunca conseguía hacer. Ken se dio la vuelta y ella apartó la mirada, esperando que no pudiera leer sus pensamientos a través de su expresión.

—¿Has traído el periódico? —preguntó Ken, mirando a su alrededor.

—Ay, no, lo siento. —«¿Qué se supone que debo decir?». De repente, se quedó sin palabras. No es que no hubiera pasado todo el camino de regreso a casa imaginando diferentes escenarios en su cabeza, cómo dar la noticia, qué debería pensar… o sentir.

—Me surgió algo.

—¿Qué?

Parecía decepcionado, incluso molesto. «Siento que no tengas tu maldito periódico. Ve tú mismo a la tienda si tanto te importa».

—Yo… Te lo diré en un minuto. ¿Puedes terminar de prepararte el té? —Salió de la cocina y entró en el aseo. Bajó la tapa del inodoro, echó el pestillo y sacó el sobre del bolsillo. Sentándose, luchó por mantener la calma. El aseo olía raro; a una mezcla de pintura fresca con un toque de humedad. Ken insistía en que se secaría una vez que llegara el verano, pero normalmente ella prefería subir al piso de arriba por la intensidad del olor, sobre todo en los días de lluvia. Esa

mañana era diferente.

El pegamento del precinto no había agarrado bien y la solapa se desprendió con facilidad. El sobre parecía viejo y maltrecho. Tal vez el pegamento se había secado. Sacó con cuidado la carta de su interior, sin querer hacer ruido a pesar de que no había ninguna posibilidad de que alguien la oyera al otro lado de la puerta, y desplegó el papel arrugado. La letra era mala, apenas legible y había varios tachones en puntos diferentes. La carta era corta y el mensaje, claro. Al terminar de leerla, alzó los ojos hacia el techo, y tardó unos segundos en darse cuenta de que las manos le temblaban.

Respiró hondo, cerró los ojos y trató de calmarse de nuevo. El sonido de un coche aparcando en el jardín llegó hasta ella. Se puso de pie y distinguió una forma oscura a través del cristal esmerilado de la ventana del aseo. Dijo una palabrota en voz baja, dobló la carta varias veces y se la guardó en el bolsillo trasero, junto con el sobre. Por último, apretó el botón de la cisterna, abrió la puerta y se dirigió rápidamente hacia la cocina.

Cuando llegó, Ken ya había dejado pasar a los hombres. Los niños estaban inclinados sobre el respaldo del sofá inspeccionando con entusiasmo a los recién llegados. Reconoció al joven agente de policía, aunque no sabía cómo se llamaba. Debía habérselo dicho antes, pero, con todo lo que había pasado, no se acordaba. Era bastante agradable, aunque un poco soso para su gusto. El otro no estaba presente cuando ella se fue, de eso estaba segura. Se acordaría. Era alto, atlético, con el pelo rubio y alborotado, pero su tono de piel era mediterráneo. Su expresión era seria; sus rasgos, cincelados y angulosos, y, sin embargo, ofrecían una promesa de amabilidad.

El agente más joven caminaba detrás del más alto y Jane dedujo que debía ser su superior. Este la observó mientras se acercaba, sonrió y le enseñó su placa. Ella asintió con la cabeza antes de echar un vistazo a sus ojos oscuros, otra contradicción más teniendo en cuenta su color de pelo. Estaba segura de que era natural.

—¿Encontraste un cadáver? —Ken fue demasiado dramático, como era habitual en él. Su tono tenía un deje acusatorio. Los niños

estaban con los ojos muy abiertos por la emoción; la reacción que solo pueden demostrar quienes no son capaces de procesar la enormidad de los acontecimientos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estabas encerrado en tu estudio. —«Como siempre haces los fines de semana, a pesar de que me prometiste que pasarías más tiempo con los niños». Prefirió no expresar su pensamiento, teniendo en cuenta la compañía—. Estaba a punto de hacerlo ahora mismo. —Tanto si la explicación fue satisfactoria como si no, su marido no hizo más comentarios.

—Estaba haciendo té, ¿quieren uno? —preguntó Ken, mirando a los dos policías. Su tono era desenfadado, alegre. Se había puesto en plan anfitrión, como solía hacer cuando vivían en Fulham. Ken podía ser un hombre encantador cuando se lo proponía—. Ya es casi la hora de comer. Podemos sacar algo de picar, aunque solo tenemos pan, queso y quizá fruta.

El agente joven parecía nervioso. Sus ojos se iluminaron, delatando su apetito. El otro parecía dispuesto a negarse, pero Jane intervino, asumiendo el control como era costumbre en ella.

—Lo siento, no he oído su nombre —preguntó, acercándose y tendiéndole la mano con una amplia sonrisa en la boca.

—Inspector Janssen, Tom Janssen —dijo, estrechándole la mano.

El apretón fue firme; su mano era grande y, sin embargo, suave y delicada al tacto. «Debe usar crema hidratante. Le gusta cuidarse». Cuando él le devolvió la sonrisa, Jane tomó la iniciativa.

—Ken tiene razón. Coman algo. A saber cuándo tienen otra oportunidad.

El inspector parecía a punto de oponerse, pero cedió ante la insistencia de ella y aceptó de buen grado.

Jane se puso a prepararlo todo de forma afanosa. A los niños les prepararía su comida habitual de fin de semana: *pizza* acompañada de palitos de zanahoria, aguacate en rodajas y tomates. Hoy podrían comer delante de la televisión, para que los adultos pudieran hablar con tranquilidad. Para ellos, encontró tres cuartas partes de una barra de pan con aceitunas, que aún estaba lo bastante fresca como para servirla si la rociaba con agua y la calentaba en el horno. Sacó la fiambrera para queso del frigorífico y la colocó sobre la mesa de la

cocina mientras Ken se afanaba en colocar los platos y los cubiertos. Hacía varios meses que no era tan productivo a nivel doméstico. También había un cartón de sopa, aún sin caducar, al fondo del frigorífico y, sin preguntar, vació el contenido en una cazuela y la puso a calentar.

De vez en cuando, miraba a los policías por el rabillo del ojo. El desaliñado parecía incómodo, aparentemente inseguro de cómo debía comportarse, mientras que el otro, el inspector Janssen, se mostraba impasible, observando en silencio lo que ocurría a su alrededor. Jane tuvo la clara impresión de que muy pocas cosas le pasaban desapercibidas. Tendría que andarse con cuidado con él. Con mucho cuidado.

CAPÍTULO 5

Janssen observó a la pareja afanándose en la preparación del almuerzo. La perspectiva de tomar declaración mientras partían el pan parecía extraña. Tendrían que entablar una conversación informal mientras comían, posiblemente tocando el tema del descubrimiento del cadáver de Holly, lo que de por sí también resultaría extraño, así que decidió tomar la declaración formal después. La facilidad con la que el marido cuestionaba abiertamente la experiencia de su esposa parecía extraña teniendo en cuenta la presencia de los niños, que, en su opinión, eran demasiado pequeños para escuchar los detalles. Tal vez, cuando fuera padre, pensaría de otro modo, pero lo dudaba.

El hombre, Ken Francis, estaba ocupado siendo útil, deseoso de hacer ver que colaboraba con las tareas domésticas de forma competente; que era un marido y padre moderno. Pero no hacía falta tener una carrera como inspector de homicidios para darse cuenta de que estaba interpretando un papel. Y, además, lo hacía bastante mal. El hombre se detenía con frecuencia, mirando a su alrededor con expresión de desconcierto mientras buscaba objetos para poner la mesa. Tanto si se trataba de los cubiertos correctos, cucharas soperas en concreto o servilletas, siempre tenía que pedirle a su mujer que le indicara dónde podía encontrarlos.

Por su parte, ella disimulaba relativamente bien su exasperación ante los intentos de ayuda cada vez más débiles de su marido. Janssen interpretó su ceño fruncido y ojos en blanco ocasionales como un juicio sobre la capacidad de su marido, ya que sin duda prefería que la dejara seguir haciendo su trabajo porque así la comida estaría preparada mucho antes. Los niños la recibieron primero. La *pizza* estaba cortada en porciones manejables junto a las hortalizas. Ambos protestaron por el volumen del acompañamiento y exigieron más *pizza*, pero fue en vano. Distraídos

por la televisión y la comida, se acomodaron en el sofá, y Jane volvió a la mesa mientras los tres hombres tomaban asiento.

Ken se dispuso a cortar el pan caliente, aunque, viendo las rebanadas, cualquiera diría que las estaba cortando con un hacha en vez de con un cuchillo. Janssen sorprendió a Eric mirándolo. El agente sabía que ese modo de cortar el pan le iba a molestar. Era consciente de que su deseo por las líneas y presentaciones pulcras era casi obsesivo; por eso era tan bueno en su profesión. La atención al detalle, la organización y un enfoque metódico eran unos atributos clave en su éxito.

Ante la invitación de sus anfitriones, se acercó y se sirvió un poco de pan, ocultando su frustración por el corte desigual. Aceptó agradecido la mantequilla y su mirada se cruzó con la de Jane. Primero, comprobó si los niños los estaban escuchando. No era así, el volumen de la televisión estaba muy alto; sin duda, por un deseo de filtrar las voces adultas porque el factor novedad ya había perdido su atractivo.

—Dígame por qué estaba en la reserva en aquel momento.

Ella miró a su marido, pero él estaba concentrado sirviéndose y no se dio cuenta.

—Había ido a la tienda a por el periódico de la mañana —contestó Jane.

—Pero se te olvidó, ¿verdad? —respondió Ken, soplando sobre una cucharada de sopa antes de llevársela a la boca—. Supongo que es comprensible.

Janssen ignoró el comentario y, con la mirada, ánimo a Jane a continuar.

—El camino no estaba en la ruta que yo tomé, eso sí.

—Eso pensaba —asintió Janssen, haciéndole saber que ya había trazado la ruta probable en su cabeza. Era una admisión deliberada.

—Pero vi algo… a alguien. —Parecía nerviosa, inquieta, pero Janssen no estaba seguro de si era solo fruto de la conmoción por haber encontrado un cadáver—. Ese chico tan extraño estaba en el camino. Oh… ¿Cómo se apellida? Esa familia de la que siempre te estás quejando —dijo, mirando a su marido, y esta vez él sí que se dio cuenta.

Janssen calibró su reacción. Los ojos de Ken se entrecerraron mientras pensaba.

—¿Los McCall?

Ella asintió. Ken siguió comiendo, partió una rebanada de pan por la mitad y la mojó en la sopa.

—¿Está hablando de Mark? —intervino Eric, mientras masticaba un trozo de tomate. Tenía el ceño fruncido, como si el comentario le hubiera parecido cuestionable.

Jane asintió. Janssen no añadió nada, prefirió dejarla continuar. A veces le resultaba más fácil permanecer en silencio. La mayoría de las personas trataban de llenar cualquier vacío en una conversación con más palabras, lo que resultaba útil a la hora de investigar un caso. Los McCall eran muy conocidos en la zona, tanto por la policía como por los lugareños. No había ningún agente destinado en el distrito que no hubiera necesitado hablar con algún miembro de esa familia en relación con sus investigaciones por lo menos una vez.

—Sí, cuando lo vi, estaba mirando el cuerpo —dijo Jane, dirigiendo su respuesta a Janssen, aunque había sido Eric el que había hecho la pregunta. Si al agente le importó, no lo demostró; se limitó a centrarse en su comida. Janssen empezó a comerse la suya. No estaba mal. La sopa estaba rica. Era comprada. A él le salía mejor, pero tenía bastante sabor. El pan también estaba bueno. El horno lo había devuelto a la vida. La mayoría de los panes pueden salvarse con un poco de agua y un golpe de horno—. Salió corriendo en cuanto me vio.

—¿Por qué cree que hizo eso? —Janssen estaba intrigado.

Ken lo miró.

—Ese chico no está bien de la cabeza —dijo, dándose un golpecito en la frente con dos dedos para enfatizar su argumento. Las palabras eran más bien una afirmación rotunda, como si con ellas quisiera dar por zanjada la cuestión.

—¿Señora Francis? —la animó a contestar Janssen.

—Jane, por favor —respondió ella con una sonrisa—. La verdad es que no lo sé. Estaba allí de pie. Lo vi de lejos, pero tenía una mirada extraña, como si estuviera hipnotizado. En cuanto me descubrió observándolo, se marchó.

—¿Y después qué sucedió?

—Me acerqué a ver qué estaba ocurriendo. —Bajó los ojos, miró su cuenco y empezó a remover distraída la sopa con la cuchara—. Y entonces… la vi. Si le soy sincera, no sabía qué hacía él allí hasta que la encontré.

—¿Qué cree que estaba haciendo Mark allí? —preguntó Janssen, dándose cuenta de la expresión atenta de Eric ante su pregunta. Su tono había cambiado, eso era cierto. Sentía curiosidad por la insinuación velada de Jane, que reculó casi de inmediato.

—En realidad… No tengo ni idea… —balbuceó, como si pensara que el interés de Janssen se debía a algo negativo—. A ver… Él estaba allí. No estoy diciendo que él hiciera algo.

—Por supuesto. —A Janssen le pareció interesante su respuesta. Muy posiblemente, ya estaba empezando a tomar forma una narrativa de los hechos y quería que fueran los hechos, y no las opiniones, los que guiaran el caso—. ¿El chico tocó el cuerpo? —Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¿Y usted?

—Sí. Le toqué la pierna. Estaba helada. Nunca había visto un… De todos modos, estaba muerta. Era evidente, pero aun así llamé a una ambulancia.

—¿La conocía, Holly? —Era un pueblo pequeño; el tipo de localidad en la que todo el mundo conocía a los demás y sus asuntos. Incluso los recién llegados descubrían muy pronto que su intimidad rara vez era suya, aunque intentaran guárdasela para sí mismos. Los ojos de Janssen se desviaron hacia Ken. Estaba comiendo con menos entusiasmo que antes, jugueteando con lo que había en el plato y prestando menos atención a la historia. El inspector se encontró a Jane mirándolo mientras él observaba a su marido. Su expresión era impasible, difícil de descifrar.

—La conocíamos un poco, sí. Había estado aquí antes.

Janssen no ocultó su sorpresa. No se lo esperaba.

—¿Aquí, en su casa?

Jane asintió.

—No es nada raro. Muchas personas del pueblo han estado aquí. Ken es una celebridad. Sus obras, tanto pinturas como esculturas, están muy cotizadas. Las vendemos en el extranjero, organizamos

exposiciones en galerías y cosas así. Esperamos poder convertir algún día el viejo establo en una galería. Será la segunda fase de las reformas. ¿A que sí, Ken?

Su marido estaba absorto en sus pensamientos y casi no se dio cuenta de que ella le estaba hablando. Levantó la vista y vio que todos lo miraban. Alzó las cejas, se quedó boquiabierto y los miró de uno en uno.

—La galería, Ken —dijo Jane en tono severo, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Sí, sí —respondió finalmente, desconcertado durante un momento antes de retomar su familiar papel de profesional consumado. El personaje que había adoptado desde su llegada—. Esperamos poder empezar a finales de verano. Estaría bien atraer a los primeros visitantes a principios del año que viene, quizá en primavera; hacernos con una parte del turismo que impulsa la economía local, ¿entienden?

Janssen asintió con la cabeza. Había algo raro en la manera en la que interactuaban. Algo tácito, incomprensible, a menos que estuvieras al tanto de la información que solo un marido y una mujer comparten entre sí. Los matices de su relación eran difíciles de descifrar. Decidió dejarlo pasar de momento.

—¿Qué ocurrió entonces, después de comprobar si estaba viva?

Jane se encogió de hombros mientras cogía un vaso de agua.

—Como he dicho antes, llamé a una ambulancia. Sabía que era demasiado tarde para la pobre Holly, pero… No sabía qué otra cosa podía hacer.

Eric intervino desde el otro extremo de la mesa.

—A mí no me contó que la conocía. —A Janssen le dio la impresión de que Jane parecía sorprendida y algo desconcertada por aquella pregunta.

—¿No lo hice? No me acuerdo. Estaba conmocionada. No sabía lo que decía. —Bebió un sorbo de agua, dejó el vaso sobre la mesa y estiró el brazo para coger la jarra. Estaba más cerca de él, así que Janssen la cogió primero y le rellenó el vaso. Ella le dio las gracias, pero no lo miró a los ojos.

—Bueno, creo que de momento ya tengo suficiente —dijo él,

sonriendo a un anfitrión y luego al otro—. Eric puede tomarles declaración oficial más tarde, si le parece bien, pero yo quería escuchar su historia de primera mano. Gracias por la comida. Han sido muy amables invitándonos.

—De nada, inspector. Venga cuando quiera —dijo Jane sonriéndole con calidez.

Había algo escondido detrás de esa sonrisa. Por mucho que ella intentara disimularlo, había algo más que decir, pero quizá no en ese momento.

—Estoy de acuerdo. Pueden volver cuando quieran —retumbó la voz de Ken. El entusiasmo por su partida inminente había provocado que elevara su voz un tono.

Janssen se levantó y Eric lo siguió mientras se zampaba otro trozo de pan. Janssen se preguntó si el joven se habría saltado el desayuno. Se habría despedido de los niños, pero hacía tiempo que se había disipado cualquier interés suyo por los visitantes. Jane los acompañó hasta la puerta y salieron al sol de primera hora de la tarde. La temperatura estaba subiendo como se esperaba. Al menos en la mente de Janssen, lo mismo ocurría con la investigación.

CAPÍTULO 6

De camino al coche nadie hablaba, pero Eric tenía ganas de que Jane Francis se fuera. En cuanto la mujer volvió a entrar y cerró la puerta, miró a Janssen y dijo:

—Le aseguro que no me dio ningún indicio de que conociera a Holly. —Sentía la necesidad de explicarse, casi de justificarse. Respiró aliviado cuando su jefe hizo caso omiso de la afirmación.

—Ahí dentro están pasando más cosas de las que cualquiera de los dos está dispuesto a admitir. Puedes dejarme en la comisaría. Querrán poner a un oficial de alto rango a cargo de la investigación de este caso, así que haré la llamada.

Eric asintió, pero se preguntó cuál debía ser el siguiente paso. El oficial de alto rango tendría que viajar desde Norwich. Mientras tanto, tendrían que seguir avanzando en la investigación. Mientras arrancaba el coche, miró por encima del hombro para determinar la mejor manera de salir del jardín. No disponía de mucho ángulo de giro, la puerta de salida era estrecha y los vehículos de los residentes estaban mal aparcados. Para tratarse de una antigua granja, el espacio era bastante limitado.

Janssen hizo caso omiso de su evidente ansiedad ante la maniobra y expuso sus próximos pasos.

—Después, quiero que vayas a hablar con la amiga a la que han mencionado los Bettany. Tú estás más cerca de su grupo de edad que yo; es posible que te cuente más cosas si yo no estoy.

—¿Lo dice en serio? —Eric estaba inseguro y lo oyó reflejado en el tono de su voz—. Las adolescentes no hablan conmigo. Nunca lo han hecho.

—Las adolescentes les cuentan todo a sus amigas. Ella es la única que puede saber lo que estaba pasando en la vida de Holly.

* * *

Eric esperó pacientemente en el salón de la casa de los Harding. Los padres de Amelia se habían conmocionado al enterarse de la muerte de Holly y habían ofrecido todo su apoyo a la investigación. Eric había conocido a Fraser Harding tres años antes. Entraron a robar en su casa mientras asistían a una cena de la cosecha en el salón municipal, que estaba a solo doscientos metros de distancia. La suya había sido una de las varias casas robadas en el transcurso de unas semanas; siete en total esa misma noche. Eric era uno de los agentes uniformados que estaban de guardia, atendiendo las llamadas que llegaron en avalancha una vez que los residentes regresaron a casa y encontraron sus pertenencias y, en muchos casos, sus vidas, patas arriba.

Curiosamente, no sentía la misma ansiedad al estar en compañía de los Harding que en la residencia de los Bettany; aunque debería sentirla, pues tenían el mismo estatus que ellos o incluso más. Fraser Harding era un alto ejecutivo de una de las petroleras más importantes del mundo; o lo había sido, porque había oído que estaba considerando la posibilidad de jubilarse de forma anticipada por un problema de salud. No recordaba para qué empresa trabajaba. Tal vez fuera porque parecía un hombre hecho a sí mismo, que hablaba como todo el mundo y que no tenía ninguno de los amaneramientos que molestaban a Eric, como los que exhibía el doctor Colin Bettany.

Angela Harding apareció con una bandeja con tazas y una tetera, y sonrió a Eric cuando este se levantó por cortesía. Eso era lo que había que hacer cuando una dama entraba en la habitación. Su madre lo había educado bien. «Siempre llegarás lejos si tienes modales». Aquellas palabras se le quedaron grabadas, aunque a menudo parecía que pertenecían a una época pasada. Algunas personas tenían ideas preconcebidas sobre los que se encontraban en el extremo inferior de la escala económica, imaginando una existencia tosca, algo sucia y relativamente escuálida. Su experiencia había sido opuesta por completo. Los padres de los niños de la misma clase social que él siempre insistían en que llevaran ropa limpia, se peinaran y se comportaran de forma educada cada vez que salían de casa. Últimamente cada vez había menos gente que se

comportaba así. O, a lo mejor, a él le costaba ver las cosas como las veía antes. Angela Harding se dispuso a servirles el té y Eric divisó el plato de galletas surtidas. La comida que les habían servido estaba buena, pero sopa, pan y un poco de queso no llenaban del todo el vacío. Ella se dio cuenta y lo animó a que cogiera una. Eligió una galleta de avena cubierta de chocolate con leche.

Se la llevó a la boca en el momento más inoportuno, ya que aún estaba masticando cuando Fraser entró en la habitación, con una Amelia de aspecto nervioso medio paso por detrás. Para él era obvio que había estado llorando. Se puso de pie y estrechó la mano del padre de ella, con migas de galleta visibles en la parte delantera de su camisa y en el regazo. Todos eran demasiado educados como para hacer ningún comentario. Tragó tan rápido como pudo. Se presentó a Amelia, que se sentó en el borde de uno de los dos sofás de la sala. Eric se sentó frente a ella. Fraser Harding estaba a su derecha, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Eric miró a Angela y luego lanzó una fugaz mirada a su marido. Nadie hablaba.

—Quizá sería mejor que nos dejaran hablar a solas. —El silencio que hubo entre frases duró apenas unos segundos, pero parecieron minutos—. Amelia no está metida en ningún lío. Solo necesito hablar con ella acerca de Holly. —Su padre parecía poco convencido, inamovible—. No se trata de un interrogatorio formal —explicó Eric, dirigiéndose a Angela con una sonrisa optimista.

—Vamos, Fraser. Dejemos que hablen los jóvenes —dijo Angela, levantándose antes de prácticamente sacar a su marido a rastras de la habitación.

Él no opuso mucha resistencia, pero estaba claro que prefería quedarse. Al oír el sonido del resbalón al encajar, respiró aliviado.

—¿Le molesta que mi madre nos haya llamado «los jóvenes»?

La referencia le había pasado desapercibida, por lo que sacudió la cabeza, de repente cohibido cuando la adolescente de ojos oscuros se centró en él.

—Necesito hacerte algunas preguntas sobre Holly. Sus padres pensaban que tenía una clase particular en Norwich y que esta noche iba a un recital. —Amelia se rio, como burlándose. Eric pensó

que volvería a eso más tarde—. ¿La viste anoche? —La reacción de la chica fue evasiva—. Es importante, Amelia —dijo Eric en su tono más serio. Lo había empezado a practicar en cuanto supo que lo iban a trasladar al Departamento de Investigación Criminal.

—Sí. Estuve con ella un rato —dijo en voz baja por si uno de sus padres, o los dos, estaban espiando detrás de la puerta—. Aunque no hablé mucho con ella.

Eric también bajó la voz.

—¿Dónde fue? ¿Qué estabais haciendo? —Por un momento, le preocupó haberse pasado y estar presionándola demasiado. Intuyó que Amelia podría dejar de hablar—. No tendrás ningún problema, te lo prometo —dijo, dirigiendo la mirada hacia la puerta para hacerla ver que entendía su preocupación, y se volvió a sentar en un intento de parecer despreocupado. Funcionó.

—Estábamos en una fiesta en la playa. Era un plan improvisado, pero fuimos todos. Algo sencillo. Bebida y una hoguera, ya sabe.

—Entiendo. —Eric estaba contento. Estaban progresando—. ¿Tus padres no lo saben? —Ella sacudió la cabeza. Eric se dio unos golpecitos en la nariz con la punta del bolígrafo y ella se rio, aunque él tuvo la impresión de que no era necesariamente a él a quien encontraba divertido—. ¿Quién estaba allí?

—Amigos de segundo de bachillerato, sobre todo. Más tarde llegaron algunos de los mayores.

—¿Y Holly?

—Estaba por allí, pero, como le he dicho antes, no hablé mucho con ella.

—¿Quién lo hizo? —Eric estaba entusiasmado; quizá demasiado. Amelia dudó—. Puedes contármelo, me enteraré tarde o temprano. Es mi trabajo.

Ella se encogió de hombros, dejando de fingir que había un código de silencio.

—Salía mucho con Mark. —Eric enarcó las cejas, animándola a continuar mientras tomaba notas—. Mark McCall. Estaba con él cuando la vi, pero había algo raro.

—¿A qué te refieres?

—Se sentaron alejados de los demás, lejos del fuego. Anoche no

hacía calor, pero ella se sentó aparte. Apuesto a que él le encantó eso —dijo, mientras miraba por la ventana más cercana, reflexionando sobre algo—. No sé qué veía en él. A ver, es guapo y eso, pero es un poco raro.

—¿Eso es lo que piensas de él? —Eric no levantó la vista de su bloc.

—Sí. ¿No lo hace todo el mundo? —Era más bien una afirmación y ella parecía ofendida ante la posibilidad de que él no estuviera de acuerdo con ella—. Bueno, el caso es que los vi juntos, pero luego desaparecieron.

—¿A qué hora se fueron? —Ella sacudió la cabeza para indicar que no lo sabía—. Mark McCall. ¿Cuánto tiempo llevaban saliendo?

Amelia negó con la cabeza.

—Ni siquiera estoy segura de que fueran pareja. Ella nunca me lo confirmó, pero él parecía pensar que lo eran. Como le he dicho antes, era una elección extraña. —A Eric le pareció muy curioso saber que la última vez que Amelia la había visto estaba con Mark McCall, teniendo en cuenta que Jane lo había ubicado junto al cadáver esa misma mañana—. Holly sabía cómo complicarse la vida, eso está claro. —Eric la miró a los ojos pidiéndole en silencio que continuara. Había visto trabajar a Janssen suficientes veces como para saber cuándo debía callarse—. Bueno, a sus padres les daría un ataque si supieran que andaba con alguien como Mark, y no creo que al padre de él tampoco le hiciera mucha gracia su relación, fueran lo que fueran el uno para el otro.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque sé que Holly tuvo problemas con el padre de Mark, eso es todo. La semana pasada los vi discutiendo en el pueblo. El viejo McCall la agarró y Holly se volvió loca. —Se hundió de nuevo en el sofá. Él la miró, dispuesto a seguir escribiendo, pero ella negó con la cabeza y se encogió de hombros. Era un acto de hastío infantil y Eric supuso que ya había conseguido todo lo que podía obtener de ella—. No tengo ni idea de lo que ocurrió. Holly nunca me contó nada. Tendrá que preguntárselo a él.

CAPÍTULO 7

La luz del sol entraba a raudales por la ventana. No era la primera vez que Tamara Greave lamentaba la falta de una cortina que la protegiera de la claridad. La voz del conductor volvió a sonar por el intercomunicador, anunciando que en cuanto se produjera el cambio de señal llegarían al andén de Downham Market. Consultó su reloj. Llevaban ya casi quince minutos esperando allí. Al mirar hacia arriba, vio el andén; podría haberlo recorrido tres veces en el tiempo que llevaban esperando.

Habría cambiado de asiento, pero por alguna razón ese día el tren estaba casi lleno. Al ser domingo, solo había dos vagones y ese sitio era el único disponible a menos que estuviera dispuesta a viajar por la tarde, y eso era impensable. La llamada se había producido la noche anterior. El inspector jefe Marcus Galbraith había caído enfermo y necesitaban un oficial de alto rango en la costa, por lo que la solicitud había recaído en ella. A Richard, su prometido, no le había hecho ninguna gracia. Estaban en una reunión familiar en Peterborough organizada seis meses antes, que iba a durar todo el fin de semana, por lo que su marcha anticipada fue recibida negativamente, al menos por él. «Las historias de la tía Christine tendrán que esperar hasta Pascua o, con un poco de suerte, hasta las vacaciones de Navidad».

No se había marchado por eso. La realidad era que ella quería que se confirmara su ascenso. Después de haber trabajado muy duro para llegar a inspectora jefe antes de cumplir los treinta y cinco, no lo pensaba poner en peligro justo en ese momento mostrándose inflexible. Además, Richard se había enamorado de la mujer que era capaz de marcharse a otro sitio en un abrir y cerrar de ojos. Así era ella: el resultado de una educación a manos de unos padres artistas en la bohemia ciudad de Bristol.

Oh, cómo detestaba asistir a esas grandes reuniones familiares. No

solo con la familia de Richard, sino también con la suya, aunque podría decirse que por razones muy distintas. La familia de Richard era muy estirada, civilizada y bastante aburrida. La suya, en cambio, se oponía a casi todo lo que formaba parte de la infraestructura gubernamental, incluida la policía. Especialmente a la policía. Esa es una de las razones por las que se alegró de abandonar el oeste del país para trasladarse al otro lado de Inglaterra cuando Richard se lo propuso. La excusa de los compromisos laborales, así como la distancia, resultaba muy útil cuando llegaban invitaciones por correo.

El vagón se sacudió y, por un instante, se preguntó si la locomotora se habría desacoplado, dejándolos abandonados a su suerte, pero luego sintió el movimiento mientras el tren avanzaba a trompicones y con sacudidas. Por dentro, soltó un grito silencioso de alegría. El viaje, aunque era corto, estaba resultando bastante pesado. Richard insistió en quedarse con el coche y los trenes de los domingos pasaban con poca frecuencia, sobre todo en dirección a la costa de Anglia Oriental. Unas obras de mantenimiento habían provocado algunas cancelaciones. No podía llegar más cerca de su destino final. Es decir, que estaba bastante lejos.

De pie, se abrió paso entre los demás pasajeros que estaban cogiendo sus abrigos y maletas, apoyándose en los reposacabezas de los asientos mientras se inclinaba en dirección a los portaequipajes. El tren se detuvo con un chirrido junto al andén y ella se unió a la cola de gente que esperaba a que se desbloquearan las puertas automáticas. La luz parpadeó de rojo a verde y un joven, con un gorro multicolor y unos pantalones caídos que ella estaba deseando subirle, pulsó el botón. Las puertas sisearon y silbaron al abrirse. Todos avanzaron arrastrando los pies y bajaron al andén.

La gente se dirigió rápidamente a la salida y Tamara miró a su alrededor, parpadeando para minimizar el resplandor del sol, que estaba bajo en el cielo. Nunca había estado allí. Extendió el asa de su maleta y siguió al rebaño. La estación se vació con rapidez y pronto se quedó sola mientras familiares y amigos recogían a los recién llegados y los que viajaban a otras estaciones subían al autobús que sustituía al tren cancelado. Por suerte, ella se iba a librar de esa tortura. Mientras observaba el aparcamiento, sus ojos

se posaron en un hombre alto, de pie bajo el sol y apoyado en un Volvo azul oscuro, absorto en su teléfono móvil. No parecía que estuviera esperando a nadie y, ante la ausencia de alguien más que encajara, se acercó a él. Él levantó la vista y la observó mientras se acercaba. Era rubio, pero lucía un bronceado natural y unos ojos oscuros destacaban en marcado contraste. Su aspecto era algo más desaliñado de lo que cabría esperar. Se preguntó si ese era el nivel que se exigía a los agentes de mayor rango en una comisaría rural.

—¿Inspectora jefe Greave? —preguntó él, saludándola con una sonrisa que dejó ver unos dientes blancos.

Ella apreció su buena higiene personal.

—¿Inspector Janssen? —peguntó ella a su vez, ofreciéndole la mano. Él se la estrechó—. Parece sorprendido.

—No sabía a quién estaba esperando.

Sonaba avergonzado y entonces ella lo entendió. Solo sabía su nombre. Debía estar esperando a otra persona, tal vez a un hombre. «Bienvenida otra vez al pueblo —pensó ella, burlándose—. Pero no habla con un acento de Norfolk muy marcado». Ella misma se había deshecho de su acento del oeste hacía muchos años. No sabía si era una elección consciente o el resultado de los círculos sociales en los que se movía su familia, pero a la mayoría de la gente le costaba situar su acento.

—¿Este es nuestro coche? —preguntó, señalando el vehículo en el que él estaba apoyado cuando ella llegó.

Janssen asintió con la cabeza y abrió el maletero pulsando un botón. La puerta se elevó y él cogió su maleta. Normalmente se habría negado, ya que estaba acostumbrada a arreglárselas sola, pero en esa ocasión lo dejó pasar.

—Le he reservado una habitación en un *bed and breakfast*. En realidad, es más bien un hotel y puede cenar allí si le apetece, pero así tendrá libertad para hacer lo que quiera. La llevaré allí primero, para que pueda acomodarse. Después…

—¡No! —dijo en tono seco; no era su intención, pero le apetecía ponerse al día cuanto antes—. Preferiría echar un vistazo al lugar donde encontraron el cuerpo, si no le importa.

—No, en absoluto. —Janssen no pareció molesto por su deseo de

querer trabajar. Eso era positivo, porque ella no era de las que se quedaban de brazos cruzados—. He traído un resumen de las notas del caso recopiladas hasta ahora. Puede familiarizarse con ellas por el camino. Será un buen trayecto de tres cuartos de hora.

Ella subió al asiento del copiloto, notando que había una silla infantil en la parte trasera. Sin embargo, el inspector no llevaba alianza en la mano izquierda. No es que le molestara. No todo el mundo era tan estirado ni tan tradicional como Richard y su familia. Las diferencias entre una cultura familiar sólida, basada en gran medida en valores cristianos, y su formación humanista daban pie a conversaciones bastante interesantes a la hora de comer. Bueno, interesante al menos en su mente. Se permitió un momento para pensar en su sufrida media naranja. Él no compartía las creencias de sus padres, pero seguía las reglas para llevar una vida tranquila. Podría decirse que se iba a casar con la mujer equivocada si pensaba que ella haría lo mismo.

Janssen subió al otro lado, metió la mano en la parte trasera y sacó una carpeta, que le entregó. Arrancó el coche y salió marcha atrás. El aparcamiento estaba desierto, salvo por un vehículo que había en la esquina más alejada. Parecía que lo habían dejado allí durante el fin de semana. No tenía ni idea de cómo orientarse en un lugar tan desconocido. Al leer la señal que indicaba la distancia a King's Lynn, pensó que se trataba de otro sitio que nunca había pisado. Janssen no parecía tener mucho que decir. Parecía un hombre de pocas palabras. Aunque a lo mejor se sentía intimidado por ella. Mientras ojeaba el expediente del caso, se preguntó si podrían detenerse en un autoservicio para comprar un café. Las secuelas de la noche anterior seguían presentes y necesitaba agudizar la mente.

Pasaron por una gran rotonda en la que parecían cruzarse varias rutas antes de emprender el camino directo hacia la costa. La carretera se elevaba por encima de las tierras de cultivo circundantes y se dio cuenta de lo llana que era la región. Una moderna urbanización se alzaba bajo ellos a un lado y pensó en lo realista que debía ser la probabilidad de que se inundara.

Mientras leía el expediente, hacía alguna que otra pregunta en busca de aclaraciones o precisiones. Janssen parecía estar al tanto

de la información y pudo responder a la mayoría de sus preguntas. Si no las sabía, se lo decía. Eso era una agradable novedad. En Norwich, siempre estaba rodeada de personas que consideraba una debilidad admitir que no estaban seguros de algo, incapaces de confesar su ignorancia sobre un tema.

Tomaron un desvío a la derecha en una pequeña rotonda con una señal en la que se leía: «Fakenham». Ahora él estaba hablando, poniéndola al día sobre la víctima. Era la hija mayor de una familia bien relacionada con una larga trayectoria en la profesión médica. Al parecer, los padres esperaban que siguiera sus pasos y estudiara Medicina. Se preguntó si la chica sentía la presión. Pensando en su propia infancia, podía ver cierto tipo de similitudes. Los padres de Tamara eran académicos superdotados y habían ejercido una gran influencia en su vida, por lo que su educación fue mejor que la de muchos de los que pasaron por la enseñanza pública. También se esforzaron mucho por inculcarle una sólida base ética.

A pesar de que su estilo general de crianza pretendía educar a niños seguros de sí mismos y responsables, siempre había un trasfondo para que aspiraran a carreras responsables ecológicamente. Los hermanos de Tamara eran actualmente socios sénior de ONG extranjeras y su hermana menor había sido candidata del Partido Verde en las últimas elecciones generales, así que habían tenido éxito en su misión. Tamara, en cambio, era considerada una inadaptada. Aunque, a juzgar por algunos de los niños con los que se había cruzado en su trabajo, a muchos padres les encantaría tener una hija tan motivada como ella, su decisión de ingresar en el cuerpo de Policía había sido recibida con decepción, e incluso con desdén.

Al escuchar a Janssen hablar del caso, la implicación del novio despertó su curiosidad. Parecía estar hecho de una pasta muy distinta a la de la víctima. La mujer del artista también requería cierta atención. Janssen parecía tener olfato para detectar cuando algo no iba bien, pero, como había señalado él mismo de forma acertada, en ese momento era puro instinto. Ese caso parecía girar en torno a la dinámica interna de la familia y a la forma de llegar a otros y atraerlos desde la periferia. En Holly, Tamara veía a una

joven no muy distinta a como había sido ella, que había guardado secretos, se había relacionado con personas que sus padres desaprobarían y cuya verdadera personalidad podría resultar muy diferente de la que mostraba al mundo.

CAPÍTULO 8

Tom Janssen se mantuvo apartado, observando cómo Tamara Greave evaluaba el lugar donde habían descubierto el cadáver de Holly Bettany. Había sido trasladada la tarde anterior a la oficina del forense para determinar la causa y circunstancias de su muerte. El camino que atravesaba la reserva natural permanecía cerrado al público y había policías uniformados a ambos lados del mismo. El sábado por la tarde se había llevado a cabo un exhaustivo registro forense, pero no había rastro de sus zapatos, bolso o cualquier otro objeto que pudiera haber pertenecido a la adolescente. Mantendrían la integridad de la escena hasta que el forense entregara su informe.

De momento, estaba impresionado con la inspectora jefe. Tenía un enfoque serio y estaba deseosa de implicarse, pero, al mismo tiempo, parecía dispuesta a escuchar. Al principio le preocupaba la perspectiva de que una oficial de alto rango recién ascendida estuviera a cargo de la investigación aunque solo fuera de manera provisional. No porque tuviera ideas preconcebidas sobre cómo había que hacer las cosas, sino más bien por la compenetración que pudiera tener con él. Normalmente, en estos casos, era Marcus Galbraith el que viajaba por todo el condado. Se llevaban bien y conocían los puntos fuertes y débiles el uno del otro. Los dos se complementaban y a Janssen le gustaba trabajar a su lado. Quizá estaba un poco chapado a la antigua, pero con él siempre sabía a qué atenerse. Greave, en cambio, era una propuesta totalmente nueva tanto para él como para Norfolk.

Tamara se arrodilló junto al lugar donde habían encontrado a Holly y se quedó mirando la orilla. No tenía ni idea de lo que miraba o buscaba. Se levantó, se dio la vuelta y miró a lo largo de la costa. La niebla costera que había aparecido durante la noche se había disipado rápidamente con la salida del sol y, una vez más, les esperaba un hermoso día.

—Este sitio es impresionante, ¿verdad? —le dijo ella, y él asintió con la cabeza—. ¿Alguna idea de cómo llegó hasta aquí?

Janssen miró hacia el mar. Un barco de carga avanzaba hacia el norte, bordeando la costa después de haber rodeado el enorme parque eólico marino que había al sur.

—Esa noche había salido con su novio y sus compañeros de clase. Estamos trabajando en la teoría de que vino aquí con su novio o sola con la intención de encontrarse con alguien más. No vi signos de heridas defensivas en su cuerpo, pero aún no tenemos la confirmación del forense.

Vio cómo Tamara volvía la mirada hacia el lugar donde había aparecido Holly, posiblemente recreando la escena en su mente a partir de las fotografías que aparecían en el expediente del caso.

—¿Cuándo estará el informe?

—El lunes. —Eso era el día siguiente, pero de algún modo ya no parecía fin de semana y Janssen había perdido la noción del tiempo.

—¿Dónde cree que están los zapatos? —Le dio la impresión de que estaba desconcertada por la desaparición de los zapatos y que, en realidad, no esperaba que él supiera la respuesta.

—Tenía los pies sucios, pero eso no significa que no llevara zapatos, solo que se los había quitado.

—¿Porque le resultaban incómodos?

—Probablemente. Estos caminos son bastante escarpados. Si llevas zapatillas de deporte o botas de montaña, no hay problema; pero si no, podrías tener la tentación de andar descalzo.

—Pero haría frío —dijo Tamara, enarcando las cejas. Él pensaba lo mismo. No tenía mucho sentido—. ¿Hemos hablado ya con el novio?

Janssen negó con la cabeza. Había estado a punto de hacerlo a primera hora, pero había recibido una llamada para que fuera a recogerla, así que lo había pospuesto pensando que lo más probable era que la inspectora jefe quisiera estar presente. Regresaron al coche. Los McCall vivían en el interior, en una antigua franja de tierras comunales que había sido objeto de numerosas disputas entre los terratenientes locales a lo largo de los años. Nadie había conseguido reclamarlas con éxito, ya que las escrituras rivales se anulaban continuamente las unas a las otras en los tribunales. El

resultado fue que los McCall consiguieron quedarse allí sin que nadie pudiera desalojarlos. En una ocasión, un vecino solicitó al ayuntamiento que los echara, pero vivían en un lugar tan remoto, tan lejos de cualquier otra casa, que se consideró que el erario público no debía hacerse cargo de un gasto así.

Les resultó bastante difícil encontrar la casa. Los McCall vivían al final de un camino sin asfaltar, removido tanto por la maquinaria agrícola como por el ganado que se conducía entre los pastos. El coche se balanceaba mientras Janssen se abría paso por él, haciendo todo lo posible por evitar los baches y las depresiones. Tal vez el invierno hubiera sido suave y con poca lluvia, pero en las llanuras de Norfolk el suelo seguía empantanado. Tamara se agarró a tirador de la puerta, echándole alguna que otra mirada de desaprobación. Estuvo tentado de ofrecerse a dar la vuelta, pero se lo pensó mejor.

Al llegar al final del camino, escondida junto a un pequeño bosquecillo de abedules plateados, estaba la casa de los McCall. En realidad, no era una casa. Se trataba de un viejo vagón de ferrocarril de hacía varias décadas. La parte frontal estaba repleta de ventanas. Había tanta suciedad incrustada que era imposible imaginar que se pudiera ver a través de ellas con claridad. Los restos del vagón ya no estaban sobre ruedas y, al bajarse del vehículo, Janssen dedujo que habían desmantelado los paneles para reutilizarlos y construir una vivienda, a la que se habían añadido otras estructuras de forma precaria y bastante improvisada.

El tejado estaba formado por una extraña mezcla de chapas de metal onduladas, otras similares de plástico y un revoltijo de revestimientos de fieltro, como los que se utilizan habitualmente en los cobertizos domésticos y otras construcciones exteriores. Janssen observó un cable que subía por el exterior del destartalado alojamiento antes de desviarse y desaparecer entre los árboles. «¿De dónde vendrá la electricidad?», se preguntó a sí mismo. No había ninguna posibilidad de que la propiedad estuviera conectada a la red de suministro de agua y supuso que debían tener acceso a un manantial natural o algo similar en las cercanías. La familia vivía desconectada de las redes de suministro públicas, sin necesidad de

tecnología ecológica ni de un presupuesto significativo.

Se acercaron, pero no llegaron muy lejos antes de que la puerta se abriera con un chirrido y un hombre saliera y les cerrara el paso. Era bajito, probablemente no llegaba al metro setenta de estatura, pero estaba fornido. Llevaba unos vaqueros mugrientos y un chaleco blanco, que se estaba poniendo gris en algunas zonas. Tenía una barba de varios días y el pelo despeinado. Callum McCall se rascó la coronilla mirándolos con recelo.

—No lo he visto y no sé dónde está, aunque tampoco se lo diría si lo supiera.

Tamara lo miró y Janssen inclinó la cabeza.

—Buenos días, señor McCall. ¿Cómo sabe que estamos buscando a Mark?

—Lo están buscando, ¿no?

—Sí, señor McCall —dijo Tamara, mostrando su placa—. Soy la inspectora jefe Tamara Greave y él es el inspector Janssen —dijo señalando en la dirección de su compañero, que saludó al hombre con una inclinación de cabeza.

Callum no le hizo caso y se dirigió a Janssen.

—¿Janssen? No es un apellido de Norfolk. —Estaba bastante serio y su expresión era fija, desdeñosa—. Por su aspecto, tampoco parece de aquí. Ese apellido parece escandinavo. ¿Es usted de allí?

—¿Cuándo vio a Mark por última vez? —preguntó Janssen, ignorando la pregunta—. ¿Sabe si va a volver pronto?

—No tengo ni idea. —Callum no parecía estar de humor para cooperar.

—Es muy importante que hablemos con él, señor McCall —dijo Greave mientras se colocaba ligeramente delante de Janssen. Estaba claro que quería demostrar su autoridad a Callum. A él le parecía bien si ella sentía la necesidad de hacerlo—. Estoy segura de que sabe muy bien cómo funcionan estas cosas.

—Perfectamente, sí —contestó Callum, mirándola—. No deben preocuparse por encontrar al verdadero asesino cuando tienen a un McCall a su disposición.

—Ya que su hijo no está aquí —dijo Tamara, echando un vistazo a los alrededores—, quizá quiera hablarnos de la relación que tenía

usted con Holly. Tenía una, ¿verdad? —La última frase la formuló a modo de pregunta, pero intentó que fuera una afirmación velada para forzar una admisión o una negación rotunda. Era astuta, Janssen tenía que admitirlo. Callum se lo pensó, ya que probablemente había entendido la pregunta de la misma manera.

—Sí, la conocía. Era la chica de Mark. ¿Cómo no iba a conocerla? —Resopló y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—¿Y el altercado que tuvo con ella en el pueblo hace un tiempo? ¿Por qué se produjo? —Tamara no se andaba con tonterías, iba directa a por él.

Janssen supuso que Callum iba a dar una respuesta meditada, eligiendo cuidadosamente sus palabras. No los quería de vuelta.

—Fue en la cafetería del pueblo. Se puso delante de mí. Intentaba colarse, eso es todo. Le dije cuatro cosas, nada más.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo? —preguntó Janssen.

Callum lo fulminó con la mirada y asintió con la cabeza.

—Mucha gente, sí.

Tamara intercambió una mirada con él y se dio la vuelta para regresar al coche.

—Dígale a Mark que se ponga en contacto con nosotros, por favor —dijo por encima del hombro.

Janssen sacó una de sus tarjetas de contacto y se la pasó a Callum, que la aceptó de mala gana y la miró.

—*Inspector Tom Janssen* —dijo despacio, y se pasó la lengua por el interior del labio inferior—. *Tom*, ¿eh? Intentar parecer inglés no cuenta, ¿sabe? Con ese apellido, siempre será un forastero —dijo mirando fijamente a Janssen.

—Lo mismo digo, *señor McCall* —respondió el inspector, alzando las cejas. Callum sonrió; parecía disfrutar con la confrontación. Janssen retrocedió un par de pasos antes de darse la vuelta y abrir la puerta del coche. Se subió al vehículo, donde ya estaba sentada Tamara con el cinturón puesto. Arrancó el motor, avanzó para ponerse al lado de Callum y bajó la ventanilla—. Consiga que Mark me llame, por su propio bien. —Luego pisó el acelerador y se alejó despacio.

Callum miró cómo se marchaban. Tamara ajustó el espejo retrovisor sin preguntar, lo que le permitió observarlo mientras se alejaban. El

hombre permanecía inmóvil en su sitio, viendo cómo se alejaba el coche, con rostro inexpresivo. No le quitó ojo de encima hasta que salieron del bosquecillo y desapareció de su vista. Volvió a colocar el espejo más o menos donde suponía que estaba antes. Estaba muy equivocada, pero Janssen no hizo ningún comentario y se limitó a ponerlo en su sitio.

—Que hombre tan agradable —dijo ella con un sarcasmo apenas disimulado.

—Tiene antecedentes por todo tipo de cosas. Salió de la cárcel el verano pasado de después de cumplir una breve condena por agresión. Me sorprende que haya sido tan servicial.

—¿Es verdad lo que ha dicho? —le preguntó Tamara. Él le dirigió una mirada inquisitiva—. Sé que hoy en día los apellidos no tienen por qué significar nada, pero ¿es usted escandinavo? Lo veo en su pelo y posiblemente en su complexión, pero no en su color de piel ni en sus ojos.

Janssen se sintió desconcertado durante un momento. Luego se echó a reír. Tamara lo imitó riéndose también.

—De cerca. Mi abuelo era holandés, de Frisia, al noreste de Ámsterdam, en la costa. Formaba parte del ejército libre holandés, que estaba destinado en el norte de África cuando el país fue ocupado durante la guerra. —Ella asintió con la cabeza mientras él continuaba la historia una vez recorrido el sendero, ya de vuelta en la carretera—. Conoció a mi abuela cuando estaba aquí esperando al despliegue para el desembarco del Día D.

—Entonces, ¿se quedó después de la guerra? —preguntó Tamara, que parecía muy interesada.

Él negó con la cabeza, sonriendo.

—No exactamente. Después de la guerra, regresó a Holanda para ayudar a reconstruir el país, pero… creo que la echaba de menos. —La miró de reojo para evaluar su interés. Ella lo estaba escuchando con mucha atención—. Siempre fueron un poco imprecisos con los detalles. Imagino que hubo algunas complicaciones que nunca quisieron compartir con el resto de la familia, pero él regresó a por ella un par de años después. Nunca se fueron.

Tamara apartó la mirada y se puso a contemplar el paisaje. Él no

sintió la necesidad de dar más detalles, preocupado por si había interpretado mal su nivel de interés. Un par de minutos después, la sorprendió mirándolo.

—Es una historia preciosa —dijo en voz baja, antes de volver la mirada hacia el paisaje que pasaba delante de ellos.

CAPÍTULO 9

«Ya se habrá calmado. *Estaré a salvo».* El pensamiento era más esperanzador que otra cosa. De todas las veces que había provocado una respuesta airada en su padre, esa era la menos esperada. «No puede culparme, yo no lo hice». Al pisar un palo que yacía en el suelo, este salió despedido lateralmente hacia la maleza. Las ovejas balaban en el campo, junto al camino. Era la temporada de parto de los corderos.

El estómago de Mark gimió. Tenía hambre. No le sorprendió cuando lo pensó. El día anterior no había podido comer. La conmoción de encontrarse a Holly… así… La idea le hacía sentir náuseas. Verla tan pálida, tan tranquila. Podría haber estado dormida si no fuera porque sus ojos miraban al cielo, fríos y sin vida. Luego había aparecido *la loca*. Holly siempre se refería a ella como «la bruja neurótica y psicópata». Estaba allí de pie junto a él, observando. Corrió tanto y tan rápido como pudo hasta que las piernas le fallaron y cayó al suelo jadeando. El terror era otra cosa, una experiencia nueva, y él creía saber todo lo que había que saber sobre el miedo. Se equivocaba.

Su estómago ya estaba protestando otra vez. Una sensación de traición lo recorrió por dentro. Admitir y alimentar una necesidad tan básica lo hacía sentir deshonesto, culpable. Era extraño. Holly se había ido y él no podía entenderlo. Al volver a casa el día anterior a primera hora de la tarde, se había encontrado a su padre levantado, deambulando con cautela mientras masajeaba su cabeza dolorida. Casi siempre le dolía la cabeza… Le habló de Holly, sintiendo de inmediato la necesidad de defender su inocencia. Al fin y al cabo, su padre siempre le decía que tuviera cuidado con las personas en las que confiaba y con los sitios a los que iba. «El resto del mundo no es como tú, hijo. No puedes confiar en ellos. Solo puedes confiar en nosotros». Se refería a la familia, a sí mismo y a los otros niños, a

sus hermanos, pero no a su madre. En su madre no se podía confiar. Lo había demostrado desapareciendo una noche, años atrás, cuando Mark tenía poco más de diez años. Se fue mientras dormían, sin decir una palabra, dejándolos a todos para que se las arreglaran sin ella.

Recordó la reacción de su padre; le había sorprendido. Primero lo miró fijamente, con la cara seria y en silencio. En el colegio, su profesor de inglés citó una vez a Shakespeare diciendo que «los ojos son la ventana del alma». Era una expresión maravillosa. Si eso era cierto, el alma de su padre debía ser un lugar aterrador. Tras contemplarlo, Mark recordó la sensación de nerviosismo que le produjo el escrutinio; resopló con fuerza, un hábito que tenía cuando estaba sometido a estrés, y luego le quitó importancia. ¡Había quitado importancia a la muerte de Holly como si no significara nada! La ira estalló entonces en su interior; igual que en las ocasiones en las que la gente se le acercaba demasiado. «Penetran en tu espacio personal», le dijo una vez su trabajador social.

La noche había sido fría, implacable, pero no era la primera que dormía al aire libre y, sin duda, no sería la última. Las palabras intercambiadas el día anterior habían sido duras, amargas. Pensó en ello. Las cosas estarían más tranquilas ahora. Los dos estarían más tranquilos.

Al acercarse a la parte trasera de la casa, la suave brisa arrastró voces. Su padre estaba hablando con alguien. Estaba enfadado. Era evidente en su tono, aunque no lo dejaba traslucir. Cualquiera que lo conociera tan bien como cualquier hijo conoce a su padre, reconocería fácilmente la tensión. El otro hombre se dirigía a él de manera cortés, pero, a la vez, firme y autoritaria, igual que hacían los profesores del colegio antes de que pasara a bachillerato. Ahora eran más amables, hablaban con él y con los demás como si fueran adultos. Holly apareció en su mente, inmóvil y sin vida. Muerta. Nunca llegaría a ser adulta.

Tras apartarse, se dejó caer en la arboleda cercana y se agachó; luego bordeó su casa y se situó detrás de la maleza para poder ver el intercambio. También había una mujer, atractiva y de aspecto serio, pero no dijo nada. La observó mientras subía al coche. Su

padre intercambió más palabras con el hombre. Era alto, rubio y no parecía creerse lo que le estaba diciendo. Mark no pudo oír su respuesta por más que lo intentó, pero a su padre no le gustó. Se tensó. Mark conocía bien esa mirada. Por un momento, pensó que le iba a dar un puñetazo al desconocido, pero el hombre se dio la vuelta y se metió en el coche. Eran policías. A lo largo de los años, habían pasado por allí las veces suficientes como para que pudiera reconocerlos.

Una sensación de pavor se manifestó en la boca de su estómago. Ya no tenía hambre. «Han venido a verme a mí». El coche desapareció de su vista, pero él permaneció donde estaba. Al cambiar el peso de un pie a otro, rompió una pequeña rama. Su padre miró a su alrededor fijándose directamente en el lugar donde estaba escondido, pero siguió sin moverse. Se quedó clavado en el sitio.

—¡Ven aquí, chico! —lo llamó su padre—. Creo que tú y yo necesitamos tener una charla.

CAPÍTULO 10

Jane Francis estaba en el jardín de delante de su casa, mirando al sol. Cogió la taza de té con las dos manos y se calentó los dedos. La temperatura exterior estaba subiendo, pero durante la noche se había producido otra helada suave gracias al cielo despejado y a la ausencia de viento. Pronto, el comienzo de la primavera avanzaría sin cesar y los gélidos días envueltos en niebla se olvidarían rápidamente. Por suerte, los niños ya no le pedían detalles sobre la macabra escena con la que habían imaginado que su madre se había topado el día anterior. William, en particular, estaba muy disgustado por la aparente falta de sangre de la escena. Aunque, si la hubiera habido, ella no habría dicho nada. Su persistencia al final se vio recompensada con una descripción muy breve. Tuvo cuidado de decir lo justo para satisfacer su curiosidad, pero no ofreció ni de lejos los detalles necesarios para alimentar su entusiasmo.

«Seguro que es culpa de esos malditos juegos de ordenador», pensó, recordando el brillo de sus ojos cuando le pidió que le contara lo que había visto. Ken no vio ningún problema, lo achacó a la ingenuidad de la infancia y a la falta de comprensión entre acción y consecuencia. «Como si él pudiera dar lecciones a alguien sobre ese tema». Se sorprendió imaginando a Holly como la había visto en el sendero, muy distinta de la niña arrogante con expresión altanera. Era una niña jugando a ser mujer. Aún le quedaba mucho por aprender, pero ya actuaba como si fuera una maestra. «Está mejor muerta». Al percatarse del pensamiento que había surgido en su mente, se sintió culpable. Eso no era justo. La chica estaba equivocada, de forma intencionada en su opinión, pero no merecía morir.

«Aunque puede seguir cayéndome mal».

Al volver a entrar en la casa, los niños no aparecían por ninguna parte. Le llegó el sonido de unos pasos retumbando en los tablones

del suelo y se dio cuenta de que estaban arriba. Ken estaba sentado a la mesa de la cocina, garabateando algo en su bloc de notas con un lápiz mientras bebía café. Esa mañana se había quedado dormida. Sin embargo, Ken se había levantado más temprano que de costumbre. Fingió estar dormida para no tener que hablar con él, pero sabía que llevaba despierto un buen rato antes de levantarse y bajar las escaleras tras haber pasado media hora dando vueltas por el dormitorio.

Su marido estaba demacrado y ojeroso. Era muy distinto del hombre con el que se había casado años atrás. En aquel momento, él era casi una década mayor que ella. Ahora, la distancia que había entre ellos era aún mayor, y no solo estaba causada por la diferencia de edad. Todo el mundo cambiaba, envejecía y se volvía menos atractivo. Ella sabía que ya había tocado techo. Los niños habían ayudado a dejar claro ese punto, pero ella se sentía bien, seguía teniendo un aspecto genial y llamaba la atención. Pero no la de Ken. Su matrimonio se había convertido en un intercambio. «¿Siempre ha sido así?».

—¿Quieres más café? —dijo en un tono más suave del habitual, tratando de sacarlo de su especie de trance. A lo mejor le interesaba lo que él tuviera que decir. Desde luego, se había callado cuando la policía se había marchado el día anterior.

—No, gracias. Me voy al estudio.

Ella observó cómo se terminaba el café, se levantaba y dejaba la taza junto al lavavajillas, pero no dentro. Se sentó para ponerse los zapatos. Esa mañana no se había duchado ni afeitado. Tenía un aspecto desaliñado, pero no le quedaba tan bien como al detective rubio que los había visitado el día anterior.

—No has dicho nada sobre ella.

Ken hizo una pausa. Estaba agachado, atándose los cordones de los zapatos, pero no levantó la vista. Segundos después, continuó con ello.

—¿Qué tendría que decir?

«Bueno, podrías decir lo mucho que la vas a echar de menos. Podrías lamentarte de que ya no podrás volverte a acostar con ella; porque lo hacías, ¿no? Pero nunca lo admitirás, ¿verdad?». Se le

ocurrieron todas esas preguntas, perfectamente válidas, pero no las formuló. Él se levantó, evitando su mirada, y se dirigió a la puerta trasera. Se detuvo en el umbral de la cocina, apoyó una mano en el marco de la puerta y se giró para mirarla por encima del hombro. Parecía que iba a hablar, pero sus ojos se dirigieron hacia William, que bajaba las escaleras al otro lado de la habitación, y en su lugar negó con la cabeza.

—La echaré de menos —dijo casi en un susurro.

«Seguro que sí. Después tendrás que sustituirla, como hiciste con la última… y la anterior».

Mientras William entraba en la cocina en busca de comida, Ken se escabulló fuera. Jane observó a través de la ventana abierta cómo cruzaba el jardín hasta que desapareció dentro de su estudio.

—Mamá, tengo hambre —se quejó William. Jane no procesó sus palabras—. Mamá, tengo hambre. Necesito comer algo.

—¿Qué has dicho? —le preguntó, volviéndose hacia él.

El niño iba a repetir su afirmación por tercera vez cuando oyeron un grito nacido de la desesperación y la angustia más que de la ira.

—¿Es papá? —preguntó William con el ceño fruncido.

—Espera aquí —le dijo ella, dejando la taza sobre la encimera antes de dirigirse al exterior.

Correteó por el patio, con cuidado de no resbalar en los adoquines irregulares, aún húmedos por la escarcha derretida. Se secarían una vez que el sol asomara por encima de la casa.

Reformado a partir de uno de los antiguos graneros, el estudio medía doce metros de largo por seis de ancho y estaba abierto hasta las vigas del tejado. Ken utilizaba un extremo para sus obras de cerámica, esculturas y piezas independientes, y el otro para sus obras sobre lienzo. Jane jadeó. Todas las obras estaban esparcidas por el estudio. Algunos cuadros estaban destruidos, con el lienzo rasgado y, en algunos casos, prácticamente hechos trizas. Arruinados sin remedio. Otras obras, ya fueran esbozos a carboncillo o lápiz o cuadros parcialmente pintados, estaban embadurnadas de varios colores o les habían echado encima una lata entera de pintura. El espacio estaba hecho un desastre.

Jane miró hacia el otro extremo y vio escombros por todas partes.

Las esculturas estaban tiradas por el suelo, algunas irreconocibles y otras desconchadas o sin alguna parte.

—Oh, Ken… ¿Qué ha pasado? —dijo en voz baja; los daños habían sido devastadores en cuanto al nivel de destrucción.

Su marido estaba de espaldas a ella. No pronunció ni una sola palabra en respuesta. Sus hombros empezaron a temblar y su cabeza se inclinó hacia delante. Ella se dio cuenta de que estaba llorando. El sonido creció y él cayó de rodillas; su respiración se convirtió en fuertes jadeos en busca de aire mientras las lágrimas se convertían en sollozos.

—¿Qué le pasa a papá? —dijo una voz tranquila desde atrás.

Jane se giró y vio a los niños de pie en la entrada. William estaba con la boca abierta y los ojos entrecerrados mientras los miraba a ambos. Rosie se encontraba detrás de él, a su izquierda, asomándose detrás de su hermano para observar el interior del estudio, asustada. Los convenció para que volvieran con ella a la casa principal con la promesa de galletas de chocolate y bebidas gaseosas. Rosie se marchó de buena gana, pero William se mostró reticente; estaba preocupado por su padre. A regañadientes, ante la insistencia de ella, la siguió.

Una vez instalados, les indicó que permanecieran en la casa y corrió de vuelta al estudio. Se encontró a Ken sentado, de espaldas a la pared. Había recuperado la compostura, pero aún era evidente que había estado llorando. Tenía la cara llena de lágrimas y vetas en ambas mejillas mientras observaba la destrucción. Sus ojos se desviaron hacia ella cuando entró. Jane se detuvo un instante antes de acercarse a él y arrodillarse a su lado. Le puso una mano reconfortante en el hombro. Era el primer contacto físico que compartían, al menos uno iniciado por ella, en meses. Sin mediar palabra, Ken se inclinó hacia ella y Jane se acurrucó a su lado, dejando que su cabeza cayera sobre su pecho.

Se quedaron así, en silencio. Jane miró a su alrededor. La cama de matrimonio que Ken utilizaba como decorado para que posaran sus modelos y para dormir él mismo de forma ocasional tenía manchas de pintura de varios colores. El edredón blanco y las sábanas ahora estaban resaltados con amarillo y morado. Las paredes tampoco se

habían salvado. En un sitio se podía leer: «Escoria» y en otro: «Pervertido». Junto a la cama, un par de zapatos rojos de tacón alto yacían de forma desordenada uno junto al otro.

Miró al cascarón roto del hombre del que se había enamorado mientras le mecía la cabeza. Pasándole la mano libre por el pelo, le vino a la mente una frase: «Para lo bueno y para lo malo». Pensó en la nota que había encontrado en el correo la mañana anterior y recordó que aún estaba en el bolsillo de los vaqueros, que ahora estaban en el cesto de la ropa sucia. Por suerte, Ken nunca se molestaría en hacer la colada, pero aun así hizo una nota mental para recuperarla más tarde. «Las cosas están empezando a descontrolarse».

CAPÍTULO 11

La comisaría estaba tranquila como todos los domingos. Eric estaba solo en la sala de operaciones. Apartó la carpeta que tenía sobre el escritorio e hizo sitio para su comida. Al principio se opuso, pero, teniendo en cuenta las escasas opciones disponibles, al final cedió y permitió que su madre le preparara algo de comer. Tenía razón. Con un caso como ese, no había límite de tiempo en su jornada laboral. En secreto, a Eric le preocupaba que ese fuera uno de los motivos por los que se había aprobado su traslado al Departamento de Investigación Criminal. Tal y como estaban redactados los contratos de trabajo, los agentes uniformados podían reclamar horas extraordinarias o días de descanso si se les retenía más allá del turno asignado. Los contratos de los agentes del Departamento de Investigación Criminal no tenían esa cláusula. Si cogías un caso importante, se esperaba que lo dieras todo hasta resolverlo. No era de extrañar que el Departamento de Investigación Criminal tuviera dificultades para reclutar y retener agentes.

Por eso él encajaba tan bien allí. No tenía familia. Bueno, la tenía, pero su madre no contaba. Sin hijos —se consideraba demasiado joven para todo eso— y como ni siquiera tenía novia, no había peligro de que su carga de trabajo interfiriera en su vida personal. Tampoco es que los casos que habían pasado por su mesa hasta ese momento fueran especialmente interesantes. El inspector Janssen le ocultaba cosas, de eso estaba seguro, pero no sabía por qué. El lado confiado de su naturaleza le decía que era para permitirle asentarse y encontrar su sitio antes de que aumentara la presión. Luego estaba esa vocecita molesta, la misma que le decía los motivos por los que no atraía a ninguna chica. Esa voz le daba a entender que Tom Janssen no lo valoraba ni lo quería en su equipo y que, por tanto, no podía confiar en él. El tiempo lo aclararía.

Quitó el plástico transparente de su sándwich y le dio un mordisco.

Estaba relleno de pollo y mayonesa, y lo acompañaban una ensalada y un trozo de tarta. «Estaría loco si me fuera a vivir solo», pensó, no le importaba lo que le dijeran sus amigos. Unas voces en el pasillo anunciaron la inminente llegada de su jefe. Enderezándose en la silla, se puso a masticar rápidamente e intentó tragar el bocado antes de que entraran; pero no lo consiguió.

Tom Janssen entró y lo miró de refilón. No conocía a la mujer que estaba a su lado y miró más allá de ella, en busca del inspector jefe Galbraith, pero rápidamente se hizo evidente que los dos estaban solos. Janssen debió leer la expresión de confusión en su rostro.

—Eric Collet, le presento a la inspectora jefe Tamara Greave. Ella será la oficial al mando del caso Bettany.

Al darse cuenta de que era la nueva jefa, prácticamente saltó de la silla, deseoso de causar una buena impresión. La silla se deslizó hacia atrás sobre sus ruedas, golpeando su escritorio. El impacto sacudió su botella de coca cola abierta, que se volcó, derramando líquido por encima de los papeles. Dijo una palabrota, enderezó la botella e intentó coger todos los papeles que pudo mientras el líquido burbujeaba y se esparcía por todas partes, se escurría hasta el borde del escritorio y caía al suelo. Dijo otra palabrota y se puso rojo por la vergüenza.

Greave se fijó en una caja de pañuelos que había en un escritorio contiguo y se la pasó. Eric le dio las gracias y comenzó la operación de limpieza. Maldijo interiormente su torpeza, pues sabía que no había empezado con buen pie. Janssen miró en su dirección con una expresión que reflejaba una mezcla de lástima y ligera diversión. En cuanto a la inspectora jefe, se limitó a fruncir el ceño. Eric deseó que el suelo se abriera y se lo tragara entero.

—Ayer volvió a casa de los Bettany, ¿verdad? —le preguntó Janssen mientras él terminaba de limpiar.

Eric asintió con la cabeza.

—¿Qué cogió de la habitación de Holly, además del portátil?

Eric se sintió mucho más cómodo. Tenía algo constructivo que compartir. Sacó un gran sobre de pruebas y lo llevó a otro escritorio que no tenía restos de coca cola. Sacó el contenido, un puñado de hojas de papel normal, y las colocó unas junto a otras. Los dos

oficiales superiores se colocaron detrás de él y miraron por encima de su hombro.

—Encontré esto en una carpeta escondida al fondo de su armario.

—¿Escondida? —preguntó Tamara.

—Sí. Estaban debajo de un montón de ropa, en la parte de atrás; pero no creo que sean dibujos antiguos y olvidados. El papel no está descolorido y los bordes no están manchados ni arrugados. Ella los cuidaba y creo que son obras recientes.

—¿Así que era una artista en ciernes? —dijo Janssen, mirando uno de los dibujos.

Eric notó su interés por ese boceto en particular. Era en blanco y negro; por su aspecto, parecía dibujado con carboncillo. También era una representación asombrosamente exacta de Holly.

—No lo creo —dijo él. Sus dos oficiales superiores lo miraron. Sintiéndose repentinamente cohibido, continuó hablando—: Miren esto —dijo, acercándose a ellos con otro dibujo en la mano. Se trataba de un rostro masculino, pero esta vez estaba dibujado a lápiz y las líneas eran de mucha menor calidad—. O era excelente un día haciendo autorretratos y olvidaba cómo dibujar al siguiente o…

—Es la autora de algunos, pero no de todos —terminó Tamara, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación a su conclusión.

—Así es. Creo que otra persona la dibujó y que ella cogió el retrato o se lo regalaron.

—¿Está firmado? —preguntó Janssen, inclinándose para mirarlo más de cerca. No lo estaba, ni siquiera aparecían unas iniciales.

Eric cogió otro dibujo para dárselo a Janssen, pero Tamara malinterpretó la intención y lo cogió ella. La imagen era de otro hombre, pero en esta ocasión el dibujo estaba más definido. Parecía llevar barba, posiblemente un intento de una barba de tres días.

—Es una persona diferente a la de antes —dijo Tamara—. ¿Y si asistía a clases de dibujo con modelos reales? ¿Tienen algo así por aquí?

Eric no tenía ni idea, pero parecía que los dos esperaban una respuesta suya. Sabía que Janssen estaba impresionado por su conocimiento local de la gente, pero las aficiones artísticas no eran de su interés. Sacudió la cabeza.

—Preguntaré por ahí. —Si alguno estaba decepcionado con su contribución, no lo demostró.

—Podríamos preguntárselo a Ken Francis. Seguro que él lo sabe —sugirió Janssen. Eric se enfadó por no haber pensado en eso. Era bastante obvio—. ¿Preguntó a los padres, Colin y Marie, sobre esos dibujos? —Los dos volvieron a mirarlo. No lo había hecho. Sacudiendo la cabeza, sintió que le habían puesto otro punto negativo. Se estaba luciendo—. ¿Ha habido suerte con el portátil de Holly?

—No. Está protegido con contraseña y el encriptado de esa marca es bastante decente. Los informáticos de Norwich tendrán que venir a echarle un vistazo.

Janssen parecía desanimado. El diario de Holly no contenía casi nada, aparte de unas pocas referencias sobre la insistencia de su madre en que continuara con su carrera musical, por lo que sabían muy poco sobre las inquietudes de Holly. Siempre quedaba la esperanza de que fuera más abierta en el mundo digital que en el escrito.

—¿Qué sabemos de su huella digital, aparte del ordenador? ¿Tenía teléfono móvil? —preguntó Tamara.

—No hemos encontrado la maleta con la que salió de casa el viernes por la noche ni su teléfono móvil y tampoco hemos localizado los zapatos que llevaba —dijo Janssen, que parecía frustrado.

Eric dedujo que, si encontraban algo de eso, sabrían dónde había pasado sus últimas horas, con quién y, tal vez, cómo había acabado muerta.

—He llamado a la compañía telefónica para pedirles sus registros. Deberían llegarnos mañana. —Eric se alegró de tener algo útil que aportar, de demostrar su valía—. El teléfono está apagado o fuera de cobertura. Lo intenté ayer y esta mañana. Anoche también hablé con su profesor particular.

—Bien —dijo Janssen. No habían podido contactar con él durante toda la jornada del sábado—. ¿Qué le dijo?

—Que Holly no se presentó a la clase. —El profesor había sido muy amable y le pareció muy organizado cuando hablaron por teléfono—.

Me dijo que llamó a los padres a casa por si había algún malentendido con el día o la hora, pero le saltó el contestador. Al parecer, dejó un mensaje.

—Marie dijo que el viernes por la noche estaba en el ensayo del coro y que había dejado a Holly en la parada del autobús —comentó Janssen en voz alta, presumiblemente para informar a Greave—. Ninguno de los padres mencionó un mensaje en el contestador. Supongo que tal vez no lo habían escuchado.

Eric se alegró de poder contribuir de nuevo.

—También hablé con el conductor del autobús y no recordaba haber recogido a nadie en Burnham Market el viernes por la noche. Dijo que a esa hora de la tarde no recoge a mucha gente y que se habría acordado si Holly se hubiera subido. Ella hacía ese trayecto un par de veces por semana y me aseguró que conocía perfectamente su aspecto.

Tamara se giró hacia él, con cara de concentración.

—Leí en sus notas que los Bettany planeaban que Holly fuera a la Facultad de Medicina, que siguiera sus pasos. ¿Eso es cierto? —Los miró uno por uno y los dos asintieron—. ¿Cuál fue la valoración del tutor sobre Holly? Supongo que usted se lo preguntaría.

Eric soltó un suspiro silencioso de alivio. Se lo había preguntado.

—Curiosamente, el tutor no creía que el corazón de Holly estuviera en sus estudios académicos. —Tamara entrecerró los ojos y lo miró con atención—. Dijo que parecía… —Se esforzó por recordar—. Distraída últimamente. Sí, eso fue lo que dijo, distraída.

—¿Le contó por qué? —preguntó Janssen.

El tutor se había mostrado reacio a especular, así que Eric no lo sabía. Negó con la cabeza.

—Me parece que aún no sabemos quién es la verdadera Holly Bettany —dijo Tamara, alejándose del escritorio y comenzando a pasear.

Eric consideró que se había perdido momentáneamente en sus pensamientos e intercambió una mirada con Janssen. Su inspector, como de costumbre, no reveló gran cosa. A veces era un hombre difícil de descifrar, y eso lo hacía intimidante. Al menos, para Eric. Tamara se giró y se sentó en el borde de un escritorio.

—Quiero que volvamos a hablar con los amigos de Holly, y necesitamos localizar a Mark McCall. Según esa amiga suya, Amelia, tenía algún tipo de relación romántica con Mark. Quiero saber su alcance y por qué la mantuvieron tan en secreto. Me parece que sus compañeros de clase y amigos estaban al tanto y que los únicos que estaban en la inopia era los padres. Si es así, no deberían faltar personas que puedan arrojar algo de luz sobre ellos como pareja. Eric, vaya a segundo de bachillerato mañana si es necesario.

—Mientras tanto —dijo Janssen una vez que ella pareció haber terminado de repartir las tareas—, yo volveré a hablar con Ken Francis, a ver si puede decirnos si hay alguna clase de arte a la que Holly pueda haber asistido. Nunca se sabe, quizá él mismo haya estado allí. —Janssen la miró, ¿buscaba su aprobación o quería llevar la voz cantante? Era difícil saberlo. Al cabo de un momento, la inspectora jefe asintió—. Puedo dejarla en el *bed and breakfast* si quiere, así podrá descansar un poco.

—¿Parezco cansada o algo así? —respondió ella. Las palabras sonaron cortantes, acusadoras, como si vinieran de alguien que sufre de falta de sueño.

Eric se sintió incómodo, como si estuviera entre dos padres que están a punto de tener una pequeña discusión. Janssen sonrió y la tensión que Eric había percibido se evaporó. Era propenso a ver cosas que simplemente no existían. «Paranoia» lo llamaba su madre.

—En absoluto. Si lo prefiere, puede acompañarme.

—Lo haré. Pero puede dejarme a la vuelta. —Miró hacia el escritorio de Eric. No estaba seguro de si estaba evaluando los daños de sus papeles o recordándole su torpeza—. Y si sabe de algún sitio donde podamos comer por el camino, sería estupendo. —Eric siguió su mirada y sus ojos se posaron en su sándwich. Le rugió el estómago. Él también tenía hambre.

CAPÍTULO 12

Tamara estaba deseando ver los nombres de las señales de la carretera a medida que pasaban. «Burnham Overy Staithe» fue el siguiente en llamar su atención. No había pasado mucho tiempo en esa parte del condado. Desde que se había mudado al este, su tiempo había estado dominado por la tarea de asentarse en Norwich. La necesidad personal de demostrar que se merecía el ascenso era casi completamente absorbente. Asumir la responsabilidad que se había impuesto ya estaba afectando al resto de su vida, es decir, a Richard y a su inminente matrimonio. No es que hubieran fijado una fecha, para disgusto de su futura suegra. «Ya verás cuando se entere de que no nos vamos a casar por la iglesia».

Otra señal. En esa ponía: «Egmere». Intentando recordar su historia, pensó que todos los *ham* y *thorpe* derivaban del inglés antiguo, pero, de nuevo, el impacto de los nórdicos en la región era bien conocido y estaba documentado. Miró a Janssen, concentrado en conducir el coche, y pensó en preguntarle. Era de la zona y probablemente lo sabría. Se lo pensó mejor. Tom Janssen era un hombre intrigante. Su evaluación inicial de él ahora le parecía muy alejada de la realidad. Ni una sola vez había tenido la impresión de que le irritara su llegada o que se hubiera hecho cargo de la investigación. Era diligente, cortés y estaba centrado. Muy centrado.

Miró por encima del hombro hacia la silla infantil de la parte trasera y le pareció curioso que no hablara de su familia. Tampoco había hecho referencia alguna a trabajar durante el fin de semana y, por tanto, a estar lejos de ellos. Al fin y al cabo, era parte del trabajo. Por otra parte, tal vez celebraba en silencio no estar cerca del niño. Los niños no eran del gusto de todos.

Richard estaba entusiasmado. De hecho, ya le estaba preguntando por el permiso de maternidad, el sueldo que iba a cobrar y si

después iba a querer volver a trabajar. No querían las mismas cosas. No es que no hubiera sido sincera con él, sino que había evitado expresar lo que pensaba. A menudo era más fácil callarse y dejar que otros hablaran, sobre todo si no les gustaba tu opinión. «Hay que pensar en estas cosas», decía él a menudo. Presumiblemente, esa era su forma de poner en relieve su edad. Ella no veía ningún problema. Era habitual que las mujeres tuvieran hijos a finales de la treintena e incluso a principios de la cuarentena…

Alejó sus pensamientos de su relación y, dirigiéndolos hacia Holly, consideró lo que sabían. La chica era un enigma para ellos, una vez despojada de la apariencia superficial que proyectaba al mundo. A ojos de sus padres, iba a estudiar Medicina. Tal vez tuviera dificultades académicas, pero con sus recursos podían pagarle la ayuda extra necesaria para conseguir las notas que le hacían falta. Luego se dedicaría a lo mismo que ellos, persiguiendo su misma carrera y estilo de vida. Se preguntó si la hermana pequeña estaría siguiendo el mismo camino. Había que comprobarlo.

Pensaran lo que pensaran Colin y Marie Bettany, no parecían conocer muy bien a su hija mayor. Al escuchar la descripción de Eric de su dormitorio junto con los resultados del registro detallado, vio similitudes con su propia experiencia como adolescente. Eric documentó la falta de cosméticos encontrados en su habitación suponiendo que Holly se los había llevado para prepararse para la noche que la esperaba. A juzgar por la impresión que tenía de los Bettany, era más probable que Holly mantuviera gran parte de su maquillaje oculto en algún lugar. Seguramente se pondría los elementos más llamativos de su aspecto en otro lugar, fuera de casa si era algo habitual. Le vino a la mente la imagen de Holly en el sendero. El lápiz de ojos negro, la base de maquillaje pálida y el pintalabios rojo brillante. Su instinto le sugería que se había puesto una máscara, desesperada por presentar al mundo una imagen distinta de la que solía ofrecer. O quizá no al mundo, quizá solo a una persona. A una persona especial.

Janssen pisó el freno. Se precipitaron hacia delante con tanta furia que Tamara se agarró al tirador de la puerta de su lado buscando sujeción ante la fuerza de la maniobra. Sorprendida, miró a Janssen.

Él soltó el pedal del freno y miró hacia la carretera antes de girar el coche y emprender el camino de regreso por donde habían ido.

—Lo siento.

Ella hizo caso omiso de la disculpa, pero no tuvo tiempo de preguntar qué pretendía cuando el coche se salió de la carretera principal en el siguiente cruce. Janssen detuvo el vehículo, apagó el motor y se quitó el cinturón de seguridad.

—¿Vamos a alguna parte? —dijo en tono airado, fruto de la conmoción y la sorpresa.

—Acabamos de pasar junto a Mark.

Tamara se quitó el cinturón y saltó del coche, apresurándose a alcanzar al alto inspector mientras sus largas piernas volvían hacia la carretera principal. Cuando se acercaban al cruce, un joven apareció a su derecha. Pareció sobresaltarse al ver a los dos bloqueándole el camino. Se detuvo y miró a derecha e izquierda antes de volver a mirar por encima del hombro.

—Solo queremos hablar, Mark. No tienes ningún motivo para huir. —Janssen sonó autoritario, pero, al mismo tiempo, su actitud resultaba tranquilizadora.

Tamara estaba impresionada. Mark pareció relajarse y bajó los hombros, y se disipó cualquier indicio de que se disponía a huir. Sin embargo, el chico seguía pareciendo un conejo sorprendido por los faros, y ella se adelantó, sonriendo para tranquilizarlo.

—Mark. Me llamo Tamara y él es Tom Janssen. Somos policías. Es verdad, solo queremos hablar contigo de Holly. Estamos intentando llegar al fondo de lo que le pasó. Eso es todo. —Él la miró fijamente. Cuando ella habló por primera vez, sus ojos transmitían miedo, pero en ese momento, mientras miraba a uno y a otro, tal vez al haberse desvanecido la sorpresa inicial, parecía más tranquilo, más confiado —. Íbamos a comer algo. ¿Tienes hambre? —Los labios de Mark se entreabrieron y ella vio su lengua presionada contra el labio inferior. Parecía pensativo, evaluándola tanto a ella como a su oferta. Luego, asintió.

Los agentes se separaron, se dieron la vuelta y Mark avanzó para situarse entre ellos. Janssen sonrió. Tamara sabía que la sonrisa era forzada. Lo había hecho para tranquilizar al chico, pero, aun así,

había conseguido que pareciera natural. Tenía la impresión de que Tom Janssen sonreía mucho. Aunque quizá no lo hacía demasiado cuando estaba trabajando.

Encontraron una pequeña cafetería que seguía abierta después de la hora punta de la comida. El cartel con el horario de apertura indicaba que el negocio debería estar cerrado. La temporada alta empezaría a finales de mes, coincidiendo con la Pascua de ese año, si Tamara había calculado bien las fechas. Siempre tenía problemas con las variaciones del calendario religioso, ya que no se había criado en ese tipo de entorno. Supuso que la llegada temprana del buen tiempo esa primavera atraía a una mayor afluencia de clientes y hacía sensato abrir las puertas de par en par.

Estaba sentada fuera con Mark en una mesa de pícnic pintada de azul y blanco. Solo había sitio para un puñado de clientes y agradeció que el periodo de mayor afluencia hubiera pasado antes de su llegada. Un pequeño grupo de excursionistas pasó por delante de la mesa con cafés para llevar, pasteles y galletas caseros. Era una buena tarde para pasear. Janssen salió del interior llevando una bandeja. En ella había dos cafés, uno para cada uno y una botella de coca cola para Mark. Dejó la bandeja en la mesa y cogió de ella un vaso de medio litro que contenía una cuchara de madera, en la que había escrito con rotulador negro un número cuatro enorme. Tamara miró a su alrededor, a las mesas vacías, y luego detrás de él, hacia el interior. Ahora estaba libre de clientes.

—¿Creéis que les costará saber para quién son los bollitos? — Señaló la cuchara, que era el marcador que guiaba a los camareros a la mesa correcta con su pedido.

Janssen sonrió, pero no dijo nada y le puso el café delante. Ella se lo agradeció.

—Le he pedido un huevo frito en el suyo. Era lo que quería, ¿no? — le preguntó Janssen.

Tamara asintió. No comía carne, había sido criada como vegetariana, pero aún no estaba preparada para hacerse vegana. Todavía no. Aunque cada vez que iba a ver a su familia se lo imponían. Mark bebió un sorbo de su coca cola. Ella lo observó durante un segundo antes de hablar.

—Estuviste con Holly el viernes por la noche. —Podría haber puesto a prueba la sinceridad del chico preguntándole, pero le apetecía avanzar en la conversación. A esas alturas, no lo veía como el asesino más probable. En los años que llevaba en la policía nunca se había encontrado con un asesino que se deshiciera de una víctima y volviera a donde estaba su cuerpo a la mañana siguiente con el desayuno en la mano. Solo narcisistas sociopáticos serían capaces de hacer algo así, aquellos carentes de toda empatía, pero mantenían a sus víctimas ocultas en sus casas, no a plena vista—. Nos lo dijo una de tus amigas de la fiesta.

Mark la miró a los ojos.

—Ninguno de ellos es amigo mío. Solo Holly —dijo con una evidente animosidad en su tono.

Tamara se hizo eco de la corrección y tomó nota mentalmente de ella.

—¿A qué hora os fuisteis Holly y tú de la fiesta? —Él sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. ¿A dónde fuisteis? —Parecía reacio a contestar, pero ella no percibió que intentara ocultar nada ni inventarse una respuesta—. Es importante, Mark.

—Hay un sitio. Voy allí cuando… cuando necesito estar solo.

—¿Y fuiste allí con Holly?

Mark volvió a hacer una pausa, mirando hacia abajo. Estaba a punto de decir algo cuando llegó la camarera con la comida. Era una mujer optimista y entusiasta, que les sirvió los pedidos, los cubiertos y les ofreció salsas. La interrupción pasó y los tres volvieron a quedarse solos. Tamara abrió un sobrecito de sal, lo espolvoreó sobre el huevo y luego volvió a colocar la parte superior del bollito en su lugar. Mark se esforzó por abrir un paquete de kétchup para su bollito de *bacon* y Janssen lo ayudó.

Empezaron a comer, dejando al chico un momento de paz. Él se abalanzó sobre la comida con tanto entusiasmo que ella se preguntó cuándo había comido por última vez.

—Mark, llevaste a Holly a tu escondite. ¿Es un sitio especial para ti?

Él la miró, moviendo la cabeza de arriba abajo como respuesta mientras masticaba un bocado. Se limpió el kétchup de la comisura de los labios con el dorso de la mano y sonrió.

—Estaba entusiasmada. Siempre le dije que algún día la llevaría allí.

—¿Y qué le pareció? —Mientras Tamara mordía su bollito, intentaba mantener una conversación tranquila y relajada. La yema se abrió y se deslizó desde el pan hasta el dorso de su mano. Dejó su bollito en la mesa, se limpió la comisura de los labios con una servilleta de papel y luego se limpió la mano—. ¿Le gustó?

Mark negó con la cabeza.

—Nunca llegamos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —le preguntó, mirando a Janssen. No estaba participando. Para los no iniciados, estaba prestando poca atención, limitándose a comer y a beber su café. Pero ella sabía que no era así. Estaba absorbiendo cada detalle, cada matiz, por leve que fuera.

—Cambió de opinión.

Tamara esperó a que diera más detalles, pero él no dijo nada más.

—¿Así por las buenas? —Mark asintió, cabizbajo—. ¿Era algo raro en ella? Me refiero a comportarse así.

—No, la verdad es que no —respondió él. Su tono sonó melancólico, decepcionado—. Su humor iba de un extremo al otro. Algunos días parecía muy emocionada de estar conmigo y otros… Bueno… Cambiaba tanto como el tiempo, como solía decir mi madre.

—¿Sobre Holly? —preguntó ella.

—No, sobre la gente en general. Aunque a Holly esa expresión le venía al pelo.

—¿Y a dónde fue ella, entonces? —Mark negó con la cabeza para indicar que no lo sabía—. ¿Cuándo la viste por última vez?

—El sábado por la mañana, en el sendero… cuando… —Se quedó callado.

Tamara supuso que probablemente estaba reviviendo el recuerdo. Miró a Janssen, y este le devolvió la mirada con una ceja levantada.

—¿Por qué huiste, Mark? —le preguntó, adoptando un tono severo en su voz para enfatizar la seriedad de la pregunta.

—Por ella, por esa mujer.

Lo dijo con tanto odio que Tamara se quedó descolocada, aunque solo durante un segundo.

—¿Jane Francis? —preguntó Janssen en voz baja. Mark lo miró con

los ojos entrecerrados—. ¿Por qué no te gusta?

La respuesta fue casi escupida con rabia:

—Porque es malvada.

CAPÍTULO 13

Tom Janssen reflexionó sobre su discusión con Mark McCall. Para tener diecisiete años, parecía terriblemente ingenuo sobre cómo funcionaba el mundo. Esa valoración se veía agravada por la familia de la que provenía. Si había una familia capaz de manipular de forma egoísta a la gente o a las instituciones en beneficio propio, esa era la de los McCall. Sin embargo, Mark no había estado a la altura de sus expectativas, y eso lo desconcertaba. Mentiría si negara que lo había metido en la trama casi en cuanto se había enterado de que Mark y Holly estaban saliendo. Eso no era lo mismo que creerlo culpable, pero su familia se había ganado su mala reputación a pulso. Se preguntó si Tamara estaría pensando lo mismo.

No había hablado mucho desde que dejaron a Mark al final del camino que llevaba a su casa. El chico no parecía tener mucha prisa por marcharse. Tal vez tuviera que ver con los hematomas visibles bajo el cuello de su camiseta. No tenía ninguna herida defensiva visible, por lo que estaba seguro de que no habían sido causados por un altercado con Holly. Además, el tinte amarillo indicaba que eran viejos, que llevaba con ellos una semana o quizá más.

Los niños debieron oír acercarse el coche, porque dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a la puerta para inspeccionar a los recién llegados. Rosie, la más joven, probablemente de seis o siete años, una edad similar a la de Saffy, se subió a la puerta cuando tomaron el desvío del camino hacia el jardín. Con los pies plantados en la barra inferior, Janssen se alegró de ver que la puerta se mantenía en su sitio mientras la niña se balanceaba hacia delante y hacia atrás. El niño, William si no recordaba mal, se quedó a un lado. Los observaba con una expresión fija, que bordeaba el arrepentimiento y estaba mucho más serio de lo que, en opinión de Janssen al menos, debería estar un niño de diez años.

Al llegar a la parte trasera, donde los Francis aparcaban sus vehículos, le intrigó ver a Ken haciendo una especie de limpieza. Salió de su estudio con trozos de madera y lo que parecían ser lienzos en los brazos, y se dirigió hacia un contenedor situado en el extremo del patio, junto al antiguo granero. En las inmediaciones se amontonaban muchos residuos de obra, procedentes probablemente de la renovación, a la espera de ser reutilizados o retirados. Ken los miró al pasar y tiró su carga al contenedor antes de volver. Su expresión era sombría. Janssen pensó que parecía tenso y triste.

—Me pregunto qué estará haciendo —dijo Tamara en voz baja.

Janssen estaba seguro de que los mejores lectores de labios del mundo habrían tenido dificultades para interpretar sus palabras.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—Encárguese usted de Ken. Ya lo conoce. Imagino que es más probable que hable con usted que conmigo. Hablaré con Jane en privado para tantearla, a ver si puedo averiguar a qué se refería Mark.

Él le hizo un gesto afirmativo con la cabeza y ambos salieron del coche. Rosie seguía encaramada a la puerta, aunque ahora estaba sentada en la barra superior, con las piernas colgando por el lateral, observándolos fascinada. William no aparecía por ninguna parte. Janssen saludó a Ken mientras Tamara miraba hacia la casa principal.

—Quería hacerle unas preguntas sobre la comunidad de artistas, si puede dedicarme unos minutos.

Ken se detuvo, con una expresión casi ilegible en el rostro. ¿Era irritación? Fuera cual fuera el motivo, desapareció con bastante rapidez.

—Si no le importa que siga con lo que estoy haciendo mientras hablamos… —respondió Ken, poniéndose en marcha hacia el estudio.

—¿Está su mujer? —le preguntó Tamara.

Ken respondió por encima del hombro sin mirarla:

—Mire en la casa. La puerta está abierta.

Janssen se sorprendió. Si Ken tenía curiosidad por saber quién era, no se molestó en preguntar. Estaba con Janssen y, por lo tanto,

debía ser agente de policía, pero el carácter despreocupado de la respuesta le resultó bastante interesante. Miró a Tamara y ella pareció encontrarlo igual de extraño. Tamara se dirigió a la casa mientras él seguía a Ken al estudio.

Al entrar, no pudo disimular su sorpresa ante lo que encontró dentro. Se quedó con la boca abierta mientras observaba el estudio. Estaba destrozado. Se había hecho un esfuerzo por colocar las cosas, en un intento parcial de poner orden. Había montones de desperdicios esparcidos de forma esporádica por el espacio. Los lienzos rasgados se apilaban ordenadamente unos contra otros y, cerca de ellos, un montón de trozos de cerámica se había barrido hacia un rincón. En el aire flotaba un polvillo fino, que se le quedó en la garganta al inhalar. Habían tirado pintura por el interior y era evidente que alguien había intentado limpiar algo de las paredes. Dos de ellas estaban húmedas. El contraste con la superficie seca de al lado era enorme. Junto a una pared había un cubo de agua, todavía jabonosa, con un estropajo flotando cerca de la superficie. El residuo de pintura morada seguía siendo visible en la pared de arriba, esparcido sobre el blanco del color base.

—No me atrevo a preguntar —dijo en voz baja, mientras Ken lo observaba con ojos cautelosos mientras recogía otro puñado de sus obras, que ahora parecían más chatarra que arte.

—Anoche entró alguien —dijo en tono amargo, enfadado.

—¿Lo ha denunciado? —En su cabeza, lo había dicho en un tono acusador. No era su intención.

—¿Para qué? No se llevaron nada, solo destrozaron mi trabajo. Las obras acabadas están aseguradas y no las guardo aquí —dijo Ken en tono despectivo, antes de volver a salir.

Janssen prefirió esperar a que volviera en lugar de seguirlo como un perrito. Al mirar a su alrededor, vio que ninguna de las ventanas estaba rota y, al echar un vistazo a la puerta para ver si había sido forzada, vio que no había sufrido ningún daño. Era muy extraño. Sin embargo, hasta donde Janssen sabía, el hombre no tenía motivos para mentir.

Ken reapareció y lo encontró mirando la cerradura. Debió darse cuenta de lo que estaba pensando Janssen.

—No me molesto en cerrar el estudio por la noche. ¿Quién querría robar un montón de cuadros a medio terminar? Sería una estupidez.

—Apuesto a que a partir de ahora empezará a hacerlo. —La respuesta fue instantánea y tal vez un poco frívola.

—Probablemente solo haya sido una chiquillada.

Janssen enarcó las cejas ante la sugerencia, pero no hizo ningún comentario. Nunca se había encontrado con ningún grupo de jóvenes aburridos que hicieran algo de esa envergadura. Vandalizar marquesinas de autobús o carteles de «Se vende» tal vez, pero eso era muy distinto.

—¿Alguien le ha expresado algún tipo de descontento con usted recientemente?

—¡No, claro que no! —replicó Ken, irritado—. Mire, no quiero ser maleducado, inspector, pero como puede ver tengo muchas cosas que hacer. ¿Le importaría ir al grano?

—Tiene razón, señor Francis —dijo Janssen en un tono autoritario y profesional—. Estamos siguiendo una línea de investigación relacionada con el arte y, como usted es el artista más destacado de la zona, y además el único al que conozco, me preguntaba si podría decirme si hay por aquí alguna clase o taller para aficionados.

Ken estaba arrodillado juntando varios bastidores rotos; algunos aún conservaban restos de lienzo sobre ellos. Se detuvo y lo miró.

—¿De qué? ¿De pintura o de cerámica?

—De dibujo, diría yo. Tal vez con carboncillo —respondió, señalando una obra que había cerca, apoyada en la pared. Era una de las pocas que parecía haberse salvado.

—Sí, esa está hecha con carboncillo. Que yo sepa, por aquí no hay muchos artistas que lo utilicen. Al menos no los que dicen ser profesores.

—Pero usted sí.

Ken lo miró a los ojos antes de reanudar su selección de restos para tirar.

—Sí, yo lo utilizo; pero lo siento, no tengo conocimiento de que haya ninguna clase por aquí. No tiene ni idea de lo molestos que son esos aficionados provincianos. Tiendo a alejarme de ellos. En cuanto saben que has vendido unas cuantas obras, se te echan encima para

que vayas a una de sus sesiones, deseosos de disfrutar de la luz de tu nombre para intentar forjar su propio prestigio. No me mezclo con la *comunidad artística*. —Lo último lo dijo con desdén, algo bastante sorprendente teniendo en cuenta que estaba hablando sobre un grupo de personas con intereses comunes a los suyos. Ken recogió su carga siguiente y se puso en marcha.

Janssen respiró hondo. Por más que lo intentaba, no se le ocurría el motivo por el que alguien se había sentido ofendido por ese hombre y su actitud. El día anterior, Ken no había podido ser más agradable; pero claro, estaba representando el papel de anfitrión perfecto. De alguna manera, esa revelación de un hombre enfadado, aunque con una razón justificable, parecía más cercana al Ken Francis real que al que había visto el día anterior. El hombre que se ocultaba tras una imagen creativa y de éxito albergaba un lado más oscuro.

Esta vez, siguió a Ken hasta el patio. El hombre estaba nervioso y, por tanto, a su juicio, era más probable que diera algo a entender con una respuesta airada o un comentario poco meditado. A lo mejor era sincero. Al salir a la luz del sol, Janssen se protegió los ojos. El interior del estudio era algo lúgubre. Pensó que las ventanas debían dar al norte. Le vino a la cabeza un dato oscuro; los artistas solían orientar los estudios hacia el norte, ya que así la luz permanecía constante, inalterable con el paso del sol a lo largo del día y del año.

Ken estaba caminando hacia él. Janssen miró a su alrededor. Los niños no estaban por ninguna parte.

—¿Conocía bien a Holly? —La pregunta surgió de la nada y Ken Francis se detuvo en seco.

—¡No! —contestó de forma tajante—. Bueno, he coincidido varias veces con sus padres en algún evento social y salió su nombre…

—Entonces, sí que la conoce. Al menos, un poco.

—Supongo que sí. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y su mujer? —Janssen miró hacia la casa, recordando el arrebato de Mark con respecto a Jane. Podía ver sombras moviéndose en la cocina a través de la ventana.

La boca de Ken se abrió parcialmente. Parecía dispuesto a hablar, pero no lo hizo.

—¿Su mujer conocía a Holly mejor que usted?

—Yo… No sé lo que está insinuando.

—No estoy insinuando nada, señor Francis. Es una pregunta. —Observó al hombre, calibrando su reacción, porque había una; aunque en ese momento no podía interpretarla.

—No lo sé. Debería preguntárselo a ella.

Ken pasó junto a él y volvió a su estudio. Janssen observó al hombre hasta que desapareció de su vista. Luego cruzó el jardín en dirección a la casa principal, preguntándose qué estaba escrito en las paredes para tener que limpiarlo antes de poder hacer cualquier otra cosa.

CAPÍTULO 14

Jane vio a la mujer caminando hacia la casa mientras Janssen hablaba con su marido. ¿No podrían haberlo hecho al revés? Janssen era avispado, pero ella podía leerlo bastante bien. También era callado y sin duda muy observador, pero supuso que era maleable, de una edad aún sensible a sus encantos si se veía obligada a tener que desplegarlos. Le gustaba la idea de pasar más tiempo con él. Volvió corriendo a la zona del fregadero y se puso a recoger. Al oír abrirse la puerta trasera, respiró hondo para tranquilizarse.

—¡Hola! —dijo una voz suave; venía del vestíbulo e intentaba sonar casual.

—¡Hola! Estoy aquí —contestó ella, tratando de sonar despreocupada—. Adelante. —Puso los últimos platos de la comida en el lavavajillas y cerró la puerta justo cuando la mujer entraba en la cocina. Por la forma en que hablaba con Janssen, era probable que fuera su jefa. Aunque, en su opinión, era un poco joven para ese papel.

—Hola. Soy la inspectora jefe Tamara Greave, la oficial al mando del caso Bettany. Su marido me ha dicho que podía entrar.

Jane miró hacia la ventana abierta. Él no había dicho tal cosa, pero había una sugerencia tácita para que ella entrara. No le gustaba esa mujer. Su sonrisa falsa y su actitud amistosa no eran más que una máscara para tranquilizarla o provocar que bajara la guardia. La miró de arriba abajo mientras cogía el hervidor.

—¿Prefiere té o café? —Era atractiva, si te gustaban las mujeres de aspecto normal y corriente. Bastante sencilla, con un peinado y una forma de vestir terribles que parecían sacados de una comedia de televisión mala de los setenta. No debía importarle mucho lo que la gente pensara de su estilo.

—Preferiría un té, gracias.

Otra vez esa sonrisa. Aunque, claro, se había arreglado la

dentadura. Nadie tenía una sonrisa así sin un trabajo dental importante.

—¿Qué les trae de vuelta tan pronto? No estoy seguro de poder decirle nada más de lo que les dije ayer a sus compañeros. —Jane cogió dos tazas y puso una bolsita de té en cada una—. Le parece bien así, ¿verdad? La verdad es que no suelo utilizar tetera.

—Yo tampoco, a menos que mi madre esté de visita. Así está bien —respondió Tamara, cogiendo una silla para sentarse.

Jane la miró, pero no dijo nada. «Estás en tu casa».

—No se preocupe. He leído el informe y tiene razón. Es bastante exhaustivo. En realidad, estamos aquí siguiendo otra línea de la investigación.

—Vaya… ¡Qué interesante! —«Intentas parecer desinteresada», se dijo a sí misma. «Te estás esforzando demasiado».

—¿Conocía bien a Holly?

«Ya está. Por eso han vuelto tan pronto. Lo saben». El agua hirvió y ella la vertió en las tazas, frunciendo el ceño como si estuviera concentrada en la pregunta. Volvió a colocar el hervidor en su sitio y se giró hacia la policía.

—La conocía de forma superficial, supongo. Conocemos a sus padres.

—Continúe.

Jane se encogió de hombros.

—Hemos cenado con ellos un par de veces. Una vez aquí y otra en su casa. Cuando llegamos, éramos las celebridades locales gracias a Ken. Creo que el *Sunday Times* escribió un artículo sobre una de sus exposiciones el año pasado, y eso despertó el interés de algunos lugareños.

—Claro, lo entiendo.

«Te está tanteando. Ten cuidado».

—Y, por supuesto, Holly vino varias veces. —Se aseguró de que el comentario fuera lo más informal posible.

—¿A cuidar a los niños?

Jane negó con la cabeza, sonriendo.

—¡No! A posar para Ken, como modelo. —Terminó de preparar el té, cruzó la cocina y le dio una de las tazas. Volvió a por la otra, la

cogió con las dos manos, se apoyó en la encimera y empezó a soplar el vapor que salía de la parte superior del líquido. Al leer la mirada inquisitiva de la policía, volvió a sonreír—. Es algo totalmente inocente. Ken es famoso por su interpretación contemporánea de los retratos. Son sus piezas más vendidas hasta la fecha. Ha visto a Holly. Tenía una estructura ósea preciosa, perfecta para el estilo de Ken.

—Entiendo. No se lo mencionó a mis subordinados.

La sonrisa amable y tranquilizadora ya no estaba allí. Ahora estaba hurgando en los detalles, intentando descubrir un hilo suelto del que tirar.

—Lo siento. Supongo que no me pareció relevante.

—La próxima vez deje que seamos nosotros quienes juzguemos lo que es o no relevante, por favor.

—Supongo que debería haberlo pensado. Lo siento. No volverá a pasar. —Estaba enfadada con esa advenediza con el pelo encrespado y una blusa de rebajas. «¿Cómo se atreve a hablarme así?». Se dijo a sí misma que debía mantener la calma y bebió un sorbo de té. Estaba demasiado caliente y se quemó la punta de la lengua.

—¿Y cómo se llevaba usted con Holly?

—Bien, supongo. —Esa pregunta no la incomodaba. Rara vez interactuaban. Ken sería el que estaría incómodo cuando tuviera que contestar a esa pregunta—. Como he dicho antes, la conocía de forma superficial. A veces hablaba con ella, pero no posaba para mí, la verdad… —Sus pensamientos se volvieron hacia Ken y su estudio. «Sus reglas. Sus elecciones». Apartó esos pensamientos porque no era el momento de tenerlos.

—Y, en cuanto a las modelos, ¿de cuántas estamos hablando? —Jane la miró, leyendo su expresión. ¿Por qué estaba preguntando eso? ¿Qué creía saber?—. ¿Era habitual que hubiera chicas en el estudio de su marido?

—¡Mujeres! —soltó Jane, sin poder evitarlo.

—Holly acababa de cumplir diecisiete años, ¿no?

La policía buscaba provocar una respuesta por algún motivo, negativo o no. Jane miró por la ventana, hacia el estudio, y asintió.

—Creo que sí. Estudiaba segundo de bachillerato en el instituto del

pueblo.

—Entonces, no era una mujer —puntualizó la inspectora jefe.

La mirada de Jane se desvió hacia ella. Ninguna de las dos dijo nada durante unos instantes, se limitaron a mirarse.

—Lo siento. ¿En ese comentario hay alguna pregunta? —Esa mujer iba a ser dura de roer, pero Jane sabía que tenía que mantener la calma.

—Me preguntaba… —la policía se levantó, miró brevemente por la ventana hacia el estudio y luego volvió hacia donde se encontraba ella mientras se llevaba la taza a los labios— cómo se sentiría una mujer si su marido pasara mucho tiempo con otras mujeres, sobre todo con chicas jóvenes.

Jane miró hacia el estudio. Los dos hombres estaban fuera, hablando. Ken volvió dentro, y Janssen se dio la vuelta y empezó a cruzar el jardín en dirección a la casa.

—Creo que debería irse.

Tamara dejó la taza sobre la mesa.

—Gracias por el té.

Jane cruzó la cocina para mirar por la ventana y ver cómo se iba. La policía se reunió con Janssen fuera y él miró brevemente en su dirección. Sonó su teléfono y contestó mientras caminaba de vuelta al coche. Hablaba con alguien mientras subía al asiento del conductor. La conversación continuó durante un momento antes de que Jane lo dejar el teléfono. Janssen miró a su jefa, que estaba sentada a su lado. Ambos conversaron brevemente y ella pareció sorprendida. Jane solo podía adivinar de qué se trataba todo eso. Por un momento, sintió una punzada de miedo en el pecho al pensar que podrían salir del coche y volver a entrar. La preocupación se disipó cuando oyó arrancar el motor.

William llegó de la planta de arriba. Ella le sonrió, sintiendo que era a medias.

—¿La policía vendrá otra vez? —Parecía preocupado, como cuando tenía algún momento de estrés.

—Solo si creen que podemos ayudarlos —contestó. La respuesta era claramente inadecuada para el niño, pero no se lo ocurrió nada mejor.

William se dio la vuelta y subió las escaleras. Era propenso a captar la ansiedad que había dentro de la casa. En eso se parecía mucho a su padre. ¿Cuánto había oído? ¿Había escuchado toda la conversación? Esperaba que no.

Al salir al jardín, los policías se había ido y Jane trotó hacia el estudio. Ken apareció cargando con una bolsa de basura negra, con el plástico estirado por el peso de la cerámica rota. Debió leer la expresión de su cara, porque dejó la bolsa en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó con preocupación.

—¿Qué les has dicho de Holly?

—¡Nada! Solo que apenas la conocía.

Un destello de ira la recorrió. Para ser un hombre supuestamente inteligente, a veces demostraba una capacidad bastante limitada.

—De verdad, Ken. ¿Por qué crees que estaban preguntando? Siempre debes decirles cualquier cosa que puedan averiguar con facilidad por cualquier otro medio. Probablemente sabían que ella había estado aquí antes de venir y ahora nos has puesto en una situación muy complicada. A veces pareces tonto.

—Lo siento —dijo en un tono débil, casi patético.

—¿Qué te pasa? —Vio que sus palabras lo habían herido profundamente. Parecía a punto de llorar de nuevo.

—Está muerta, Jane. Holly está muerta.

—¿Y qué la hace a ella más especial que a todas las que vinieron antes? ¡Nada! —Cuando él lo estaba pasando mal, ella elegía sus palabras con cuidado, pero en ese momento, después de los acontecimientos de las últimas semanas, no podía reunir la energía necesaria para no herir sus sentimientos. Ken bajó la cabeza y se le saltaron las lágrimas. Giró sobre sus talones y se dirigió hacia la casa —. Cálmate y céntrate, Ken. Esta vez no puedes dejármelo todo a mí.

CAPÍTULO 15

Janssen saludó a Tamara cuando salió de la casa. Vio a Jane Francis junto a la ventana y analizó su expresión. Fuera cual fuera la naturaleza de su intercambio, Tamara le había causado una gran impresión. Por suerte, Jane era más comunicativa que su marido. Ken estaba ocultando algo. Eso le resultaba obvio, pero no sabía a dónde los llevaría. La expresión de la cara de la inspectora jefe indicaba que había pasado algo entre ellas y estaba deseando saber qué era. Sonó su teléfono y contestó. Era James Collins, el forense de Norwich. Estaba a punto de jubilarse y su voz sonaba como la de los narradores de los documentales antiguos en blanco y negro.

—Tengo algo para ti. —Nunca saludaba. Siempre iba al grano—. Siento llamarte con una información parcial, Tom, pero pensé que querrías saberla. La muerte fue sin duda el resultado de un estrangulamiento manual. Y otra cosa, la razón principal por la que llamo, en realidad: tu víctima estaba embarazada de unos tres meses, si no me equivoco. Es difícil de precisar. De entre ocho y diez semanas, probablemente.

—¿Estás seguro? —Janssen se dio la vuelta y regresó al coche. Cuando lo abrió, Tamara se sentó en el asiento del copiloto. Lo miró interesada. Él cerró la puerta y puso la llamada en altavoz, indicándole a ella que era importante—. No estoy dudando de ti, James, obviamente; es que no se le notaba.

—Bueno, la verdad es que era una chica muy menuda.

—¿Ella lo sabía? —Sus conocimientos sobre el embarazo eran limitados. Si lo sabía, eso sin duda podría haber motivado un cambio en su comportamiento.

Tamara entrecerró los ojos.

—Sin lugar a dudas. Tendría náuseas y se le habría retirado la regla. Me sorprendería que una chica de su edad no lo supiera. En fin, no te molesto más. Me pondré en contacto contigo mañana

cuando tenga el informe completo. Después puedes contarme qué tal te va con tu nueva inspectora jefe. Se rumorea que es un poco tocapelotas.

—¡Nos llevamos muy bien! —dijo Tamara en voz alta y clara.

Se hizo el silencio. Janssen la miró. Tamara tenía la cara tensa y le resultaba difícil juzgar si estaba ofendida y, en caso afirmativo, hasta qué punto. Por dentro, él estaba sonriendo.

—Estupendo… Estupendo. Hablaré con… los dos mañana.

Colgó. Janssen pensó que lo mejor era ignorar el comentario y se sintió aliviado cuando ella tampoco sacó el tema. Arrancó el coche, miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie y se puso en marcha. La llamada del forense era una especie de bomba. La dimensión añadida de un embarazo ponía en juego todo tipo de motivaciones diferentes para el asesinato. Volvió a mirar a Tamara mientras conducía; parecía absorta en sus pensamientos. Lo más probable es que estuviera dando vueltas al caso. Normalmente, era él quien sufría por ser introspectivo, un hábito que a menudo irritaba a sus colegas. Ella debía ser parecida a él. O eso, o a lo mejor era capaz de desconectar de un caso y divagar sobre cosas más agradables. Aunque dudaba que ese fuera el caso. Por algo era la oficial al mando en funciones.

—Entonces, ¿quién es el padre? —Esa pregunta que siguió al prolongado silencio confirmó la teoría de Janssen. En realidad, él no había dejado de dar vueltas en su mente a las distintas posibilidades desde el momento en que salieron de la residencia Francis.

—Mark es el candidato más plausible. —Incluso a él le pareció poco convincente la sugerencia.

Tamara asintió. Por el rabillo del ojo Janssen vio la falta de fe de su jefa en esa teoría.

—Parecía tan… —A Tamara le costaba encontrar la palabra adecuada—. ¿Joven?

Janssen estaba de acuerdo. Mark McCall parecía entusiasmado ante la mera perspectiva de que Holly pasara tiempo con él. ¿Se debía a que tenían relaciones sexuales? Era posible.

—Su relación me parece complicada —dijo Janssen mientras llegaba a un cruce en T y se incorporaba detrás de una furgoneta—.

Pero no estoy tan seguro de que la complicación venga de una relación física.

—No serían los primeros críos que se meten en problemas —dijo ella en tono pesaroso y comprensivo. Janssen se preguntó si se refería a una experiencia personal o hablaba del trabajo, pero no preguntó—. Su padre es médico de cabecera, ¿verdad?

—Sí y la madre también. Son los socios principales de una clínica del pueblo —confirmó él—. Lo normal sería que alguno de los dos hubiera visto las señales.

—A menos que fuera una experta en ocultar cosas a sus padres. Las adolescentes son buenas en eso.

En esa ocasión, Tom estaba seguro de que Tamara hablaba por experiencia. Tendrían que hablar con Colin y Marie Bettany, además de con los amigos de Mark y Holly. Puede que el embarazo no estuviera relacionado con su asesinato, pero, si era un secreto, también podría haber sido un factor determinante. En ausencia de cualquier otro acontecimiento importante en su vida, si le había contado a alguien lo del bebé, el curso de acción que había elegido podría bastar para conducirlos hasta su asesino y explicar cómo había acabado muerta.

—Quiero que hablemos con los profesores de segundo de bachillerato.

A Janssen le pareció buena idea.

—¿Para averiguar cómo le iba a Holly? Sus padres pensaban que necesitaba clases particulares, pero ¿era por un problema de rendimiento o de actitud?

—Exacto. —Su respuesta fue una confirmación, pero él supuso que había algo más. Esperó—. Y también quiero saber más cosas sobre Mark. ¿Cómo encaja en la dinámica de la clase? Me parece raro que Holly lo eligiera como amigo.

Janssen lo pensó.

—Quizá sea lo contrario. —Ella lo miró, animándolo a continuar—. Por lo que parece, Mark está fuera del grupo, no encaja. Con su vida familiar, no es ninguna sorpresa, pero es más que eso. Hay algo en él. Todo el mundo parece pensar que es…

—¿Raro?

—Sí. Es un poco extraño, pero la forma en que habló con nosotros… Era muy inflexible y hablaba de las opiniones de los demás como si fueran hechos. Como si no pudiera distinguir entre las dos cosas.

—¿A qué se refiere? —Sonaba inquisitiva, no escéptica.

Janssen se lo pensó un poco más, tratando de encontrar la mejor manera de formular su teoría.

—No lo sé exactamente. Creo que le pasa algo más. Según tengo entendido, es el menos problemático de los McCall. Desde el punto de vista policial, no hay duda de ello. No es que piense que está ocultando algo concreto, como Ken Francis, pero… quizá Holly y él compartían una afinidad de algún tipo. No encajaban en el grupo. Sus padres esperaban que hiciera la carrera de Medicina, pero Holly no estaba sacando buenas notas, y no olvidemos que un bebé, sin duda, pondría en peligro ese futuro planificado de antemano.

Tamara asintió con la cabeza, como si hubiera aceptado su argumento. Aunque él no estaba muy seguro de haber conseguido dejarlo demasiado claro. La conversación se desvaneció mientras Janssen atravesaba los pueblos en el camino de vuelta. Tardaron poco tiempo. Según se acercaba el fin de semana festivo de Pascua, la A149 y las carreteras circundantes se llenaban de vehículos. Además, el alojamiento cada vez escaseaba más. La mayoría estaban reservados con mucha antelación. Le había reservado un hotel entre Deepdale y Brancaster. Era práctico y tenía buena reputación, supuso que a ella le parecería bien.

—Lo de la estrangulación manual es interesante —dijo Tamara al cabo de unos minutos, con la mirada fija al frente—. Matar con tus propias manos implica una elevada motivación.

Él estaba de acuerdo. Asfixiar a alguien hasta la muerte con tus propias manos llevaba tiempo. No era como en las películas o los programas de televisión. El proceso podía durar cinco minutos o más. Los músculos del cuello no solo se colapsaban durante el apretón, sino que empujaban hacia atrás.

—Que el asesino usara sus propias manos podría indicar un crimen pasional.

—Dudo que se tropezara con un asesino en serie que pasaba por

allí, aunque nunca se puede descartar. Estadísticamente, buscamos a alguien local que es probable que perteneciera a su círculo, y el bebé arroja todo tipo de posibilidades.

Sus pensamientos se desviaron hacia Alice y Saffy. Imaginar a la niña cuando era un bebé le hizo sentir lástima por Holly y su hijo nonato. Ninguno de los dos tendría la oportunidad de ver cómo podría haber sido su vida. Alice se las arregló bien como madre soltera. Si esa hubiera sido la situación de Holly, ¿habría seguido adelante sola si hubiera sido necesario? Solo estaba haciendo suposiciones. Ella habría tenido a unos padres ricos cerca, algo con lo que Alice no contaba. Hacer malabarismos con los turnos del hospital y la guardería debió ser una pesadilla, por eso volvió a Norfolk y empezó a trabajar como enfermera en la consulta de los Bettany. Medio tentado de llamarla para preguntarle por sus jefes, se dio cuenta de que sería mejor hacerlo en privado. Lo último que quería era complicarle las cosas y correr el riesgo de tensar su relación. Sonrió, contento de tenerla de nuevo en su vida.

—¿En qué estaba pensando? —preguntó Tamara al ver su expresión.

Janssen sintió que se ponía rojo y sacudió la cabeza.

—La llevaré a su alojamiento, si le parece bien.

—Claro. ¿Le apetece que sigamos trabajando mientras cenamos? Podemos trazar una línea de actuación. —Ella debió leer una microexpresión involuntaria en su rostro, porque descartó la idea enseguida—. Si tiene planes, no importa. Había olvidado que vive aquí.

Alice le vino a la mente de nuevo. Aunque esta vez, se aseguró de que la sonrisa que acompañaba al pensamiento no llegara a su rostro.

CAPÍTULO 16

Tamara se despertó temprano. No estaba segura de si extrañaba la cama, la habitación o simplemente la presencia de Richard. La hora del reloj digital de la mesilla de noche era incorrecta. Se dio cuenta antes de irse a dormir, pero no había sido capaz de averiguar cómo hacerlo funcionar y se había dado por vencida. Richard la había llamado la noche anterior. La conversación fue corta, tensa, con él evidentemente todavía enfadado por su regreso al trabajo antes de tiempo. Él no lo había reconocido; para ello, Tamara tendría que haberlo presionado de forma bastante intensa. En vez de hablar de eso, su conversación fue forzada e insulsa. Cada uno de ellos ofreció una sucesión de anécdotas de su día y el otro fingió interés lo mejor que pudo, pero ambos fracasaron a la hora de transmitir un entusiasmo genuino. No había ninguno. Ella estaba preocupada por el caso y Richard por su familia, dos temas que no tenían nada que ver.

Tras deslizarse fuera de las sábanas, cruzó la habitación y miró en dirección al mar que había más allá de los humedales de la bahía de Brancaster. Un resplandor anaranjado se dibujaba en el horizonte; era un amanecer sin nubes. Al abrir de par en par las puertas del balcón francés, sintió la agradable sensación de la brisa fresca sobre su piel. La ola de frío parecía haber terminado con un cambio en la dirección del viento que había llevado el calor desde la Europa continental. Se oían gaviotas sobrevolando la zona. Había barcos anclados en ambas direcciones, desde yates hasta pequeños esquifes. Las tierras bajas y los canales de mareas debían proporcionar seguridad a los puertos. La vista de los barcos y los sonidos le recordaron a su hogar, en el oeste, pero ahí era diferente. La costa estaba más en calma, era menos brutal. Era muy tranquila. Norfolk parecía ofrecer una paz respetuosa. Un lugar donde poder concentrarse, estar a solas con sus pensamientos. Se preguntó si

Richard también lo sentiría si estuviera allí. Lo más probable era que se lamentase por la falta de instalaciones. «Te has pasado», se regañó a sí misma. Era inteligente, encantador y divertido, además de tremendamente atractivo.

Se duchó y se puso ropa limpia, la última que le quedaba; salió de su habitación y bajó las escaleras. Según el folleto informativo del hotel, el desayuno no se serviría hasta las siete, pero no le importaba esperar. En la parte trasera del edificio, los propietarios habían construido un comedor, todo de cristal y acero, para disfrutar al máximo las vistas de la marisma. La terraza exterior ofrecía asientos al aire libre, pero incluso a ella le pareció que era ir demasiado lejos esa mañana. En cambio, se quedó de pie delante del ventanal que llegaba del suelo al techo, contemplando la vista. El sol ya estaba en el horizonte. Más acostumbrada a las puestas de sol costeras, le pareció una cambio agradable.

Oyó un ruido por detrás y a continuación apareció una trabajadora del hotel, que se sobresaltó al ver que ya había un huésped en el comedor. Tamara le sonrió. Intercambiaron saludos y la señora le preguntó si quería tomarse un café mientras colocaba una selección de panes frescos, bollería y lo que Tamara esperaba que fueran productos frescos de la zona. Apareció otro empleado y, antes de que terminaran de prepararlo todo, Tamara aceptó el ofrecimiento. Como no le gustaba mucho desayunar a primera hora de la mañana, cogió un bollito con semillas y un poco de queso. A nadie pareció importarle cuando se hizo con un cuchillo, un plato y un envase monodosis de mantequilla y se retiró al otro extremo de la sala, donde eligió una mesa junto a la ventana. El café llegó enseguida y ella lo agradeció.

Mientras untaba el pan con la mantequilla y contemplaba el paisaje, su teléfono emitió un pitido. Era un mensaje de Janssen preguntando a qué hora la recogía. También debía ser un madrugador. Puede que fuera culpa del niño. Tamara respondió diciendo que ya estaba lista. Al poco de enviar el mensaje, él respondió: «La recojo en diez minutos». «Es un madrugador», pensó ella.

Cuando Janssen entró en el aparcamiento, ya lo estaba esperando

fuera. Él la saludó con la mano, y ella recorrió rápidamente la distancia que los separaba y se subió al asiento del copiloto. Se dieron los buenos días y luego ella fue directa al caso.

—Quiero hablar con los padres cuanto antes. Con los Bettany. Deberíamos llamar primero. No quiero que sientan que le estamos tendiendo una emboscada.

—Me lo imaginaba —respondió Janssen con media sonrisa—. Los llamé anoche y les dije que nos pasaríamos a primera hora. Nos están esperando. ¿Qué tal está el hotel?

—Bien. Tienen un café malísimo, pero todo lo demás está muy bien —respondió Tamara. Él se rio. Parecía que le salía de forma natural, lo que reforzaba su impresión de que, cuando no estaba de servicio, Janssen se reía mucho.

—Hay un sitio de camino. No estará abierto, pero conozco al dueño y estará allí.

Tamara miró la hora y luego lo miró a él. Le apetecía tomarse una taza de café decente, pero quería hablar con los Bettany mientras aún estaban con lo que ella llamaba «la neblina matutina», ese periodo del día en el que existes casi en piloto automático. Era verdad que no quería que se sintieran acorralados; pero, al mismo tiempo, si había algo que eran reacios a compartir, no quería darles la oportunidad de que planearan lo que iban a decir y lo que no.

Janssen se dio cuenta de que ella estaba reflexionando sobre la hora.

—Les dije a primera hora, no al amanecer. Todavía no nos estarán esperando. A menos que quiera pillarlos en pijama, tenemos tiempo.

Tamara cedió con una sonrisa.

—¿Quién es ese amigo suyo?

El sitio estaba cerca. Era una pequeña marisquería cerca de Burnham Norton. En el cartel colocado en el exterior, escrito a mano con tiza, ponía que su especialidad eran los mejores productos de Norfolk: ostras recogidas en los canales de mareas que desembocan en la bahía de Brancaster, cangrejos y pescado fresco del mercado, suministrado por los arrastreros locales. Janssen se dirigió hacia la parte trasera del edificio. Parecía desierto, cerrado, pero golpeó una puerta lateral. Poco después, se abrió y apareció un rostro. El recién

llegado era bajo y musculoso, y saludó a Janssen con un firme apretón de manos. El policía destacaba sobre los demás, estaba claro. Callum McCall tenía razón: Janssen no se parecía a los demás lugareños, era mucho más alto que la mayoría.

Desde su posición privilegiada, sentada en el coche, Tamara miró el reloj. Allí todo el mundo se conocía. Era una de las ventajas de vivir en un pueblo pequeño, pero también una maldición. Janssen solo estuvo fuera de su vista unos cinco minutos. A ella le pareció más tiempo; el suficiente para poner a prueba su paciencia, al menos. Janssen reapareció con dos cafés en vasos marrones con las tapas bien aseguradas y se dirigió al coche. Tamara se estiró y le abrió la puerta. Janssen la empujó hasta el fondo con la rodilla, metió la mano y le pasó uno de los vasos. Estaba caliente al tacto, por lo que Tamara lo dejó en el suelo.

Era hora punta y el tráfico de esa zona no dejaba de aumentar. Janssen los condujo de vuelta hacia el mercado de Burnham, desviándose de la arteria principal. La mayor parte de los coches iban en dirección contraria, pero, a medida que se acercaban al pueblo, las obras en la carretera y los semáforos provisionales les dieron tiempo para disfrutar de su café antes de llegar a Brancaster House, la casa de la familia Bettany.

Los recibió Marie Bettany, que los invitó a pasar al salón. Ya tenía preparada una bandeja con una tetera y galletas; al parecer, los modales de una buena anfitriona seguían respetándose bajo cualquier circunstancia. A Tamara le pareció un poco raro, pero aun así expresó su agradecimiento. Su anfitriona les dijo que se sentaran, tomó asiento enfrente de ellos y se puso a servir el té.

—¿Nos acompañará su marido? —preguntó Tamara.

La expresión de Marie cambió, pero solo por un segundo, antes de recuperar la sonrisa afable aunque nerviosa. Al menos, así lo interpretó ella.

—No, lo siento mucho. Con tan poca antelación, solo hemos podido conseguir un suplente. Supongo que entienden que tenemos muchos pacientes a los que atender. Sería horrible fallar a tanta gente. Colin ha tenido que irse temprano para organizar más sustituciones y pasar consulta.

Tamara se dio cuenta de que Janssen la estaba mirando. Parecía sorprendido de que Colin hubiera ido a trabajar. Ella también lo estaba.

—No importa. Podemos hablar con él más tarde en la clínica.

—Me temo que estará muy ocupado —dijo Marie Bettany, negando con la cabeza.

—Estoy segura de que sacará tiempo para nosotros —respondió ella, aceptando el té, servido en una taza de porcelana de flores con su respectivo platito—. Necesitamos hablar con los dos sobre esto, doctora Bettany. Por favor, perdóneme por ser tan directa con la pregunta que le voy a hacer a continuación. —El comentario hizo que Marie se incorporara para prestar atención. Su expresión cambió de repente, revelando la profundidad del dolor que sentía desde hacía dos días—. ¿Sabía que su hija estaba embarazada?

La pregunta llegó como un martillazo. Era algo intencionado. A Marie se le desencajó la cara. Tenía la boca abierta.

—¿Embarazada? —preguntó con auténtica sorpresa—. Yo… No… —Estaba tartamudeando, no conseguía completar la frase—. ¿Cómo puede ser? Obviamente entiendo la biología, pero…

—¿Sabe usted si Holly tenía alguna relación con alguien? —preguntó Tamara. Ella sabía que Janssen ya había hecho esa pregunta en su visita anterior y Colin había afirmado de manera bastante rotunda que no había ningún novio, pero él no estaba allí. Marie levantó la vista, encontrándose con sus ojos antes de mirar a Janssen—. Es importante, Marie. —Pasó a llamarla por su nombre de pila para intentar conectar con ella.

—Había un chico —respondió Marie en voz baja, casi como si temiera que la oyeran—. Uno de los chicos McCall. El más joven. Mark, creo que se llama.

—¿Por qué no se lo mencionó a los agentes el sábado?

Marie la miró. Estaba incómoda. Eso era obvio. ¿Estaba traicionando la confianza de alguien?

—Colin no lo aprobaba. Cuando se enteró, hizo lo que siempre hacía cuando Holly entablaba amistad con algún chico.

—¿El qué? —preguntó Tamara, deseosa de oírlo.

—¡Ponerle fin, por supuesto! —Marie sacudió la cabeza en señal de

desaprobación por las acciones de su marido—. Pensaba que Mark no era lo bastante bueno para Holly. No me malinterpreten, yo compartía su preocupación por la reputación de su familia y todo eso…

—Pero hay algo más, Marie. ¿Verdad? —La formuló como una pregunta, pero en realidad era más bien una afirmación que quería confirmar. Marie asintió—. Por favor, continúe.

—No había nadie lo bastante bueno para Holly. No importaba a quién eligiera. Podría haber traído a casa a uno de los miembros de la realeza de Sandringham, y Colin habría seguido pensando que no estaba a la altura. La asfixiaba.

—Entonces, ¿su marido puso fin a la relación?

Hubo un movimiento detrás de Marie. La puerta del salón se tambaleó ligeramente, aunque demasiado para ser el resultado de una corriente de aire procedente de una ventana abierta.

—¡Y con razón, por lo que parece! —soltó Marie, con su frustración a flor de piel. Enseguida les pidió perdón a los dos e hizo un gesto con la mano.

—Sé que ya han hablado de esto antes, pero ni usted ni su marido sabían dónde pretendía ir Holly el viernes por la noche. ¿Es correcto? ¿No se le ha ocurrido nada desde que habló con mis agentes el sábado pasado?

Marie negó con la cabeza.

—No. Los dos pensábamos que estaba en Norwich, como dijimos.

—¿Y no se les ocurrió asegurarse de que había llegado bien?

—No me gusta lo que creo que está insinuando. Somos unos padres responsables y Holly tiene…, tenía… diecisiete años.

La puerta volvió a moverse, llamando la atención de Tamara. Nadie más parecía ser consciente de ello.

—Ya veo. No sabían a dónde iba. ¿Puede decirme dónde está el aseo? —Marie se sintió desconcertada por el repentino cambio, pero se recompuso y le ofreció indicaciones. Janssen la miró mientras se levantaba, desconcertado—. Vuelvo enseguida.

CAPÍTULO 17

Tamara cruzó rápidamente la habitación y salió al pasillo justo a tiempo para ver la espalda de una joven desapareciendo en la cocina. Salió tras ella, pasó por delante de la puerta del aseo y entró en la cocina. La chica ya estaba sentada en un pequeño sofá con vistas a los jardines impecablemente cuidados. Ojeaba distraída una revista, en un vano intento de indicar que llevaba allí algún tiempo.

—Hola. Me llamo Tamara. Soy policía —dijo, acercándose a la chica. Debía tener doce o trece años como mucho. Llevaba el pelo largo y castaño recogido en una coleta y un flequillo bien peinado le caía por la frente hasta justo por encima de las cejas—. Tú debes ser Madeleine.

La chica levantó la vista y esbozó una ligera sonrisa.

—La gente me llama Maddie. No me gusta Madeleine.

—En ese caso, te pido disculpas. ¿Puedo sentarme?

Maddie hizo un gesto afirmativo y la policía tomó asiento a su lado.

—¿Vas a averiguar quién le hizo daño a Holly?

—Sí. —La chica tenía una estructura ósea parecida a la de su hermana, aunque su cara estaba más rellena, posiblemente por ser más joven, y aún tenía que crecer unos centímetros más, pero cuando lo hiciera, las dos serían como dos gotas de agua—. ¿Has oído lo que estábamos diciendo? —dijo, señalando con la mirada hacia la sala de estar. Maddie asintió con la cabeza, pero no dijo nada, se limitó a bajar la mirada—. No te preocupes, no se lo diré a nadie.

—Mamá y papá no me cuentan nada.

Tamara intentó no juzgar su reacción como infantil.

—Probablemente lo hacen para protegerte.

La expresión de la chica transmitió desdén por ese punto de vista.

—Holly era la única que me protegía. No le tenía miedo a nadie.

—¿Te habló tu hermana de Mark?

Maddie se encogió de hombros.

—Un poco. Le caía muy bien. Era muy bueno con ella y conmigo, pero no era su novio.

—¿Holly tenía novio? ¿Alguien que conocías, pero del que quizá tus padres no sabían nada? —Sabía que estaba tentando a la suerte al hablar con un menor sin el consentimiento de sus tutores legales, pero no era un interrogatorio formal. Además, si la chica sabía algo importante, siempre podrían hacerlo constar más adelante. Maddie negó con la cabeza. Tamara estaba decepcionada—. ¿Y sabías lo del embarazo? —De nuevo, Maddie negó con la cabeza—. Cuando has dicho que te protegía, ¿a qué te referías?

La chica la miró a los ojos.

—Justo a eso, a que no permitía que nadie me hiciera daño. Ni en colegio ni en… ni en ningún sitio. —La última frase la dijo en un susurro apenas audible. Antes de que Tamara pudiera continuar, volvió a hablar, sin que nadie se lo hubiera pedido—: Con Mark pasaba lo mismo. En el instituto se metían con él porque es diferente, pero Holly no permitió que se salieran con la suya. Se aseguró de que todos lo dejaran en paz. Creo que por eso estaba tan encaprichado de ella.

—¿Quién lo describió como «encaprichado», Maddie? ¿Holly?

La chica negó con la cabeza.

—¡No! Aunque ella estaba de acuerdo, fue papá quien lo dijo. Por eso le prohibió que lo viera. Incluso fue a hablar con su padre.

—¿Tu padre fue a ver a Callum McCall? —Eso la sorprendió, pues no imaginaba que un hombre como Colin Bettany tendría la confianza suficiente para visitar a los McCall. Sobre todo teniendo en cuenta que iba a dar a entender que pensaba que Mark no era lo bastante bueno como para mezclarse con su hija—. Tu padre debe ser un hombre muy valiente. He conocido a Callum y es bastante temible.

Maddie asintió enérgicamente.

—A mí también me lo parece. Da miedo. Mark también le tiene terror.

—¿Cuándo te asustó? —preguntó Tamara, desconcertada por la forma en que ambos se habrían encontrado, incluso en un pueblo

tan pequeño como ese

—Hace unas semanas estaba con Holly y nos encontramos con McCall… Perdón, con el señor McCall, y empezó a meterse con ella y a gritarle. Daba mucho miedo. Nadie dijo nada ni intentó ayudar, pero a Holly no le importó. Le plantó cara y le dijo unas cuantas cosas.

Era muy interesante. La chica estaba al corriente del altercado. Janssen se lo había contado, pero, que ella supiera, nadie se había dado cuenta de que Maddie estaba presente en ese momento.

—¿Por qué discutían?

—Ni idea. Lo pregunté, y Holly me dijo que me ocupara de mis asuntos. Mi hermana era genial, pero tenía un carácter espantoso. Podía pelearse con cualquiera, incluso con mamá y papá.

—¿Lo hacía? ¿Discutía con tus padres?

—Sobre todo con mamá, pero a veces también con papá. Como cuando insistía en saber dónde estábamos todo el tiempo. ¡A Holly no le gustaba nada! Nos compró unos móviles e insistió en que debíamos avisar si alguna vez íbamos a llegar tarde a casa o algo así.

—¿Y tú y Holly le hacíais caso?

Maddie la miró por el rabillo del ojo.

—Yo, a veces. Holly se negó.

Se oyó un ruido procedente del salón y Maddie se puso nerviosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tamara.

—Mamá me dijo que me mantuviera alejada. Se va a enfadar si me ve hablando contigo.

Ella se acercó y le dio una palmada en la rodilla, sonriendo cálidamente.

—No te preocupes. No le diré ni una palabra. —Se levantó, sacó una de sus tarjetas de visita y se la dio a la chica—. Guárdala bien y, si te apetece charlar de cualquier cosa, llámame. ¿Vale?

Maddie sonrió, con los ojos revoloteando entre ella y la puerta. Se oían voces apagadas. Tamara se despidió en un susurro y atravesó la cocina procurando que sus tacones hicieran el menor ruido posible en las baldosas del suelo.

Se encontró con Janssen y Marie avanzando por el pasillo.

—Pensábamos que se había perdido —dijo Janssen; su tono era de alivio con un matiz de preocupación y había elevado el volumen habitual de su voz. Debía saber que tramaba algo y temía que la pillaran.

—Bueno, ya saben cómo es esto. Cuando tienes ganas… —respondió sonriendo—. Lo siento.

—No pasa nada —respondió Marie Bettany sin ninguna emoción en la voz, mirándola con lo que le pareció una mirada recelosa, o quizá de auténtica sospecha. Parecía mirar más allá de donde se encontraba ella, hacia la cocina.

Tamara miró por encima de su hombro y vio que el sofá estaba vacío. Maddie no estaba por ninguna parte.

—Gracias por su tiempo, doctora Bettany. —Tamara se dirigió a ella por su título, retomando la distancia profesional. Entre Marie y su hija menor, le habían dado mucho en qué pensar, pero tal vez lo habían hecho sin darse cuenta.

Marie los acompañó hasta la puerta principal y, en cuanto estuvieron fuera, la cerró con rapidez. Ninguno de los dos habló mientras caminaban hacia el coche. Janssen lo abrió y entraron. En cuanto arrancó el motor, la miró.

—¿Le importaría decirme de qué iba todo eso? —Su tono era curioso, no enfadado ni acusador.

Tamara miró en dirección a la casa y vio la cara de Maddie observándolos desde una ventana del piso superior. Debía haber una segunda escalera en la parte trasera de la vivienda. Sonrió y la chica le devolvió la sonrisa. Mientras tiraba del cinturón de seguridad, miró a Janssen.

—Vamos a la clínica a hablar con Colin. Le pondré al día por el camino.

* * *

Sorprendentemente, la sala de espera estaba tranquila. Tamara se preguntó si esas clínicas rurales eran inmunes a los tiempos de espera y los retrasos que tan a menudo afectaban a localidades más grandes. Janssen debió pensar lo mismo mientras miraba a su

alrededor. La recepcionista se percató de su llegada cuando un paciente se apartó del mostrador y los saludó con la mano. Tamara pensó que en ese pueblo eran muy educados.

—La conozco —dijo Janssen. Tamara no se sorprendió—. Hace años, Margaret trabajaba con mi madre.

La inspectora jefe dejó que él tomara la iniciativa y retrocedió un paso mientras se acercaba al mostrador. Janssen pidió ver a Colin Bettany.

—Me temo que no está aquí, Tom. Se acaba de ir. —Janssen miró el reloj colgado en lo alto de la pared que había detrás del mostrador. Habían dejado a Marie hacía apenas diez minutos—. Vino esta mañana y abrió antes de que yo llegara, pero ya se ha ido.

—¿Es eso algo inusual? —preguntó Janssen—. Me refiero a que abra él.

—La verdad es que sí. Los administrativos y las enfermeras siempre están aquí antes que los Bettany. No es que lleguen tarde, no quiero dar esa impresión. El doctor Colin, así es como lo llamamos, al igual que los pacientes, vino temprano para organizar una suplencia.

—Ah… Eso es lo que su mujer dijo que había venido a hacer, pero pensábamos que hoy se iba a quedar para ver a sus pacientes.

Margaret parecía desconcertada.

—Qué raro. El doctor Colin me dejó un mensaje de voz anoche pidiéndome que cancelara todas sus citas de hoy y las cambiara para otro día de esta semana. Debo admitir que me sorprendió verlo esta mañana después de lo que le ha pasado a la pobre Holly.

«Eso explica muchas cosas», pensó Tamara, mientras Janssen la miraba por encima del hombro. El policía se giró hacia la mujer del mostrador.

—No importa, seguro que lo hemos entendido mal. Probablemente nos hemos cruzado con él de camino aquí. ¿Cuánto hace que se fue? —Sonaba despreocupado, encantador, pero la pregunta era inquisitiva, mucho más de lo que Margaret creía.

—Oh, se marchó a las ocho.

Eso había sido mucho antes de que se fueran de la casa de los Bettany. Si se hubiera dirigido allí, lo habrían visto e incluso se habrían encontrado con él. A menos, por supuesto, que planeara

evitarlos. La perspectiva le parecía intrigante. Un hombre con una vena controladora que no parecía aceptar bien los retos. Un hombre que se mantenía alejado de la policía, incluso cuando estaban investigando el asesinato de su hija.

—¿Había resuelto lo de la sustitución? Creo que estaba buscando a alguien. —Janssen seguía buscando detalles, pero lo hacía con una calma que disimulaba su interés profesional.

—No me dijo nada —dijo Margaret bajando la voz, posiblemente consciente de que había gente escuchando. Tamara miró a las personas que había en la sala de espera. Había solo tres pacientes y ninguno parecía demasiado interesado en ellos. Tuvo que esforzarse para oír—. La verdad es que no sé muy bien lo que estaba haciendo aquí. —Margaret adoptó un tono conspirativo—. No hizo nada y apenas habló con ninguno de nosotros. El doctor Colin no es un hombre fácil de tratar. No me malinterpretes, es un profesional maravilloso, pero como persona… A algunos de nosotros nos cuesta tratar con él… a nivel personal, y yo lo conozco mejor que la mayoría; llevo aquí muchos años.

Janssen dio las gracias a la recepcionista y volvió a reunirse con Tamara. Los dos policías se dieron la vuelta para marcharse. Al acercarse a la salida, se abrió una puerta lateral y de ella salió una enfermera ,que estuvo a punto de chocarse con ellos. Tamara se disculpó a la vez que la mujer, pero su atención se centró en Janssen y no en ella.

—Hola, Tom. ¡Menuda sorpresa! ¿Qué haces aquí? —Los ojos de la enfermera se iluminaron estaban brillantes.

Cuando Janssen contestó, Tamara se dio cuenta de que sobraba y se retiró cortésmente, dejándolos charlar con la seguridad de que ninguno de los dos se habría dado cuenta de su marcha si ella no lo hubiera mencionado.

Janssen reapareció unos minutos después y se reunió con ella en el coche. Lo abrió y, cuando Tamara fue a subir, se dio cuenta de que la silla para niños ya no estaba en la parte trasera.

—¿Es amiga suya? —le preguntó con retintín. Aunque nunca había sido una cotilla, quería conocerlo un poco mejor y confiaba en poder pincharlo, aunque solo fuera un poco.

—Una buena amiga —contestó en tono neutro, zanjando la conversación.

Obviamente, a Janssen no le gustaba hablar de sí mismo. Tamara volvió sus pensamientos hacia Colin Bettany, preguntándose en qué estaría ocupando su tiempo esa mañana.

CAPÍTULO 18

Eric se despertó con el olor a *bacon* frito. Se apoyó en un codo y miró el reloj. Eran poco más de las seis de la mañana. Había salido el sol y se estaba colando por el hueco de las cortinas del dormitorio. Volvió a sentirse joven. Como si alguna vez hubiera podido describirse a sí mismo como un viejo a la edad de veinticuatro años. Se puso una camiseta y unos pantalones de chándal, bajó las escaleras y encontró a su madre en la cocina delante de los fogones.

—He pensado que te gustaría llevarte algo de comer al trabajo. Supongo que te cuesta encontrar tiempo para comer trabajando tantas horas.

Él sonrió y la besó en la mejilla. Aunque nunca se lo había dicho, estaba inmensamente orgullosa de él y, al mismo tiempo, preocupada por su bienestar; por eso se esforzaba tanto en prepararle la comida y ahora, al parecer, también el desayuno. Se sentía culpable. Solo en raras ocasiones, quizá después de un par de ginebras de más un sábado por la noche, su madre se dejaba llevar y se le escapaba cuánto se culpaba a sí misma. El repentino fallecimiento de su marido, el padre de Eric, y su propia batalla debilitante contra el cáncer le transfirieron a él la carga de mantener a la familia a una edad muy temprana. Ella sabía el peso que eso le había supuesto durante su adolescencia. Mientras sus amigos estaban de fiesta hasta tarde en la playa, Eric estaba en casa, ocupándose de las tareas y levantándose temprano para ir a trabajar, sin importar el día que fuera ni el tiempo que hiciera.

Habían sacado plazas para el cuerpo de policía. Era un trabajo bueno, estable, y podía quedarse cerca de casa para cuidar de su madre. Sin embargo, ella no había tenido la culpa. Ni su padre por morir. Se le ocurrió pensar qué haría una vez que su papel ya no fuera necesario… Con suerte, eso ocurriría en un futuro muy lejano.

Probablemente se quedaría en la policía. Al ver su fiambrera colocada sobre la encimera, Eric sonrió de nuevo y sacudió la cabeza.

Su primera parada fue el instituto en el que se impartía segundo de bachillerato, el curso al que asistían tanto Holly Bettany como Mark McCall. No podía negar que encontrarse con el director lo llenaba de ansiedad. Atravesar la verja, llegar hasta la entrada y aparcar el coche parecieron espolear aún más esos sentimientos. Era una sensación inquietante. Había cruzado esas puertas cientos de veces, pero siempre como alumno, y lo recordaba como si fuera ayer.

No es que el instituto hubiera sido una época difícil para él, ni con sus compañeros ni académicamente ni en sus relaciones con los profesores. Eric había intentado ser, sin saberlo en aquel momento, el hombre invisible de su promoción. Nunca llamaba la atención y no causaba problemas ni al personal ni a los alumnos. Si era sincero, apenas debía haber dejado huella a su paso por el centro y, sin embargo, allí estaba, sudando al poner un pie dentro para encontrarse con el director. Tal vez fuera el hecho de saber que nunca se había aplicado realmente en los estudios, sintiéndose siempre como un fraude cuando llegaba a casa con un boletín con notas por encima de la media. Si se hubiera esforzado, tal vez habría ido a bachillerato, a la universidad y habría seguido un camino profesional muy distinto. Aunque era poco probable, teniendo en cuenta las influencias domésticas que habían moldeado su vida.

El director no había cambiado mucho, aunque era más canoso y bajo de lo que Eric recordaba. Se llamaba Carl Hendry, aunque solían llamarlo Demonio Hendry, un juego de palabras con el título de un libro que todos leían alguna vez como parte del programa de los primeros años de instituto. Su interacción fue interesante. Recordaba a Eric como alumno, lo que le sorprendió, y comentó lo eficaz que fue como prefecto mayor. Eric no pensó que hubiera hecho nada destacable en ese papel, pero aceptó el cumplido de buen grado. Hendry le hablaba de igual a igual. Otra experiencia extraña para el joven.

—Lo que le ha pasado a Holly es algo horrible. La echaremos mucho de menos, y nuestros corazones están con Colin y Marie…, y

Madeleine, por supuesto. Hemos puesto psicólogos a disposición de cualquier alumno que se sienta afectado. Sin embargo, no sé cómo puedo ayudarlo en su investigación.

—Estoy reuniendo información sobre ella. ¿Me puede decir cómo interactuaba con sus compañeros, por ejemplo?

—Debo decir que era una chica interesante. No tenía lo que solemos llamar un expediente accidentado. Tenemos chicos más difíciles en el centro, pero Holly estaba lejos del ejemplo que se esperaba de una estudiante de su linaje.

A Eric ese comentario le pareció bastante irritante. Más propio del Demonio Hendry que recordaba, elitista y condescendiente.

—¿Tuvo algún problema con los profesores o los compañeros de clase? ¿Algo específico? —preguntó, tomando notas.

—Con Holly, siempre era una cuestión de mala actitud y falta de interés por los estudios. La chica era increíblemente brillante. Todos lo pensaban, pero ella no podía canalizarlo en su trabajo académico. Si lo hubiera hecho, el sueño de su padre de que estudiara Medicina habría sido una conclusión inevitable.

—¿Ha dicho «el sueño de su padre»? —preguntó. Hendry asintió—. Pero ¿usted cree que era un objetivo… poco realista para ella?

—Puse a Colin, su padre, en contacto con un antiguo colega mío de Norwich, un educador excepcional, con la esperanza de inspirarla para que desarrollara todo su potencial, pero… y no veo nada de malo en decírselo ahora, no la valoró muy positivamente. No por su habilidad, sino por lo poco aplicada que era. En cuanto a su interacción con otros alumnos, lo mejor es que hable con nuestra jefa de cuidado pastoral. Ella está mucho más al tanto de esas cosas que yo.

* * *

La señora que dirigía el equipo de pastoral también era responsable de las necesidades educativas especiales, y no parecía muy amigable. No se conocían y Eric no estaba familiarizado con su puesto. No recordaba que hubiera una estructura como esa durante su etapa escolar. Las cosas debían haber cambiado desde que se

había ido. «Para mejor», pensó. Para él tenía sentido que hubiera alguien responsable de supervisar el bienestar mental y social de los alumnos, un punto de referencia para los niños con problemas al margen de la estructura docente. Eric tenía la impresión de que ella sentía que él la estaba interrogando en busca de alguna señal que ella hubiera pasado por alto mientras Holly estaba en el centro; algo que pudiera haber propiciado que acabara muerta. Nada más lejos de la realidad. A menos, claro, que la hubiera fallado de alguna manera y supiera más de lo que Eric esperaba. Ese pensamiento lo llevó a seguir otra línea de interrogatorio.

—¿Por qué cree que a Holly le costaba relacionarse con sus compañeros? Después de todo, tenía pocos amigos.

—No había nada que indicara necesariamente que le costaba. —La mujer se puso a la defensiva, buscando escabullirse de cualquier culpa.

Eric solo podía adivinar por qué lo consideraba necesario.

—Entonces, ¿usted cree que le costaba?

La pregunta acabó con cualquier evasiva. Eric deseaba que todos los delincuentes con los que se cruzara se rindieran con tanta rapidez.

—Bueno, los estudios sí que le estaban costando. El profesorado estaba desesperado por su actitud. Buscaron todo tipo de razones para justificar por qué no podían sacar lo mejor de ella. Recibían presiones de… —Hizo una pausa.

Eric sabía que había provocado algo. La mujer quería desahogarse, pero, al mismo tiempo, quería evitar que la citara.

—Puede hablar libremente —dijo él, dejando el bolígrafo y el bloc en la mesa, de forma simbólica. Tenía buena memoria y podía escribirlo más tarde.

—Los padres de Holly donan mucho dinero al instituto. Sé que no somos un centro independiente, pero la financiación es escasa. Se trata de una zona acomodada y las plazas con prima por alumno son bajas en comparación con la media nacional. —Eric lo entendía. Los centros con un número de alumnos procedentes de hogares con ingresos bajos superior a la media se beneficiaban de mayores subvenciones estatales que los demás. La financiación de la

educación era un tema político candente, siempre lo era cuando se consideraban necesarios los recortes—. La última ronda de recortes presupuestarios ha sido dura. El instituto pide contribuciones y los padres se portan muy bien. Los Bettany, en particular, son muy generosos.

Eric leyó entre líneas.

—Y a cambio, ¿querían ver rentabilizada… su inversión? —dijo esto último como si fuera una sugerencia, inseguro de que fuera la elección de palabras apropiada. No tenía por qué preocuparse.

—Exacto. Como resultado, a Holly la enviaban constantemente a mi despacho; como si yo pudiera arreglarla de alguna manera.

—¿Y cómo le fue?

Ella se rio ante la pregunta. Era una especie de respuesta.

—No se abría conmigo ni con nadie. La chica estaba muy encerrada en sí misma, a la defensiva.

Para Eric, ese comportamiento debería haber hecho saltar las alarmas, pero no estaba cualificado para juzgar algo así. Volviendo la vista atrás, se le ocurrían media docena de amigos del colegio que encajaban en esa descripción y ninguno de ellos tenía enfermedades diagnosticables, que él supiera. Tal vez les afectaban los acontecimientos que ocurrían más allá de las puertas del colegio. Tal vez eso había sido lo que le había ocurrido a Holly. Él nunca había padres extremadamente exigentes, y estaba agradecido por ello.

—¿Y sus amigos? —dijo en un tono informal, intentando tranquilizarla.

—Por lo que pude ver, siempre estaba en la periferia, relacionándose con muchos pero sin encajar con ningún grupo en concreto.

—¿Y qué me dice de Mark McCall? —Eric la observó mientras esperaba su respuesta. Había visto un ligero cambio en su expresión al mencionarlo y esperaba poder aprovecharlo.

—Eran amigos, sin duda. Mark habla mucho de ella. —Eric se quedó callado para animarla a explayarse. A la mayoría de la gente no le gustaba el silencio. Era la táctica clásica de los vendedores. Lo había visto en un documental—. A veces pienso que está un poco obsesionado con ella. No de forma peligrosa, pero estaba pendiente

de cada palabra que ella decía. Creo que es consecuencia de su condición.

—¿Su condición?

—Sí, tiene Asperger. No estoy rompiendo ninguna política de confidencialidad al decírselo porque todo el mundo lo sabe.

Eric lo encontró bastante esclarecedor.

—No me había dado cuenta de que tenía una discapacidad.

—¡No la tiene! Al menos nosotros no lo vemos así y él tampoco. Mark interpreta la información y la procesa de un modo único y diferente a como lo hacemos los demás. Esto le confiere habilidades y talentos que a algunos de nosotros nos encantaría tener. Algunos lo verían más como una fortaleza que como un obstáculo. —Eric se sintió un poco avergonzado por su ignorancia. Ella pareció darse cuenta de su malestar. Debía ser obvio—. Por favor, no se preocupe. Hay muchos malentendidos con respecto a las personas del espectro y mentiría si intentara dejar de lado los aspectos negativos de su condición.

—¿Y cuáles son? —preguntó Eric, preparando su bolígrafo una vez más. Cualquier reticencia que tuviera la mujer ya había pasado.

—Las personas del espectro son todas diferentes. En el caso de Mark, ve el mundo en blanco y negro. No hay zonas grises. Casi todo se lo toma al pie de la letra. Si le dijera a Mark que los extraterrestres existen, por ejemplo, se lo creería y no lo cuestionaría ni por un segundo. Es un joven muy confiado; demasiado, en mi opinión. Hemos tenido que esforzarnos mucho para que los demás alumnos no lo trataran mal. A menudo lo hacían, lo que disgustaba profundamente a Mark. Si no participas en la broma y no la entiendes, puede ser una experiencia muy dolorosa. Esto le provocaba arrebatos con frecuencia y, en ocasiones, esos arrebatos se volvían violentos. Holly… Bueno, ella cuidaba de él en cierto modo, pero… —No pudo completar la frase y sus palabras se apagaron.

—¿Pero? —la presionó Eric, sintiendo que eso era significativo.

—No lo sé. Me pregunto qué sacaba Holly de todo eso. A veces… me daba la impresión de que su amistad con Mark era bastante unilateral, que estaba jugando con él de alguna manera. Quizá decir

que le creaba faltas expectativas sea exagerar, pero… sí, creo que encaja. —Eric se sentó. Había sido un giro interesante de los acontecimientos—. Creo que ella disfrutaba de la adoración que él sentía. No sé si es importante, pero Mark no ha venido a clase esta mañana.

CAPÍTULO 19

Jane se despertó con el recuerdo de las dos botellas de vino de la noche anterior. Tenía la boca seca. La cama que tenía al lado estaba vacía y sin usar. Miró el reloj; los niños ya deberían estar levantados si querían llegar a tiempo al colegio. Normalidad. Eso era lo que hacía falta en ese momento. Sus pensamientos estaban plagados de esa mujer normal y corriente, la «inspectora principal» o como quiera que se llamara. «La estúpida arrogante». ¿Ir a su casa a insinuar… quién sabe qué? Ken no había ayudado. Lo que le había contado al otro seguro que lo ponía el primero en la lista de sospechosos. Si no, entonces eran unos incompetentes y ella estaba segura de que estaban muy lejos de serlo.

Salió de debajo del edredón, se puso algo de ropa y se cepilló el pelo. Sus sentidos estaban embotados por el alcohol, pero no mucho. Dos botellas era lo normal últimamente, no era nada excepcional. Las cortinas estaban abiertas; nunca las cerraba, ya que prefería despertarse con el sol entrando por la ventana. Ken debía haber vuelto a quedarse a dormir en el estudio, aunque por qué querría hacerlo era un misterio. «Para estar a solas con su miseria».

Al encontrar la habitación de William vacía, entró en la de Rosie. Los niños no estaban por ninguna parte. Al bajar las escaleras, vio que ya habían desayunado. Las cajas de cereales estaban sobre la mesa, al igual que los cartones de zumo de fruta y una botella de leche, pero los cuencos y vasos sucios estaban pulcramente apilados sobre el lavavajillas, a la espera de ser colocados dentro. Los niños salieron del vestíbulo con los abrigos y los zapatos puestos y las mochilas en las manos. No hubo ninguna de las disputas habituales que acompañaban a la preparación para ir al colegio. Ken estaba unos pasos por detrás. Sonrió al entrar en la cocina.

—Ya estamos listos. ¿Vienes con nosotros? —le preguntó.

Los niños le pidieron que lo hiciera.

—No me he duchado ni he desayunado. ¿Qué va a pensar la gente?

—Puedes quedarte en el coche mientras yo los acompaño. Nadie te verá. No importará tu aspecto. —Por lo general, era muy meticulosa con su apariencia, nunca salía a la calle sin maquillarse y la sola idea de hacerlo le provocaba ansiedad; pero accedió.

Después de aparcar lo más cerca posible de las puertas del colegio, Ken y los niños bajaron del coche. A pesar de sus protestas, de ninguna manera iba a entrar en el patio del colegio con ese aspecto. Un grupo de los padres habituales se apiñaba a las puertas. Un par de ellos miraron en su dirección, o al menos eso creyó ella. «¿Se habrá corrido la voz sobre Holly?». El apuesto inspector local no parecía ser una persona de las que hablaban a la ligera y la otra, la yegua altanera, no era de la zona. Por su acento y su forma de comportarse, estaba segura de que no conocía a nadie.

El grupo de la puerta empezó a dispersarse, llevándose a los niños al interior. Continuaban sus conversaciones como siempre, cotilleando sobre quien les apetecía. Se los imaginaba como buitres, hurgando en la carroña que encontraban por ahí. Ella no les había caído bien. Había intentado hablar con algunos de ellos durante el último año y, a solas, podían ser bastante amables, pero, una vez que estaban en grupo, se cerraban a los forasteros. Después actuaban como si nunca hubieran hablado con ella y como si no quisieran hacerlo.

Ken no ayudaba. Era antisocial y prefería pasar el tiempo solo. Volviendo la vista atrás, había sido un milagro que la invitara a salir en su primera cita. Debería haberse dado cuenta de cómo era él en ese momento. Trabajaba como coordinadora de eventos, un título grandilocuente para describir la organización y preparación de salas donde las empresas exhibían sus productos, y se habían conocido cuando ella estaba acondicionando uno de esos lugares. La exposición debía coincidir con una semana dedicada al arte cultural. La obra de Ken se vendía bien en aquella época y despertaba un gran interés. Sin embargo, el artista no buscaba protagonismo y, tras realizar el número requerido de presentaciones en la velada inaugural, se retiró a las salas traseras, lejos del brillo de los medios

y de quienes ansiaban disfrutar de su aparente estatus social. Allí se conocieron y entablaron conversación.

El tiempo que habían pasado juntos había sido reconfortante, relajado, aunque no emocionante, pero ella ya había tenido suficientes emociones en los años anteriores a aquel encuentro. En ese momento la atraía lo estable, lo refinado y lo cómodo. Todavía era así, aunque tenía un anhelo evidente por las locuras de su juventud. El deseo era más intenso ahora que en cualquier otro momento que recordara desde que se habían casado. Pensaba que esos días habían quedado atrás, pero últimamente, con todo lo que habían tenido que afrontar, la sensación de libertad que solía derivar de pasar por encima de toda responsabilidad y compromiso volvía a parecerle atractiva.

Ken se subió de nuevo al coche. Parecía diferente. Aunque esperaba que el día anterior, tras encontrar su estudio destrozado, se derrumbara y cayera en una espiral de depresión, se sintió reconfortada por su reacción. Era como si se hubiera quitado un peso de encima. Tal vez fuera la culminación del último año y llegara a un punto en el que, o implosionaba, o se fortalecía y seguía adelante. Por muy frágil que Ken pudiera ser, de algún modo había encontrado una fortaleza interior de la que echar mano, como hacía antes.

—Anoche estuve pensando —empezó a decir, mientras arrancaba el coche. Su tono era optimista, aunque había algo más detrás de la sonrisa fácil—. ¿Quieres que salgamos a dar un paseo juntos o algo así? Está haciendo muy bueno. Creo que a los dos nos vendría bien un descanso de la casa y a mí, del estudio. ¿Qué te parece? —La pregunta era auténtica. Parecía nervioso, preocupado por que ella se negara.

—Sí. Me gustaría mucho. —Jane sonrió y la sonrisa de él se ensanchó—. Pero primero quiero ir a casa a ducharme.

—Y a desayunar —dijo Ken.

—Y a desayunar —repitió Jane.

Ken sugiriendo que pasaran tiempo juntos era una especie de hito. Solía ser ella la que hacía esas sugerencias, pero de eso hacía ya mucho tiempo, antes de que todo se complicara tanto.

—Quiero hablarte de algo —dijo Ken. Volvía a sonar nervioso—. Creo que tenemos que aclarar algunas cosas. —Eso era un poco alarmante. Sabía que Ken era reservado, no era nada nuevo. «Pero ¿por qué quiere compartir algo conmigo precisamente en este momento?». Jane lo miró y él debió sentir sus ojos clavados en él—. Ahora no. Más tarde.

* * *

Tras regresar a la casa, Jane desayunó con rapidez tostadas y cereales antes de ir a ducharse y cambiarse. Cuando volvió a bajar, Ken había preparado un pícnic para el almuerzo. No era nada del otro mundo, solo una selección de fruta, unos sándwiches y un termo con café o té. A ella no le importaba. Intercambiaron palabras triviales durante el corto trayecto a Holkham, donde aparcaron y se dirigieron a la playa. El viento, que había azotado el mar del Norte los días anteriores, había amainado y el cielo se había despejado para revelar un cálido sol primaveral. En los kilómetros de arena solo había un puñado de paseadores de perros y unos cuantos turistas que se habían adelantado a la afluencia anual de gente que llegaba al comenzar la temporada de vacaciones.

La conversación entre ellos se desvaneció y Jane sintió que su marido estaba meditando algo, tal vez preparándose para lo que realmente era esa salida. Una parte de ella quería que lo dejara pasar, que se lo guardara y les permitiera disfrutar del momento. Una breve ocasión no dominada por problemas conyugales, hijos exigentes o… No quería pensar en *ella*.

—Tengo que contarte algo —dijo Ken, mirando fijamente al frente. Fuera lo que fuese, no podía mirarla a los ojos mientras hablaba, o no quería hacerlo. Una mirada de reojo reveló una expresión de dolor en su rostro. De repente, sintió miedo—. Se trata de Holly. —Nunca hablaban de sus modelos. Tenían un acuerdo. Ella no preguntaba y él no decía nada. Ese era su pacto. Por alguna razón, lo estaba rompiendo. Quiso estirar la mano y tocarle, decirle que no quería oír una confesión, que no era necesario, pero no lo hizo. Él se detuvo y se giró hacia ella—. Fue a verme.

—¿Cuándo? —preguntó Jane, temiendo la respuesta.

—El viernes. La noche que… La noche que murió.

No era una revelación, Jane ya lo sospechaba, pero aun así estaba enfadada. Ken a menudo pasaba la noche en el estudio después de una sesión de modelaje. Esas sesiones estaban preestablecidas. Acordadas. Programadas para que los niños no corrieran el riesgo de tropezar con algo, como le había ocurrido una vez a William cuando solo tenía tres años. Holly no debía estar allí esa noche.

—¿Le pediste tú que fuera? —No pudo evitar su tono acusador. Estaba enfadada, dolida.

—¡No! Claro que no —protestó Ken, apartándose de ella y poniéndose de nuevo en marcha. Jane dudó antes de unirse a él. «Te acostabas con ella, ¿verdad?». Ella podía hacer frente a sus deseos, a sus necesidades, a sus exigencias de libertad siempre que fueran de la forma que habían acordado. Pero no así. «Era demasiado joven para ese tipo de relación, era obvio, pero no podías ver más allá de tu propia lujuria»—. Llegó sobre las once. Tú te quedaste dormida acostando a los niños.

«Como suelo hacer —pensó ella—. «Aquí viene, el acto de traición».

—¿Qué quería? —La pregunta estaba formulada de forma inocente, pero a ella le aterrorizaba la posible respuesta.

—Quería irse.

—¿Y? —preguntó Jane, entrecerrando los ojos y poniendo una mano de contención en el antebrazo de Ken.

Él se detuvo y miró la arena que había a sus pies.

—Quería que me fuera con ella.

¡Ahí estaba! La prueba de lo que siempre había pensado.

—¡Ken!, eres tonto. ¿Cómo pudiste dejar que se acercara tanto a ti? —Sintió que la rabia crecía. Desde luego, esa niña no era la primera que se encaprichaba de él, pero pensaba que él ya habría aprendido la lección, sobre todo después de la última vez.

—¡Lo sé, lo sé! —replicó, mirando al cielo. Conociéndolo como lo conocía, intuyó que había algo más. «Él quería irse». Ken debió leer su expresión y se puso a la defensiva—. Tienes que entenderlo; últimamente las cosas ha sido muy difíciles…

—Oh, lo entiendo, Kenneth. Yo también lo he vivido.

—La idea de correr, de dejarlo todo atrás era… atractiva. Ella era… diferente.

—¡Tenía menos de la mitad de tu edad! ¿Crees que podrías haber aguantado más de un par de semanas? —Estaba siendo muy incisiva, quería hacerle el mismo daño que le estaba haciendo él a ella.

—¡Le dije que no! —protestó él—. A la hora de la verdad, no soportaba dejaros a ti y a los niños por…

—¿Una niña?

—Por alguien de quien creía estar enamorado.

—¿Creías? Eres un hombre débil y patético, Ken —le soltó, disfrutando del modo en que sus palabras le escocían—. ¿Por qué no te fuiste? De todo modos, parece que lo que menos te apetece en el mundo es estar con nosotros.

—Quiero que eso cambie. Esas chicas… no significan nada, nunca lo han hecho. Creía que Holly era diferente. Durante un tiempo, sentí hacia ella lo mismo que cuando nos conocimos. Era un soplo de aire fresco en mi rancia vida, algo que me proporcionaba nueva inspiración y me revigorizaba. Me equivoqué.

Jane reanudó la marcha, esta vez fue Ken quien tuvo que alcanzarla. Se había cansado de ir detrás de él. Ella tendría que arreglar esa situación. Como fuera.

—Venga, Ken —le dijo por encima del hombro—, sé que hay algo más.

—Estaba embarazada.

Jane se detuvo en seco y se giró hacia él tan bruscamente que casi chocaron. Ken se enderezó justo cuando ella le pasaba la mano por la cara. No reaccionó.

* * *

Tras dejar el sándwich sobre la manta, Jane se limpió las manos con un pañuelo. Apenas había probado bocado, solo estaba mordisqueado el borde. No tenía hambre. La marea estaba volviendo a subir. El rugido de las olas al chocar contra la playa llegó

hasta ellos. Estaban sentados entre las dunas. Podrían estar en cualquier parte, solos en una isla desierta. Ken se sentó junto a ella, con las piernas levantadas, abrazándose las rodillas.

—Pensó que irías con ella, ¿verdad? —preguntó sin mirarlo, manteniendo la vista fija en el mar.

—Probablemente.

—¿Cómo era? —Jane sentía una extraña necesidad de saber algo sobre la chica muerta, de comprender por qué su marido parecía tan cautivado por ella.

—Fascinante. Me hacía sentir vivo. —Aquella descripción escoció a Jane, pero ocultó su reacción mientras Ken continuaba sin parar—. A veces hablaba de irse. Otras, de matricularse en la Escuela de Arte. Sus padres no lo habrían permitido y ella lo sabía.

«¿Por eso te quería cerca? Entiendo lo que viste en ella: juventud, pasión, apetito sexual, pero ¿qué obtenía ella a cambio?».

—Creo que ella quería que yo le abriera puertas —dijo Ken con pesar. Al mirarla a los ojos, era como si pudiera leer sus pensamientos—. Obviamente no podía, al menos no ahora.

Eso la hizo pensar en su problema más acuciante. Ken había mentido sobre lo bien que conocía a Holly. La policía investigaría y averiguaría por qué se había ido a vivir allí. «Y ahora esto». Ella podía sobrellevarlo. Cada problema tenía una solución y ella la encontraría. Ahora volvía a tener el control.

—¿A qué hora se fue Holly esa noche? Porque se fue, ¿verdad? —Jane formuló la pregunta sin mirar a su marido a los ojos. Ella sabría si estaba mintiendo. Estaba demasiado asustada para mirar.

—¡Claro que sí! ¿Por quién me tomas? —Ken sonaba dolido, desesperado porque lo creyera—. No sé… quizá un poco después de medianoche. Tal vez más tarde. La verdad es que no miré la hora. Estaba enfadada, disgustada.

«Holly estuvo allí más de una hora». Pedirle que se marchara no habría llevado tanto tiempo y ella no quería conocer los detalles de lo que había ocurrido antes de esa parte de la conversación. Se lo podía imaginar. «No la culpo por estar enfadada. Debió sentirse utilizada. Tratada como un objeto de usar y tirar».

Jane estaba a punto de soltar un ataque mordaz contra la

ingenuidad de su marido, pero las palabras se vieron frenadas por una figura que apareció sobre ellos, una silueta iluminada por la luz del sol. Tenía los puños apretados a los lados y una furia apenas controlada en la cara; era evidente que alguien más también sabía lo de Ken y Holly.

CAPÍTULO 20

Tom Janssen aparcó el coche delante de la comisaría. Al salir, vio una figura solitaria en la parada de autobús más cercana. Era Mark McCall, y parecía mucho más interesado en ellos que en el horario que supuestamente estaba leyendo. Siguiendo una corazonada, le hizo una señal a Greave. Ella siguió su mirada y asintió.

—Iré a la sala de operaciones a ver si Eric ha vuelto del instituto —dijo.

Janssen se acercó. Mark cambió el peso de un pie a otro y miró de reojo al inspector. Tenía el rostro demacrado y los ojos hundidos. El muchacho parecía no haber dormido bien.

—Hola, Mark. ¿No deberías estar en el instituto?

—Hoy no me apetecía ir. Todo el mundo estará hablando de mí y me señalarán.

Janssen lo entendió. Era un chico raro con pocos amigos y una vida familiar difícil. Holly era el pilar al que Mark se aferraba. Ahora ella no estaba y la mayoría de los asistentes a la fiesta sabrían que se había marchado de allí con él. A pesar del carácter discreto de su investigación, habría rumores, era inevitable.

—¿Vas a algún sitio? —le preguntó, echando un vistazo al horario. Mark puso cara de confusión, confirmando su sospecha. El chico esperaba ver a uno de los policías—. ¿Me quieres contar algo?

—No. La verdad es que no. —Mark miró a su alrededor y luego se sentó en la hierba del arcén que había junto a la carretera. Janssen lo siguió a regañadientes, deseoso de tranquilizar al chico—. La echo de menos. —Sus palabras eran sinceras.

—Tu relación con Holly era importante para ti. —Janssen comprendía el sentimiento de pérdida de Mark—. ¿Te sientes un poco perdido sin ella?

—Sí —respondió Mark en voz baja—. Aunque supongo que iba a pasar de todos modos. —Eso desconcertó un poco a Janssen, que se

preocupó durante un segundo—. Tarde o temprano, me iba a dejar.

—¿Te habló de eso, de que se iba a marchar?

—¡Ella no quería ser médico, eso lo sé! —Mark casi escupió las palabras y un destello de ira cruzó su rostro, pero pronto se disipó para ser sustituido por uno de resignación—. Quería ser creadora. Artista.

—He visto algunos de sus dibujos —dijo Janssen, recordando los papeles sacados del dormitorio de Holly—. Los tenía escondidos. ¿Era para que no los vieran sus padres?

Mark asintió.

—No estarían de acuerdo. Piensan que el arte es una pérdida de tiempo —afirmó—. Algo que hacen los demás para que lo disfruten ellos, pero solo un pasatiempo que consume mucho tiempo.

—¿Alguna vez te dibujó? —preguntó Janssen, recordando las distintas imágenes, preguntándose si alguna de ellas sería un retrato de Mark.

—Una vez —dijo él, con una amplia sonrisa que se desvaneció enseguida—. Sin embargo, no se parecía mucho a mí. A Holly le encantaba dibujar, pero… no lo hacía muy bien.

Janssen guardaba en su mente los bocetos que habían encontrado. Algunos eran estupendos, otros no tanto. Si no los había dibujado Holly, ¿quién lo había hecho?

—¿Te enseñó los bocetos que tenía? ¿Los de su dormitorio? —Mark se quedó callado, mirando al suelo que había entre sus pies mientras pasaba un camión, el único ruido que interrumpió su charla—. ¿Estuviste alguna vez en su dormitorio?

—Varias veces —respondió Mark, mordiéndose el labio inferior—. Cuando sus padres estaban fuera o era tarde. Tenían el sueño pesado y su habitación estaba al otro lado de la casa. La forma en que los ladrillos se juntan en la unión entre las paredes fuera de la habitación de Holly hace que sea fácil trepar. Son prácticamente puntos de apoyo. Puedes entrar por la ventana de su habitación sin poner un pie en el resto de la casa.

—¿Holly te animaba a que fueras?

—A veces, sí. —Mark parecía perdido, como si el recuerdo fuera demasiado doloroso de imaginar—. Pasaba la noche en el suelo y

me iba antes de que nadie se levantara.

—¿No te acostabas con ella? ¿En su cama, quiero decir? —Intentaba averiguar hasta dónde llegaba su intimidad sin asustar al chico y provocar que volviera a su caparazón.

Mark negó con la cabeza en respuesta a la pregunta.

—Holly no lo haría. A veces me besaba… me dejaba besarla… incluso tocarla de vez en cuando, pero nunca hicimos mucho más. No soy tonto. Creo que sentía lástima por mí. Por eso me dejaba quedarme a dormir. Era en las noches en las que mi padre estaba en su peor momento. Desde que se fueron mis hermanos, está peor que nunca. —La mirada de Mark se desvió hacia algún punto en la distancia.

Permanecieron en silencio durante unos minutos mientras Janssen pensaba en el retrato que estaba haciendo Mark de su relación. La descripción que hacía de sus interacciones era sincera, muy objetiva. Reflexionó sobre si debía hacer la siguiente pregunta. Si era justo.

—¿Sabías que Holly estaba embarazada? —Mark se sorprendió. Era una reacción demasiado fuerte para ser fingida, estaba casi seguro de ello—. ¿Tienes alguna idea de quién podía ser el padre?

—No, lo siento.

Janssen examinó al chico. Aparte de fugaces expresiones faciales y arrebatos ocasionales que se calmaban con rapidez, apenas dejaba traslucir sus emociones. Cada respuesta era medida, no había nada más. Sin embargo, los arrebatos hicieron reflexionar a Janssen. Aunque parecían pasarse con rapidez, si tuviera un ataque de ira, ¿con qué rapidez se calmaría? ¿En dos minutos? ¿En tres? Quizá el ataque duraría el tiempo suficiente para estrangular a una chica menuda como Holly Bettany.

—No me sorprende saber que se estaba viendo con otra persona —dijo Mark, hablando en voz baja y sin juzgar—. Holly era consciente de lo atractiva que era para todos los chicos. Siempre pensé que tenía suerte de que quisiera pasar tanto tiempo conmigo.

—Cuando estuviste en su habitación, ¿te enseñó Holly alguna vez su portátil? —preguntó Janssen. Mark asintió—. ¿Sabes de dónde lo sacó? Sus padres dijeron que no era suyo.

—Ella nunca lo mencionó. Supuse que se lo habían comprado ellos.

Están forrados.

—¿Y tenía teléfono móvil?

—Sí. Su padre le compró uno a Maddie y otro a ella hace poco. Holly no paraba de quejarse de eso. Era un iPhone, y lo odiaba. —Janssen se sorprendió, ya que creía que la mayoría de los jóvenes querían los accesorios de gama más alta. Mark pareció darse cuenta de su desconcierto—. Me dijo que su padre tenía un iPhone y que por eso se los había comprado. Ella no entendía el sistema operativo; además, él lo había configurado de una manera que a ella no le gustaba. Canceló el contrato de su otro teléfono para obligarla a usarlo. Ese hombre es un maniático del control. —Mark se giró hacia él, marcando un cambio en su atención. De repente, estaba atento; se inclinó hacia delante, cruzó las piernas por debajo del cuerpo y apoyó los codos en las rodillas—. ¿Atraparán a la persona que mató a Holly?

Por lo general, Janssen prefería no responder a ese tipo de preguntas. Dar falsas esperanzas a los seres queridos, amigos o familiares era algo que generalmente desaprobaba. Sin embargo, en esa ocasión, había algo en la expresión del chico que le hacía querer comportarse de otra manera. Además, tenía confianza en sí mismo.

—Creo que lo haremos, sí.

—¿Y qué pasará después?

—Bueno, habrá un juicio y, siempre que hagamos bien nuestro trabajo, el asesino será condenado e irá a la cárcel. —Mark frunció el ceño mientras procesaba los acontecimientos—. Durante mucho tiempo —añadió Janssen, como si eso no fuera obvio para el chico.

Mark ladeó la cabeza.

—Mi padre ha estado en la cárcel muchas veces. —Janssen sabía que era verdad—. Dice que no se puede confiar en la policía. —La declaración no sorprendió a Tom. No había ningún delincuente condenado que no hubiera sido incriminado por la policía o maltratado por el juez y por el jurado—. Dice que solo va a la cárcel la gente como nosotros.

—¿La gente como vosotros? —preguntó Janssen, suponiendo que Callum McCall se refería a los que se encontraban en el extremo inferior de la escala económica o tenían un pasado delictivo.

—Sí. Los que hacemos lo que podemos para salir adelante. —Janssen pensó que esas eran las palabras de su padre pronunciadas por su vástago—. Sé lo que debe estar pensando. He visto programas de policías en la tele. Fui el último a quien vieron con Holly y soy… yo.

Janssen tomó aire. Mark seguía observándolo, buscando la más mínima señal de deshonestidad, pero había algo más, algo que Tom no lograba identificar.

—¿Mataste a Holly? —le preguntó. Mark negó con la cabeza—. Entonces, confía en mí. No tienes nada que temer de la policía. —El chico pareció aceptar esa respuesta o, al menos, no hizo más comentarios y apartó la mirada—. Sé que deberías estar en el instituto, pero ¿hay algún lugar al que pueda llevarte? ¿A casa quizá?

Mark se levantó, se sacudió los pantalones y se limpió las manos.

—No, gracias. Tengo que ir a un sitio.

Sin decir nada más ni mirar atrás, se alejó. Janssen se quedó un momento observándolo mientras se marchaba. Sintió empatía por el chico y consideró su papel en todo el asunto. Era un alma muy atormentada. Luego se dio la vuelta y se dirigió al interior.

CAPÍTULO 21

Janssen entró en la sala de operaciones. Eric tenía el teléfono pegado a la oreja y estaba muy concentrado. Cruzó a la habitación contigua, donde tenían el té y el café, y se alegró al ver que el hervidor estaba caliente. Sus dedos se resistieron a tocar el lateral, pero lo encendió de todos modos para asegurarse de que el agua hirviera. Nunca tomaba café instantáneo salvo en caso de urgencia —su padre no lo permitía en casa—, así que eligió una de las infusiones de sabores. Eran una nueva incorporación. Debía ser cosa de Tamara. Eric nunca las habría comprado.

Al volver a la sala de operaciones, Eric colgó el teléfono y se levantó de su asiento.

—Acabo de hablar con un agente de Canning Town. —Estaba entusiasmado, deseoso de compartir su información—. Ya sabe, en Newham, donde está el estadio olímpico. —Janssen frunció el ceño ante la irrelevancia del dato. Conocía la zona. Eric continuó—: Resulta que hubo una denuncia contra Ken Francis hace dos años. La posterior investigación llevó a que la fiscalía presentara cargos contra él.

—¿Cuáles? —La voz de Tamara Greave llegó desde atrás mientras ella entraba en la sala.

—Tres cargos de agresión sexual y uno de detención ilegal —respondió Eric, volviéndose hacia ella—. El caso se vino abajo antes de llegar a juicio porque la testigo principal se retractó de su declaración, pero el tipo con el que he hablado piensa que Francis se fue de rositas.

Janssen se sentó en el borde de uno de los escritorios y cogió la infusión con las dos manos.

—¿Quién era la denunciante?

Eric volvió a las notas que había tomado durante la llamada.

—Rebecca Martins. Está muy metida en la *gig economy* con el

objetivo de triunfar como modelo, según tengo entendido.

—¿Y su conexión con Francis? —preguntó Janssen, antes de beber un sorbo de su infusión. Estaba demasiado caliente, pero el aroma era agradable.

—Al parecer, hizo de modelo para él y… la cosa se puso sentimental, si saben a lo que me refiero. —Janssen reprimió una sonrisa ante la evidente vergüenza del joven. El cuello de Eric se tiñó de rojo—. Cuando intentó marcharse, alegó que Francis se negó, le bloqueó el paso y la encerró en su estudio. Obviamente, él lo negó y dijo que había sido un malentendido.

—¿Ha dicho tres cargos? —Tamara se acercó a Janssen.

Tom pensó que parecía cansada. Tenía mala cara.

—Sí, hicieron un seguimiento con otras modelos y dos mujeres más contaron historias similares. La fiscalía consideró que no había pruebas suficientes para justificar un juicio, así que los casos se archivaron y todo recayó sobre esa mujer. —Eric miró expectante a los dos oficiales superiores.

Janssen pensó que eso arrojaba una luz diferente sobre Ken Francis y su posible implicación en el caso. Según había admitido su mujer, Holly hacía de modelo para él y Ken había mentido sobre lo bien que conocía a la chica. Un historial de esa naturaleza justificaba sin duda su inclusión en la lista de sospechosos.

—Me pregunto si eso fue lo que impulsó su traslado de Londres al campo —preguntó Tamara—. Tal vez su reputación se resintió y se marcharon con el rabo entre las piernas. Eric, ¿puedes seguir con eso? Comprueba si su carrera se vio afectada. Jane Francis dice que en la actualidad vende la mayor parte de sus obras a clientes extranjeros, por lo que hay muchas posibilidades de que no sea necesariamente por elección propia.

—¿Deberíamos hacerlo venir? —Los ojos de Eric revolotearon entre ellos, intuyendo que había descubierto algo muy significativo.

Janssen miró a Tamara, mordiéndose el labio inferior. Eric se había precipitado. Estaban en el camino correcto, pero todavía no tenían nada. Había un gran abismo que salvar entre una acusación de agresión sexual y un asesinato, aunque se abrían nuevas posibilidades. Su sospecha se inclinaba a que Francis era la fuente

de los bocetos que encontraron en posesión de Holly. Todo era demasiado circunstancial en ese momento como para justificar un interrogatorio formal.

—Tenemos que volver a hablar con él, está claro. —A juzgar por la expresión de Tamara, supuso que ella debía estar pensando lo mismo.

—Iremos a hablar con él ahora, para presionarle un poco sobre por qué nos ha mentido. Estoy segura de que habrá hablado de ello con su mujer, así que no vamos a excedernos. —Janssen se mostró de acuerdo con el plan—. Siempre podemos hacer un interrogatorio formal más adelante, dependiendo de cualquier cosa que nos llegue del laboratorio o de un testigo que lo implique aún más.

—Quizá se incrimine a sí mismo —añadió Janssen—. Eric, ¿puedes intentar contactar con la denunciante original. Tal vez ella pueda arrojar más luz sobre lo que te contó el agente de Canning Town.

—No estoy seguro de que le apetezca hablar conmigo —dijo Eric, preocupado—. Por lo que sé, la amenazaron con procesarla por hacer perder tiempo a la policía después de que se retractara. Va a haber bastante hostilidad por su parte.

* * *

El día estuvo predominantemente nublado, pero de vez en cuando las nubes se abrían y el calor del sol de primavera se filtraba, recordándoles la promesa del inminente verano. A Janssen le encantaba Norfolk en verano. Al abrigo de la costa este, el viento dominante mantenía a raya al mar del Norte y las tormentas atlánticas solían disiparse al llegar a tierra, dejando la región bendecida con más sol y menos lluvia que en el resto del país. El inconveniente llegaba cuando los vientos dominantes se desviaban desde el este. En esos días, la niebla podía abrazar la costa durante las horas diurnas y, mientras que los habitantes del interior disfrutaban de un cielo azul y un sol ardiente, los desafortunados de la costa apenas podían ver cien pasos más allá. Ese día, la primavera parecía estar al alcance de la mano.

—¿Cree que Ken Francis podría haber sido el benefactor de Holly?

—le preguntó Tamara, tras una larga pausa en la conversación.

Parecía ensimismada desde que habían salido de la comisaría y Janssen no había querido importunarla. Quizá había estado dándole vueltas al caso. Debía estar pensando lo mismo que él.

—¿La fuente de donde sacó el portátil? —preguntó Tom, solo para confirmar. Ella asintió—. ¿Cree que podría ser un regalo? Ken sin duda tiene dinero y, si Holly no lo compró con su paga, ¿de qué otra forma podría haberlo conseguido?

Tamara se replegó sobre sí misma una vez más, guardando silencio, por lo que Janssen no hizo más comentarios, dejándole espacio para pensar.

—Hay otra posibilidad, que el portátil no sea de Holly ni un regalo.

—Lo cogió prestado… o lo robó. —Tom pensaba en voz alta. No tenían pruebas de ninguna de sus ideas, todo eran meras suposiciones.

Tamara se rio, pero fue un sonido sin humor.

—Por lo que sabemos, estamos viendo a Holly como alguien completamente inocente. ¿En cuántas ocasiones la víctima es culpable de algún modo de su propio asesinato? —Janssen la miró y frunció el ceño ante lo que era un comentario bastante extraño. Al margen de cómo se hubiera comportado Holly, su bebé era inocente. Tamara debió interpretar su reacción, porque trató de explicárselo—: Solo digo que Holly parecía una chica confundida, no que eso la haga necesariamente responsable de lo que le ocurrió. Lo que intento decir es que parece tener muchos secretos. Nadie la conoce de verdad, y nosotros menos aún. Por lo que sabemos, podría haber estado chantajeando a Ken Francis para sacarle dinero. Quién sabe.

—Ken también podría ser su *sugar daddy* —replicó Janssen, quizá con más dureza de la necesaria—. Demonios, si le gustan las chicas jóvenes, independientemente de que algunas sean mayores de edad, podríamos haber encontrado un motivo.

—La modelo de Canning Town tenía unos veinte años.

—¡Seguía teniendo menos de la mitad de su edad!

—Si ese es un requisito previo para sospechar, tendríamos que investigar a la mayoría de los divorciados que veranean en Tailandia… para bucear, por supuesto.

Janssen se encontró sonriendo. Su interpretación de lo que Tamara había querido decir podría haber sido errónea y él intuía que era propensa al extremo más oscuro de la escala en lo que se refería a su sentido del humor.

—Usted también sabe bastante sobre los secretos de las adolescentes, ¿verdad?

Tamara miró hacia el otro lado y sonrió, manteniendo los labios apretados.

Unas luces de emergencia aparecieron en el retrovisor y Tom se apartó a un lado de la carretera. Un camión de bomberos pasó a toda velocidad e hizo sonar las sirenas al acercarse al siguiente cruce antes de desaparecer de su vista. Janssen avanzó y, al doblar la siguiente curva, encontraron el desvío hacia el camino sin asfaltar que conducía a la casa de los Francis. Momentos después, llegaron a la casa. El humo salía a borbotones de la parte trasera, como densas nubes grises que se arremolinaban hacia el cielo y luego eran arrastradas por la brisa. Los bomberos ya estaban empleándose a fondo desplegando mangueras y el vehículo bloqueaba el acceso. Como no podía entrar en el jardín trasero, Tom aparcó junto al lado este de la vivienda.

—¿Es la casa? —preguntó Tamara.

—No, creo que es el estudio —respondió Janssen al salir. El viento cambió momentáneamente de dirección y una ráfaga transportó humo y brasas hacia ellos. Incluso la ligera exposición a los vapores les dejó un sabor acre en la boca. Se acercaron, pero un bombero les bloqueó el paso. Janssen sacó su placa y se identificó, pero aun así les pidieron que se mantuvieran alejados—. ¿Hay alguien dentro?

—Por lo que sabemos, no. Los dueños están en la parte principal de la casa.

Se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la puerta principal. El camino de acceso, poco transitado, estaba cubierto de maleza, con follaje creciendo entre las losas y avanzando desde ambos lados. Al llegar a la puerta principal, Janssen golpeó varias veces con la aldaba, con fuerza. El ruido del equipo de bomberos que estaba trabajando en el jardín llegaba hasta la casa y Janssen se dio cuenta de que tendría que volver a llamar si quería obtener alguna

respuesta.

Jane Francis abrió la puerta. Su expresión era de intensa conmoción; tenía con los ojos muy abiertos y cara de miedo, y si se sorprendió al verlos, no lo demostró. Dio un paso atrás y les hizo una seña para que entraran. La siguieron hasta el salón. Ken estaba de espaldas a ellos junto a las puertas que daban al jardín mirando el estudio, que estaba enfrente. Al oírlos entrar, se giró. Tenía una mano sobre la boca y la nariz, la piel pálida y respiraba con dificultad. Janssen se preguntó si estaría sufriendo algo parecido a un ataque de ansiedad. Al acercarse, se sorprendió al ver que Ken tenía una hinchazón alrededor del ojo izquierdo. Se preguntó si habría intentado enfrentarse a las llamas él solo y se había caído. Su mujer parecía nerviosa, reacia a mirar a Janssen a los ojos. Ella enseguida se ofreció a hacer café, algo que Janssen interpretó como una oportunidad para mantenerse ocupada y evitar llamar la atención.

Tamara se aclaró la garganta y acercó a Ken.

—Está pasando unos días difíciles, ¿verdad? —le dijo en voz baja.

CAPÍTULO 22

Ken Francis se dio la vuelta para no ver a los bomberos, que lanzaban potentes chorros de agua mientras luchaban por controlar las llamas. Tamara Greave prestó mucha atención a su comportamiento. En las visitas anteriores se había mostrado como un hombre afable que se esforzaba demasiado por aparentarlo, pero que, en realidad, era bastante agradable. Le recordaba a un tío suyo, ya fallecido, que era bastante parecido. Cuando hacía falta, podía representar el personaje que se esperaba de él sabiendo lo que debía decir y cómo actuar. Sin embargo, la mayoría de las veces, cuando no había nadie más alrededor, la fachada se desvanecía y, en esas ocasiones, aparecía su verdadera personalidad. Normalmente era en privado o delante de familiares directos o amigos íntimos. Ella solo lo había presenciado en contadas ocasiones; o, al menos, solo se dio cuenta esas veces porque era muy joven.

Al ver a Ken en ese momento, le pareció que actuaba igual. Incluso teniendo en cuenta la brutal destrucción de sus obras de arte y de su medio de vida, poco quedaba del hombre al que había conocido. Su rostro estaba demacrado, adoptando lo que parecía ser, muy probablemente, su expresión natural en reposo. Mientras que en la anterior ocasión se había dirigido a ella, ahora parecía más desinteresado que preocupado por los acontecimientos que se estaban desarrollando delante de él.

—¿Cómo empezó el incendio? —preguntó con naturalidad, lanzando la pregunta al aire. O la pareja estaba pasando por una racha de mala suerte con el vandalismo del estudio y el incendio, o había algo más siniestro en juego.

Ken sacudió la cabeza, acercó una silla a la mesa del desayuno y se sentó.

—Estábamos fuera —contestó Jane, su mujer.

Tamara miró en su dirección. Estaba limpiando la cafetera para usarla, pero, en su opinión, estaba siendo demasiado meticulosa. Tal vez fuera su desconfianza, forjada por la experiencia, lo que la había llevado a observar a ambos en busca de signos de algo fuera de lo común.

Su relación era algo tensa, eso era obvio, pero ninguno de los dos se estaba comportando como ella podría esperar en esa situación. Jane estaba ocupada en la cocina, aparentando ser una buena anfitriona, mientras el estudio de su marido, que formaba parte de su hogar fabulosamente renovado, ardía en las inmediaciones. Ken, por su parte, permanecía inexpresivo; parecía la cáscara vacía de un ser humano. Posiblemente se debía a la conmoción, pero, aun así, su falta de emoción y de ira rozaba la aceptación.

Jane pareció darse cuenta de su interés; se puso nerviosa y llenó demasiado el filtro con café recién molido. Empezó a decir una expresión malsonante en voz baja, cortándola casi tan pronto como la pronunció. Tamara se acercó a ella y notó que Janssen la seguía con la mirada.

—¿Estaban fuera cuando empezó? ¿Juntos? —Jane asintió, cogió un trapo del fregadero y empezó a limpiar el café que se había salido del filtro—. ¿Le importa si le pregunto dónde se encontraban?

Jane Francis la miró con odio. Parecía una mirada especialmente venenosa y le recordó la afirmación de Mark McCall sobre su maldad. Con esa sola mirada, comprendió por qué el chico tenía esa impresión, sobre todo viendo que Jane estaba claramente intimidada por la presencia policial.

—Ken pensó que sería agradable pasar el día fuera, para disfrutar del tiempo aprovechando que los niños no estaban.

Tamara miró el reloj, apenas era mediodía. Jane parecía nerviosa, agitada.

—¿Volvieron pronto a casa? —No sabía si la pregunta había quedado sin respuesta o había sido ignorada. Ken bajó la cabeza y ella vio que Janssen inclinaba la suya. Se notaba que estaba pensando algo.

—¿Qué le ha pasado en la cara, señor Francis? —preguntó Janssen.

Tamara estaba tan concentrada estaba en sus patrones de

comportamiento que no se había dado cuenta. Lo observó con atención. El enrojecimiento y la leve hinchazón que tenía alrededor del ojo izquierdo parecían dolorosos. Ken no daba la impresión de ser alguien capaz de enfrentarse a las llamas. Puede que tuviera una constitución atlética, pero no exudaba valor, por lo menos para ella.

—Me habré caído —susurró Ken sin levantar la vista.

El desafío a su débil afirmación llegó de una fuente inesperada: su mujer.

—¡Oh, Ken! ¿Cuándo vas a empezar a decir la verdad? No son tontos.

Tamara estaba sorprendida. Jane, a menudo tan comedida, o más bien calculadora, parecía irritada. Por su parte, Janssen enarcó las cejas; nunca lo había visto tan animado mientras hablaban con un sospechoso o testigo. Ken se mantuvo firme en su reticencia; así que fue Jane —cuya frustración se hizo evidente cuando abandonó la preparación del café, se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos— la que habló.

—Nos encontramos con Colin Bettany en las dunas de Holkham —explicó Jane—. Atacó a Ken.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Tamara.

—Ese hombre está trastornado —respondió Jane—. Si yo no hubiera estado allí, creo que lo habría matado.

—Esa es una acusación muy seria —dijo Janssen.

—Mi mujer está exagerando…, como de costumbre. —Por fin Ken había ofrecido algún tipo de reacción, pero lo había hecho de manera despectiva, lo que provocó un profundo suspiro desde el otro lado de la cocina. Sacudió la cabeza, resignado a la ira de su mujer—. El pobre hombre está sufriendo. Ha perdido a su hija y estaba buscando a alguien a quien culpar; alguien a quien dirigir su sentimiento de pérdida. Y me eligió a mí. No exageremos las cosas.

Tamara los observó a uno y a otro. Jane seguía mirando fijamente a su marido, pero él no parecía interesado en sus teorías.

—Según mi experiencia, los padres en duelo no suelen agredir a otros vecinos sin motivo.

—¡Culpar a la víctima! —exclamó Jane—. ¡Típico!

La policía ignoró el comentario, se acercó a Ken y se sentó. Él la

miró un instante de reojo.

—Holly hizo de modelo para usted. Nos lo dijo su mujer. ¿Necesita contarnos algo más? —Eligió las palabras con cuidado, reforzando el punto de que eran conscientes de que les había mentido y sin andarse con rodeos.

—Holly y yo… teníamos una relación —dijo Ken en voz baja—. Pensé que estaba enamorado de ella… Durante un tiempo, al menos. —Levantó la cabeza y la miró. Se le pusieron los ojos vidriosos y se le saltaron las lágrimas—. La echo de menos. Yo no la maté —dijo en tono firme, inflexible.

—¿Qué le dijo Colin Bettany cuando lo agredió, según usted?

Ken frunció los labios un momento antes de contestar.

—Despotricaba sobre todo tipo de cosas extrañas. La verdad es que no entendí nada. Todo sucedió muy rápido. Me puse de pie. Estábamos sentados en las dunas, charlando. Fue entonces cuando me golpeó.

—¿Cómo respondió usted? —le preguntó Tamara.

—En realidad, yo no hice nada. Jane le dijo lo que pensaba.

—¿Estaba Colin al tanto de su relación o de que su hija hacía de modelo para usted? —Tamara desvió la mirada hacia Janssen, que estaba tan serio como siempre. Ken negó con la cabeza—. ¿Cómo empezó su relación?

—Nos conocimos a través de Colin y Marie. Fuimos a cenar a su casa. Holly estaba muy interesada en mi trabajo. Me habló de mis obras y me dijo que le encantaban. No sé si me conocía de antemano o si me buscó en Internet cuando sus padres le dijeron que íbamos a ir a cenar. Me subió el ego; no lo voy a negar. Estaba deprimido y su atención me animaba, me hacía sentir… vivo.

Jane les dio la espalda. Debían ser palabras difíciles de escuchar para ella; era una confesión de infidelidad pronunciada con indiferencia. ¿Qué reacción provocaría una traición así? ¿Cómo podría responder una pareja agraviada? Obviamente, Jane ya estaba al tanto de la infidelidad, pero el momento en el que se había enterado podía convertirla en sospechosa o en víctima involuntaria.

—Sé cómo suena… y lo que parece —continuó Ken—, por eso no se lo conté antes. Puede que sea un imbécil de mediana edad, pero no

soy un asesino.

—¿Y el bebé? ¿Cómo se sintió al respecto? —le preguntó Tamara, observándolo. Ken se quedó con la boca abierta, pero le sostuvo la mirada. Si lo sabía, era un buen jugador de póquer—. Holly estaba embarazada. ¿Lo sabía?

—¡No! Yo… ¿Holly estaba embarazada? —tartamudeó Ken, mirando a su mujer.

Tamara siguió su mirada. Jane no se inmutó, su expresión era ilegible.

—Por lo que nos ha contado, puede que usted fuera el padre. También hemos estado investigando las circunstancias que rodearon su traslado desde Londres. —Ken se tensó—. Se hicieron varias acusaciones contra usted…

—Y ninguna de ellas acabó en una acción judicial —espetó Jane.

—A la luz de la revelación de su marido y de la reacción de Colin Bettany, tenemos que examinar todos los escenarios potenciales. Debo advertirle que si dice algo…

—Conozco bien mis derechos, inspectora jefe —afirmó Ken, rechazando con un gesto de la mano su intento de seguir el procedimiento—. No tengo nada que ocultar. Pregúntenme lo que quieran y luego márchense.

—¿Quién más estaba al tanto de la naturaleza de su relación con Holly?

Entrecerró los ojos, dándole la impresión a Tamara de que estaba pensando en la pregunta de verdad. Si el retraso se debía a su búsqueda de precisión o a un intento deliberado de despistarlos, era una cuestión de juicio.

—Nadie, que yo sepa. A Jane se lo conté después… del fallecimiento de Holly. No se lo he dicho a nadie más. ¿Por qué iba a hacerlo?

Tamara le pidió a Jane que confirmara esa información.

—Sabía que Holly venía y que hacía de modelo para Ken, sí.

—¿Y le parecía bien que estuviera a solas con una joven? —preguntó la policía, incapaz de evitar un cierto tono de crítica. Jane puso cara de enfado, pero no respondió—. ¿No tenía ninguna sospecha sobre lo que estaba ocurriendo, sobre todo después de los

recientes acontecimientos de Londres? Me cuesta creerlo.

—¿Está casada, inspectora jefe? —preguntó Jane. Tamara no quiso que su vida personal formara parte de la conversación y se limitó a negar con la cabeza—. Pues, cuando lo esté, aprenderá que todos los matrimonios son únicos de un modo u otro. Se empieza en la misma página, pero con el tiempo las circunstancias pueden cambiar. —La policía se quedó mirando a Ken, que permanecía impasible, aparentemente imperturbable a la afirmación de su esposa—. A menudo descubres que no estás casado con la persona que creías. Uno de los dos, o los dos, se sale del camino marcado y entonces, o se adaptan y llegan a un compromiso, o…

—¿O qué? —preguntó Tamara, interesada tanto desde una perspectiva personal como en relación con el caso.

—O… los dos se aceptan por lo que son y… lo que necesitan, o siguen caminos separados. —Jane dijo lo último con aire de resignación—. Tal vez en un matrimonio se vive con la esperanza de que un día esos caminos vuelvan a converger.

—¿Usted acepta las infidelidades de su marido? —El nivel de franqueza mostrado era tal que se había sentido cómoda para hacer esa pregunta.

Jane la miró fijamente. Eran dos mujeres muy diferentes, pero tenía que admitir que Jane tenía una opinión con la que probablemente muchas podrían identificarse. Varias amigas de su madre estarían de acuerdo con ella. Sin embargo, no se imaginaba a sí misma aceptando vivir así. Por otra parte, aún no estaba casada.

—Los matrimonios requieren mucho trabajo —dijo Jane de un modo que parecía condescendiente. Bajó los ojos hacia la mano de Tamara, que en ese momento tamborileaba con los dedos índice y corazón sobre la mesa—. Algún día lo descubrirá.

Jane debía haber visto el anillo de compromiso que llevaba en el dedo. Había un aire de superioridad tanto en los modales como en el tono de la mujer. A pesar de lo que la mayoría considerarían una conversación humillante —por la confesión de su marido—, Jane Francis se mantenía erguida, con los hombros hacia atrás, imponente. Desafiante.

—Si ninguno de ustedes se lo dijo a nadie, ¿cómo se enteró Colin

Bettany? —preguntó Janssen. Era una pregunta tan obvia que le irritaba no haberla pensado ella misma. Tanto Ken como Jane se miraron el uno al otro, pero ninguno tenía una respuesta—. ¿Y qué me dicen del incendio? Supongo que su instalación eléctrica está en buen estado. —Ken asintió—. Los edificios no tienden a quemarse de forma espontánea. En propiedades antiguas donde el sistema eléctrico está dañado, quizá, pero los incendios como el suyo son raros. ¿Tienen alguna idea de cómo empezó?

De nuevo, ninguno de los dos ofreció una explicación. Tamara le indicó a Janssen que la acompañara y salieron al exterior. La sensación de alivio ante su marcha era palpable en la habitación.

CAPÍTULO 23

Parecía el día siguiente a una celebración de noviembre; el olor a madera quemada y a humo flotaba en el aire. El fuego estaba apagado y, al cruzar el patio, se hizo evidente la destrucción dentro del estudio. Los daños eran inmensos, pero en gran medida habían quedado contenidos dentro de la estructura de piedra, sin extenderse a los edificios anexos. «Ese será un amargo consuelo para Ken», pensó Janssen mientras llamaba la atención del oficial al mando de la estación, reconocible por su casco blanco. Les indicó que esperaran un momento y ellos se quedaron donde estaban.

A Janssen le perturbaba que Ken hubiera admitido que tenía una relación con Holly, que hubiera asegurado que sentía un amor equivocado por ella y que lo hubiera descrito como una especie de crisis de los cuarenta. Eso equivalía a definir el romance como algo pasajero, normalizando lo que en su opinión era una realidad mucho más oscura. Holly tenía diecisiete años y, por tanto, podía tener relaciones sexuales consentidas a ojos de la ley, por lo que Ken Francis tenía razón al no sentir vergüenza ni culpa por su relación. La cuestión moral más allá de eso era, sin embargo, mucho más compleja. Ken era un hombre casado —aunque dentro de un matrimonio abierto bastante extraño con algunos límites sexuales, acordados o no—, que había tenido una relación física y emocional con una chica a la que le doblaba la edad. Eso, en opinión de Janssen, hablaba muy mal de su ética. Holly era una niña, no a ojos de la ley, pero sí a los suyos. No sabía exactamente cuándo la había conocido a Ken, pero por aquel entonces tendría diecisiete años recién cumplidos y, aunque ahora estaba en segundo de bachillerato, seguía siendo demasiado joven. Si hubieran empezado su relación un año antes, se podría haber considerado un caso de manipulación y explotación. Así de estrechos eran los márgenes.

También le preocupaba la cuestión del consentimiento. Hasta que

no encontraran a otra persona que corroborara su afirmación de que mantenían una relación acordada, solo contaban con la palabra de Ken. Su supuesto historial de agresión sexual arrojaba una luz diferente. «¿Se podía confiar en él?». Cuando le hicieron la pregunta, su respuesta sobre el embarazo de Holly parecía sincera, pero ese también era un motivo para asesinar a Holly si ella estaba dispuesta a sacar su relación a la luz y decir que él era el padre. El motivo era extensible también a su mujer.

El traslado de la familia a Norfolk podría considerarse un nuevo comienzo tras vivir bajo la amenaza de las acusaciones y una huida de la sombra de la sospecha. Tom sorprendió a Tamara observándolo. No sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo.

—¿En qué piensa? —preguntó ella.

Janssen sonrió.

—Son una pareja extraña —contestó mientras volvía la vista hacia la casa. Ken estaba de pie junto a la ventana observándolos a ellos o a los restos humeantes de su estudio, no estaba claro—. Intento entenderlos.

—No le gustan.

La afirmación lo confundió. No se había dado cuenta de que era tan fácil de leer. Hasta ese momento, no había pensado mucho en ellos en ese sentido. Era preferible mantener las opiniones personales alejadas de las investigaciones, ya que la amenaza de que esos sentimientos nublaran el juicio podía ser perjudicial. ¿Estaba cometiendo ese error con ellos? Sin embargo, ella tenía razón. Ninguno de los dos era una persona con la que quisiera pasar tiempo, y cuanto más los conocía, más convencido estaba. ¿Eso convertía a alguno de ellos en asesino? No, aunque no había duda de que los dos eran capaces de asesinar a alguien. Ken, con su comportamiento controlado y reservado, y su mujer, siempre enfadada y neurótica. Se habían cometido muchos asesinatos por motivos menos graves que los que potencialmente podían tener esos dos. La esposa despechada y la mujer más joven. El hijo ilegítimo que amenaza su estatus, su matrimonio. Además, no estaban diciendo la verdad. No toda, al menos. Ese pensamiento procedía de su instinto y confió en él.

El jefe de equipo se acercó a ellos, evitando que Janssen tuviera que dar una respuesta a la pregunta, y les hizo señas para que se acercaran al estudio.

—Me imaginé que querrían ver esto. —Los llevó a la entrada. Faltaba la puerta porque la habían derribado para acceder al interior —. Cuidado con dónde pisan, está un poco húmedo, pero la estructura del techo es sólida.

El estrecho pasillo conducía al estudio y, una vez dentro, Janssen se dio cuenta de que el fuego no se había extendido tanto como pensó en un principio. El interior estaba impregnado de humo y el agua de las mangueras había aumentado los daños, como era habitual, pero la estructura del edificio, algunas de las paredes y el tejado habían sobrevivido intactos a las llamas. La sorpresa debía ser evidente en su rostro.

—Las normas de construcción exigen que la madera al aire se trate con pintura o revestimiento ignífugo. Eso nos dio más tiempo antes de que el fuego consiguiera prenderla. Otros quince o veinte minutos y el techo se habría incendiado y habríamos perdido la estructura.

—¿Y la causa? —preguntó Tamara, levantando la mirada hacia el agua que les llovía desde arriba.

—Un acelerante de algún tipo, probablemente gasolina —confirmó el bombero.

Tras el acto de vandalismo, Janssen no se sorprendió de que fuera un incendio provocado. En parte se lo esperaba. Al mirar a su alrededor, observó que el centro del estudio era más oscuro y estaba más dañado por el fuego que las zonas circundantes. El daño abarcaba el lugar donde estaba colocada la cama de matrimonio.

—¿El incendio se inició aquí? —preguntó, interrumpiendo a Tamara cuando estaba a punto de hablar. Se disculpó.

—Sí, creo que sí.

—¿Estaba la puerta forzada cuando llegaron? —preguntó Janssen, escudriñando las ventanas en busca de signos de daños. De hecho, varias estaban rotas, pero podía ser por culpa de la intensidad de las llamas o de un pirómano malintencionado.

—Lo consultaré con el equipo, pero creo que estaba cerrada. —El jefe de equipo señaló una ranura estrecha que había en la

mampostería de la pared, de un palmo de ancho y medio metro de alto, común en los graneros de esa época. Había cuatro a lo largo de la pared sur, con el punto más bajo a la altura del pecho, que se elevaba justo por encima de la cabeza de Janssen. Estaban llenas de cristales. La que les estaba señalando el bombero estaba rota—. El fuego pudo hacer estallar el cristal pero, la ventana está justamente encima de la cama, así es muy probable que la gasolina fuera vertida ahí. Después, solo habría hecho falta lanzar una llama y listo. La propiedad no tiene visibilidad en esa dirección. Su posible pirómano pudo acercarse desde allí sin ser visto.

De regreso a la luz del día, dejaron al equipo de bomberos con su trabajo. Un agente de investigación tendría que examinar el foco del incendio y determinar si fue provocado, pero en este caso era una formalidad. La cuestión seguía siendo quién lo había provocado. El candidato más tentador era el vándalo que había destrozado el estudio unos días antes.

—Qué coincidencia, ¿verdad? —dijo Janssen—. Asesinan a Holly y destrozan e incendian el estudio de Ken. Todo con pocos días de diferencia.

—Sobre todo teniendo en cuenta que él se estaba acostando con ella.

Cualquier otro posible intercambio de ideas se vio interrumpido por la aparición de Ken Francis en la puerta trasera. Dudando un momento, se detuvo en la puerta antes de caminar hacia ellos. Cada paso parecía más pesado que el anterior.

—Hay algo que quiero… Creo que deberían verlo —dijo con calma, antes de darse la vuelta y desaparecer de nuevo en el interior de la casa.

Lo siguieron y, al entrar en la cocina, Janssen vio una expresión de confusión en el rostro de Jane. Al parecer, su mujer tampoco sabía lo que iba a decir. Tal vez fuera miedo en vez de confusión. Medio esperando que el hombre confesara la paternidad del hijo nonato de Holly, Janssen acercó una silla para Tamara y otra para él. Era muy consciente del impacto que su presencia física tenía en la gente y, si estaban a punto de escuchar una confesión, no quería correr el riesgo de intimidar al hombre, por lo que se sentó rápidamente. Ken

le parecía alguien poco acostumbrado a compartir sus pensamientos y sentimientos íntimos.

—Yo… No he sido del todo sincero con ustedes. —Ken apartó los ojos de ellos, lanzando una mirada nerviosa a su mujer—. Ni contigo, Jane.

—¿Qué es lo que tiene que contarnos, señor Francis? —preguntó Tamara.

Eso irritó a Janssen. Él prefería darle a Ken su espacio. Podían interrogarlo más tarde.

—He estado ocultando algo a mi familia —dijo Ken—, pero deben entender que solo lo he hecho para evitarles preocupaciones. —Janssen no estaba seguro de a quién iba dirigido aquel comentario, si a ellos o a Jane. Estiró el cuello para ver cómo el hombre desaparecía en lo que parecía su despacho, para reaparecer instantes después con unos papeles en la mano—. He estado recibiendo esto. —Entregó un puñado de notas manuscritas a Tamara, que las aceptó con una inclinación de cabeza y escudriñó inmediatamente el contenido. Se las pasó a Janssen una a una. Estaban garabateadas más que escritas con pulcritud, con poco cuidado y sin preocuparse de las líneas impresas. La trayectoria del bolígrafo era errática. Estaban escritas con prisa o con rabia, no estaba claro. Sin embargo, el significado del contenido era oscuro—. Alguien la tiene tomada conmigo… o con nosotros. La verdad es que no estoy seguro. Me han amenazado a mí, a mi trabajo.

—¿Cuándo empezó a recibirlas? —preguntó Janssen.

Ken volvió a mirar a su mujer antes de contestar.

—Hace varios meses. —Miró a Jane. Janssen siguió su ejemplo y vio cómo ella se pasaba una mano por la boca, como si pareciera conmocionada por la revelación—. Empezaron poco después de mudarnos. Al principio, no les di mucha importancia. Pensé que sería una cosa de niños o de algún vecino celoso que había perdido la oportunidad de adquirir la propiedad. Algo así.

—Esto no es ningún juego de niños —respondió Janssen, sosteniendo una nota delante de él, y la leyó en voz alta—: «¡Escoria! Deberías arder en el infierno».

—No son todas así…, pero han ido empeorando en los últimos dos

meses.

Janssen levantó la nota y se la ofreció a Jane.

—¿Ha visto esto? —Ella sacudió la cabeza, pero no se acercó a leerla. A él le pareció curioso—. ¿Reconoce la letra? —De nuevo, ella negó con la cabeza—. ¿Y usted, Ken? ¿Se ha peleado con alguien recientemente, aparte de con el doctor Bettany?

—No, con nadie. No me relaciono con nadie a menos que sea necesario —respondió. La última frase parecía dirigida a su esposa.

—¿Podría haberlas mandado él, el doctor Bettany? —preguntó Tamara.

Pero Janssen interpretó el tono hueco de su sugerencia como una falta de confianza en la idea.

—No veo por qué iba a hacer algo así —respondió Ken—. Esas notas empezaron a aparecer en casa antes incluso de que conociera a Holly… o a cualquiera de los Bettany. —Se giró hacia su mujer con expresión de contrición—. Siento no habértelo contado, cariño. Con todo lo que ha pasado, no quería preocuparte, pero… parece que me equivoqué.

Ella acortó la distancia que los separaba y le puso una mano tranquilizadora en el hombro, sonriendo débilmente.

—No pasa nada. Lo entiendo. Pensaste que estabas haciendo lo correcto.

Ken volvió a mirar a Janssen.

—¿Es posible que esa persona atacara a Holly por mi relación con ella? —Janssen vio cómo Jane le apretaba el hombro, pero Ken no pareció darse cuenta—. Eso haría que su muerte fuera en cierto modo culpa mía.

—Oh, Ken. No seas tan tonto —dijo Jane descartando la idea; con bastante dureza, en opinión de Janssen—. Eso no tiene sentido. Estoy segura de que estas notas no tienen nada que ver con Holly. ¿No le parece, inspector?

Janssen se aseguró de no revelar nada en su tono ni en su expresión mientras hablaba.

—Tendremos que investigarlo. El fuego parece haber sido provocado, por lo que se trata, como mínimo, de una investigación por incendio provocado. Tendremos que llevarnos estas notas. —Ken

Francis no se opuso. De hecho, parecía aliviado de haberlas sacado a la luz. La idea de que pudieran estar relacionadas con el asesinato de Holly era bastante atractiva. Hasta ahora, no había un motivo claro de por qué había sido asesinada. No se le había ocurrido que ella no fuera el objetivo, que la hubieran matado para causar dolor a otros—. Ya que estamos sacando cosas a relucir, ¿dónde estuvo el pasado viernes por la noche?

—Estuve aquí —respondió Ken—. En mi estudio.

—¿Solo?

—No. Volvió a casa cuando los niños se fueron a dormir y se quedó conmigo viendo la tele —dijo Jane—. Alrededor de las nueve, nueve y media.

Ken miró a su mujer. ¿Había alivio en su cara? No habló, solo asintió en silencio a Janssen para confirmar la hora.

—Tendrán que hacer una declaración oficial —dijo el inspector, que prefirió no insistir. No era ninguna sorpresa. Las mujeres solían apoyar a sus maridos independientemente del estado en que se encontrara su relación. Sin embargo, era una coartada bastante débil—. ¿Cuándo le compró el portátil a Holly?

El alivio en la cara de Ken duró poco. Su cabeza se irguió ante la sugerencia.

—Yo no le compré ningún ordenador. ¿Quién le ha contado eso?

Janssen analizó la respuesta del hombre. Fue una de las pocas ocasiones en las que Ken se encontró voluntariamente con su mirada.

—Estaba escondido con unos bocetos que tenía en su poder, presumiblemente dibujados por usted. Y también había algunos dibujos hechos por ella. —Estaba faltando a la verdad, ya que los bocetos no estaban guardados con el portátil.

—Lo siento. Yo no tengo nada que ver con eso…, pero la dejé quedarse con algunos de los borradores que hice de ella.

—Había un dibujo a carboncillo de una chica con tacones altos. El boceto era monocromo, con la excepción de un par de zapatos de tacón rojos, según recuerdo —dijo Janssen—. Era bastante provocativo…

—Normal —espetó Jane—. Siempre vestía como si fuera mucho

mayor de lo que era.

Janssen resistió el impulso de hacer un comentario sarcástico sobre su intención de atraer a un hombre mayor. Su juicio moral no necesitaba airearse.

—El nivel de interpretación sexual depende en gran medida de la percepción del espectador —afirmó Ken.

¿Intentaba atenuar la naturaleza de su relación sexual o era así como pensaban los artistas? En cualquier caso, Tom prefirió no proseguir con la conversación. Metió las notas en una bolsa de pruebas y salieron de la casa. Antes de llegar al coche, hablaron con el jefe de equipo. Se acordonó el estudio hasta que llegara un investigador, que ya iba de camino desde Norwich.

Janssen echó un vistazo a la casa, pero en esa ocasión no vio ni a Ken ni a Jane. Se cruzó con los ojos de Tamara mientras caminaban hacia el coche.

—Qué causalidad lo del fuego y todo lo demás. —Abrió el vehículo y ambos subieron—. Supongamos que Ken es el asesino de Holly. Ella viene a verlo el viernes por la noche. Hay un altercado o una discusión, posiblemente relacionado con el embarazo, aunque él niega que lo supiera.

—La mata por accidente o a propósito —dijo Tamara, siguiendo con la línea de pensamiento.

—El estudio de Ken sufre un acto de vandalismo y, después, un incendio justo cuando están empezando a salir a la luz detalles sobre su relación. Ambos eventos lo presentan como una víctima y el incendio es una excelente manera de eliminar cualquier evidencia material.

Tamara se quedó callada, reflexionando. Si esa teoría se acercaba lo más mínimo a lo ocurrido, Janssen sabía que iban a tener dificultades para demostrarlo.

CAPÍTULO 24

Jane Francis observó a los policías hablando con el bombero en el jardín trasero. ¿Qué les estaba diciendo? El incendio había sido provocado. Eso les habían dicho. Un pensamiento fugaz pasó por su mente. ¿Estaban a salvo los niños? ¿La casa? Los detectives parecían estar despidiéndose y ella se apartó de la ventana para que no la vieran. Era necesario mantener una actitud tranquila y reservada durante el relato de Ken y se preguntó si lo había conseguido. El policía callado, Tom Janssen, estaba muy centrado y era inteligente. Mientras que la otra, la mujer, parecía una manipuladora. Su capacidad para captar la más mínima palabra e interpretar una narrativa era más que evidente para Jane. Ella era la que había que vigilar. A la que había que temer.

Ken apareció detrás de ella, le puso las manos en los brazos y apretó con suavidad. Podía ser un hombre muy dulce. Indudablemente, a veces era muy intenso y sombrío, pero tenía una bondad interior que casi no mostraba últimamente. A lo mejor sí que se la mostraba a ella. Tal vez eso era parte de su atractivo, lo que la atraía de él. Su pasión por su trabajo era evidente, la exhibía abiertamente. Si alguna vez tocabas la parte de él que mantenía oculta, si te dejaba entrar, entonces sentías un vínculo con algo especial. Un mundo al que otras no podían acceder. Al menos, así lo recordaba ella. Ken no dejaba pasar la barrera a casi nadie. Las otras, las chicas que hubo antes de Holly, estaban allí por una razón. Él decía que eran una extensión de su arte. Muchas pensaban que eran especiales para él, diferentes a otras modelos, pero no conocían a Ken, no lo entendían.

«Holly pertenecía a esa categoría, aunque ella no lo sabía». Un bebé, eso no lo había visto venir. Ken se acercó y le besó el cuello. Fue un toque ligero, de afecto más que de algo sexual.

—Siento haberte ocultado las notas. —Sabía que debería estar

enfadada por eso, pero ni siquiera sus niveles de hipocresía llegaban tan lejos—. Debería habértelo contado.

Estaba tensa. No era por culpa de su proximidad o contacto, sino porque su intento de tranquilizarla parecía estar aumentando su angustia. Forzándose a responder, negó con la cabeza.

—Lo entiendo —respondió ella. Las palabras sonaron huecas y poco sinceras. Ken no pareció darse cuenta y le dio un nuevo apretón en los brazos antes de aflojar el agarre. Él se apartó y ella inspiró profundamente, girándose para observar su espalda mientras se alejaba—. El bebé… ¿era tuyo? —Las palabras le escocieron al salir de sus labios. ¿Cómo había podido ser tan tonto? Entonces se dio cuenta. Era obvio. Ella estaba hablando de Ken. Un hombre que se movía por dos cosas: su arte y su pene. Las dos se cruzaban a menudo. Él se detuvo y miró hacia abajo. «¿Te resistes a enfrentarte a mí?». Escuchó a Ken respirar profundamente.

—No lo sé. Supongo que es posible.

La respuesta fue insatisfactoria, casi patética. ¿Cómo era posible que no tuviera una opinión y, si lo creía posible, cómo había sido tan ingenuo?

—¡Ken! Deberías haber tenido más cuidado —dijo enfadada, llena de frustración, miedo y, sobre todo, celos.

—Son cosas que pasan, ya sabes —respondió él, dándose la vuelta. Por un momento, Jane pensó que su marido iba a llorar otra vez—. No sabía que estaba embarazada hasta que apareció el viernes por la noche. Lo juro.

—Eso explicaría por qué Colin Bettany estaba tan furioso. ¿Cómo lo sabe él si tú no lo sabías?

Ken negó con la cabeza.

—Es médico. A lo mejor se lo notó.

—Y lo tuyo. ¿Cómo descubrió que te acostabas con su niña? —Ken vaciló ante esa pregunta. Su elección de palabras había sido emotiva. Ella lo sabía. Las había elegido a propósito—. Tenía solo diecisiete años, Ken. Para mí, a esa edad seguía siendo una niña.

—¡Tú hacías cosas mucho peores que ella a su edad! —Jane sintió una oleada de ira, pero la sofocó. A juzgar por su expresión, él había visto lo que había provocado con ese comentario. Lo que había dicho

Ken era verdad, pero, sin esas experiencias, no habría podido soportar a un hombre tan disfuncional como su marido—. Y, ya que no nos estamos conteniendo, ¿por qué has mentido? —Ella le sostuvo la mirada. Era una muestra de desafío—. No pasamos la noche del viernes juntos. Ni siquiera me viste hasta el sábado por la mañana. Si dudas tanto de mí, ¿por qué les has mentido?

Jane desvió la mirada y entró en el salón.

—¡Necesito una maldita copa!

—Sí, claro, porque eso va a ayudar ¿verdad? —dijo él alzando la voz. Hacía años que no le hablaba así—. ¿Por qué, Jane? ¿Por qué me apoyas si crees que soy culpable de algo?

La naturaleza acusadora de su tono se hacía más fuerte mientras la seguía. Por un momento, sintió algo más que rabia. Miedo. Miedo a su marido. Era una emoción que nunca había experimentado en todos sus años juntos. Normalmente, lo despediría con un comentario rencoroso, pero algo en su actitud la hizo recapacitar.

Desenroscó el tapón de una botella de ginebra, sirvió una generosa cantidad en un vaso y añadió una cantidad escasa de tónica. Tras levantar una mano temblorosa, bebió un sorbo. Estaba demasiado fuerte y amarga, pero el impacto la tranquilizó. Ken, imponente, se interpuso entre ella y el comedor esperando una respuesta a su pregunta.

—Porque eres mi marido. Pase lo que pase, somos una familia y haré lo que tenga que hacer para que podamos seguir todos juntos.

Los ojos de Ken se entrecerraron. Jane no sabía si esa respuesta era la que él esperaba o buscaba. En cualquier caso, Ken se hizo a un lado para dejarla pasar.

—No me lo has preguntado —dijo él en voz baja cuando ella llegó a la cocina.

Se giró hacia él y levantó de nuevo el vaso, apartando los ojos de los suyos.

—¿Qué es lo que no te he preguntado? —Jane sabía a lo que se refería. En realidad, no quería saberlo. Hacer la pregunta ya le daba miedo, pero ¿cómo reaccionaría ante la verdad? El intento de Jane de desviar la atención había fracasado. La frustración de su marido era patente—. No te lo voy a preguntar, Ken. No me pienso poner en

esa tesitura.

—En esa tesitura. ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—En una en la que no voy a poder mentir por ti. —Ella se dio la vuelta, dejándolo con la boca abierta.

—¡Pero si acabas de mentir por mí!

—No —dijo ella por encima del hombro, corrigiendo su afirmación —, he mentido por mí… y por los niños.

Ken dijo una palabrota en voz baja, salió de la cocina y subió las escaleras dando pisotones, como hacía William. A Jane la cabeza le palpitaba con fuerza debido a un dolor de cabeza provocado por el estrés. Pensó en las notas y quiso saber qué había escrito en las otras. Había podido leer la que le había enseñado el inspector Janssen, pero las demás se habían quedado sobre la mesa. Hizo un gesto con la mano, como descartándolas. Tenía que hacerlo. Debían ser para Ken, las habrían dejado en el estudio o en su coche; eran muy distintas de las que iban dirigidas a ella. La reacción de él había sido bastante reveladora. Si le hubieran dicho lo que ella temía al principio, cuando las había sacado a relucir, su respuesta habría sido muy diferente.

Ella había dicho la verdad antes. Su vida en común era imperfecta, pero en conjunto era mejor que la de la mayoría. Muy superior a la que ella tenía en su lugar de origen. Había mucho por lo que dar las gracias. Mucho que conservar. Cada uno había encontrado su manera de sobrellevar las cosas ocultando los detalles al otro. Mantener la unidad familiar era importante. Necesario. Pasase lo que pasase. El fuego había demostrado una cosa: la persona que ella mantenía bien enterrada, la que creía desaparecida hacía tiempo, necesitaba volver. «Haz lo que tengas que hacer», se dijo a sí misma mientras se terminaba el resto de su bebida.

CAPÍTULO 25

Ya había pasado la hora de comer cuando Janssen regresó a la comisaría con Colin Bettany. Tamara Greave rebuscaba las sobras en el fondo de un paquete de patatas fritas cuando él entró en la sala de operaciones. De regreso de la casa de los Francis, se habían desviado para comprar sándwiches en un Tesco Express. La oferta disponible después de la hora de la comida era en su mayoría poco inspiradora, pero ella encontró algo. Janssen se puso en marcha casi inmediatamente después de su regreso, deseoso de ir a buscar al médico para hablar con él lo antes posible. Ella lo entendió. Se suponía que no era propio de él atacar a Ken en la playa como lo había hecho, pero ella no estaba tan segura de eso.

Maddie había aludido al carácter controlador de sus padres, haciendo referencia en particular a su padre y a su deseo de saber en todo momento el paradero de sus hijas. Aunque podría decirse que eso era algo que hacían algunos padres con sus hijas adolescentes. El suyo, a pesar de todas sus opiniones sobre la protección del medio ambiente, la libertad y el estilo de vida humanista, seguía encontrando difícil el camino que había tomado su hija en el mundo. Un camino, a sus ojos, diametralmente opuesto a su visión del mundo. No lo era. Ella veía la sociedad en un contexto más amplio que la estrecha percepción que él había decidido adoptar. Y había sido una elección. Con él, todo era blanco o negro, correcto o incorrecto. Las zonas grises eran conversaciones con las que otras personas perdían el tiempo. Para ella, ese era el motivo por el que se enfrentaban. La opinión de Tamara difería de la suya y él no podía soportarlo. Su madre decía que era algo generacional. Una descripción general utilizada siempre que los miembros de la familia se distanciaban y parecía imposible lograr un entendimiento amistoso.

Pensando en lo que Maddie le había contado y en la opinión de Eric

sobre el médico de cabecera, se preguntó hasta qué punto su comportamiento era fruto de su propia educación. Un profesional, educado para vivir de cierta manera en cuanto a su educación y su carrera, buscando asegurar la continuidad en la próxima generación. Una existencia preestablecida, estructurada de tal forma que no había espacio para desviarse. Holly le parecía alguien que buscaba un camino diferente, uno que sabía que sus padres desaprobarían, así que lo mantuvo en secreto ante ellos y ante todos. O ante casi todos. Mientras que algunas adolescentes volvían a casa con varios *piercings* o con un novio maquillado y vestido de negro de los pies a la cabeza, Holly había elegido un camino diferente. En apariencia seguía las reglas, pero, en cuanto estaba fuera de la vista, creaba sus propias normas.

Lo más triste de todo eran los signos evidentes de su dolor. Su actitud en el instituto, el distanciamiento de sus compañeros y las discusiones con sus padres eran síntomas de una mente perturbada. Según todos los indicios, el profesor particular era consciente de que algo iba mal, al igual que lo sabían en el instituto. Las señales estaban ahí si la gente hubiera estado dispuesta a verlas. «Pero las escondía bien, ¿verdad? Como lo hacías tú». Tal vez su comportamiento era juzgado como rebeldía adolescente normal y corriente. Sin embargo, nada apuntaba a una razón para su muerte. La aventura con Ken y el embarazo no deseado podrían ser el motivo. Había gente asesinada por mucho menos.

La reacción de Colin hacia Ken no había sido espontánea. Eso era imposible. Para saber dónde estaría Ken, o había tenido la suerte de los dioses para encontrarse con él, o lo había seguido hasta la playa. Eran las acciones de una mente concentrada, impulsada tal vez por el dolor, la ira o la frustración crecientes. Tenía la necesidad de desquitarse con alguien, y Ken cumplía todos los requisitos. Al fin y al cabo, eran de una edad parecida. Intentó ponerse en su lugar. ¿Cómo reaccionaría ella? Mal.

Eric cerró la fiambrera. El sonido la sacó de su proceso de pensamiento silencioso. Lo miró y él sonrió. Tamara le indicó que tenía algo entre los dientes. Lo que su madre le había preparado esa mañana no olía bien. Parecía avergonzado mientras se ocupaba de

sus dientes con el borde de una uña, agachando la cabeza para que no lo vieran. El agente era tan joven, tan inocente… Era difícil creer que ya tenía los años suficientes a sus espaldas para cumplir con los requisitos del Departamento de Investigación Criminal. Por otra parte, las cosas estaban cambiando. Cuando ella intentó unirse al departamento por primera vez, fue para romper con la monotonía de llevar el uniforme. Era una oportunidad para meterse de lleno en los casos, de marcar realmente la diferencia a la hora de sacar a los delincuentes de las calles. Además, se podía ascender con facilidad. Sin embargo, hoy en día el Ministerio del Interior pagaba muy mal a los policías de su departamento.

Aunque a ella eso no le importaba. Richard, en cambio, preferiría que volviera al ponerse el uniforme o que dejara el trabajo. Sus pensamientos regresaron a su prometido. No habían hablado desde el domingo por la noche. A decir verdad, lo estaba evitando. Richard podía enfurruñarse —tanto como ella, para ser justos—, pero lo superaría, y probablemente ya lo había hecho. Por qué no la había llamado como solía hacer era bastante desconcertante.

Janssen entró. Colin Bettany los esperaba en una sala de interrogatorios, vigilado por un agente uniformado. Tamara se levantó y los dos se dirigieron hacia allí. La sala no tenía ventanas y era cálida. Demasiado. La calefacción debía seguir encendida. Colin Bettany se había presentado allí con su uniforme de trabajo. Era un traje caro, con mezcla de cachemira y lana, y una camisa que costaba fácilmente más de cien libras. Ella notaba la diferencia. Sus gemelos captaron la luz, atrayendo su mirada hacia sus manos y los cortes que tenía en los nudillos. No estaba acostumbrado a pelear.

Era un hombre corpulento, incluso estando sentado. Se lo imaginaba jugando en el equipo de *rugby* del colegio privado al que había ido, lo que había ocurrido casi con total seguridad. La forma en que se comportaba. La expresión relajada de su rostro, con una inmunidad de por vida contra el síndrome del impostor pagada por la riqueza de su familia. Se preguntaba por qué sus hijas iban a un colegio público. Los Bettany parecían capaces de financiar una educación privada, y habían optado por no hacerlo. Eso parecía contradecir su deseo de que las niñas estudiaran Medicina.

Colin tenía la cara roja. Podía ser el resultado tanto de estar sentado en la habitación sofocante y sin aire como de cualquier emoción reprimida.

—¿De verdad es necesario un interrogatorio formal? —le preguntó a Janssen. La voz era de barítono, autoritaria.

—Me temo que sí, doctor Bettany. Sobre todo cuando no estaba donde le dijo a todo el mundo que iba a estar para evitar hablar con nosotros. —Tamara lo expuso todo asegurándose de que el hombre que tenía enfrente supiera bien quién dirigía el interrogatorio. No lo hacía Bettany ni tampoco Tom Janssen—. Además, tenemos que hablar del asalto a Ken Francis. —Ken se había mostrado firme en su intención de no presentar cargos, aparentemente muy consciente de cómo podría interpretarse eso entre los lugareños, ya que no quería ser el forastero que estaba aumentando el dolor de un padre afligido. En realidad, sin duda buscaba mantener su relación con Holly fuera de los periódicos—. Entiendo que ha renunciado a su derecho a que haya un abogado presente.

—No tengo nada que ocultar. —Bettany permanecía confiado, inexpresivo—. Madeleine nos informó a Marie y a mí de cómo… de que… Holly solía posar en casa de los Francis. En mi dolor, puede que malinterpretara la situación y perdiera los nervios. Mi comportamiento hacia Kenneth estuvo por debajo del nivel de conducta que cabría esperar, pero, dadas las circunstancias, creo que un juez dejaría pasar el asunto.

En los círculos en los que se movía, probablemente conocía a la mayoría de los jueces de la zona.

—Bueno, el señor Francis no ha presentado ninguna denuncia. —Bettany se rio, pero no dijo nada más—. Debería considerarse afortunado, doctor Bettany. Al sistema judicial no le gusta nada que la gente se tome la justicia por su mano.

—Yo no he hecho tal cosa. No sea tan tonta, mujer —dijo en tono condescendiente—. Solo le di un bofetón.

—¿Y el incendio provocado? —Tamara vio cómo su indignación se disipaba ante sus ojos—. El estudio de Ken fue destrozado el fin de semana y esta mañana le prendieron fuego. Ocurrió poco después de que ustedes dos tuvieran el… altercado. Los jueces rara vez dejan

pasar un incendio provocado, doctor Bettany. Los autores suelen ir a la cárcel.

—Yo… Yo… no tengo nada que ver con eso —tartamudeó.

—¿Dónde fue después de marcharse de la playa?

—Caminé un rato. —De repente, Bettany parecía mucho más interesado en ser útil. La fanfarronería y la arrogancia habían desaparecido—. Luego me fui a casa. Llegué a mediodía. Marie lo confirmará. —El impacto inicial de la sugerencia lo había desconcertado, pero enseguida volvió a la carga. Se irguió de nuevo y le sostuvo la mirada—. Cualquier insinuación de que he tenido algo que ver con tal destrucción sinsentido será rebatida con todos los recursos que tengo a mi disposición, inspectora Greave.

—Inspectora jefe Greave —lo corrigió ella, sonriendo interiormente por la oportunidad que le había brindado. A él no se le escapó la ironía—. Me parece bien. Y, ahora que su postura ha quedado registrada en la grabación, ¿podría darme su opinión sobre el embarazo de Holly?

De eso era de lo que quería hablar con él. La posibilidad de que Bettany fuera un pirómano le parecía poco probable. Provocar un incendio podía ser un acto de venganza. Sin embargo, el hombre que tenía delante no era de ese tipo; era un acto demasiado burdo para un hombre como Colin Bettany. Al mencionar al bebé, el doctor bajó la cabeza y cerró los ojos. Era la primera expresión genuina de emoción que había visto en él, aparte de la ira, obviamente.

—Me lo contó Marie. Debo admitir que me cuesta entenderlo. —Levantó la cabeza y miró a los policías. Janssen estaba sentado erguido, con el rostro tenso y en silencio. Ella dirigía el interrogatorio y él parecía cómodo en un segundo plano. Sin embargo, Bettany tendía a dirigirse a él. Quizá ella le caía mal o tenía problemas con la autoridad femenina. Era algo bastante común entre los hombres de cierto tipo—. Ni siquiera sabía que tenía novio.

—¿Y qué me dice de Mark McCall? —preguntó ella rápidamente, buscando una reacción.

—Lo del chico McCall fue algo pasajero, nada más. Hablé con su padre y le dije cuatro cosas.

—¿Y qué eran esas cuatro cosas? —Janssen rompió su silencio. A

Tamara no le importó, era una pregunta pertinente.

—Que no estaba bien. —Las palabras se le escaparon de la lengua como si fuera algo obvio—. Que no podían estar juntos. Que era totalmente inaceptable. —Negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó ella; aunque, al mismo tiempo, creía que la respuesta estaba muy clara.

—Holly iba a llegar lejos. Tenía el mundo entero a sus pies. El chico McCall puede que sea un muchacho agradable; después de todo, no se debe hacer responsable al niño de los pecados del padre… o de la familia, ahora que lo pienso. No, no… Es un buen chico, pero no es el adecuado.

Había tantas cosas implícitas en esa afirmación que Tamara se tomó un momento para asimilarlo. Todos los padres quieren lo mejor para sus hijos y, según todos los indicios, los McCall eran muy mal vistos por todo el mundo; pero aun así, para Colin, la perspectiva de que pasaran algún tiempo juntos era impensable. Le pareció que aquel hombre no estaba acostumbrado a que se analizaran sus pensamientos o sus acciones.

—¿Sabe a dónde fue Holly la noche que murió?

—La noche en la que la asesinaron, querrá decir. —Colin Bettany la miró fijamente. Era la primera vez que él se encontraba voluntariamente con su mirada—. Puede decirlo tal cual. La noche en que alguien nos la arrebató. No, no tengo ni idea. Por lo que yo sabía, estaba en Norwich para el recital. Ya les hemos contado todo esto.

—Por supuesto. Solo quería comprobar si había recordado algo que no hubiera mencionado antes.

Bettany se encogió de hombros. Era un gesto despectivo.

—¿Algo más? —Ahora volvía a mostrar la arrogancia con la que los había saludado al principio. La policía sacó una carpeta, la abrió y extrajo algunas hojas de papel. Eran las notas amenazadoras enviadas a Ken Francis. Colocó varias de ellas unas junto a las otras y le dio tiempo para que las leyera. Lo hizo de forma despreocupada y sin ningún signo notable de reconocimiento—. ¿Qué es esto? —Levantó la mirada de las notas, se apoyó en el respaldo y la miró con recelo.

—¿Por casualidad es su letra? —le preguntó ella.

—¡Claro que no! —La réplica fue tan despectiva que casi parecía ofendido por la mera idea de que pudiera ser responsable—. Sé que los médicos tienen fama de escribir con letra ilegible, pero me daría vergüenza llamarme «wykehamista» si pusiera mi nombre en eso. Ese hombre ni siquiera sabe deletrear. Mis padres estarían exigiendo un reembolso. —Señaló la segunda hoja por la izquierda.

Tamara giró el papel y vio la palabra a la que se refería, «desgrasia», mientras miraba de reojo a Janssen para asegurarse de que él también la veía. Le hizo algunas preguntas más, pero apenas obtuvo información útil y poco después dio por concluido el interrogatorio. Colin Bettany se marchó con la clara advertencia de mantenerse alejado de Ken Francis si no quería pasar la noche en una celda. Él les aseguró que no se repetirían sus actos.

Tamara y Janssen, que estaba a su lado, vieron cómo un agente uniformado lo escoltaba hasta la entrada principal.

—¿Qué quería decir con el término «wykehamista»? —No estaba familiarizada con él, pero no quería debilitar su posición ante el médico, que sin duda se habría sentido muy orgulloso de humillarla de cualquier forma posible.

—Que asistió al Winchester College. —La explicación de Janssen terminó ahí, pero ella seguía sin enterarse de nada. Él debió darse cuenta, porque continuó hablando—: Es un colegio fundado por Guillermo de Wykeham, si no recuerdo mal. A los alumnos se les llama así por el nombre del fundador. Winchester es el segundo mejor internado después de Eton, según tengo entendido.

—Ah, ya veo. Yo fui al Bristol Grammar.

—No se lo echaré en cara —dijo Janssen sonriendo brevemente—. Yo fui al colegio público del pueblo. Había menos *rugby*, pero probablemente más chicas.

Tamara se rio. Era el primer dato personal que le ofrecía desde su llegada. ¿Era un hombre reservado que vivía detrás de las barreras que erigía o se iba abriendo con el tiempo? Pensó que podía preguntárselo a Eric la próxima vez que estuvieran solos.

Al volver a la sala de operaciones, le sorprendió que Janssen no dijera nada. Parecía ensimismado y, durante un breve momento de

paranoia, pensó que su reticencia podría estar relacionada con su forma de llevar el interrogatorio. Ella se estaba impacientando.

—¿Qué le ha parecido?

Eric se giró también para mirar, deseoso de oír las conclusiones de la entrevista. Janssen estaba sentado en el borde de un escritorio, con el ceño fruncido. Estaba muy pensativo.

—Si le soy sincero, no estoy seguro. ¿Cuánto sabe el señor Bettany sobre Holly y Ken? Por lo que nos ha contado ahí dentro, parece que sigue en la inopia. —Cruzó los brazos sobre el pecho, pensativo—. Nos ha ofrecido la cantidad justa de rabia, frustración y contrición… Justo lo que me esperaba.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, perpleja.

Janssen levantó las cejas.

—Cuando interrogo a alguien, casi nunca obtengo lo que espero.

CAPÍTULO 26

Eric colgó el teléfono. Solo en la sala de operaciones, parecía frustrado. Localizar a la denunciante cuya acusación había conducido a la detención de Ken Francis estaba resultando mucho más difícil de lo que había imaginado. No era un ingenuo. La gente desaparecía sin dejar rastro a diario. Algunos porque así lo decidían, mientras que otros no tenían elección. No necesariamente por algo siniestro. En la actualidad, la gente se mudaba mucho, sobre todo en una gran ciudad como Londres. Los días de un trabajo para toda la vida y de vivir en la misma casa eran cada vez más raros en la vida cotidiana. La promesa de hacer fortuna en la gran ciudad seguía siendo muy atractiva para muchos. La afluencia de personas de todo el país era constante. Si a eso se le sumaba el avance de la economía de trabajos temporales y de los alquileres por las nubes, el resultado era una población que cambiaba continuamente de código postal y que quizá nunca aparecería en los censos electorales ni en las listas de impuestos municipales.

Tenía tres direcciones conocidas de Amanda Stott y varios números de teléfono, pero todas las pistas acababan con el mismo resultado. O ya no estaba allí, o los residentes actuales no la conocían, o nadie contestaba a los números de teléfono. En el expediente que le habían enviado desde Canning Town figuraban varios trabajos a tiempo parcial, desde coordinadora de eventos y camarera hasta mensajera en bicicleta, lo que le permitía dedicarse a lo que realmente quería, que era ser modelo. En el expediente figuraban los nombres de algunos miembros de su círculo social y, aunque eso no dio ningún fruto, les dejo sus datos de contacto por si la veían. Tras explicarles con todo lujo de detalles que Amanda no se enfrentaba en modo alguno a una investigación, varios conocidos dijeron que lo llamarían si se ponía en contacto con ellos. Amanda había desaparecido de la faz de la tierra. Podía estar en cualquier

parte. Eric se reclinó en la silla y miró el reloj. El interrogatorio acabaría pronto y quería aportar algo útil. Realmente no estaban considerando a Colin Bettany como sospechoso del asesinato; al menos, él no lo veía así.

El interrogatorio fue en general un ejercicio de remover las cosas, por lo que había podido deducir. Recordando su material de estudio, ya que tenía muy poca experiencia personal en un caso así y eso era todo lo que tenía para trabajar, la probabilidad de que Holly hubiera sido asesinada por un extraño era escasa. Nueve de cada diez veces el asesino era un familiar, un amigo o un conocido de la víctima. A veces era el más mínimo fragmento de información, a menudo percibido como insignificante en ese momento, el que los llevaba hasta el culpable.

Holly le parecía una chica fuera de lo común. Había chicas como ella en su instituto, en todos los institutos probablemente. Era popular, pero no en exceso. Había jerarquías. Los populares eran aquellos con los que todos querían estar, formar parte de su grupo o, como en su propio caso, que supieran que existías. Dentro de ese grupo había más rangos, aquellos a los que adoraban alumnos y profesores por igual. Luego estaban los demás, a los que el resto del instituto, incluido Eric, despreciaba sistemáticamente. Disfrutaban haciendo alarde de su estatus sobre los demás, utilizando su superioridad numérica y abrumadora gravedad para infligir abusos a quien eligieran señalar. Más allá de ese grupo tan cerrado, había agrupaciones más pequeñas y dispares de personas que se unían en un pacto casi tribal de seis o siete miembros para garantizar la supervivencia. El grupo proporcionaba seguridad, pero no tenían la fuerza suficiente para garantizar una seguridad absoluta si los ojos de la manada se posaban sobre ellos.

¿Dónde encajaba Holly en ese entorno? Ese tipo de estructuras sociales no eran exclusivas de su experiencia educativa. Se repetían en centros de todo el país, ya fueran públicos o privados, en entornos urbanos o rurales. Así interactuaba la gente. Los juegos de poder se prolongaban hasta bien entrada la edad adulta, en oficinas o fábricas. Esa era la naturaleza de la humanidad. A veces, la posición que ocupabas en esas interacciones sociales podía indicar

hasta qué punto podías ser una víctima. Por supuesto, todo eso era fruto de estudios sociológicos y tenía un fin académico, pero la elaboración de un perfil de la víctima podía ofrecer ideas útiles.

Holly Bettany era popular, pero permanecía en la periferia del núcleo de los populares Con su inteligencia, su personalidad y su aspecto, desde fuera parecía tenerlo todo y, sin embargo, evitaba tener protagonismo. A Eric, que ella hubiera elegido mantenerse a distancia de quienes la rodeaban le resultaba sorprendente. Y más aún se lo parecía la elección de Mark McCall como su amigo y la tutela autoimpuesta que ejercía sobre él cuando estaban en el instituto. Si las opiniones de la jefa de cuidado pastoral eran correctas y Holly estaba jugando con Mark, ¿cuál era su motivación? Protegerlo de la manada de hienas como hacía ella, solo para jugar ella misma con sus emociones, no tenía mucho sentido. A menos que estuviera impulsada por arrebatos de su propia inseguridad o baja autoestima, que la llevaba a menospreciar a los demás, como muchos solían hacer. Cuanto más se revelaba sobre el carácter de Holly, mayor era el nivel de complejidad que salía a la luz.

El teléfono que estaba en su escritorio sonó. Era una llamada del equipo de soporte técnico de Norwich. La conversación fue tan informativa como breve. La encriptación del portátil que había encontrado en el dormitorio de Holly no era tan compleja como se había pensado en un principio, pero los datos del disco duro distaban mucho de ser esclarecedores. Sin embargo, el último punto planteado lo entusiasmó y no veía la hora de compartirlo con sus superiores.

Los dos aparecieron poco después. Tamara Greave iba delante, con paso decidido, como siempre. Solo podía esperar tener algún día la misma confianza en sus capacidades que tenía ella. Tom iba más atrás. Eric sabía que tenía algo en mente. Janssen solía caer en ataques de introspección cuando trabajaba en algo. Podían durar días y eran, cuando menos, desconcertantes. Pasaron semanas antes de que aprendiera a no tomarse los silencios como algo personal, ya que no tenían nada que ver con él y sí con Tom y su proceso de pensamiento. Se preguntó qué le estaría pareciendo a la nueva jefa trabajar con él. Después de observar las interacciones

que había entre ambos, estaba intrigado. Ambos eran seguros de sí mismos, experimentados y tenían conocimientos, pero sus enfoques eran muy diferentes. Hasta ahora, Tom había sido su referente, intenso y concentrado. Greave era diferente. Abierta, accesible y asertiva, Eric tenía la sensación de que no se dejaba engañar. Para ser sincero, eso le preocupaba un poco.

Escuchar a Janssen revelar sus sospechas sobre Colin Bettany fue muy interesante. A Eric el médico le resultaba intimidante. Ocupaba una posición de influencia dentro de la comunidad, se movía entre los políticos locales y los terratenientes, y vivía una vida muy por encima del nivel que él jamás podría alcanzar. Su madre siempre le reprochaba su disposición a ceder ante quienes creía de un estatus superior. Ella malinterpretaba su actitud. Eric no los veía como personas mejores que él, sabía que no lo eran, pero otros no estaban de acuerdo. La sumisión estaba arraigada en quienes lo rodeaban y esas personas tenían la influencia necesaria para complicarle la vida. Cuando entró en la policía, descubrió que la clase social desempeñaba un papel poco importante a la hora de diferenciar entre quienes cumplían la ley y quienes pensaban que era algo a lo que solo debían atenerse los demás.

Greave no respondió a Janssen y se hizo un breve silencio. Eric esperó, preguntándose si era un buen momento para hablar, temiendo que su cambio de conversación se interpretara como una falta de comprensión del matiz del comentario. El ceño fruncido abandonó la cara de Janssen e infló las mejillas. Ese era un buen momento.

—He tenido noticias de los técnicos respecto al portátil de Holly. Buenas y malas noticias.

—Empiece por lo malo y vaya subiendo —le dijo Tamara, agarrando una silla con ruedas, y la acercó.

—Había muy pocas cosas en el disco duro. Ni diarios ni correos electrónicos. Había muy poca información sobre su vida.

—Qué decepción —dijo Tamara, cogiendo un paquete de frutos secos que había en el escritorio, detrás de ella. Empezó a picotear y lo miró, expectante. Eric se sentía nervioso por tener toda su atención, ya que estaba desesperado por causar una buena

impresión.

—Sin embargo, ha aparecido el número de serie. Se denunció su robo hace un par de meses, en Fakenham. —Los dos oficiales superiores se sorprendieron e intercambiaron miradas—. Un allanamiento rutinario. Robaron en la casa mientras los padres estaban de camino al colegio. Entraron y salieron en menos de diez minutos. De manual.

—¿Hay alguna pista sobre quién lo hizo? —preguntó Janssen.

El caso no llevaba a ninguna parte. En el breve tiempo que Eric había estado esperando a que regresaran, lo único que había conseguido localizar era el expediente adjunto al número de referencia del delito. El caso se consideraba abierto, pero no se estaba investigando de forma activa.

—No, parece inactivo —respondió Eric. Eso era normal. A menos que hubiera testigos de peso o que alguien fuera sorprendido *in fraganti*, resolver un robo como ese era muy improbable. Los ladrones podrían cometer docenas, si no cientos, de delitos antes de ser detenidos, siempre que tuvieran cuidado y no se excedieran—. Voy a comprobar la fecha con el instituto para ver si Holly faltó ese día, pero no creo que ella encaje en el perfil. —Eric sabía que ella no habría llevado a cabo el robo, pero era mejor asegurarse.

—No, hace bien en comprobarlo —dijo Tamara, entrecerrando los ojos—, aunque lo más probable es que sepa quién lo hizo. ¿Alguien que conozcamos encaja en el perfil?

Eric los miró a los dos, reacio a parecer uno de los intolerantes de mente estrecha que vivían en la zona, pero tenía que decirlo. Era evidente.

—Hay una familia en particular que es muy conocida por este tipo de cosas.

—Los McCall. —La respuesta de Janssen fue una declaración, no una sugerencia—. Por lo que sabemos de Mark, tampoco encaja en el perfil.

—Pero… es un McCall —respondió Eric. Janssen le lanzó una mirada sombría y se dio cuenta de que había caído justo en la trampa que quería evitar. Buscando reducir el daño, pensó rápido—. Sabemos que Mark no lo hizo, pero ¿y sus hermanos?

Janssen asintió con aire pensativo.

—Un hermano, Bradley, está en la cárcel y el otro está fuera, en el ejército. Pero tiene razón, no podemos ignorar a sus conocidos. Deberíamos investigarlo sin relacionarla con nadie más. Póngase en contacto con el regimiento local. Averigüe dónde está destinado su hermano, si está cerca o si ha disfrutado de algún permiso que coincida con el robo. Y compruebe también en qué fecha entró en prisión Bradley. Podría haberlo hecho antes de entrar, cuando estaba en libertad bajo fianza.

—También está el otro, Clinton —les recordó Eric—. Ese también es una buena pieza.

—Y no deberíamos ser sexistas —intervino Tamara—. También hay una hija, ¿no? —Miró a Janssen y este, a Eric, que sintió una pequeña oleada de orgullo.

—Sadie. Tiene antecedentes por robar en tiendas. Además, consume drogas, pero un robo así supondría ascender un escalón para ella. —Tamara asintió con aprobación y Eric sintió que estaba a punto de sonreír. Reprimiendo la sensación de satisfacción, volvió a su escritorio.

—¿Ha conseguido encontrar a la mujer que hizo las acusaciones contra Ken Francis? —preguntó Janssen.

—No, todavía no. Ha desaparecido, pero estoy trabajando en ello. ¡Es un maldito inconveniente!

—No para Ken —dijo Janssen, con un tono que disimulaba su escepticismo—. La única persona que podría arrojar algo de luz sobre su carácter que no está casada con él… o muerta, y no podemos encontrarla.

—¿No creerá que…? —empezó a decir Eric, pero las palabras se desvanecieron. A menudo era culpable de hablar antes de formar el pensamiento con claridad en su mente—. ¿No habrá… venido aquí a vengarse de Ken después del colapso del caso? —Después de decirlo, ya no le pareció tan absurdo como cuando se le había ocurrido la idea—. Tal vez debería comprobar los *bed and breakfast* locales para ver si aparece en sus registros. Tendría un motivo. —Los dos oficiales superiores lo estaban mirando y, de repente, se sintió cohibido, como si hubiera metido la pata—. ¿Verdad?

Tamara lanzó una mirada a Janssen, que ladeó la cabeza.

—Merece la pena intentarlo. Bien pensado. Está que se sale, Eric. Creo que Tom y yo vamos a volver a la casa de Callum McCall.

—¿Cómo quiere hacerlo? —preguntó Janssen.

Eric se sorprendió. Tom solía ser muy decidido, siempre era él quien lideraba en lugar de seguir a los demás. Había algo extraño en la dinámica que había entre esos dos. Sería interesante ver cómo se desarrollaba en los próximos días.

—Estoy abierta a sugerencias —respondió ella.

—Creo que deberíamos pedir una orden de registro. —Tamara pareció sorprendida por la idea de Janssen. Eric se preguntó por qué —. Callum no nos va a permitir echar un vistazo si no tenemos una. Si descubrimos algo sospechoso, nos dará munición para apretarle las tuercas. Si Callum siente que tiene algo que perder, puede que hable. Y lo mismo pasará con sus hijos. Ya es hora de que alguien empiece a hablar.

—De acuerdo —respondió ella sonriendo.

Eric se quedó perplejo ante su intercambio. Había algo más bajo la superficie, una comunicación tácita quizá. Verlos interactuar era fascinante.

CAPÍTULO 27

A media tarde, las nubes se habían retirado de la costa para dejar ver un sol radiante, pero se cernían ominosas sobre el mar del Norte, amenazando con volver en cualquier momento. El viento se levantaba del sur y arrastraba aire continental cálido a través del canal, pero con él se acercaba un posible frente tormentoso. La primavera estaba tentadoramente cerca. Las campanillas azules florecían entre los árboles mientras Tom Janssen avanzaba con cuidado por el camino sin asfaltar hacia la casa de los McCall, un mar de color efímero que desaparecería en quince días. Tamara Greave estaba callada a su lado y él se sentía cómodo sin tener que forzar una conversación.

La orden había llegado sobre las tres de la tarde y se había entablado un breve debate sobre la posibilidad de aplazar el registro hasta la mañana siguiente, lo que les daría un día entero para registrar y las ventajas de hacerlo así frente a los riesgos que suponía un retraso. Finalmente, decidieron actuar con rapidez. Janssen reunió a todos los que pudieron librarse de la patrulla y se pusieron en camino. La revelación de que el ordenador de Holly era producto de un robo le resultaba fascinante. Los hijos de padres acomodados podían desviarse con tanta facilidad como cualquier otro, así que no era por eso. Holly no encajaba en el perfil de chica rebelde que se oponía a la autoridad. No es que no tuviera motivos. Colin Bettany le parecía una figura autoritaria y lo veía muy capaz de ejercer su influencia sobre la familia. Del mismo modo, Marie distaba mucho de ser la mujer sumisa de un marido dominante.

Aunque no quería sacar conclusiones precipitadas sobre la familia McCall, su investigación no encontró ningún otro vínculo con personas con antecedentes penales. El grupo de amigos de Holly era relativamente pequeño para una chica de su edad. Su presencia en las redes sociales era escasa, tenía pocos amigos y aún menos

interacciones y, al final, la teoría de la navaja de Occam no dejaba de repetirse en su mente. Podría decirse que la conclusión más sencilla, basada en el menor número de suposiciones, sería la ganadora. Estaban indagando y, cuanto antes descifraran lo que ocurría en el mundo de Holly, antes descubrirían a su asesino. Hasta ese momento, nadie había afirmado conocer a Holly de verdad.

Callum estaba fuera cuando Janssen se acercó. Si se sorprendió al ver que llegaba acompañado de dos coches patrulla, no lo demostró. Salió del vehículo y cruzó la corta distancia que los separaba. Callum McCall le dio la espalda. Estaba delante de una pequeña hoguera. Una nube de espeso humo gris flotaba en el aire. El fuego crepitaba y escupía. Debía estar quemando madera húmeda y hojas para generar tanto humo. Una ráfaga de viento cambió la trayectoria en su dirección, y sintió el sabor acre en la boca y empezó a parpadear con fuerza para despejar sus ojos llorosos.

—Tenemos una orden de registro —declaró, acercándose, y le ofreció a Callum el documento judicial.

Él lo recorrió con la mirada antes de meterse las manos en los bolsillos. Janssen se volvió hacia Tamara, que indicó a los agentes que iniciaran el registro. Se separaron: tres se dirigieron hacia la residencia y el resto se desplegaron para registrar el exterior. Alrededor había varias dependencias o cobertizos improvisados a partir de diversos materiales: tablones de madera, lonas y materiales de desecho reunidos a lo largo de los años.

—No lo encontraréis. —Callum miró el fuego, sorbiendo por la nariz con fuerza. Parecía tranquilo; se estaba tomando su presencia con calma. Al cabo de unos segundos, cambió de actitud y dirigió una breve mirada a Janssen—. Lo que sea que estáis buscando, Janssen, no está aquí.

—¿Qué estamos buscando? —En realidad, no esperaba ninguna respuesta. El viento volvió a cambiar, alejando el humo de ellos. Al mirar hacia el fuego, no vio solo ramas y hojas, sino también una especie de material azul oscuro y grueso—. ¿A qué viene el fuego?

—Estoy haciendo limpieza. —Callum alargó la mano y le quitó la orden de registro. Después de una lectura superficial, hizo una bola con ella y la arrojó a las llamas. Inmediatamente, el papel se

incendió—. Es muy útil para deshacerte de todo tipo de basura.

El chirrido de una puerta al abrirse le hizo volverse y vio salir a Mark. Parecía nervioso. La presencia de la policía registrando su casa probablemente lo inquietaba. Al ver a Janssen, Mark se detuvo junto a la puerta antes de acercarse. Callum se giró y vio cómo se aproximaba su hijo.

—No te preocupes, chico. Acabarán pronto. —Rodeó con un brazo los hombros de Mark, lo atrajo hacia sí y le dio un fuerte apretón. La cabeza de Mark se balanceó ligeramente, y esbozó una débil sonrisa acompañada de un asentimiento—. Ya sabes cómo va esto. Cuando la pasma no tiene nada, viene a molestar a los McCall.

Janssen sintió cómo aumentaba su irritación. No es que debiera esperar otra cosa de un criminal de poca monta como Callum McCall. Llevaba la mayor parte de su edad adulta entrando y saliendo de la cárcel, condenado por pequeños hurtos y otros delitos, y trabajaba esporádicamente en granjas y haciendo chapuzas. No era un delincuente de verdad, se trataba más bien de un oportunista que siempre estaba buscando la manera de sacar provecho de alguna situación. Era ese enfoque de la vida, el alcoholismo y la propensión a la violencia lo que lo mantenía en el punto de mira, y no los prejuicios conspiratorios de la policía.

—Estamos buscando propiedad robada, Mark. —El joven lo miró y, sintiendo los ojos de su padre clavados en él, apartó la mirada con rapidez—. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad?

Mark negó con la cabeza.

—Estás perdiendo el tiempo —afirmó Callum con un gesto despectivo de la mano. Lleva un vendaje en ella que parecía reciente, aunque la venda estaba algo manchada, sin duda por haber preparado la hoguera.

—Eso parece bastante doloroso —dijo Janssen, señalándolo. Callum se miró la mano, flexionó los dedos y frunció el ceño antes de dejarla caer a un lado—. ¿Cómo se lo ha hecho?

—No me acuerdo. Debo haberme torcido la muñeca o algo así.

No se molestó en pensar una explicación convincente. Janssen no se la creyó ni por un segundo. Un movimiento a su derecha le llamó la atención. Tamara estaba en la esquina del edificio haciéndole

señas para que se acercara.

—¡Tom, venga a ver esto!

Por primera vez vio que la máscara de indiferencia se deslizaba en la expresión de Callum. Apenas duró un segundo antes de que reapareciera el velo de desafío, pero Mark también la vio, ya que su agitación aumentó. Cuando Janssen se acercó hasta donde estaba Tamara, esta inclinó la cabeza indicándole que la siguiera. Se fueron a la parte de atrás. Había un cobertizo adosado a la parte trasera de la propiedad. No eran más que unos tablones cortados, clavados y cubiertos con una lona gris para ofrecer algo de protección de la lluvia. Contenía troncos partidos —presumiblemente para una estufa —, un barril de agua de lluvia —que se llenaba gracias a los canalones que bordeaban el tejado— y unos cuantos cajones cuadrados de madera. Estas tenían unos treinta centímetros de lado y estaban llenas de cachivaches: latas de aceite, algunas herramientas oxidadas y láminas de plástico pequeñas dobladas, apretadas y lastradas con una piedra para que no se las llevara el viento.

Consciente de que Callum McCall estaba detrás de él, Janssen se puso en cuclillas junto a Tamara. Se había puesto guantes de látex para el registro y levantó una de las láminas de plástico, revelando lo que había debajo. Janssen no pudo evitar que lo que vio le desconcertara. Dentro había un par de zapatos rojos de tacón alto. El brillo aplicado al acabado hacía que destacaran, reflejando el sol que incidía sobre ellos. Estaban colocados de forma ordenada uno al lado del otro, como si estuvieran en un zapatero en lugar de tirados junto a botes de pintura medio vacíos. Tamara los sujetó con los dedos, los levantó y les dio la vuelta para inspeccionarlos a fondo.

—Las suelas están desgastadas, pero no hay rozaduras ni rasguños en la parte superior ni en los laterales —le dijo a Janssen.

Las suelas de los zapatos estaban bastante limpias, aunque había algo de barro seco en los bordes de la base, donde se unían con los laterales. El desvanecimiento de las letras impresas en el interior mostraba indicios de desgaste, pero no en exceso. Pertenecieran a quien pertenecieran, no se los ponía a menudo, pero los cuidaba bien. El policía se giró hacia Callum, cuyos ojos se entrecerraron,

pero, aparte de eso, su expresión era tan ilegible como siempre.

—Qué lugar tan extraño para guardar zapatos, ¿no le parece? —le preguntó. Callum se encogió de hombros—. ¿Por qué los tiene aquí?

—No los había visto antes, pero la gente tira cosas por todas partes. En esta casa y con mis hijos, a saber de dónde han salido.

Tamara tomó la palabra.

—No me parecen de su número ni de su estilo, señor McCall.

—Nunca se sabe, muchacha —replicó Callum, respirando de forma ruidosa—. Hoy en día todo vale. Además, probablemente sean de Sadie. O los estaba escondiendo para que yo no los viera porque pagó mucho por ellos, o… tal vez eran de su madre. ¿Cómo voy a saberlo yo? Podría haber una infinidad de motivos.

—Su hija, Sadie, ¿es bajita? —preguntó Tamara—. Este número debe quedarle bien a una chica no muy alta.

Callum se encogió de hombros una vez más, pero era posible que estuviera igual de desconcertado por el descubrimiento, aunque lo disimulaba bien. Era peculiar se mirara por donde se mirara. Un agente abrió una bolsa de plástico y ella introdujo los zapatos en su interior. Aún no habían localizado los zapatos que Holly llevaba la noche de su muerte y, aunque no había certeza de que esos fueran los desaparecidos, sería una negligencia ignorar esa posibilidad.

Al retroceder, Janssen vio a Mark escabullirse. Estaba a cierta distancia caminando entre los árboles. Luego desapareció. Al volver a la parte frontal de la vivienda, Janssen fue recibido por uno de los agentes que estaban registrando el interior. Lo siguió adentro y cruzaron el salón, que estaba hecho un desastre. La ropa estaba tirada por todas partes, sin que quedara claro si estaba limpia o sucia. La vajilla sucia se amontonaba en el fregadero y cada rincón de la cocina tenía algo encima, ya fueran sartenes, bolsas o montones de panfletos publicitarios. Janssen no entendía cómo podía vivir alguien así.

Entraron en uno de los dormitorios. Era estrecho, con una cama individual pegada a una pared, bajo la única ventana que había, la cual estaba cubierta por un visillo. En un rincón había un armario, que le llegaba a la altura de los hombros; era el único mueble que había en la habitación, aparte de la cama. Había ropa apilada

encima. Por su aspecto, la habitación pertenecía a una chica, a Sadie. Junto a la cama había una pequeña bolsa llena de maquillaje y un espejo de tocador en el suelo.

El agente se arrodilló y recogió una caja de zapatos que había debajo de la cama. Al levantar la tapa, apareció una pequeña bolsa de plástico que contenía cannabis. Dentro de la caja también había una pequeña pipa, tabaco y papel de liar. El contenido era obviamente para uso personal y distaba mucho de las cantidades que podía tener un camello.

—¿Esto es todo?

El agente asintió. Eso era lo único que habían logrado encontrar después de tanto trabajo. Echó un vistazo a la habitación, abrió el armario y examinó la ropa que colgaba de la barra y se amontonaba debajo. Incluso sin conocerla, ya tenía a Sadie por alguien que vestía para impactar; la imaginaba con un delineado de ojos intenso y ropa en blanco y negro. Los tacones rojos no parecían de su estilo.

Al regresar al salón, encontró a Tamara dentro hablando con Callum. No había nada que justificara una detención o les diera motivos para presionar a Callum, y él lo sabía. Al escuchar el final de una discusión, se dio cuenta de que Callum estaba sugiriendo que debían irse, y claramente no era la primera vez. Había pocos argumentos para rebatir su demanda. El equipo de búsqueda salió fuera y volvió a los coches. Callum los observaba desde la puerta, con los brazos cruzados y apretados contra el pecho.

Al llegar al coche, sonó el teléfono de Janssen. Era Eric. Abrió la puerta y se apoyó en el techo, con el teléfono pegado a la oreja, observando a Callum mientras este los observaba a ellos. El hombre se mostraba imperturbable, pero estaba molesto. Eso era obvio.

—Me ha llamado el sargento de Canning Town —explicó Eric—. Tiene una pista sobre dónde podríamos encontrar a Amanda Stott, pero dice que no tiene tiempo para seguirla. Parece que ha estado trabajando cerca de su última dirección conocida.

—Pues usted tendrá que ir allí a comprobarlo.

—De acuerdo, iré a primera hora. ¿Cómo va el registro?

Echó otro vistazo a su alrededor, esforzándose por parecer optimista, pero, aparte de los zapatos, los resultados habían sido

decepcionantes.

—Básicamente ha sido un fracaso, pero nunca se sabe. —Colgó y se sentó en el asiento del conductor mientras los otros coches de policía se alejaban. Tamara le preguntó por la llamada—. Eric se va a Londres mañana a buscar a Amanda Stott. —Arrancó el motor, giró el volante y se puso en marcha. Al mirar por el retrovisor, vio a Callum alejarse de la casa y volver a la hoguera justo antes de desaparecer de su vista. Detuvo el coche y Tamara lo miró sorprendida—. ¿Cree que sería capaz de encontrar el camino de vuelta a la comisaría?

—Sí, eso espero. ¿Por qué?

—Voy a hacer un seguimiento de algo. Le informaré más tarde, si le parece bien.

Janssen se dio cuenta de que ella sentía curiosidad, pero no le pidió más detalles. Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió. Tamara se acercó al lado del conductor y se deslizó hasta el asiento. Lo miró cuando él fue a cerrar la puerta.

—Es usted un hombre muy interesante, Tom Janssen —dijo con una sonrisa.

Él se la devolvió.

—Hablamos más tarde.

La vio alejarse. El viento arreciaba y las nubes se estaban acumulando. Tras abrocharse el abrigo y meterse las manos en los bolsillos, salió del camino y se adentró en el bosque. Tenía una idea bastante clara de hacia dónde se dirigía Mark.

CAPÍTULO 28

Mark McCall estaba sentado en la orilla, observando las nubes que se deslizaban por el horizonte. Mar adentro se veían las aspas de los aerogeneradores envueltas en una bruma. Más allá, a su izquierda, aún podía verse un carguero que se dirigía hacia el norte. Le encantaba estar allí. Al menos, antes era así. Mirando hacia donde solía sentarse, donde lo habían hecho aquella noche, supo que las cosas habían cambiado y que nunca volverían los mismos pensamientos y sentimientos. Los agentes de policía que había en la casa le resultaban frustrantes. Estaban rebuscando entre sus cosas, cogiendo todo lo que les apetecía sin preguntar.

Al reconocer la creciente ansiedad que había en su interior, había acudido a su padre en busca de seguridad, por extraño que le pudiera parecer a los demás. Su padre era una presencia permanente en su vida, a pesar de sus evidentes defectos. Verlo tan agitado por la policía era extraño, inquietante. Cualquiera que no conociera a su padre probablemente no se habría dado cuenta. Pero él si lo había notado. Hombre de pocas palabras en el mejor de los casos, que diera explicaciones a la policía era algo inaudito. Había dicho más en esos breves minutos de lo que Mark solía oírle decir en un día.

Luego estaban los zapatos. Los zapatos de ella. Le sentaban bien, combinaban con su pintalabios, su vestido y su estilo en general.

—A ti también te encantaba ese color, ¿verdad? —Sus ojos se desviaron hacia donde Holly y él estuvieron sentados después de irse de la fiesta en la playa. Holly temblaba de frío y él le había echado su cazadora sobre los hombros. Ella se había inclinado hacia él y él pensó en rodearla con un brazo, pero no reunió el valor necesario y se reprimió en el último momento—. Pensé que a ella le gustaría estar aquí, igual que a ti.

Sintió que se le humedecían los ojos y parpadeó para contener las

lágrimas. En lugar de imaginarse a los dos solos, bajo las estrellas, la imagen que le vino a la mente fue la de su cuerpo sin vida. Incluso en ese momento, la imagen era tan nítida como la mañana en que la había encontrado, tumbada en la hierba, con la escarcha cubriéndole el vestido y la cara y el pelo brillando a la luz del sol. Estaba mucho más serena y angelical en la muerte de lo que lo había estado cuando vivía.

Sobresaltado por la presencia de otra persona que se acercaba por su izquierda, Mark hizo ademán de levantarse. El hombre alzó una mano, indicándole que se quedara como estaba, y se volvió a sentar. Era el policía alto, el que le había comprado una coca cola y un bollito de *bacon*. Evaluando la sonrisa del hombre, le pareció bastante agradable. «No puedes confiar en él, ¿recuerdas? Lo dijo papá». El policía lo saludo y él le hizo un gesto. Estaba mirando más allá de Mark, hacia el banco cercano.

—Aquí es donde encontraste a Holly, ¿verdad, Mark?

Se dio la vuelta, como si no mirar fuera a hacer desaparecer la imagen que tenía en la mente. No fue así. Movió la cabeza arriba y abajo.

—Sí.

El policía se sentó a su lado y Mark pensó que lo había hecho con cierta torpeza.

—¿Por qué has vuelto?

Mark lo miró. ¿A qué estaba jugando? ¿Intentaba engañarlo? El policía no parecía demasiado preocupado por mostrarse correcto y oficial; había flexionado las rodillas y apoyado los brazos sobre ellas, y estaba mirando a lo lejos, al mar. Si quería interrogarlo, tenía que hacerlo en una comisaría, como en la tele. Eligió cuidadosamente su respuesta.

—Me gusta estar aquí.

—Es un sitio muy bonito. Tiene buenas vistas y es tranquilo.

—Vengo mucho por aquí. Me ayuda a calmarme. —De repente, sintió que estaba revelando demasiado y se reprendió a sí mismo.

Se quedaron sentados en silencio durante un minuto. La brisa era suave, cálida.

—¿Con quién estabas hablando cuando he llegado? —Mark sintió

un relámpago de pánico: el policía debía llevar un rato allí. Sintió que su cara se sonrojaba—. Estabas hablando con alguien, ¿verdad? —El tono no era acusatorio ni crítico, y Mark sintió que se le pasaba la vergüenza.

—Mi madre solía traerme aquí cuando era pequeño. Le encantaba el mar y está cerca de casa. —Miró al policía y vio que lo escuchaba con atención—. A veces, creo que venía solo para alejarse de papá cuando estaba de mal humor.

—¿La echas de menos? —Por un momento, le preocupó que el tema hubiera cambiado a Holly—. Me refiero a tu madre. Debes echarla mucho de menos. —Era verdad, la extrañaba, pero qué hijo no lo haría—. ¿Alguna vez la ves?

Le entristecía pensar que se había ido. En sus recuerdos no había culpa ni abandono. Eran recuerdos entrañables.

—No. No tengo ni idea de dónde está. La echo de menos. —El hombre era amable, hacía preguntas, pero sin segundas intenciones. No era como le había hecho pensar su padre que sería—. Estaba hablando con ella, con mamá. Seguro que le parece raro, ¿verdad?

—En absoluto.

«¿Me está siguiendo la corriente?». No lo creía. Había algo en su actitud, firme y tranquilizadora.

—Le cuento lo que me pasa en la vida. Tanto si tengo un buen día como si no. —Consciente de que debía parecerle mentalmente inestable, trató de explicarse—: Sé que no puede oírme. No estoy loco ni nada parecido.

El policía sonrió.

—Yo hablo conmigo mismo todo el rato. —Mark lo miró, desconfiado. Parecía bastante sincero. Holly decía que ese era su mayor problema, que «su enorme corazón era demasiado confiado»—. A veces me ayuda a concentrarme.

—Venir aquí hace que me sienta más cerca de ella. O al menos a mí me lo parece.

—Este debe ser un lugar muy especial para ti. ¿Trajiste a Holly aquí?

Mark le lanzó una mirada sombría.

—¡Yo no la maté!

Sintiéndose amenazado, miró a su alrededor buscando la ruta más rápida para huir, pero no había escapatoria. Sin embargo, el pensamiento ocupaba ahora el primer plano de su mente. El policía estaba tranquilo. Su comportamiento no había cambiado nada.

—No estoy sugiriendo que lo hicieras, solo que este es un lugar especial para ti y que a Holly la dejaron aquí. Menuda coincidencia. Me pregunto cómo pudo ocurrir. —Parecía sincero—. ¿Alguna vez la trajiste aquí?

—Sí. —La respuesta llegó sin pensar. No debería haber dicho nada. Eso era lo que su padre le inculcaba cada vez que podía. Quizá se equivocaba con él. No parecía querer molestar a los McCall, aunque los otros sí—. Vino conmigo. Quería estar aquí con ella, mostrarle lo que significaba para mí.

—¿A ella también le gustó?

La pregunta le pareció curiosa. Después de todo, Holly no tenía ninguna conexión con ese sitio, solo con él.

—No. En realidad, no estaba interesada. Ni en este sitio ni en mí. —Miró al otro lado, preguntándose de nuevo si había dicho demasiado —. No fue ninguna sorpresa. Yo esperaba… esperaba que tal vez no estuviera malinterpretando nuestra amistad…, pero en el fondo siempre lo supe.

—¿Que solo erais amigos?

Él asintió con la cabeza.

—Sí. A veces parecía que había algo más, pero… Creo que Holly me veía como a un niño. Esa noche no se disfrazó para mí. Ni siquiera sé por qué vino a la fiesta de la playa. Tal vez era para mí, para que yo pudiera ir. Si no, los demás no me habrían invitado.

—¿Vuestros compañeros? —preguntó el policía. Mark volvió a asentir—. Pero ella vino aquí contigo.

—Sí, pero solo estuvo un rato. Luego se fue. Dijo que tenía que ir a un sitio. Que tenía que marcharse.

—¿Dijo a dónde?

No podía contestarle, porque no lo sabía. Holly no se lo había dicho. Estaba tan decepcionado… No, tan enfadado con ella por marcharse que ni siquiera le había preguntado a dónde iba. Decidió no compartir esos sentimientos. El hombre era simpático, pero, aun

así, seguía buscando a un asesino.

—Me dejó aquí. Me quedé un rato, hasta que tuve frío y me fui a casa.

—¿Quién más sabía que ibas a traer a Holly aquí?

Mark se lo pensó un momento. Por lo que él sabía, nadie podía saberlo. Se escabulleron sin decir nada a los demás y como Holly los mantuvo alejados del fuego, y por lo tanto del grupo, nadie se habría dado cuenta de que se iban una vez que la cerveza corría y la fiesta estaba en pleno apogeo. Se encogió de hombros.

—Nadie. —No había querido que su respuesta fuera tan tímida, pero en su cabeza sonó muy débil.

—¿Te acuerdas de si llevaba zapatos? Cuando la encontramos, estaba descalza.

—Sí, claro que sí. Yo no habría podido traerla en brazos y se habría hecho daño si hubiera tenido que caminar sin ellos. —Su mente se dirigió a los tacones rojos que habían encontrado en la casa y se quedó en silencio, tratando de no parecer que ocultaba algo o que estaba a la defensiva.

—¿Qué aspecto tenían?

Esta vez su respuesta fue inmediata.

—Eran zapatos. —Se encogió de hombros, acompañando el gesto con un movimiento de cabeza para indicar que no lo sabía. «¿He sonado convincente?». No estaba seguro.

El policía cambió de tema.

—Hace días que no vas a clase. —Lo dijo como una afirmación, no como una pregunta. Ahora estaba siendo entrometido, se estaba metiendo donde no lo llamaban. Al final, su padre tenía razón—. ¿Te están haciendo pasar un mal rato tus compañeros?

—¡Todos piensan que lo hice yo! —No pudo evitarlo; la respuesta salió de su boca antes de que pudiera contenerse. Tal vez no se lo dijeran en voz alta o a la cara, pero sus expresiones lo decían todo, incluso las de algunos profesores. Era un McCall, y uno muy raro—. Creen que yo maté a Holly. —El hecho de que la amara, que nunca le habría hecho daño intencionadamente y que daría cualquier cosa por verla de nuevo no tenía mucho peso entre la gente del instituto. Buscaban a alguien a quien culpar y ninguno de ellos lo creería, así

que ¿por qué iba a hacerlo la policía?—. No fui sincero con usted antes. —Oyó su propia voz, apenas audible.

—¿Sobre qué? —El policía estaba interesado, sus ojos brillaban. Estaba concentrado en lo que iba a decir.

—Sobre Holly… y su vida. Sabía que iba a ver al artista.

—¿A Ken Francis?

—Sí. —No había necesidad de mentir sobre ello. Si la policía no lo sabía ya, pronto lo haría; siempre que hicieran bien su trabajo, claro, y este hombre parecía serio, alguien en quien confiarías si estuvieras en apuros. Su padre le había dicho que este era diferente, que le «daría lo mismo que recibiera»—. A Holly le encantaba dibujar, el arte… pintar y esas cosas. Eso era lo que ella quería ser, una artista, pero, si se quedaba aquí, no lo iba a conseguir. Pensó que él la ayudaría a hacerlo, a marcharse de aquí.

—¿Planeaba irse?

—Creo que sí. A ver, no me dijo cuándo, pero ahora… después de lo que le pasó… Creo que esa noche se estaba despidiendo de mí, cuando dijo que se iba.

—¿Y crees que Holly pensaba que Ken iba a ayudarla?

—Lo pensaba…, pero él la utilizó, como todos los demás.

—Has dicho: «todos los demás». ¿A qué te refieres?

Al pensar en ello, se dio cuenta de que no estaba seguro.

—Eso es lo que Holly solía decir.

—¿Cómo te sentías por su relación con Ken? Se te podría perdonar que estuvieras molesto.

No quiso responder a esa pregunta. Tampoco quiso revelar que la seguía a veces cuando iba a verlo, observando desde el bosque cercano. Por mucho que le enfadaran, esas ocasiones también le resultaban emocionantes.

—Creo que ella lo quería.

—¿Sabes?, alguien ha estado amenazando a Ken Francis. Destrozaron su estudio y, ayer alguien le prendió fuego. Creemos que es muy probable que se trate de la misma persona.

El policía lo miraba ahora fijamente. Quería saber si lo había hecho él. «¿Ya lo has decidido? No puedo decirte lo que sé. No puedo hacerlo».

—Yo no he sido. Nunca haría algo así.

Sintió sus ojos sobre él, evaluándolo, juzgándolo. Se preparó para la siguiente pregunta y esperó con paciencia, preguntándose cuál sería, pero el policía no preguntó nada más, así que volvió lentamente su mirada al mar.

CAPÍTULO 29

La mente de Tom Janssen estaba ocupada con pensamientos relacionados con Mark McCall cuando llegó al final del camino, alcanzando la carretera principal. Pasó un pequeño camión, cuya marca indicaba que hacía entregas a pequeñas tiendas de alimentación. Cruzó trotando la carretera entre dos coches que circulaban en sentido contrario y se dirigió hacia su izquierda. Tamara se había ofrecido a recogerlo, cosa que él agradeció, aunque los treinta minutos que tardaría en llegar a la comisaría andando eran asumibles. Miró el reloj y vio que aún tenía tiempo. El punto de encuentro acordado era una pequeña tienda de comestibles a las afueras del pueblo, un punto de referencia que debería poder encontrar con facilidad. Si no, siempre quedaba el GPS.

Mark McCall le parecía un joven extraño. Sin embargo, no era una opinión generada por su enfermedad. Era mucho más que eso. La familia era muy conocida entre quienes trabajaban y vivían en la zona. Su reputación era bien merecida, aunque a veces los lugareños la exageraban. Las historias y las descripciones de los sucesos podían magnificarse con el tiempo, haciendo que los participantes parecieran más oscuros y los sucesos, mucho más inaceptables de lo que tal vez habían sido. No es que los McCall necesitaran muchos adornos. Mark era diferente a su padre y a sus hermanos. Eso lo tenía claro y, sin embargo, la desconfianza de Mark hacia los que tenían autoridad era igual de fuerte que la de ellos. Pensando en su propia infancia, quizá no fuera tan extraño. Por mucho que los pensamientos y sentimientos hacia el mundo puedan ser moldeados por tus compañeros, la mayoría de las veces es tu familia la que nutre tu visión del mundo. Las discusiones que solía tener él con su padre —por infrecuentes que fueran, ya que mantenían una relación maravillosa— solo se produjeron cuando llegó a la edad de formarse sus propias opiniones y de tener el valor

y la convicción de expresarlas. Era un ritual de paso a la edad adulta, algo por lo que todo el mundo pasaba. Sin embargo, pensándolo bien, creció y se convirtió en un calco bastante decente de su padre, con valores y actitudes similares.

De alguna manera, Mark McCall se estaba distanciando de la forma en que su familia enfocaba la vida, pero aún no podía determinar hasta qué punto la manzana había caído lejos del árbol. Confiaba en que aún había una posibilidad de traspasar la barrera erigida en torno al chico y llegar a lo que sabía en realidad. Sin embargo, no se podía forzar, llevaría tiempo. Por desgracia, en un caso de asesinato, el tiempo era un lujo.

Al acercarse al límite del pueblo, llegó a la pequeña tienda, un viejo edificio de ladrillo reconvertido en almacén que ofrecía los productos básicos que se pueden necesitar antes de hacer un viaje a uno de los supermercados más grandes de la ciudad. La tienda también funcionaba como oficina de correos con un pequeño mostrador al fondo. Eso era probablemente lo que hacía viable el negocio. Solo había otros dos clientes; un hombre mayor estaba a un lado prestando mucha atención a las revistas expuestas, hojeando una sobre pesca. Janssen pasó por su lado y cogió una botella de agua de la pequeña nevera que zumbaba en un rincón.

La señora que estaba al lado de la caja charlaba con otra mujer apoyada despreocupadamente en el mostrador ,con una mano sujetando una muleta que la mantenía erguida. No parecía estar incómoda mientras las dos conversaban, alegres, sobre nada en particular. Eran dos amigas pasando el rato. La sensación de intromisión se hizo más fuerte a medida que se acercaba y, al final, su conversación cesó. Era como si temieran que él pudiera escuchar lo que decían. Colocó la botella sobre el mostrador, sonrió y la señora le devolvió un cálido saludo.

—¿Estás trabajando en el asesinato de esa pobre joven? —Él se sorprendió y debió parecer asustado, a juzgar por su reacción—. Eres Tom, el chico de Annabelle, ¿verdad? —Al mencionar a su madre, se relajó—. Trabajábamos juntas hace años.

—Ah, ¿sí? Lo siento, me ha pillado desprevenido —dijo él.

La mujer de al lado también intervino.

—Qué asunto tan feo. ¿Vas a averiguar quién lo hizo? —Estaba a punto de replicar con una respuesta estándar, pero no tuvo ocasión —. Espero que no sea nadie del pueblo. Aunque lo dudo, porque por aquí pasa todo tipo de gente en todas las épocas del año. Muchos de ellos no se dedican a nada bueno. Tendrás mucho trabajo por delante si ya se ha ido.

Janssen sonrió amablemente. Vivían en una zona con uno de los índices de delincuencia registrados más bajos del país y, sin embargo, el miedo a los forasteros y a la propia delincuencia seguía siendo evidente. Quizá solo fuera una cuestión de escala. Desde luego, si querías sentirte deprimido por el estado de las cosas, lo único que tenías que hacer era coger un periódico o poner las noticias en la televisión.

—La investigación sigue en marcha. Llegaremos al fondo de lo ocurrido, estoy seguro.

—¿Supongo que hablarás con ese artista que se ha mudado a la vieja casa de los Banks? —le preguntó el anciano desde el otro lado de la estantería que tenían detrás. Se acercó para unirse a ellos. Tenía las manos vacías y Janssen supuso que estaba matando el tiempo leyendo la revista mientras su mujer hablaba.

—¿Se refiere a Ken Francis? —preguntó, receloso de dejarse arrastrar por los cotilleos que corrían en todos los pueblos, sobre todo en los pequeños y aislados como ese.

—Sí, a ese —confirmó el anciano—. No sé qué se traen entre manos en esa casa. Hay gente entrando y saliendo a todas horas. —Algo en su actitud sugería que era probable que siguieran dando detalles—. Chicas jóvenes, bien vestidas.

—Posan para sus dibujos, según tengo entendido —respondió él.

El hombre se burló, sacudiendo la cabeza.

—Seguro que hacen algo más —dijo la mujer del hombre; parecía dispuesta a contar algo épico. Janssen la escuchó cortésmente, haciendo todo lo posible por parecer interesado, pero sus ojos se desviaron hacia los alrededores, tratando de ocupar sus pensamientos con algo más que los rumores que circulaban. Su atención se fijó en el tablón de anuncios situado detrás de la caja registradora. Era un corcho con tarjetas de visita de comerciantes

locales y anuncios escritos a mano—. Sobre todo después de que Jane regresara.

Al oír eso, sus oídos se agudizaron.

—¿Se marchó? ¿Jane?

La mujer pareció hincharse cuando él le preguntó, su interés encendió su entusiasmo.

—Oh, sí. Recuerdo a Jane cuando era pequeña. Era una auténtica diablilla. Les dio muchos disgustos a sus padres. —Era su momento y lo estaba disfrutando—. Siguió así durante varios años hasta que su madre se cansó.

—¿Le pidió que se fuera?

—La echó, no podía soportarlo más. —El marido asentía con la cabeza—. Puede que haya vuelto en su nuevo y reluciente Range Rover luciendo sus elegantes peinados, su ropa cara y sus joyas y hablando con la pompa que le gusta, pero sigue siendo la misma chica descarada de antes.

—¿Cómo lo sabe? La gente cambia —replicó él, curioso por ver cuál sería su respuesta.

Ambos se mostraron en desacuerdo, mientras que la señora detrás del mostrador se encogió de hombros diciendo que no lo sabía.

—No parecía tan diferente cuando la vi hace un tiempo hecha una furia en el aparcamiento. —Ahora estaba a la defensiva; debía pensar que Janssen estaba cuestionando su punto de vista. No lo estaba haciendo, solo intentaba separar los hechos de las opiniones —. Su rabia y agresividad seguían muy presentes.

—¿Estaba discutiendo con alguien? —preguntó él.

Ella asintió con energía. Su marido retomó la narración.

—Estaba discutiendo con ese tipo tan raro. El gitano que vive en el bosque.

—¿Se refiere a Callum McCall? —No pudo evitar que la sorpresa se reflejara en su tono.

—Sí, ese; las cosas se pusieron bastante feas. —El hombre frunció el ceño al tratar de revivir el recuerdo—. Pensé que alguien iba a salir herido.

—¿McCall la amenazó?

—¡No!, fue al contrario. —Al hombre se le iluminaron los ojos—.

Pensé que ella iba a hacerle daño a él. El pobre hombre estaba en desventaja. Sentí lástima por él. Bueno, durante un momento.

—Hasta que recordaste quién era —añadió su mujer.

A Janssen le intrigaba que nada de eso hubiera surgido en las numerosas conversaciones con las partes respectivas.

—¿Alguna idea de por qué discutían?

Ambos negaron con la cabeza. Ese fue el final de la anécdota y supuso que había sacado todo el provecho posible de ella. Sus ojos se dirigieron a su botella de agua, lo que provocó que se abriera la caja registradora. Entregó un billete y volvió a mirar el tablón de anuncios. Los avisos manuscritos que describían artículos en venta, intercambio u ofrecidos gratuitamente estaban todos en las mismas tarjetas rayadas, las que suelen encontrarse en las cajas de índice. Había una en la esquina inferior que le llamó la atención. La señaló y le pidió a la cajera que se la acercara para poder verla más de cerca. La señora le dio el cambio y se dio la vuelta parta coger la tarjeta y pasársela.

Era un anuncio en el que se ofrecían servicios de manitas, de jardinería, trabajos esporádicos, mano de obra y cosas de ese tipo. La caligrafía era deficiente, al igual que la ortografía. Sin embargo, era una aproximación cercana a la letra encontrada en las notas amenazadoras dejadas en la casa de Francis. La tarjeta tenía un número de móvil, pero no un nombre.

—¿Quién la puso?

—Lo siento, no lo sé. Martin, el propietario, se encarga de eso. Muchas veces pone el nombre en la parte de atrás para poder hacer un seguimiento.

Janssen dio la vuelta a la tarjeta, pero estaba en blanco.

—¿Puedo quedármela? —Ella podría haber dicho que no fácilmente y él habría hecho una foto con su teléfono, pero no pareció importarle.

—¿Estás trabajando?

Asintió con la cabeza, no queriendo echar más leña al fuego de las habladurías que sin duda continuarían una vez que se marchara. Al salir de la tienda, vio su coche doblando la curva y le hizo señas a Tamara para que se acercase. Ella se detuvo y se bajó mientras él

desenroscaba el tapón del agua y bebía de la botella.

—Supongo que quiere conducir —dijo, dando la vuelta, y se dirigió hacia la puerta del copiloto—. El restaurante abrirá pronto y podrá contarme qué ha estado haciendo toda la tarde.

Él asintió con la cabeza y subió al coche. Alice estaba ocupada esa noche de todos modos, Saffy tenía clases de natación y, para cuando terminara y se completara la rutina de acostarse, estaría demasiado cansada para verlo. No tener que cocinar para sí mismo era un plus.

* * *

El restaurante estaba medio vacío esa noche. El hotel no estaba lleno y no había entrado casi nadie de la calle. Janssen pensó que la cosa no continuaría así por mucho tiempo. La noche era lo bastante cálida como para sentarse en la terraza con vistas a las marismas y al puerto de Brancaster Staithe. Había anclados pesqueros pequeños y embarcaciones de recreo. Los que trabajaban en el agua regresaban por la tarde. Mirando la ensalada de marisco de Tamara, se sintió un glotón por haber pedido un filete. No le extrañaba que se mantuviera tan delgada, no parecía comer mucho. No sabía de dónde sacaba sus reservas de energía.

Tamara bebió un sorbo de la copa de vino que acompañaba su comida. Janssen había rechazado una bebida alcohólica porque tenía que conducir, así que vertió agua mineral de una botella en su vaso. Un camarero pasó para comprobar que la comida estaba a su gusto y siguió circulando por la sala.

—¿Qué piensa de Mark McCall? Qué chico tan raro —dijo ella, volviendo a dejar la copa sobre la mesa.

—Es un personaje complicado. —Sentado erguido en su asiento, Janssen se encogió de hombros y frunció el ceño—. No estaba tan impresionado por Holly como muchos parecen creer. —Ordenar las motivaciones del chico de forma que pudieran anticipar sus acciones, o acciones pasadas, era complicado—. No me malinterprete, creo que la quería. Aunque solo fuera la adoración que siente un chico adolescente cuando una chica se interesa por él. Y creo que tenían una especie de relación.

—¿Lo cree capaz de matarla? —Tamara lo miró y entrecerró los ojos.

La pregunta parecía una especie de prueba para evaluar su capacidad de interpretar la intención criminal de un sospechoso.

—Muy capaz, sí. —La respuesta fue firme, segura—. Aunque eso no quiere decir que crea que lo hizo. Me parece que el niño era suyo. La reacción ha sido totalmente equivocada desde el punto de vista de lo que yo esperaba.

—¿Y qué esperaba?

—Un mayor intento de evasión, más distracciones…, ira tal vez. —Tenía la boca seca y levantó el vaso para beber un sorbo de agua—. Los crímenes pasionales pasan factura tanto mental como físicamente. Podría ser culpable, pero no lo veo. —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, que colgaba del respaldo de la silla. Dejó sobre la mesa la tarjeta que había cogido de la tienda y la deslizó hacia ella—. Encontré esto en la tienda.

—La escritura es similar. ¿De quién es? —Él sacudió la cabeza—. Podemos pedir una comparación. Mientras tanto, busque el teléfono. Quizá tengamos suerte y descubramos que el número es de contrato. —Sonaba optimista.

—Seguro que pertenece a Callum McCall. —Ahora tenía su atención. Sentía curiosidad y estaba impresionada. Lo adivinó por la leve sonrisa que asomaba a las comisuras de sus labios—. Hace poco lo vieron discutiendo en público con Jane Francis. No sé lo que ocurrió. Posiblemente Callum estaba protegiendo a su hijo, sabiendo que se veía con Holly. Si, y es un gran «si», Callum sabía que Holly estaba liada con Ken Francis, puede que se lo contara a Jane para ponerle fin. Al parecer, ella estaba bastante alterada.

—Eso también ayudaría a explicar las cartas amenazadoras, si es que fue él…, Callum —dijo Tamara, mirando un barco que pasaba—. Pero ¿por qué no mencionar su acusación, si eso es lo que era? Entiendo que no lo hiciera al principio, por no causar problemas en casa, pero ahora que todo ha salido a la luz…

—A menos que… no haya salido todo a la luz —contraatacó él. Tamara ladeó la cabeza en busca de más detalles. Janssen aún no estaba seguro de haber elaborado una teoría. En cualquier caso,

ninguna que aguantara cualquier tipo de escrutinio—. Sabemos que Jane acepta las… aventuras de Ken, y por ese motivo, si Callum le hubiera revelado la infidelidad de su marido, no sería ninguna novedad para ella, así que ¿por qué estaba tan disgustada? No tiene sentido.

—Tiene sentido si amenazaba con revelarlo o los chantajeaba. Por la opinión general que todo el mundo tiene de Callum McCall, eso no está fuera de lo posible.

Él se apoyó en el respaldo, pensativo. Tenía que aceptar su argumento.

—¿Y cómo sabía él lo que Ken estaba tramando? —Tom estaba reflexionando en voz alta, abriéndose paso entre los hechos establecidos—. Mark me confesó que lo sabía, así que puede que se lo contara a su padre. ¿Vio cómo reaccionó Mark cuando encontró los zapatos? Se marchó poco después.

—Cree que son de Holly, ¿verdad? —le preguntó. Claramente, ella pensaba que sí—. Los he enviado al laboratorio esta tarde. Buscarán ADN, huellas dactilares y cualquier cosa que haya en la suela o los tacones que pueda indicar la zona por la que caminó con ellos. Consulté al forense y me dijo que le quedarían bien a Holly. Si resultan ser de ella, eso pondría a Mark y a su padre en el punto de mira.

—¿Sería alguno de los dos tan estúpido como para tenerlos escondidos en un lugar donde los íbamos a encontrar sin ninguna dificultad? —Parecían un regalo caído del cielo, y eso le molestaba—. Además, Callum no es muy listo, pero tiene suficiente experiencia como para haber cometido un error así.

—Sí, pero con delitos menores —dijo Tamara—. Ninguno de esta magnitud.

—¿Y el motivo? —*A priori*, Callum McCall no tenía motivos para matar a Holly y, si lo había hecho, la probabilidad de que la hubiera dejado en el lugar donde su propio hijo pasaba mucho tiempo era factible, pero nada plausible. A no ser que prefiriera que Mark fuera enviado a prisión antes que volver él mismo. Tamara no había respondido a su pregunta, lo que sugería que no tenía respuesta—. Jane es de aquí; no lo sabía. Eric no lo mencionó. Sus conocimientos

de la gente del pueblo no son un recurso inagotable, pero ella se marcharía cuando él apenas era un adolescente, así que probablemente no la conocía. Quizá estamos pasando algo por alto. Una conexión con Callum McCall en algún momento de su pasado.
—Sabía que estaba pensando en voz alta, tratando de comprender mejor el vínculo que los unía.
—Ya que estamos especulando —empezó a decir Greave, apurando su copa de vino—, si son los zapatos de Holly y ninguno de los McCall está implicado… ¿Cómo han acabado donde los he encontrado?
—El asesino está intentando dirigir nuestra atención hacia uno de los McCall, ya sea Callum o Mark, para desviarla de él.
—Probablemente. —Por el tono de su respuesta, ella no estaba muy convencida, lo que le hizo dudar de la idea. Era muy evidente. Quizá ese fuera el problema—. Estoy deseando saber qué descubre Eric en Londres mañana.
Janssen dirigió sus pensamientos a desentrañar el pasado reciente de Ken. El hombre huía de sus decisiones, pero las consecuencias parecían perseguirlo. Le llamó la atención que fuera propenso a actos de autodestrucción provocados por fallos morales personales. Pero ¿era un asesino, un pirómano o simplemente un desgraciado de dudosa reputación? A lo mejor Eric encontraba algo que no estuviera en el expediente y que pudiera orientarlos.

CAPÍTULO 30

Eric llegó a la estación de Norwich con mucha antelación. Al despertarse, la angustia por no encontrar aparcamiento y perder el tren a Londres le hizo salir de la cama antes del amanecer. Se duchó lo más silenciosamente que pudo, tratando de no despertar a su madre. No sabía si había tenido éxito en el intento, pero no oyó señales de movimiento una vez vestido y bajó las escaleras con sigilo. Desayunó un tazón de cereales y salió por la puerta.

Eran las ocho de la mañana. El tren desde Norwich iba a estar lleno. Aunque la mayoría de quienes se desplazaban a la capital habrían cogido conexiones más tempranas, el aparcamiento de la estación estaría lleno para cuando él llegara. Norwich era un lugar infernalmente incómodo de recorrer en el mejor de los casos, con la pujante modernidad del presente unida al trazado de siglos pasados. La que fuera segunda ciudad de Inglaterra, con su rico patrimonio agrícola, pasó por alto los estragos de la Revolución Industrial, quedando libre de los efectos de la afluencia masiva de mano de obra y fábricas. A Eric le gustaba esa historia. Aunque sabía que durante un tiempo la zona había sufrido por aferrarse al pasado, ahora estaba muy orientada al futuro, con una industria creativa digna de celebrar. Odiaba viajar cuando tenía que llegar a su destino a una hora determinada.

En el tren, se encontró sentado junto a un hombre bastante curioso. Al principio, Eric desconfió de él; cubierto de tatuajes, con los lados de la cabeza rapados y el cabello engominado peinado hacia atrás en un tupé que haría que Tintín sintiera envidia, supuso que tendrían poco en común y no intentó entablar conversación con él. Resultó que el hombre pensaba todo lo contrario. Era un ingeniero que trabajaba en proyectos de construcción por todo el mundo. Viajaba a Londres para coger un vuelo a Schipol, en los Países Bajos, antes de continuar hacia Angola.

—Mi trabajo es bastante ajetreado, con tantos viajes y la presión por cumplir los plazos, pero me encanta cuando estoy aquí. Cada vez me digo que será el último viaje, pero…

—¿Pero? —preguntó Eric, interesado.

El hombre sonrió.

—El sueldo es bueno y creo que mi mujer se volvería loca si estuviera siempre en casa. ¿Y tú?

Eric explicó brevemente su trabajo como contable junior. La última vez que le habían hecho esa pregunta había dicho que trabajaba para la comisión forestal. En la medida de lo posible, evitaba contar a extraños cómo se ganaba la vida. No es que no estuviera orgulloso de ello —lo estaba—, pero mucha gente reaccionaba de forma extraña cuando lo decía. Había quienes desconfiaban de la policía, posiblemente por remordimiento de conciencia, pero en la mayoría de los casos pensaban que los agentes siempre estaban buscando realizar una arresto. Era probable que les hubieran hablado de forma brusca durante un control rutinario de tráfico o al cometer alguna infracción menor. Era un fallo de comprensión. Los agentes de policía estaban formados para ser educados y cordiales, pero al mismo tiempo autoritarios. Iba implícito con la placa. Aun así, la gente honesta se mostraba cautelosa en su presencia.

El hombre que estaba a su lado lo escuchó con amabilidad, pero Eric percibió que su historia no le interesaba o no le convencía. La conversación se fue apagando hasta cesar por completo cuando el hombre sacó unos auriculares de su bolsa de viaje y, poco después, cerró los ojos y se sumergió en su propio mundo musical. Eric no sabía qué música era, pero sonaba bastante fuerte. Estaba muy lejos de sus propios gustos musicales, que eran más suaves. Al llegar a la recientemente reformada estación de Stratford, poco antes de las diez, Eric bajó del vagón entre los que quedaban en el tren y la fila de gente que hacía cola para subir; todos cargados con mochilas y maletas, forcejeando para lograr un buen sitio. Por eso odiaba las grandes ciudades. Todo el mundo tenía prisa.

Su móvil vibró en el bolsillo y se apartó del flujo de gente del andén, encontrando un espacio seguro apoyado en uno de los soportes. Era un mensaje de texto de su contacto en Canning Town

aconsejándole que cogiera el DLR —el tren ligero automático— para recorrer el trayecto de seis minutos desde Stratford en lugar de la Jubilee Line. Al mirar los carteles superiores, vio que estaba a un corto paseo a través del vestíbulo. La multitud se disipó y el tren en el que había llegado salió de la estación para continuar hacia Liverpool Street. Al cruzar la explanada, se anunció un retraso en los servicios de metro, lo que le hizo sonreír.

El efecto dominó fue un aumento de quienes utilizaban el DLR y Eric agradeció llegar a la estación de Canning Town y bajarse. El emblemático horizonte de Canary Wharf quedaba a su derecha: monumentos de cristal centelleante que se elevan sobre el East End londinense. El mensaje indicaba que se encontrarían en el Coffee Shack, pero, al mirar alrededor, no vio ninguna cafetería con ese nombre. Había varios establecimientos de comida rápida, todos ellos muy concurridos. Al volver a llamar al número, le contestaron enseguida y localizó al sargento cerca.

Sin saber qué esperar del sargento Frank Chambers, al encontrarse con él en la estación de Canning Town le pareció un tanto curioso. Calculaba que le llevaba entre quince y veinte años, y era redondo, tanto de cara como de cuerpo. Sus mejillas estaban rojas como cerezas y su piel tenía un brillo de sudor como el que puede aparecer en un día de verano. Sin embargo, acababa de empezar la primavera temprana y ese día no hacía mucho calor, a pesar del sol. No pudieron estrecharse la mano, pues las suyas estaban ocupadas: en una tenía un café y en la otra, un pastel humeante de algún tipo. A Eric se le hizo la boca agua al percibir el olor que salía del puesto más cercano. Parecía que se había comido los cereales hacía mucho tiempo. No es que tomara a menudo ese tipo de alimentos, ya que prefería las opciones más sanas, pero, aun así, de vez en cuando se sentía atraído por la comodidad. Corredor empedernido, era muy consciente del efecto que la dieta tenía sobre él. El hombre que tenía delante era un ejemplo perfecto de que había que comer con moderación.

—Mi pista indica que Amanda trabaja en un salón de peluquería y estética justo al final de la carretera, en Plaistow —le informó Chambers mientras los guiaba hacia la salida—. No está lejos.

Salieron de la estación, se colaron entre los autobuses que circulaban en dirección contraria y cruzaron la carretera principal hasta donde estaba aparcado el coche, sobre una línea amarilla doble, frente a un hotel de reciente construcción. Chambers se limpió la grasa de los dedos con una servilleta de papel, masticando el último bocado de su pastel mientras se acercaban al coche. Cogió una botella de coca cola medio llena y un paquete de patatas fritas vacío del asiento del copiloto, y tiró las migas al suelo. Eric entró y notó un olor extraño, que atribuyó al desorden más que a la falta de higiene. Al menos, eso esperaba.

Chambers arrancó el coche y se apartó del bordillo para incorporarse al tráfico. Los muelles estaban detrás de ellos y vio varias señales que indicaban cómo llegar al Olympic Park. Lo había visto en televisión muchas veces desde su construcción y pensó que le gustaría visitarlo algún día. Siendo un adolescente con muchas cosas que hacer en la época en que Londres acogió los Juegos Olímpicos, no se le ocurrió solicitar entradas. Ahora que se daba cuenta de lo cerca que estaba, sentía una pizca de arrepentimiento por no haberlo hecho.

La pequeña hilera de establecimientos estaba junto a la carretera principal, encajada entre una fila de casas residenciales de ladrillo y justo enfrente de un edificio moderno de apartamentos. El salón estaba situado entre una floristería y una frutería. A Eric le parecía extraordinario cómo esta última podía sobrevivir en Londres con la cantidad de supermercados grandes que había. Las tiendas agrícolas abundaban en Norfolk y tenían mucho éxito gracias al acceso a productos locales, pero, allí, él no estaba convencido de su viabilidad. De nuevo, Chambers aparcó ilegalmente. Esta vez subió parte del coche a la acera, justo frente a la peluquería. Un transeúnte les lanzó una mirada sombría mientras se bajaban y Eric se sintió avergonzado, pero el sargento no pareció darse cuenta ni del desdén ni de su incomodidad.

La mujer que había en la recepción sonrió cuando entraron. Era obvio que ninguno de los dos estaba allí para hacerse nada. Tres esteticistas estaban ocupadas con los clientes. Dos se estaban haciendo la manicura y la tercera Eric solo pudo adivinarlo. Era algo

relacionado con las pestañas o las cejas, no lo sabía. Todas las presentes estaban muy maquilladas, algo que a él le resultaba desagradable. Evidentemente, ese era el estilo que estaba de moda. Para algunas, claro.

—Estamos buscando a Amanda —dijo Chambers, enseñando su placa.

—Lo siento, hoy no está —respondió la mujer. Eric no captó ninguna vibración negativa de ella, como algunos eran propensos a hacer cuando llegaba la policía—. Amanda solo trabaja un par de días a la semana.

—Sí, sabemos que tiene varios trabajos —dijo Chambers, mirando a su alrededor—. ¿Alguna idea de dónde podemos encontrarla?

Salieron momentos después con una dirección. No significaba nada para Eric. Aún tenía que orientarse. Su conocimiento de Londres era escaso; conocía los lugares turísticos más destacados, los monumentos y las atracciones. De vuelta en el coche, atravesaron zonas urbanizadas. Mirara donde mirara, todo parecía edificado. Tenía muchas cosas que asimilar. Las grúas se alzaban sobre vastas obras situadas junto a calles deterioradas, y lo que parecían cafeterías y tiendas recién abiertas compartían fachada con comercios independientes cuyos rótulos estaban desgastados y parecían anticuados.

—Gentrificación. —Chambers respondió a una pregunta no formulada, como si le estuviera leyendo la mente—. Dentro de unos años, no reconocerá este lugar. —Sonaba triste. Su zona estaba cambiando a su alrededor y el futuro parecía muy distinto.

Eric pensó que las mejoras podrían ser algo positivo, pero, como nunca antes había estado allí, no se sentía con derecho a tener una opinión, y mucho menos a expresarla. Permaneció en silencio, observando los alrededores a su paso. Incluso los hoteles más grandes de la costa quedaban empequeñecidos ante muchos de los edificios que ahora lo rodeaban. Se alegró de ello, sintiéndose agradecido de poder oír los sonidos cotidianos de las gaviotas y de las olas en lugar del estruendo del tráfico y el olor a gasóleo.

Al llegar a la puerta de un bloque de pisos de cuatro plantas, Chambers encontró una plaza de aparcamiento. Eric señaló que

estaba restringida para los titulares de permisos de aparcamiento para residentes, pero él desestimó su preocupación. El piso estaba en la tercera planta y no había ascensor; Chambers respiraba con dificultad tras haber subido las escaleras de hormigón mientras avanzaban por la pasarela abierta con vistas al aparcamiento.

—Estos pisos eran del ayuntamiento —se lamentó Chambers con voz entrecortada. Eric miró por encima del hombro, ralentizando el paso y pensando que sería mejor para el hombre que se abstuviera de hablar, pero no lo hizo—. Ahora hay sobre todo viviendas privadas y algunas viviendas sociales. Los alquileres están por las nubes y hay listas de espera larguísimas. Ya no hay sitio para los locales.

Eric miró a su alrededor. Al igual que muchos se trasladaban a la ciudad, otros la abandonaban; Eric pensó en la gran afluencia de londinenses que se habían trasladado a varias zonas de Norfolk en los últimos años. Siempre dando por sentado que huían de la vida en la ciudad, no había considerado que podría no ser un traslado por elección, sino por necesidad.

—¿Usted vive en esta zona? —Eric se detuvo, se giró para apoyar las manos en la pared de ladrillo y contempló la vista a través de los edificios vecinos en dirección al Támesis. Fue una buena oportunidad para que Chambers recuperara el aliento.

—Sí. Soy la cuarta generación —respondió el sargento, con el pecho henchido de orgullo—. Mi abuelo y su padre trabajaban en los muelles y mi viejo, en los almacenes. Ha cambiado mucho, se lo aseguro, incluso desde que yo era joven.

—¿Cómo es que nunca pensó en irse? —Eric se dio cuenta de que su tono debía haber tocado la fibra equivocada, porque leyó su expresión de irritación ante la pregunta—. No estoy diciendo que deba mudarse. Solo quería decir…

—Sí, hijo. Sé lo que querías decir. —Eric se sintió un poco agraviado. El comentario no era malintencionado, pero su desdén por la vida en la ciudad podía haberse manifestado accidentalmente —. Si la chica no está aquí, tendrá que apañárselas solo. Estoy trabajando en un montón de casos y no le puedo dedicar más tiempo.

—Me parece justo —respondió Eric, sonriendo, esforzándose por

transmitir gratitud a pesar del desaire sufrido.

Reanudaron el camino hacia el piso, que estaba dos puertas y unos cuatro metros más allá. En la fachada había una ventana cubierta por un visillo y una puerta de entrada medio acristalada. Eric llamó al timbre, oyéndolo sonar dentro. Esperaron, pero no hubo movimiento. Volvió a pulsarlo, manteniéndolo apretado más tiempo del debido. Inclinándose hacia delante, intentó ver a través del cristal oscurecido.

—Supongo que esto es todo. —Chambers se metió las manos en los bolsillos—. Es más que bienvenido a quedarse por aquí, pero yo tengo cosas que…

Una sombra apareció al otro lado del cristal y se oyó cómo quitaban el pestillo de la puerta. Una mujer de ojos sombríos abrió la puerta y los miró con recelo. Su aspecto general era desaliñado y estaba claro que la habían despertado.

—Policía —dijo Eric, abriendo su cartera para mostrar su identificación—. ¿Amanda Stott?

Ella asintió, mirando a uno y a otro antes de quitar la cadena y abrir la puerta. La siguieron al interior. El piso estaba en mal estado, se veían los restos de una gran fiesta celebrada la noche anterior. Había un salón, la cocina y otra puerta que, presumiblemente, conducía a los dormitorios. El aire apestaba a colillas. Había varios ceniceros por todas partes, todos llenos a rebosar. Había botellines y botellas de vino vacíos, cartones de comida para llevar y platos con restos secos de comida.

Amanda los invitó a que se sentaran. A Eric no le entusiasmaba la idea, le preocupaba sentarse sobre alcohol derramado, comida o algo peor, pero no quería parecer descortés. No dos veces en tan pocos minutos. Fue al grano.

—Estoy aquí para hacerle algunas preguntas sobre Ken Francis.

Cuando mencionó el nombre, los ojos de Amanda se abrieron ligeramente y respiró hondo.

—Eso es agua pasada. Ya dije todo lo que tenía que decir al respecto. Cometí un error. —Al pronunciar las palabras, apartó los ojos de los de Eric, y él supo que la había pillado desprevenida, pero ahora estaba más despierta, alerta.

—No estamos aquí para reabrir el caso, si es lo que está pensando —explicó—. Vengo de Norfolk. Estamos investigando otro asunto y Ken forma parte de la investigación. Solo intento obtener algo de contexto, eso es todo.

—¿Qué quiere de mí?

—No busco culparla ni crearle problemas, pero necesito conocer la naturaleza de su relación con él; con Ken.

—Relación. Es una descripción interesante para ese viejo pervertido.

—Entonces, ¿por qué se retractó en la acusación? —preguntó Eric.

No le parecía una mujer a la que se pudiera acobardar. Ken Francis era un hombre atlético, pero no era intimidante. Al menos, a él no se lo parecía. Amanda lo miró a los ojos antes de dirigir una mirada nerviosa a Chambers, que estaba apoyado en el marco de la puerta, con cara de desinterés. Eric siguió su mirada. El sargento captó la indirecta.

—De acuerdo. Esperaré fuera —dijo Chambers, suspirando.

Momentos después oyeron el clic de la puerta y los dos se quedaron solos. Eric se alegró. Así podrían tener una conversación extraoficial. No le importaba. De todas formas, cualquier cosa que ella dijera que pudiera usarse en un caso sería inútil. La retirada de la denuncia y el cambio de declaración previos harían que su credibilidad estuviera en duda.

—¿Tiene un cigarro? —le preguntó ella. Eric negó con la cabeza. Nunca había fumado. Amanda pareció decepcionada—. Esto es lo que pasó… Necesitaba el dinero. No me gusta Ken y conozco a los de su calaña, que actúan como si fueran de la nueva era y se presentan como una especie de gurús. No es más que un egoísta con una vena de misoginia. —Empezó a rebuscar entre los restos de la mesa y a abrir cajetillas de tabaco. Tuvo suerte con la tercera y encontró un par de cigarrillos en su interior. Le ofreció uno a Eric, que lo rechazó. Encendió uno y dio una calada fuerte—. Lo admito, me pareció interesante. Yo pensaba que también le gustaba, hasta que me di cuenta de que se lo montaba con cualquiera que entrara en su estudio. ¡Menudo viejo verde!

—¿Quería vengarse? —No había ningún indicio de crítica en su

tono. Estaba claro que estaba dolida por sus acciones y la gente lo afrontaba de diferentes maneras.

—Al principio solo estaba enfadada. Me enfrenté a él. No pudo importarle menos, pero entonces… —Se echó hacia atrás, echó humo por la nariz y sacudió ligeramente la cabeza—. Estaba muy enfadada con él. Volví con la intención de hacerle daño de la única forma que se me ocurrió.

—¿Y cuál fue? —Eric percibió reticencia, pero todo lo que le dijera sería inadmisible, ya que estaba a solas con ella y no le había leído sus derechos.

—Iba a destrozar sus cosas. Al menos, los cuadros que me había hecho. —Ella hizo una mueca y Eric pensó que estaba reaccionando al arte.

—¿No le gustaban?

—Tenía una obsesión por el rojo, siempre quería que lo llevara. Pintalabios, vestido, falda… lo que fuera, pero rojo. Dijo que era su «firma característica» o alguna otra chorrada por el estilo.

—Hay gente para todo —dijo Eric con una sonrisa—. ¿Lo hizo? ¿Destrozó sus cuadros?

Ella negó con la cabeza. Quizá presentar una denuncia por agresión parecía mucho más perjudicial y ofrecía menos riesgos personales.

—Volví, pero cuando llegué salió esa niña. —La rodilla de Amanda vibraba mientras sacudía la pierna. Le pareció un movimiento involuntario—. Una niña, eso es lo que era, una niña… No podía tener más de dieciséis años, tal vez incluso menos. A veces es difícil saberlo, ¿verdad? Bueno, pues estaba llorando. La consolé y la saqué de allí.

—¿La violó? —preguntó Eric, arrepintiéndose inmediatamente de haber puesto palabras en su boca. Ella se encogió de hombros—. ¿Fue eso lo que dijo?

—Lo intentó, sí. No sé hasta dónde llegó.

—¿Lo denunció?

—No. Estaba demasiado asustada. No me dejó llevarla a la policía ni nada, ni siquiera decírselo a su familia. Así que pensé en hacerlo yo.

Mirándola a los ojos, supo que estaba llegando a la verdad. Había

hecho una acusación falsa. Lo que no podía saber era si la movía la venganza o, al menos en parte, un intento equivocado de buscar justicia para la chica.

—Pero retiró la denuncia.

—Lo hice, sí. —Amanda miró al suelo—. Probablemente no debería haber hecho lo que hice de todos modos. No me malinterprete, se lo merecía. No estoy orgullosa de ello… de inventármelo, pero el motivo por el que me eché atrás es mucho peor… Necesitaba el dinero. Cinco de los grandes es mucho para alguien como yo.

—¿Ken le pagó?

—Él no —dijo negando con la cabeza—. La mujer. Su mujer.

CAPÍTULO 31

Tamara escuchó pacientemente la descripción que Eric hizo de su viaje a Londres, sin prestar atención a los vergonzosos reproches del joven agente por haber ofendido a los lugareños. Estaba segura de que no había sido tan malo como él temía. Si el sargento era tan sensible y se molestaba con tanta facilidad como Eric pensaba, sin duda se había equivocado de profesión. Pocas personas entraban en la policía para ser populares. Puede que la sociedad en general respetase a la policía, pero, en el día a día, la gente entre la que se movían era todo lo contrario. Sus pensamientos sobre Ken Francis se vieron confirmados con lo que Amanda le había confesado a Eric. Lo que no había visto, y le había sorprendido, había sido la reacción de Jane. Aunque no debería sorprenderla. Las pruebas estaban a la vista. «¿De qué más cosas es capaz?». Al parecer, otros pensaban lo mismo.

—Si Jane Francis estaba dispuesta a pagar a alguien para mantener a su marido fuera de los tribunales, sobre todo sabiendo lo que hacía, ¿qué más podría hacer? —preguntó Tom Janssen.

Eric frunció el ceño. Tamara no sabía si el agente estaba de acuerdo con Tom o no.

—Me gustaría saber más sobre la pelea que tuvo con Callum McCall —dijo ella.

Había más en Jane de lo que dejaba entrever, arrojando un manto de ambigüedad sobre cada encuentro que habían tenido hasta ese momento. Tenía la sensación de que era muy capaz de utilizar su feminidad cuando era necesario. Una habilidad que desperdiciaba al verse obligada a recurrir a un silencio contenido. La próxima vez tendría que permitir que Tom tomara la iniciativa con ella. Quizá, sin querer, Jane se abriera él y consiguieran un resultado mejor.

—¿Deberíamos optar por el enfoque directo? —preguntó Janssen.

Tamara negó con la cabeza. Una mujer así no respondería bien si la

forzaban. Estaría más inclinada a retirarse. Después de todo, solo eran rumores. Había algo más detrás de su pregunta. Un sentimiento de frustración. Ella lo compartía. Llevaban casi una semana investigando el asesinato de Holly y, aunque todos tenían la sensación de que conocían al asesino, ponerle cara y nombre, por no hablar del móvil, parecía fuera de su alcance. Podían presentar un caso circunstancial contra varias personas, pero eso era todo.

—Creo que deberíamos estar todo lo preparados que podamos antes de hablar con ella —dijo Tamara, ojeando el tablón de información de la pared.

Esa comunidad estaba demasiado entrelazada consigo misma. La farsa de la privacidad, de ocuparte de tus propios asuntos, parecía prácticamente imposible. Alguien sabía algo que resolvería ese caso, estaba segura. Una pareja de ancianos estaba tan familiarizada con los asuntos personales de Jane tanto ahora como hacía una década. Cualquier laguna en los detalles reales podría rellenarse con cotilleos exploratorios. No entendía cómo alguien podía guardar un secreto allí, y, sin embargo, ahí estaban ellos, sin ninguna pista concluyente.

—Vamos a tratar de averiguar quién ha estado enviando esas notas a Ken. No puedo evitar pensar que todo está relacionado de alguna manera.

—¿Alguna idea de cómo hacerlo? —preguntó Janssen—. El número de teléfono de la tarjeta de la tienda está vinculado a un móvil prepago desechable. Lo único que tengo es el número de serie del teléfono y que fue comprado aquí, en Norfolk. Las recargas de saldo se hacen en efectivo y no por Internet ni con tarjeta de crédito. —Sonaba abatido. Era la primera vez que lo oía así—. La empresa ha dicho que facilitará una lista de los lugares donde se hicieron las recargas. Si es algún sitio de la zona, puede que tengamos suerte y algún empleado se acuerde del comprador, si ocurre con suficiente frecuencia.

—¿Alguna cámara de seguridad?

La respuesta de Janssen fue irritante: se rio.

—Esto sigue siendo Norfolk. —Tom debió ver la reacción de Tamara, porque su expresión cambió ligeramente—. Si fue a uno de los supermercados más grandes, entonces es posible, pero tendremos

que esperar. El análisis de la caligrafía tampoco ha resultado concluyente.

—En ese caso, tenemos que considerar que todas las opciones siguen abiertas. —Hizo una pausa. Todos los ojos estaban puestos en ella—. Tendremos que descartarlos a la antigua usanza. Tom, usted y yo iremos al instituto, a ver si podemos ver una muestra de la letra de Mark. Luego, iremos a ver a su padre y lo obligaremos a escribir algo si es necesario. Ellos dos son los sospechosos más probables, aunque acepto que no entendemos del todo el papel de Callum en todo esto.

—¿Qué quiere que haga yo? —preguntó Eric, expectante.

—Vaya a la clínica. Le dijimos a Colin Bettany que queríamos una muestra de su caligrafía. También puedes recoger una muestra de Marie mientras estás allí, aunque solo sea para descartarlos a ambos.

* * *

Tamara se subió el abrigo casi hasta arriba, con el deseo de haber cogido algo más grueso, olvidando que hacía diez días que no estaba en casa. Estaba puesto el aire acondicionado del coche y ella se inclinó para cerrar las rejillas de ventilación que apuntaban en su dirección. Janssen no parecía preocupado, estaba concentrado en la carretera. ¿No sentía el frío? Un frente había llegado durante la noche empujado por un fuerte viento del este que transportaba aire frío a través del mar del Norte desde Escandinavia. Los pantanos estaban envueltos en una espesa niebla y había un montón nubes cuando se había levantado esa mañana, e incluso ahora, mientras se disipaban lentamente, el entorno circundante adquiría un aspecto muy distinto al que había experimentado hasta entonces. La vitalidad del comienzo de la primavera se vio apagada por un gris agobiante, una presencia melancólica que dominaba el paisaje.

Sus pensamientos se dirigieron a Richard. Por fin habían conseguido hablar con él la noche anterior, pero fue una conversación intrascendente, en la que él no le preguntó cuándo volvería a casa. Todavía estaba molesto. Podría decirse que más de

lo que Tamara pensaba en un principio. Parecía distante con ella. Ya se le pasaría.

Al entrar en los terrenos del instituto, pasaron junto a varios alumnos que se alineaban a lo largo del camino de acceso. Debía ser la hora del recreo. Janssen encontró una de las pocas plazas libres que había y aparcó el coche. El sol amenazaba con atravesar el dosel de nubes que había sobre su cabeza, y al salir, Tamara notó un agradable calor en la piel. Al subir los escalones de la recepción, vislumbró una cara conocida. Era Maddie, la hermana de Holly. Estaba de pie, a su izquierda, con un par de amigas. Pensó en saludar a la chica y preguntarle cómo estaba, pero parecía estar hablando y posiblemente no querría que sus compañeros la vieran hablando con la policía, así que decidió dejarlo estar.

A Tamara el tutor de Mark McCall le pareció un hombre interesante. Algo distraído e inquieto, pareció aliviado una vez que se aseguraron de que la letra no era de Mark. Incluso para el ojo inexperto estaba claro que quien había escrito las amenazas no era él. Sus letras eran demasiado pulcras y ordenadas. A ella no le inquietó saberlo. Era de esperar.

—¿Cómo está Mark? ¿Cómo ha estado desde que encontró a Holly?

El tutor parecía mirar directamente a través de ella. Por un momento, Tamara se preguntó si había oído la pregunta.

—Apenas lo hemos visto. Creo que vino ayer por primera vez. Está muy callado y preocupado. No es de extrañar, ya que estaba muy encariñado con la chica.

—¿Usted lo notaba?

—Habría que estar ciego para no hacerlo.

—¿Y hoy? —preguntó Janssen.

—Estaba esta mañana cuando hemos pasado lista, pero ha ido a la primera clase. No tengo ni idea de dónde está.

Firmaron su salida en el libro de visitas situado en la recepción. La escena exterior contrastaba con la de cuando habían llegado hacía apenas un rato. La niebla se había disipado, posiblemente retrocediendo hacia la costa al estar ellos más en el interior. El cielo estaba despejado, pero el aire seguía húmedo mientras se dirigían hacia el coche. Janssen se detuvo para contestar al teléfono y le dijo

que era Eric, que probablemente llamaba para informar de su visita a la clínica. Por el rabillo del ojo, vio una figura que se asomaba por la esquina del edificio administrativo que acababan de abandonar. Era Maddie Bettany. El patio y los caminos circundantes estaban desiertos. Las clases debían haberse reanudado.

Dejando atrás a Janssen, se acercó despreocupadamente a la chica, que miraba nerviosa hacia la entrada principal.

—¿Te has saltado una clase? —dijo casi en un susurro, manteniendo un tono nada crítico. Lo último que quería era asustar a la chica con la amenaza de ser descubierta.

Maddie se retiró a la vuelta de la esquina hacia un grupo de árboles maduros, que las protegían de cualquiera que estuviera mirando desde las ventanas de las aulas cercanas.

—Sé que no debería, pero…

—¿Qué pasa, Maddie? —Sintió la necesidad de extender la mano y poner una mano tranquilizadora en el brazo de la chica, que parecía nerviosa, al límite. No era de extrañar, dadas las circunstancias. Encontrarla en el centro tan pronto era sorprendente—. Estoy segura de que nadie te hará pasar un mal rato si sentías que necesitabas un descanso de las clases…

—¡No! No lo entiende, no es eso. Insistí en volver al instituto. Cualquier cosa con tal de salir de casa.

—Debe ser difícil para todos. —Las ganas de abrazar a la colegiala se vieron contrarrestadas por la necesidad de mantener la distancia profesional. Había un banco cerca, bajo un sauce; condujo a Maddie hacia allí y la animó a sentarse. La chica parecía perdida, sentada con las piernas cruzadas por los tobillos y las manos juntas sobre el regazo.

—Ha sido una locura total desde… bueno, desde que Holly… —Las palabras se apagaron. No soportaba pronunciarlas—. Mamá y papá discuten todo el tiempo. Creo que se echan la culpa el uno al otro… o a mí.

—¿Cómo pueden culparte? —La idea era absurda.

—Tal vez no me culpen exactamente…, pero papá preferiría que hubiera sido yo en vez de ella. —Las palabras eran amargas y las lágrimas brotaban de sus ojos mientras hablaba.

Tamara ignoró su entrenamiento y se dejó llevar por el instinto. Rodeó a Maddie con un brazo y la chica se dejó caer sobre ella.

—Nunca pienses eso, Maddie. Por mucho que digan tus padres, ellos también están sufriendo y… se desquitarán contigo. Es algo irracional, pero muy humano. —Unas lágrimas cálidas cayeron sobre el dorso de la mano que Tamara tenía libre mientras acariciaba la mejilla de la niña.

—Papá se ha vuelto loco —continuó Maddie, sentándose y secándose los ojos, mientras moqueaba con un débil sonrisa en la cara. Tamara sacó un pañuelo y se lo pasó. Maddie lo cogió agradecida—. Siempre ha sido malo, con eso de querer saber dónde estábamos, con quién salíamos y esas cosas, pero ahora… su TOC ha llegado a un nivel nuevo.

—Ha perdido una hija —dijo Tamara. Era obvio, pero tal vez era difícil ver el efecto que la pena estaba teniendo en su padre—. ¿Quién sabe cómo puede hacer sentir eso a un padre?

—¿Tienes hijos?

Tamara negó con la cabeza. ¿Cómo se sentiría cuando tuviera una familia? ¿Cuánto esfuerzo pondría en protegerlos de los horrores con los que se cruzaba a diario? Esos escenarios se repetían en su mente cada vez que Richard o su familia empezaban a hablar de ello. De niña, se le concedía una libertad casi ilimitada para aventurarse donde quisiera; desaparecía durante todo el día con sus hermanos y sus padres apenas se daban cuenta. Desde luego, no iban a buscarlos. Si llegaban tarde a casa, era otra historia, aunque en ese caso se trataría de una en la que estaban metidos en problemas, no de la preocupación de que les hubiera pasado algo malo. ¿Eran otros tiempos? «No, eso es una tontería». Estadísticamente, los niños no corrían más peligro ahora que en su juventud. Las actitudes habían cambiado, eso era todo. Y tal vez, las percepciones. ¿Cómo debe comportarse un progenitor hoy en día?

—Quería volver al instituto para tomarme un respiro. Al menos aquí puedo hablar con mis amigos y esas cosas.

—¿Cómo los ves a ellos?

Maddie se encogió de hombros.

—Bien. Todo el mundo se comporta de forma rara… son muy

agradables conmigo, especialmente los profesores, pero mis amigos están como siempre. Bueno…, casi. —La colegiala se calló, su expresión mostraba dolor, como si estuviera dándole vueltas a algo. Esperó a que hablara, dándole todo el tiempo que necesitara—. No puedo evitar pensar que si hubiera estado con ella… nada de esto habría pasado.

—No puedes pensar así, Maddie. Holly debía estar en Norwich viendo a su profesor particular y preparándose para el recital del día siguiente. No había forma de que estuvieras con ella. —Maddie la miró directamente a los ojos y Tamara vio algo en ellos, una revelación de la que quería hablar—. ¿Qué pasa, Maddie?

—Yo sabía que… Sabía que no iba a ir a Norwich el viernes por la noche. La metí en un lío. —Las lágrimas cayeron—. Es culpa mía.

—No lo entiendo.

—Se suponía que yo estaba en casa de una amiga. Nosotras… fuimos a la fiesta de la playa. Todos los alumnos de los últimos cursos hablaban de ello y queríamos ir, así que les dijimos a nuestros padres que estaríamos en casa de la otra y fuimos.

—Ah… Ya veo. —No eran las primeras adolescentes que habían jugado esa baza. Ella había hecho algo parecido—. ¿Y cómo acabó afectándote todo esto?

—Papá nos encontró allí —dijo, mirándose los pies—. Me sacó de allí a rastras… delante de todos. Fue muy embarazoso.

—¿Y qué paso con Holly? —Era extraño que los Bettany no lo hubieran mencionado. Se suponía que esa noche estaban en compromisos sociales, no llevándose a rastras de una fiesta en la playa a una hija díscola. Sin embargo, Colin era todo imagen y estatus. Quizá no quería que fuera de dominio público.

—No lo sé. La verdad es que no la vi demasiado. Se fue con Mark. Yo discutí con papá.

—¿Sobre qué?

—Estaba despotricando sobre mi presencia allí, decía que eso no era para mí y cosas así. Mi padre es de la vieja escuela. No me parecía justo que me hicieran irme cuando Holly podía quedarse.

—¿Lo hizo? Quedarse, quiero decir.

—Papá me metió en el coche y luego la llamó por teléfono. Ella no

contestó. Tal vez lo vio y se fue corriendo. Normalmente me defendía. Pero no la culpo por no hacerlo esa noche, papá estaba muy enfadado. Quería ir a buscarla. Estuvimos sentados en el coche al menos veinte minutos mientras él miraba su teléfono antes de irnos a casa.

—Maddie, ¿cómo sabía dónde encontrarte? —preguntó Tamara, desconcertada. Y por qué había mentido… Eso era muy significativo. Desde luego, no había sido abierto ni sincero sobre sus movimientos.

—No lo sé. No le dijimos a nadie a dónde íbamos. —Maddie parecía insegura—. Tal vez llamó a la mamá de Abbie o al revés.

—¿Llevas el teléfono encima? —Maddie asintió, metiendo la mano en el bolsillo de su americana—. ¿Puedo? —preguntó Tamara, extendiendo una mano.

Maddie desbloqueó el teléfono con su huella dactilar y se lo pasó. Era un teléfono inteligente, bastante nuevo, a juzgar por su diseño delgado. Recorrió las pantallas con los iconos habituales de una colección de aplicaciones de redes sociales; reconoció la mayoría, pero había algunas que no le resultaban familiares y que probablemente eran populares entre los adolescentes. No había nada inusual. Lo ideal sería que una persona más experta en tecnología le echara un vistazo. Tal vez Janssen lo sabría o más probablemente Eric. Sin embargo, era probable que Colin se diera cuenta y, a juzgar por sus reacciones recientes, montaría un escándalo. Le devolvió el móvil a Maddie y sonrió.

—Gracias. Supongo que el teléfono de Holly no ha aparecido en tu casa, ¿verdad? Aún no lo hemos localizado.

—No, lo siento. No que yo sepa. Lo tendría con ella. Nunca iba a ningún sitio sin él. —Sonó un timbre dentro de los edificios del centro y Maddie miró por encima del hombro—. Debería volver. Ahora tengo Matemáticas, y el señor Fothergill es menos indulgente que los demás.

—Estoy segura de que estarás bien. —Quería tranquilizar a la niña, decirle que todo iría bien—. Puedo ir contigo si quieres. —Maddie negó con la cabeza, aunque con una sonrisa de agradecimiento por el gesto—. Llámame si quieres volver a hablar.

La chica se dio la vuelta, se dirigió por el camino hacia la puerta más cercana y desapareció de la vista mientras las voces de los estudiantes recién salidos de clase llegaban hasta ella.

CAPÍTULO 32

Mark se había levantado mucho antes de lo habitual. Su padre se revolvió en el sofá mientras él buscaba en la cocina un cuenco limpio en el que preparar el desayuno. Desistiendo, encontró uno del día anterior y lo enjuagó superficialmente bajo el grifo. Estaban sin agua caliente de nuevo, ya era la tercera vez esa semana. Las placas deflectoras de la estufa de leña se habían estropeado, solo que su fe en la capacidad de su padre para arreglarlos estaba menguando. Era un hombre capaz de reparar casi cualquier cosa, pero, en esa ocasión, sus habilidades se estaban poniendo a prueba. Secó el interior del cuenco con la manga de la camisa y lo llenó de cereales y leche. Cogió una cuchara, se acercó hacia donde yacía su padre y dejó el cuenco en la mesita auxiliar que había junto al sofá.

Puso una mano sobre el hombro de su padre y lo meció suavemente para despertarlo.

—Papá. Ahí tienes el desayuno.

Con los ojos llorosos y el ceño fruncido, su padre se incorporó. Había conseguido trabajo en una granja vecina. El viejo Carlisle necesitaba despejar un granero para dejar sitio a la maquinaria nueva que le había llegado y no podía prescindir de ninguno de sus trabajadores para que lo hiciera. Era un trabajo de poca categoría, pero pagaban en metálico y necesitaban el dinero. Las cajas de cereales y las duchas frías tenían un límite. Lo menos que podía hacer era ayudar a su padre a conservar el poco trabajo que había conseguido. Callum McCall tosió, estiró los brazos y bostezó. Los poros del hombre rezumaban el inconfundible aroma del alcohol. Una botella vacía de *whisky* barato o vodka yacía en el suelo junto al sofá. Se preguntaba cómo se las arreglaría su padre sin él. Tal vez Sadie daría un paso al frente. No había vuelto a casa la noche anterior, y no podía culparla. Puede que pronto su padre tuviera que arreglárselas solo.

Sin desayunar, cogió su mochila y se puso en marcha. Tras haber pasado casi toda la noche en vela, se le había quitado el apetito. Tras varios días de angustia sobre lo que debía hacer, finalmente había tomado una decisión la noche anterior. Era lo que debía hacer. Hacer la llamada, sin embargo, fue difícil. Salir a hurtadillas en plena noche para no despertar a su padre, eso fue fácil. El hombre estaba borracho, como siempre. No, era la incertidumbre. Sabía lo que quería conseguir, pero había mucho en juego y, si se equivocaba, tendría problemas. Su padre no habló mientras salía de casa.

A ese ritmo, llegaría pronto al instituto y, como no quería llamar la atención, aminoró el paso. Al llegar a las puertas, se deslizó entre la multitud. Los alumnos de segundo de bachillerato entraban por una puerta distinta a la de los alumnos de cursos inferiores, y él se mantuvo a distancia de los demás. De todos modos, no es que muchos de ellos le dirigieran la palabra, ahora lo evitaban. Sabía lo que estaban pensando y, sin duda, diciendo, y nunca iban a parar. Incluso si se realizara un arresto y se lograra una condena, habría quienes seguirían sin creerlo. Nunca lo harían. A menos que fuera él, un McCall. Si querían una verdadera razón para temerlo, pronto la tendrían.

Pasaron lista sin contratiempos. El día anterior no le dijeron ni una palabra sobre sus ausencias; era la primera vez que iba al instituto desde el asesinato de Holly. Un par de profesores incluso le preguntaron cómo estaba. Ese día fue normal. Como cualquier otro. Se leyeron los avisos; algo sobre asesoramiento para el duelo dirigido a él, o al menos eso le pareció, pero en realidad no estaba escuchando. El reloj avanzaba despacio. Cuando sonó la campana para señalar el inicio de las clases matutinas, el arrastre de las patas de las sillas por el suelo y el estallido instantáneo de múltiples conversaciones enmascararon cualquier indicio de su creciente expectación y ansiedad. Sintió que se ruborizaba y sudaba. Nadie pareció darse cuenta.

Se unió a las filas que hacían cola para salir del aula y se quedó en la parte de atrás. Una vez fuera, en el pasillo, caminó lentamente hacia la escalera para ser el último en entrar. Mientras los estudiantes se retiraban a sus clases, él continuó hacia la planta baja

y se escabulló por la salida de incendios hacia la mañana nublada. Seguía haciendo el mismo frío que al llegar, pero el sol amenazaba con salir. Mirando a su alrededor, vio que no había nadie a la vista. Había optado por la salida este, la menos utilizada por todos porque no había forma de salir de la escuela sin rodear el edificio. A menos que fueras por encima de la valla, como él. Confiando en que no lo verían, lanzó la mochila por encima y luego se subió él. No era demasiado difícil, ya que apenas superaba la altura de la cintura y lo hizo con facilidad.

El camino de vuelta a casa solía durar media hora, pero podía reducirlo a un tercio si aumentaba el ritmo. Su padre ya debería estar fuera, trabajando, y Sadie reaparecería cuando se le acabara el dinero o la echara su última pareja, lo que ocurriera primero. Su ruta lo llevó por una de las carreteras principales y algunos coches pasaron a su lado, pero nadie le prestó atención. Una vez de vuelta en casa, se acercó con cautela por si acaso su padre había decidido volver a dormir en lugar de hacer un turno. Todo estaba en silencio cuando abrió la puerta, se asomó y escuchó en busca de señales de movimiento. No hubo ninguna.

La puerta se cerró tras él, golpeando contra la jamba. El pestillo no funcionó porque el marco estaba torcido y mal ajustado. De todos modos, nunca la cerraban. ¿Qué sentido tenía? No tenían nada que valiera la pena robar. Se dirigió al dormitorio de su padre, donde no dormía mucho —prefería el sofá o dormir con Sadie—, y llegó hasta el armario. Apartó una pila de revistas y una vieja bolsa de transporte que contenía algunos cables sueltos, metió la mano en la parte trasera y encontró lo que buscaba, una vieja bolsa de lona. El polvo que levantó al sacarla le hizo llorar. Por el peso, supo que lo que buscaba seguía allí.

La bolsa medía medio metro de largo, tenía un asa doble y una correa para el hombro. La dejó a los pies de la cama y abrió la cremallera para ver su contenido. Miró por encima del hombro, ya que temía ser descubierto, como si todo el mundo supiera lo que planeaba. Respiró hondo y se tranquilizó. Volvió al armario, rebuscó en el fondo y encontró una pequeña caja de cartón. Sonó cuando tiró de ella hacia delante. Al abrirla, volcó el contenido en la bolsa de

lona, volvió a cerrar la cremallera y se colgó la correa en el hombro.

Salió de la habitación de su padre y se dirigió a la suya. Se puso a cuatro patas, extendió el brazo bajo la cama y rebuscó a ciegas durante unos instantes hasta que sintió que sus dedos rozaban el frío cristal de la pantalla. Después de tantear para alcanzarlo, sacó el teléfono móvil y lo sostuvo en la palma de la mano. Pulsó el botón de encendido y esperó a que se encendiera en cuestión de segundos. Una melodía musical sonó mientras el logotipo de la empresa parpadeaba para ser sustituido pronto por la pantalla de bloqueo y él tecleaba el pin de cuatro dígitos. No había vuelta atrás. Ya no.

Al salir de la casa tan rápido como pudo, le invadió una sensación extraña. No eran nervios. Él no sufría de ese tipo de cosas. El estrés de los exámenes, la presión de los compañeros… La gente hablaba de esas cosas todo el tiempo, pero a él nunca le pasaban. Sin embargo, era una sensación extraña que no podía interpretar. Tal vez eso era lo que sentían otras personas, sus hermanos. Uno iba a la batalla y el otro, de camino a la prisión. ¿Era anticipación, emoción…, miedo? Fuera lo que fuese, ese sentimiento no le gustaba y trató de apartarlo. Sin embargo, la intensidad de la sensación no hacía más que aumentar a cada paso que daba por el bosque.

CAPÍTULO 33

De vuelta en la comisaría, Tom Janssen se encontró a un nervioso agente de policía esperándolos en la sala de operaciones. Los ejemplos de caligrafía recogidos para su comparación se enviarían para su confirmación, pero incluso una inspección superficial había resultado concluyente. Ninguna de las muestras recogidas de los Bettany se parecía y las de Mark McCall fueron un rotundo fracaso. A pesar de esto, Eric estaba dando saltitos mientras él entraba, con Tamara solo un paso por detrás.

—Debe haber tenido una experiencia positiva en la clínica para estar tan entusiasmado —dijo mientras Eric se acercaba saltando. Sabiendo cómo intimidaba Colin Bettany al joven, parecía sorprendentemente animado. Eric trataba de ocultar su inseguridad en el trato con los profesionales y lo lograba casi siempre. Sin embargo, para alguien experto en leer a la gente, el efecto que tenía sobre él era bastante obvio. Eric mejoraría con la experiencia—. ¿Cómo ha encontrado a Colin y a Marie? —La pregunta no era una prueba, a Janssen los Bettany le parecían una familia curiosa.

—La verdad es que no los vi. Llamé con antelación y tenían unas muestras listas para mí en recepción. Aunque me resultó extraño. Supuse que aprovecharían cualquier oportunidad para hablarnos del caso y averiguar qué está pasando, pero los dos estaban en consulta.

—Pensaba que iban a contratar a unos suplentes —dijo Tamara, apoyándose contra un escritorio y cruzándose de brazos.

—Alice me ha dicho que han tenido problemas para conseguir suplentes que se ocupen de todas las horas, así que ambos atienden a los pacientes cuando lo necesitan —dijo Janssen. Pensó en Alice; hacía días que no la veía, debido a la preocupación por el caso. Sin embargo, ella parecía entenderlo; tampoco tenía una investigación de asesinato todas las semanas—. Entonces, ¿por qué está tan

emocionado?

Eric movía el peso entre sus pies, claramente frustrado por el cambio en la conversación.

—Cuando volvía de la consulta, recibí un mensaje de voz de la empresa de telefonía móvil a la que pertenecía el número de Holly. Está activo. Y ya van dos veces.

Tom intercambió una rápida mirada con Tamara y ella reconoció el significado tanto como él. Le dio una palmada en el brazo a Eric e inclinó la cabeza.

—Bueno, ¿por qué no lo ha dicho antes? —El tono era tan alegre como sarcástico—. ¿Cuándo?

—Anoche, sobre las dos de la madrugada, apareció en la red conectándose a una torre de telefonía local. A los cuatro minutos volvió a desaparecer. El proveedor ha dicho que se hizo una llamada que duró menos de dos minutos.

—Lo encendieron para hacer la llamada y luego lo apagaron de nuevo, me imagino. ¿Sabemos a quién llamaron? —Janssen lanzó una mirada de reojo a Tamara, y vio en ella esperanza y expectación.

Eric negó con la cabeza.

—Todavía no. La llamada se hizo a un número de otra compañía. He puesto una solicitud en la parte posterior de nuestra orden judicial anterior. Aún estoy esperando la respuesta.

—Has dicho que se encendió dos veces. —Eric asintió—. ¿Cuándo fue la segunda?

—Justo antes de las nueve y media de la mañana —respondió Eric, dirigiéndose a su ordenador. Les mostró un mapa en la pantalla. Había dos círculos, sombreados en burdeos, y se superponían parcialmente en los límites de la cobertura de cada torre—. Aquí es donde la señal se conecta a estas torres, alternando entre las dos, de ahí el cruce. Lo importante es que ya está activo.

Tom apartó una silla y se sentó, sopesando la lógica que había detrás de la información.

—¿Por qué ahora, después de una semana? ¿Y por qué hacer una llamada en mitad de la noche, a quién? —Era un extraño giro de los acontecimientos, completamente inesperado.

—¿Creen que alguien encontró el teléfono? —sugirió Eric. Por la expresión de la cara de Tamara, ella no estaba muy convencida. Y él tampoco. El registro minucioso de la zona no había revelado nada. Si el teléfono se había extraviado o tirado, entonces no sería probable que alguien lo encontrara por casualidad. Eric amplió la idea—: O tal vez alguien lo robó y piensa que es seguro encenderlo. —La segunda idea era mucho menos probable que la primera.

—Es poco probable —respondió Tamara, con el ceño fruncido por la concentración. A Janssen le parecía que ella estaba juntando las piezas de algo—. He estado con Maddie antes. Su teléfono estaba protegido por contraseña. El otro día me dijo que a Holly y a ella les habían dado teléfonos nuevos hacía poco. Hoy en día, la mayoría de las personas son conscientes de la seguridad de sus móviles. Es probable que Holly también lo fuera.

—Quien tenga el teléfono conoce su pin —dijo Janssen. Tamara asintió—. O se lo dijo a alguien antes de morir. —La probabilidad de que eso ocurriera le parecía escasa. El motivo del asesinato de Holly no había sido un robo, por lo que habían podido averiguar. Janssen dirigió su atención al mapa, que abarcaba una zona bastante extensa. Una ventaja de Norfolk con respecto a la cobertura de la red era el paisaje. Había pocas colinas que bloquearan la señal, así que mientras el transmisor de la torre fuera lo bastante potente, el alcance era decente. Eso les dejaba un área bastante amplia que cubrir—. La pregunta es: ¿quién tenía confianza suficiente con Holly para saber su pin… y vive en esta zona? Admitámoslo, si estás haciendo una llamada en mitad de la noche, es poco probable que te hayas alejado mucho de casa.

Los tres se apiñaron, pero era evidente que solo encajaba un nombre: Mark McCall. Esa constatación fue dolorosa. Entrenado para mantener un nivel de distanciamiento de las personas en el marco de una investigación, empatizar seguía siendo una parte importante del ser humano, y tal vez Janssen era culpable de querer que Mark estuviera libre de sospechas. Cada lectura del lenguaje corporal del chico cuando habían estado juntos sugería que era un alma problemática, pero no un asesino. ¿Se había equivocado? Incluso en ese momento, darle crédito a esa afirmación era difícil de aceptar.

—Hoy ha vuelto a faltar a clase. Tenemos que hablar con él, averiguar qué trama.

—De acuerdo —respondió Tamara—. La casa de McCall está justo en medio de esas dos torres. Ahí es donde iremos. Sé que es duro para él, pero el chico va a tener que abrirse a nosotros; de lo contrario, acabará siendo nuestro principal sospechoso.

* * *

Condujeron hasta la casa de McCall en relativo silencio. Janssen se dio cuenta de que seguía dándole vueltas al papel de Mark en todo ese asunto. No podía saber qué estaba pensando Tamara. Se preguntó si ella albergaba las mismas dudas sobre la implicación del muchacho y si también se planteaba si habían llevado la investigación en la dirección equivocada. Al desviarse de la carretera principal, apareció una figura entre las sombras de los árboles que avanzaba por el camino sin asfaltar hacia la casa. Era Callum. Al oírlos acercarse, miró por encima del hombro y se detuvo en cuanto los reconoció. Llevaba la chaqueta colgada de un hombro y la cara cubierta de sudor. Tanto él como su ropa estaban mugrientas. Debía haber estado trabajando.

Cuando se detuvo el coche, Tamara bajó la ventanilla. Callum la miró con la frialdad de siempre.

—Estamos buscando a Mark —dijo ella.

—Estará en el instituto. —La respuesta fue cortante, áspera.

Tamara negó con la cabeza.

—Hemos estado allí antes. Mark se saltó la clase que había después de que pasaran lista esta mañana. —Janssen vio cómo los ojos de Callum se entrecerraban, aunque solo fuera ligeramente; era lo más cerca que iba a estar ese hombre de revelar algo. Estaba sorprendido—. ¿Lo ha visto?

—No. A lo mejor ha vuelto a casa. —Callum miró hacia el camino—. ¿Para qué lo están buscando? —Había un matiz en la pregunta. Estaba preocupado. Eso quedó registrado en el radar de Janssen. A Callum le daba igual la policía. Estaba curtido, pero algo le preocupaba.

—Es mejor que hablemos con él directamente —respondió Tamara —. Suba, lo llevaremos a casa.

—No hace falta. Los veré allí —respondió Callum en voz baja, dando un paso atrás, y reanudó el resto de su camino.

Janssen se puso en marcha. Al mirar por el retrovisor, tuvo la impresión de que Callum caminaba con más determinación.

Cuando aparcó delante de la propiedad, todo parecía tranquilo. Imaginó a Mark sentado fuera, holgazaneando. ¿Era lo que deseaba encontrarse? Al salir del coche, buscaron cualquier señal de movimiento en el interior. Tamara señaló hacia los edificios anexos y él fue a revisar la casa. Los visillos de todas las ventanas le impedían ver el interior, así que probó a abrir la puerta. No estaba cerrada con llave y Janssen la abrió con cuidado. Se asomó al interior y miró a su alrededor. No parecía haber nadie en casa. Dio un paso al frente y entró.

—¡Oye! ¡No tienes derecho!

El grito venía de lejos, más allá del coche aparcado. Tom sabía que era Callum. Haciendo caso omiso de la protesta, siguió adelante, dejando la puerta oscilando tras él. Dentro había un olor extraño, en parte a humedad, en parte a comida en descomposición y a olor corporal. Al parecer, no abrían las ventanas a menudo ni limpiaban. La puerta se abrió de golpe, y Callum McCall entró con la cara roja y sin aliento.

—No tenéis derecho a registrar mi casa sin una orden —dijo con voz entrecortada, agitando un dedo de forma enfática mientras intentaba recuperar el aliento.

—No estamos llevando a cabo un registro, Callum. Buscamos a un sospechoso en una investigación de asesinato y, cuando encontremos a Mark, tenemos intención de detenerlo.

Callum se quedó de piedra, con la boca abierta y los puños apretados de manera desafiante a los lados.

—Mi hijo es un buen chico. No es como el resto de nosotros y no es un asesino, Janssen, ¿me oyes? Y tú también lo sabes, joder.

—¿Dónde está, Callum?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Vaya, pensaba que era su padre.

Callum hizo ademán de replicar, pero no dijo nada. Su nariz se crispó y su labio superior se curvó en una especie de gruñido mientras avanzaba hacia él. Por un momento, Tom pensó que iba a haber un altercado y se preparó. No tenía ninguna duda de que podía manejar a un borracho como Callum McCall, ya que sus mejores días habían quedado atrás, pero aun así sabía que no debía tomarse la situación a la ligera. Pero Callum pasó rozándole y desapareció en una de las habitaciones del fondo.

Observó al hombre un momento más antes de reanudar la búsqueda de Mark, aunque no esperaba encontrarlo. Si estuviera allí, ya habría aparecido o se habría dado a la fuga si hubiera sentido la necesidad de huir. Momentos después, Callum reapareció en el umbral del salón. Su expresión parecía conciliadora, lo que resultaba intrigante tan poco después de su arrebato.

—¿Por qué sospecháis de Mark de repente? Ya habéis registrado esto. Si ibais a detenerlo, ¿por qué esperar hasta ahora?

—Ha habido novedades.

—Ah… Corta el rollo, Janssen. Escúpelo.

Necesitaban encontrar a Mark y, a menos que estuviera escondido cerca, era poco probable que lo consiguieran sin ayuda. Callum podría ser un pésimo modelo a seguir, pero parecía preocuparse por su hijo. Al menos, cuando no estaba buscando el fondo de una botella.

—Alguien activó el móvil de Holly Bettany anoche y lo ha hecho de nuevo esta mañana.

Callum se lo tomó con la estoicidad con la que procesaba todo, pasándose la lengua por el interior de la mejilla. Parecía pensativo.

—¿Y crees que fue Mark?

—Lo hizo alguien desde aquí. —Eso no era estrictamente cierto, pero supuso que los conocimientos de Callum sobre torres de telefonía móvil serían limitados—. A menos que fuera usted, solo queda Mark. ¿Por qué cree que hizo eso, ocultarnos el móvil y hacer una llamada con él anoche? —Callum miró por encima del hombro hacia la habitación de la que acababa de salir y, cuando se giró, bajó la mirada al suelo. Estaba nervioso—. ¿Qué?

Callum levantó la cabeza y le indicó que fuera a ver algo.

Janssen se acercó, Callum se hizo a un lado cuando lo alcanzó, permitiendo el acceso a la habitación. Había una cama doble apoyada contra una pared, pero, aun así, el espacio era limitado. La cama estaba deshecha, con un edredón amontonado sobre el colchón. En una esquina había un armario. Había una pequeña caja de cartón en el suelo. Estaba vacía. Sin saber lo que debía ver, volvió a mirar a Callum. El hombre no lo miraba, se mordía el labio inferior y negaba con la cabeza.

—¿Qué está pasando, Callum?

—Esto es culpa mía —murmuró en voz baja—. Debería haberlo visto venir.

—¡Callum, escúpalo ya, hombre! —Estaba perdiendo la paciencia—. Si hay algo que necesito saber, ahora es un buen momento para decírmelo.

—Mi chico… se toma las cosas demasiado al pie de la letra. Debería haberme callado la boca. —Callum continuó reprendiéndose a sí mismo—. Mira… Sé cómo funcionan las cosas. Los policías… buscáis la solución fácil. La gente como nosotros es un blanco fácil. Lo sabes igual que yo.

—Además, sigue infringiendo la ley. Eso lo hace más fácil, no hay duda.

—Solo estoy diciendo que las leyes no son iguales para todos —continuó Callum. Janssen decidió darle espacio para hablar. No solía tener nada que decir, al menos sin la presencia de un abogado—. Si fuiste al colegio adecuado y conoces a las personas adecuadas… entonces el juez te ve de una manera un poco diferente cuando estás en el banquillo, ¿verdad? —Janssen tuvo que aceptar su argumento. No debería importar, pero era cierto. Si podías conseguir que personas de alto estatus social testificasen a tu favor, eso podía influir en el juez durante la sentencia—. Puede que le haya dado a Mark la idea de que… el asesino de Holly podría no recibir su merecido.

—No suele ser tan comunicativo. ¿Qué más? —A pesar de la sinceridad recién encontrada, seguía habiendo reticencia—. Callum, si sabe algo que pueda ayudar a Mark, tiene que decírmelo.

—Mi escopeta no está… Y los cartuchos, tampoco.

Súbitamente indignado, Janssen no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Por qué demonios tiene una escopeta?

—La uso para cazar conejos.

—Más bien, para caza furtiva —replicó Janssen. Callum lo fulminó con la mirada, pero no se atrevió a rebatirlo—. Bueno, no llegará lejos con eso.

De nuevo, Callum apartó la mirada.

—La adapté —dijo casi susurrando.

—¿Quiere decir que cortó los cañones? —Callum asintió, haciendo una mueca mientras se frotaba distraídamente la mandíbula—. Entonces, puede ocultarla con facilidad. ¿A dónde va? Dígamelo ahora antes de que sea demasiado tarde.

—Es un buen chico, Janssen. No haría daño…

—Muy bien, pero está vagando por Norfolk con una escopeta cargada. ¿Cuántos cartuchos tiene?

—Media docena. Tal vez más. La verdad es que no llevo la cuenta.

—¿A dónde va?

Se miraron a los ojos y, por un segundo, Janssen pensó que Callum iba a callarse, pero tras una breve pausa, cedió.

—A ver a ese marica de Ken Francis, espero. Mark cree que mató a Holly… y yo también.

CAPÍTULO 34

Tom Janssen agarró a Callum por el brazo y prácticamente lo arrastró por el salón antes de sacarlo por la puerta. Él no puso ninguna objeción. Tamara Greave se acercó a ellos y, al ver su cara, se dio cuenta de que la situación debía haberse agravado.

—¿Qué está pasando? —preguntó cuando Tom soltó el agarre sobre su presa.

—Resulta que Callum tiene un arma de fuego ilegal y parece que Mark la ha cogido y está decidido a conseguir justicia para Holly. —La expresión inquisitiva de Tamara estaba mezclada con preocupación—. Una escopeta con a saber cuántos cartuchos. Callum cree que tiene a Ken Francis en el punto de mira.

—¿Cree que Ken mató a Holly?

—¡Claro que sí! —declaró Callum de forma agresiva—. Y se merece lo que le ocurra.

—¿Cómo demonios se nos pasó algo así en el registro? —preguntó Tamara, furiosa. Callum se rio entre dientes.

—La escondí en cuanto supe que estabais husmeando después de la muerte de Holly. Era solo cuestión de tiempo que aparecierais en casa. No soy tan tonto como pensáis. Cuando os fuisteis, pensé que podía traerla de vuelta.

—Entre al coche, ahora mismo —ordenó Tom, y Callum subió a regañadientes a la parte trasera. Janssen abrió la puerta del conductor y sorprendió a Tamara mirándolo por encima del techo—. ¿Qué sucede?

—¿Cree que es prudente llevarlo a una situación tan volátil?

—Normalmente, estaría de acuerdo en que es un riesgo, pero esta vez no —explicó él—. Mark cree lo que le dicen aquellos a quienes respeta o en quienes confía. No quiso abrirse conmigo. Si tengo que convencerlo, haré todo lo que pueda. Quizá necesitemos la confianza que tiene en su padre para evitar que haga algo catastrófico.

—Deberíamos llamar a una Unidad de Respuesta Armada y a un negociador.

—Haga la llamada de camino, pero llegaremos antes que ellos. —Ansioso por ponerse en marcha, subió al coche y arrancó el motor antes de que Tamara abriera la puerta. Aceleró, sabía que el tiempo apremiaba. Mark debía haber planeado lo que iba a hacer. Fue al instituto hasta que su padre se marchó de casa para ir a trabajar, lo que le permitió volver sin ser visto y recuperar la escopeta—. Llame a la casa de los Francis. Avíseles de que vamos de camino.

Tamara asintió y, tras solicitar el vehículo de Respuesta Armada más cercano, llamó a la casa de los Francis. Tras unos instantes sin respuesta, volvió a intentarlo. Tampoco hubo respuesta y miró a Janssen. Él interpretó su mirada como de consternación. Quizá cuando llegaran ya fuera demasiado tarde.

Acelerando, Tom miró por el retrovisor a Callum, que estaba sentado detrás de Tamara. Estaba mirando por la ventana, con una expresión ininteligible en la cara.

—¿Por qué no nos lo cuenta? —Callum sabía que la pregunta iba dirigida a él, porque giró la cabeza y lo miró por el retrovisor durante un breve segundo, antes de volver la vista a la ventanilla—. Ya sabe a lo que me refiero. ¿Qué historia hay entre usted, Ken y Jane? Sabemos que hay una.

Callum miró fijamente hacia delante, como si estuviera mirando a través de Tamara, que estaba delante de él, observando la carretera. Su mirada se desvió hacia el paisaje que pasaba junto a ellos.

—Ah, ¿sí?, ¿y qué es lo que sabéis?

De momento, no había mordido el anzuelo, pero Tom estaba seguro de que había captado la atención de Callum.

—Sabemos lo suyo con Jane. —Tamara le lanzó una mirada de soslayo, circunspecta, pero claramente estaba dispuesta a dejarle continuar—. ¿Cuándo empezó todo? —Eligió sus palabras con cuidado, no quería pasarse.

—No deberías escuchar cotilleos, Janssen —replicó Callum, volviendo a mirar hacia delante. Su tono era despectivo—. Todo eso fue hace mucho tiempo.

—Hace unas semanas no es hace mucho tiempo, ¿verdad? —La

expresión de Callum se suavizó, en lugar de endurecerse como había previsto una vez arañada la superficie—. Jane no es de las que se guardan nada. —Siguió sin obtener ninguna respuesta—. Supongo que se ofendió por las cartas que le ha estado dejando. —La sugerencia era una especie de apuesta, pero la hizo con confianza, enmascarando su intento de sonsacarle información.

—Te lo contó ella, ¿verdad? —Callum sorbió ruidosamente y se pasó el dorso de la mano por la nariz—. A veces, hacer ver a la gente lo que está haciendo mal es la única manera de llegar hasta ellos. Jane y el tonto de su marido…

—Enviarles amenazas es un poco… infantil para usted, ¿no? —Janssen miró al espejo. La acusación dio en el blanco. Se dio cuenta por la media sonrisa que cruzó la cara de Callum.

—¿Es eso lo que te dijo? —Janssen lo miró por encima del hombro —. Apuesto a que hay muchas cosas que no sabes sobre la chica. —Callum negó con la cabeza, mirando por la ventana—. Nunca la amenacé y esa es la verdad. Su marido… Bueno, eso es otra historia, pero se lo merece.

Había una firmeza en la respuesta que le hizo pensar. Todas las cartas que habían visto eran amenazadoras, tanto por las palabras como por el tono. Sin embargo, todas se dirigían a Ken sin mencionar a su mujer. Por lo que sabían, Jane se había enterado de la existencia de las cartas por Ken cuando él se lo contó a la policía. La reacción de Callum era indicativa de un giro totalmente distinto de los acontecimientos. El corto trayecto hasta la casa de los Francis duró menos de cinco minutos, gracias a que Janssen estaba pisando el acelerador a fondo. Al acercarse, detuvo el coche en el arcén, a cincuenta metros de la propiedad. El Range Rover de Jane podía verse aparcado en la parte trasera, con los restos carbonizados del estudio de Ken tapiados más allá.

—Espere aquí —le dijo Janssen a Callum, que se disponía a salir. Empezó a protestar, pero dejó de hacerlo cuando Janssen lo fulminó con la mirada.

Tamara salió y se acercó a su lado del coche.

—El vehículo de Respuesta Armada está a diez minutos —le dijo—. Podríamos esperar o…

—Una unidad táctica completa podría incitarlo a hacer algo imprudente. Recordemos que aún es un niño. Esto no es lo suyo. Tenemos más posibilidades de convencerlo con una aproximación más suave.

—¿Y si ya ha estado aquí?

Tom podía percibir el estrés en la voz de Tamara; ella tenía razón. Si habían llegado demasiado tarde, Mark podría haberse ido dejando tras de sí una estela de devastación. Otra posibilidad era que aún no hubiera llegado y se encontrara entre los árboles circundantes, vigilando a la espera de una oportunidad.

Janssen sacó su móvil y llamó a la casa una vez más. La llamada fue atendida por el contestador automático. Miró a Tamara y negó con la cabeza.

—¿Nos quedamos o vamos?

—Vamos —respondió Tamara. Estaba satisfecho. Mirando de nuevo a Callum, le señaló con el dedo dejándole claro que debía quedarse en el coche—. Vayamos a la parte de atrás. Tendremos una vista mucho mejor del interior desde allí.

Conscientes de que, bajo un ojo vigilante, su aproximación se vería con facilidad, caminaron con paso rápido a través de la puerta metálica hacia el jardín trasero, pegándose a la pared de la casa principal por si acaso. Por suerte, los niños estarían en el colegio. Eso los reconfortó un poco. La primera ventana a la que llegaron estaba situada en el pasillo que conducía al estudio de Ken. Esa puerta estaba cerrada y podían ver el vestíbulo, el principal punto de acceso a la propiedad desde la parte trasera. El ángulo de visión solo les permitía ver el interior y la cocina. Una sombra se movía dentro, pero desconocían quién la proyectaba.

Siguiendo adelante y llegaron a la puerta de entrada. Janssen se escabulló y se acercó a las ventanas de la cocina que daban al jardín. Lanzó una última mirada a Tamara en busca de aprobación, ella asintió y él echó un vistazo a la casa. Jane estaba en la cocina, preparando algo de comida en una tabla de cortar, cuchillo en mano. Janssen dejó escapar un suspiro de alivio. Ken Francis estaba en la mesa del comedor, hojeando un periódico. Sonriendo a Tamara, se apartó de la pared haciéndole un gesto silencioso con el pulgar. Al

hacerlo, se hizo visible para Jane y ella se sobresaltó por su presencia. Su reacción alertó al perro —hasta entonces dormía en el sofá—, que se levantó y corrió a la cocina ladrando. La sorpresa en el rostro de Jane se convirtió en un ceño fruncido mientras cruzaba la cocina hacia la puerta trasera.

Se encontraron con ella cuando la abrió.

—¡Cómo se atreven a merodear por nuestra propiedad!

—Señora Francis —dijo Tamara—, ¿podemos hablar?

Jane se apartó un paso y se dio la vuelta, pasando de nuevo a la cocina. Ken se levantó y se acercó a ver qué le ocurría a su mujer.

—¿Qué pasa? ¿Tienen noticias sobre el incendio?

—Por desgracia, no —explicó Tamara. Janssen se acercó y escudriñó el interior antes de dirigir la mirada hacia los edificios circundantes, atento a la llegada de Mark—. Nos hemos enterado de que Mark McCall podría querer hacerle daño, señor Francis. —El hombre rechazó la sugerencia; parecía una reacción genuina.

—¿Por qué demonios querría hacerme daño ese chico?

Janssen retomó la narración.

—Mark tenía una especie de relación con Holly Bettany. Parece que se le ha metido en la cabeza que usted es el responsable de su muerte. ¿Por qué piensa usted que Mark cree eso? —Ken negó con la cabeza, boquiabierto. Janssen miró a Jane, pero ella desvió la mirada hacia el suelo. Era un gesto muy revelador—. Al parecer, él no es el único McCall que tiene algo de rencor contra ustedes dos, ¿verdad, Jane?

Ken se dio cuenta de que estaba perdido, ya que no entendía de lo que estaban hablando su mujer y el policía.

—Jane. ¿Qué demonios está pasando? —preguntó Ken, frunciendo el ceño. Se oyó un ruido detrás de ellos y se giraron para ver a Callum McCall en el umbral de la cocina—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó Ken.

—¿Yo? —replicó Callum con cierta expresión de suficiencia—. He venido a decirte que me he estado tirando a tu mujer, como en los viejos tiempos. —Parecía envalentonado por el hecho de que su hijo no estuviera allí y también algo aliviado.

—Creí haberle dicho que esperara en el coche —afirmó Janssen,

molesto por la provocación de Callum.

El hombre se encogió de hombros, deleitándose con la incomodidad que había causado. Jane parecía cabizbaja. Para Janssen, era como si su mundo estuviera a punto de desmoronarse. Ken miró fijamente a Callum antes de que sus ojos se desviaran hacia su mujer.

—Sí, así es, Ken. Tú te has estado tirando a la chica de mi hijo y yo he estado volviendo a visitar a tu señora. Janey y yo nos conocemos desde hace mucho. ¿Verdad?

—¡Cállate, Callum, por el amor de Dios! —Jane rompió su silencio, mirando con furia a su amante y evitando la mirada de Ken. A Janssen le pareció que su reacción era extraña; no estaba enfadado ni molesto, pero tampoco parecía indiferente o apático. El hombre parecía perdido, confuso—. Nunca debí permitir que sucediera…

—Probablemente tengas razón…, pero sin embargo lo hiciste, ¡y con mucha frecuencia! —Callum estaba disfrutando de ese momento. Era una oportunidad para revelar su aventura amorosa, sacarla a la luz y, además, restregárselo en la cara a su rival. Ese triángulo de afectos cristalizó en la mente de Janssen lo que en realidad estaba ocurriendo allí. De repente, los acontecimientos aleatorios tomaron forma y cobraron sentido.

—Escribías cartas amenazadoras a Ken mientras enviabas… ¿Qué? ¿Cartas de amor… con demandas obsesivas a Jane? ¿Es así? —teorizó Janssen. Tamara lo miró a los ojos y él se dio cuenta de que ella estaba pensando algo parecido—. Entonces, ¿a qué vino lo de prender fuego al estudio, Callum? ¿Quería igualar la puntuación en nombre de su hijo o fue también por sus celos infantiles? No se incendia un edificio para conquistar a una amante.

Callum estaba enfadado.

—Sí, ¿y a ti qué más te da? Lo he visto por las noches en su estudio, tocando a jovencitas. Es un maldito pervertido, y si fueras un policía como Dios manda, ya lo habrías arrestado. Pero no lo vas a hacer, ¿verdad, Janssen? ¿Por qué? Porque es un hombre rico y es un artista, ¿verdad? Se junta con la gente adecuada y tú no has venido a por él, ¡sino a por mi chico! Estarás encantado de encerrarlo.

—Si está planeando llevar a cabo un acto de asesinato

premeditado, claro que lo haré. —Al oír eso, la confusión de Ken se disipó y pareció abrumado. Jane fue hacia él y le acercó una silla. Le puso una mano en el brazo para ayudarlo a sentarse, pero él se encogió de hombros y tomó asiento solo. Jane permaneció donde estaba; su expresión mostraba que estaba dolida. Janssen pensó que iba a ponerse a llorar—. Vosotros dos —indicó a Jane y Callum —, lo habéis retomado donde lo dejasteis antes de que Jane se mudara a Londres, pero seamos sinceros, Callum, tú no tienes mucho que ofrecer.

—Puede que hayas vuelto en tu coche de lujo y maquillada, Janey, pero sigues siendo tú —argumentó Callum, ignorando a Janssen—. No has cambiado, y yo sé quién eres y lo que quieres. Puede que tu marido te haya dado una reputación mejor que la que tenías cuando te fuiste, una casa bonita y dinero para gastar, pero no te conoce como yo, muchacha. Nunca lo hará.

—¡No! Hemos terminado, Callum. Ya te lo dije —siseó Jane.

—¡Y aun así sigues volviendo a por más! —respondió Callum con una sonrisa de suficiencia.

Janssen no veía su atractivo, pero hacía años que había dejado de descifrar los deseos, necesidades y atracciones de otras personas. Las decisiones tomadas por muchos no guardaban ninguna relación con la lógica o la razón de su mente.

—Esto es fascinante, pero nada de esto sirve para ayudarnos a encontrar a Mark —dijo Tamara, adoptando una postura autoritaria y silenciando al grupo—. ¿Ha estado aquí hoy o lo han visto en las proximidades? —Tanto Ken como Jane negaron con la cabeza—. ¿Por qué no ninguno de los dos ha contestado al teléfono? Hemos estado llamando sin parar.

Ken respondió:

—Algunos periodistas de Londres se han enterado del incendio y están husmeando, llamando y haciendo preguntas. No pasará mucho tiempo antes de que lo relacionen con la muerte de Holly e inventen alguna historia absurda al respecto. Hemos estado ignorando el teléfono. Me atrevo a decir que alguien de su comisaría probablemente está obteniendo ganancias filtrando información. —Esto último lo dijo en tono acusador, con las dagas dirigidas a

ambos.

—Bueno, si tiene alguna prueba de ello, señor Francis, le ruego que presente una queja y será evaluada de forma objetiva —respondió Tamara con calma. Ken se rio de la sugerencia—. Sin duda, reabriremos también otro caso relacionado con la investigación de una agresión sexual en Londres.

—Ese caso está cerrado. No se me acusó de nada —protestó Ken.

—No es usted el acusado, señor Francis, sino su mujer. —Ken miró a Jane, con los ojos entrecerrados. Tamara continuó hablando—: La manipulación de testigos es un delito muy grave. Incluso si al final el testigo resulta haber mentido, sobornarlo para que retire su testimonio sigue siendo un delito.

—¿Hiciste eso? —gritó Ken a su mujer, que no pudo evitar contraatacar.

—Si te lo hubiera dejado a ti, nos habríamos arruinado. A veces eres un maldito inútil, Ken.

Callum se rio. Janssen se preguntó si se trataba de humor genuino o era solo una pantomima. Considerado a menudo como el paria de la comunidad por mucha gente, a Callum sin duda le complacía ver cómo aquellos considerados mejores que él caían en desgracia ante sus ojos. Él no sabía cómo habría sido su reacción si no hubiera sido rechazado públicamente por quien Janssen consideraba el amor de su vida. O Jane llevaba desde su juventud enamorada de Callum, o volver a verlo había reavivado esos sentimientos en un momento de gran estrés en su vida, considerando que su matrimonio era poco convencional. Quizá negaba sus sentimientos o había sido una aventura mal entendida por Callum. En cualquier caso, lo que antes estaba en la sombra ahora estaba a la vista de todos. Janssen se volvió hacia Callum, cuyo rostro se desencajó al leer su expresión.

—Los jueces tampoco ven con buenos ojos a los pirómanos, Callum.

—¡Pruébalo! —replicó Callum, cruzándose de brazos. Sabía cómo funcionaban las cosas. Sin una confesión o un testigo, quedaría libre.

—Debe haber pasado mucho tiempo espiando a Ken desde el bosque, ¿cómo si no iba a saber lo que hacía? —dijo Janssen, cambiando de táctica.

—Es terreno público. Puedo estar donde quiera. No es culpa mía si lo hacía a plena vista con la jovencita.

Jane se mordió el labio inferior ante la descripción. Debía llevar varios años viviendo en su propio mundo de ignorancia o negación.

—Díganos qué vio la noche que ella murió —dijo Janssen—. Vio algo, si no, no estaría tan convencido de que es un asesino.

—¡No soy un asesino! —protestó Ken, animado de repente—. Yo no maté a Holly.

—¡Sí, claro! —dijo Callum con desdén—. Ella estaba aquí, en tu cama, ese viernes por la noche. No mientas, hombre. La vi con mis propios ojos. La vi aquí, contigo.

—¡Yo no la maté! Estuvo aquí, pero se fue. Quizá, si te hubieras quedado un poco más mirándonos, lo habrías visto igual de claro. —La actitud de Ken cambió y pasó de ser una víctima temerosa a un acusador de pleno derecho—. Tal vez la viste irse y pensaste que era tu oportunidad de vengarte y de poder tener algo con mi mujer. —Miró a Jane, que permanecía pasiva a su lado—. Por lo que cuentan, tampoco es que oponga mucha resistencia. Así la describían mis amigos cuando nos conocimos. —Su tono era cruel, cortante.

Jane le dio rápidamente en la cara. Ken no se inmutó mientras fijaba sus ojos en los de su mujer.

—¿Y le contó esto a Mark? —preguntó Janssen. Callum asintió—. Y, sin embargo, no está aquí…

—¿Quizá cambió de opinión o se arrepintió? —sugirió Tamara.

Janssen se lo pensó. Eso era demasiado simple. Mark le parecía un joven centrado, no solo como consecuencia de su síndrome de Asperger. Estaba muy motivado, pero lo que eso significaba en esa situación, no lo sabía.

—Callum, en el coche mencionó que le había dicho a Mark que el asesino de Holly no se enfrentaría a la justicia. —Callum asintió—. En gran parte porque usted pensó que Ken, siendo quien es, se iría de rositas. ¿Que ser quien es, su nombre, lo protegería de nosotros?

—Sí. Más o menos.

Janssen le indicó a Tamara que se uniera a él y se dirigió a la cocina; Callum se puso de lado para dejarlos pasar. Como si hubiera tenido un pensamiento fugaz, Janssen se giró para dirigirse a los

tres.

—Compórtense hasta que volvamos. Ya hay suficientes cargos como para añadir alguno más.

Callum sonrió, disfrutando aún de su momento. Nadie habló cuando Tamara y Tom salieron. El frente tormentoso volvía a avanzar, el viento arreciaba y arrastraba la niebla desde el mar. La luminosidad anterior fue rápidamente sustituida por una oscuridad envolvente, como si se tratara del inicio de un eclipse solar.

—¿En qué está pensando? —le preguntó Tamara.

—En que estamos en el lugar equivocado. No es Ken. No creo que él matara a Holly.

—Acaba de admitir que ella estuvo aquí la noche que murió y Callum declaró que los vio teniendo relaciones sexuales, pero… —Contuvo la respiración un momento y sus ojos recorrieron el bosque circundante—. Creo que tiene razón; por muy perfecto que parezca todo, esto tampoco me encaja.

—Lo que Callum le dijo a su hijo puede haber influido en sus acciones, pero creo que Mark no nos ha dicho todo lo que sabe, ni tampoco se lo dijo a su padre.

—Entonces, ¿quién es el objetivo?

—No estoy seguro, pero creo que sé dónde encontraremos a Mark —dijo Janssen con confianza. El sonido de una sirena les llegó desde lejos. La ayuda se acercaba—. La pregunta es, ¿lo encontraremos solo?

CAPÍTULO 35

Tamara se estremeció, la bajada de temperatura que acompañaba al cambio de tiempo era drástica. Sonó su teléfono y contestó. Era Eric. Notó el interés de Janssen mientras escuchaba atentamente. Su expresión debió transmitir sorpresa. Aún procesando las recientes revelaciones del caso, se echó una bronca mental por no haber visto antes ciertas interacciones. Había pocos sospechosos dentro del círculo de Holly y todos ellos tenían secretos que guardar, tanto sobre sus relaciones con la adolescente como entre sí. Janssen estaba cada vez más frustrado. Quería salir a buscar a Mark McCall. A pesar de lo positivo de su enfoque contenido y metódico, una vez que tomaba una decisión, se dejaba llevar por el impulso hasta el punto de ignorar el riesgo. Aún no sabían en qué se estaban metiendo. Tamara colgó.

—Era Eric. Viene para acá, pero quería avisarnos de que el teléfono de Holly está activo de nuevo. Se ha conectado a las mismas dos torres que la última vez, lleva así treinta minutos. —Janssen frunció el ceño. Estaba pensando lo mismo que ella. Mark estaba a punto de jugar su partida final. Al menos no la había jugado ya—. Todavía tenemos tiempo.

—¿Por qué está tan segura?

—Si lo hubiera hecho ya, creo que habría apagado el móvil o lo habría tirado. —Janssen parecía estar de acuerdo con ella. Mirando por encima del hombro de Tamara hacia el coche de policía que se les acercaba por el camino de acceso, un revoltijo de posibilidades rebotó en su mente—. Tom, ¿ha dicho que sabe dónde está?

—Creo que sí. Mark siempre va a un sitio en particular si está estresado o quiere evadirse. Su madre solía llevarlo allí —dijo Janssen, haciendo un gesto a los agentes uniformados, que estaban saliendo de su coche, para que se quedaran quietos. Permanecieron allí, esperando nuevas instrucciones—. Será más rápido caminar

desde aquí, a través de los campos. Hay un sendero.

—¿Con esto? —preguntó ella, refiriéndose a la niebla que se cerraba a su alrededor. Perderse o ser sorprendido por un asesino en potencia no era nada atractivo.

—Es una ruta más directa. Podemos enviar a los agentes uniformados por el sendero, pero deben quedarse en la entrada hasta que sepamos a qué nos enfrentamos. Además, no queremos asustar al chico y que haga algo imprudente. —Era una sugerencia sensata, aunque se podía contraargumentar que él ya había superado ese punto. Tamara no veía en Mark nada indicativo de un asesino, pero a lo largo de su carrera se había cruzado con muchas personas que habían cometido un error de juicio y habían pasado muchos años sufriendo las consecuencias—. Conozco el camino. El sitio no está lejos. —La seguridad de Janssen convenció a Tamara, que aceptó—. ¿Qué hacemos con ellos? —dijo Janssen, señalando la casa.

—Creo que tienen bastante de qué hablar hasta que terminemos. —El triángulo amoroso entre Ken, Jane y Callum era digno del mejor cotilleo que podía producir el pueblo. Al añadir la dimensión extra de la implicación sexual de Ken con Holly, la novia del hijo de Callum, aportaba un giro aún mayor que sin duda daría que hablar durante años, siempre y cuando Mark no estuviera a punto de superar todo lo anterior. Cuanto más sabía Tamara sobre esas personas, más sentía que se merecían las unas a las otras—. De todas maneras, Eric está de camino y puede supervisarlos. Callum ha admitido haber provocado un incendio; Jane, haber manipulado a una testigo; y quién sabe lo que sucederá si Callum descubre que ella intentó incriminarlo.

—¿Los tacones rojos? —preguntó Janssen. Tamara asintió. Jane debía saber que su marido estaba con Holly la noche que murió. Incluso si ella pensaba que él era inocente, e incluso aunque pensara que no lo era, su deseo de encubrir a Ken en el pasado ponía de manifiesto la dura realidad de que anteponía sus propias necesidades y las de sus hijos a la verdad. Jane no se lo pensaría dos veces antes de poner los zapatos de Holly en casa de los McCall. Aunque no estaba segura de si lo había hecho para incriminar a

Mark o a Callum. Callum estaba agitando las cosas y suponía una amenaza para su matrimonio y la seguridad familiar. Con una simple acción, podía verlo caer al mismo tiempo que liberaba a su marido, eliminando dos problemas—. Dudo que sus huellas estén en los zapatos. Es demasiado calculadora para eso.

—Tiene razón. Quizá no podamos demostrarlo.

Incluso cuando sabían lo que estaba pasando y todo encajaba en su sitio, la frustración consistía en que debían asegurarse de que las declaraciones quedaban grabadas. Las pruebas eran circunstanciales, y eso la irritaba. Janssen indicó a los agentes armados dónde debían colocarse y les ordenó que se mantuvieran al margen a menos que consideraran que se encontraban en un peligro inminente.

Les indicó el camino que debían seguir, y los dos oficiales rodearon la casa y salieron por la puerta trasera al jardín. En la parte delantera de la casa, se dirigieron hasta una cerca, por la que treparon y se encaminaron por el sendero. Las grandes y cadenciosas zancadas de Janssen marcaban un buen ritmo, y pronto Tamara tuvo que esforzarse por seguirlo. Le ardían las pantorrillas a medida que el camino se inclinaba cuesta arriba hacia la costa. No le pidió que aminorara la marcha; por un lado, no quería quedar mal y, por otro, se imaginó que él probablemente no la escucharía, tales eran sus ganas de llegar. Su ruta parecía seguir hacia la izquierda, pero era difícil de decir, ya que cuanto más avanzaban, más espesa se volvía la niebla, reduciendo su visibilidad a apenas unos metros. El sol estaba oculto; era una mancha borrosa en un denso banco de gris.

—Voy a atajar por aquí —dijo Janssen, deteniéndose bruscamente. Miró a su alrededor, no había ninguna bifurcación en el camino y se dispuso a trepar por un muro de piedra que parecía a punto de derrumbarse bajo su peso—. Si voy por aquí, acabaré justo por encima de él. Usted quédese en el camino y entre por su derecha. — Probando la firmeza de una piedra en particular, se izó sin esperar respuesta.

—¡Deberíamos permanecer juntos, Tom! Ni siquiera sabemos si Mark está allí.

Tras dejarse caer al otro lado del muro, él miró hacia atrás con expresión severa en el rostro.

—Estará allí, y no quiero que tenga dos objetivos. —Después de decir eso, desapareció en la penumbra.

La densidad de la humedad en el aire amortiguaba los sonidos y pronto cualquier rastro de su presencia desapareció, devorado por la niebla. Tamara dijo una palabrota en voz baja. Toda su carrera había necesitado manejar a hombres como Tom Janssen. De algún modo, se sentían protectores con ella, como si hubiera que mantenerla alejada del peligro. En cierto sentido era conmovedor, algo arraigado en cada generación por la sociedad, pero no era una virtud de la que ella disfrutara, considerándose igual de capaz que cualquiera de sus homólogos masculinos.

Al reanudar la marcha, el sonido de su respiración flotaba en el aire que había a su alrededor; el susurro de cada pisada, de cada rama rota, se amplificaba en el opresivo entorno. El camino giraba bruscamente a su izquierda, tal como había dicho Janssen, y ella redujo la velocidad. Se dijo a sí misma que solo estaba siendo precavida, pero la realidad era que estaba asustada. Su ritmo cardíaco aumentaba a medida que se acercaba a una amenaza desconocida. El sonido del mar cercano chocando contra la base de la pared del acantilado podía oírse aunque el borde fuera invisible a través de la niebla. Estaba cerca. El sendero serpenteaba a lo largo de la cima del acantilado, dieciocho metros por encima del agitado mar que atronaba al golpear contra las rocas. Ya no estaba lejos. Si Janssen tenía razón, estaba a tiro de piedra.

Se detuvo a escuchar y se concentró en un punto en la penumbra. No había nada más allá del sonido de las olas junto con el de su corazón martilleando dentro de su pecho. Avanzando hacia delante, se mantuvo alerta para escuchar cualquier ruido delante de ella. Las voces sonaban apagadas e incoherentes. No sabía cuántos eran, pero pensó que era improbable que fueran más de dos. Por un segundo creyó que Janssen podría haberse cruzado con Mark y que estaban hablando, pero, cuando se acercó, dos figuras surgieron de la oscuridad. Ninguno de ellos era Tom Janssen.

A medida que se acercaba, agachada y con cuidado de no pisar

nada que pudiera delatar su presencia, vio cómo surgían detalles a medida que las formas iban tomando cuerpo. Una figura estaba erguida, con la espalda recta, extendiendo un brazo hacia la segunda figura, que estaba encogida cerca. Pero no era un brazo extendido, era una escopeta de doble cañón apuntando directamente a la segunda persona, que retrocedía de forma precaria hacia el borde del acantilado. No estaba claro si era consciente de ello. Tenía ambas manos extendidas ante él en señal de súplica y había girado la cara para apartarla del arma que le apuntaba.

Buscó a Janssen. ¿Dónde podría estar? ¿Se arriesgaría a actuar contra el hombre armado o volvería sobre sus pasos para ir a buscar a la Unidad de Respuesta Armada? Ella no estaba en condiciones de hacerlo. Los dos hombres enzarzados en su mortal enfrentamiento se encontraban entre ella y la Unidad de Respuesta Armada. Si hiciera una llamada telefónica, delataría su presencia. Y si se alejaba y hacía la llamada desde una posición segura, cuando llegaran sería demasiado tarde. Todo iba a desarrollarse en los próximos segundos. Maldijo su indecisión. La figura que empuñaba el arma dio un paso adelante, obligando a la otra a retroceder más. El suelo se agitó bajo sus pies y una parte cedió bajo su peso, cayendo al mar. Al darse cuenta de repente de su posición, chilló y suplicó:

—¡No, por favor!

Tamara estaba impactada. Ella conocía esa voz: era la de Mark.

Otra figura surgió de la oscuridad, alta e imponente.

—No te preocupes, Mark. Todo acabará pronto.

El hombre armado apuntó al recién llegado. Era Janssen avanzando a grandes zancadas.

—Ya no necesitas el arma. —La voz de Janssen era tranquila, autoritaria.

Tamara se dio cuenta entonces de que Mark debía haber atraído a su víctima hasta allí y, o no había podido llevar a cabo su plan, o lo habían desarmado. Eso tenía sentido. El arma apuntaba ahora a Janssen, que se detuvo en seco. El arma no bajó. Tal vez Tom había calculado mal, suponiendo que la víctima mantenía el arma levantada en defensa propia, pero ahora le estaba apuntando a él. A

menos que esa fuera su intención todo el tiempo, proteger a Mark. «¡Maldito sea por ponerse en peligro!».

Mark se levantó con cautela y se alejó un paso del borde. El hombre armado giró la cabeza en su dirección. El arma se movió ligeramente hacia Mark. ¿Estaba considerando qué objetivo de los dos, Mark McCall o Tom Janssen, suponía una amenaza mayor? El momento de vacilación del hombre armado debió ser lo que Janssen estaba esperando, ya que se abalanzó sobre él. El hombre apuntó con la escopeta en el momento en que Janssen se enfrentaba a él, empujando los cañones hacia arriba y alejándolos de él mientras el arma se disparaba. El destello iluminó un instante a la pareja y el atronador estampido ahogó el ruido del agua que había abajo. Instintivamente, por culpa del miedo, Mark dio un paso atrás, perdió el equilibrio y quedó tambaleándose al borde del acantilado. Se lanzó hacia delante cuando la tierra blanda del borde del acantilado se desprendió bajo sus pies y soltó un grito desgarrador mientras estiraba la mano para agarrarse a cualquier cosa que pudiera impedirle caer.

Tamara corrió hacia delante y se lanzó hacia Mark para intentar agarrarle de los brazos, de la tela de su abrigo, cualquier cosa que pudiera evitar que se deslizara por el borde. Él la miró a los ojos y ella vio un terror absoluto en los de él, un fugaz vistazo a la mente de un joven que creía estar a punto de morir. Tamara se tambaleó hacia el borde cuando su impulso la desequilibró. Se tumbó bocabajo, con las manos sujetas firmemente a las de Mark. El sonido del mar chocando contra la pared del acantilado estaba siempre presente mientras ella lo agarraba de forma cada vez más precaria a medida que se deslizaban hacia el precipicio. Redobló sus esfuerzos, consiguiendo agarrarlo mejor y detener su descenso. El pánico se apoderó de él y se puso a moverse desesperado.

—Te tengo, Mark, y no te soltaré. —Intentó sonar segura de sí misma, tan autoritaria como había sido Janssen, pero pudo ver en los ojos del chico una falta de confianza.

Al mirar a la izquierda, vio a las dos figuras forcejeando a poca distancia. Janssen era un hombre grande, fuerte y poderoso, pero también lo era el otro combatiente. Era imposible saber quién

llevaba las de ganar, ya que uno se esforzaba por detener y el otro se centraba en la victoria a cualquier precio. Se tambalearon hacia la penumbra y, en pocos segundos, se perdieron en la niebla. Mark chilló cuando la tierra cedió bajo sus codos y resbaló aún más lejos de la zona segura; su cara era la viva imagen del pánico. Tamara sintió que los músculos de la parte superior de su cuerpo se tensaban por el esfuerzo. Le ardían los brazos y, por primera vez, temió que aquello la superara y se imaginó al adolescente cayendo en picado hacia las rocas. Por un segundo se vio a sí misma cayendo con él.

Otro estampido llegó hasta ella cuando la escopeta se disparó por segunda vez, pero en ese momento, sin poder moverse ni ver, lo único que podía hacer era escuchar. Su preocupación por Janssen aumentó. Los agentes de Respuesta Armada estarían en camino. Su mente repasaba las posibilidades. Si estaban donde Janssen había acordado, ¿cuánto tardarían en llegar? Si el agresor conseguía reducir a Janssen, ¿llegaría el apoyo antes de que Mark y ella se convirtieran en sus próximas víctimas? Su instinto de supervivencia se impuso. Estaba indefensa a merced de un asesino. Mark tenía razón. La persona a la que Mark había atraído hasta allí había matado a Holly y estaba más que dispuesta a silenciar a Mark y a cualquiera que se interpusiera en su camino. Soltar su agarre y dejar que el chico cayera al vacío era la única forma de tener una oportunidad. Retirarse a la relativa seguridad de la niebla era la única ventaja que tenía.

Mark debía sentirlo. Debía saberlo. Se lo decía la expresión de su cara. Apretando los dientes, hizo acopio de toda la energía que pudo y canalizó sus esfuerzos para tirar de él y ponerlo a salvo. El esfuerzo le produjo un dolor agudo en los brazos y enseguida se dio cuenta de que era inútil. Si alguna vez había tenido la fuerza necesaria, ahora se le había escapado. Lo único que podía hacer era aguantar. Los dos estaban inmovilizados en el sitio y su agarre marcaba la diferencia entre la vida y la muerte. «¿Dónde están los agentes? Ya deberían haber llegado. ¿Dónde está Tom?».

CAPÍTULO 36

Pasaron momentos que parecieron minutos, pero que solo pudieron ser segundos. Su agarre se aflojaba, Mark se alejaba cada vez más de ella. En su mente, apretó con más fuerza, pero en realidad no le quedaba nada más que ofrecer y le vino un pensamiento involuntario de dejarlo ir; el alivio físico que esa acción le proporcionaría era tentador. Se concentró en Mark…, en mantenerlo con vida. Entonces una silueta apareció en la penumbra, transformándose en una figura que se acercaba a ella a toda velocidad. Un brazo apuntaba hacia abajo, pareciendo desproporcionado con respecto al otro. Al darse cuenta de que era la escopeta, a Tamara le retumbó el corazón en el pecho tanto por el miedo como por la expectación. Tom Janssen salió de la niebla, arrojó el arma a un lado y, arrodillándose y estirando los brazos más allá de donde llegaba Tamara, agarró al joven asustado con sus enormes manos. Juntos, y con un esfuerzo monumental por parte de ella, lo subieron y lo pusieron a salvo. Los tres se desplomaron en el suelo.

Tamara sentía los brazos ligeros. Relajar los músculos fue un alivio, pero la tensión de su cuerpo la dejó sin aliento. Mark yacía a su lado, acurrucado en posición fetal. Se dio cuenta de que estaba llorando. Le puso una mano en el brazo y se lo frotó suavemente mientras miraba a Janssen, que estaba en cuclillas, con las manos apoyadas en los muslos y respirando con dificultad. Sudaba y parecía dolorido y aliviado a partes iguales.

—Lo tenemos —declaró Janssen, pasándose una mano por el pelo y respondiendo a la pregunta antes de que ella lograra formularla—. Colin Bettany está bajo custodia.

En su mente, las piezas encajaron de golpe. No estaba sorprendida. Todo tenía sentido. Dos agentes con chalecos reflectantes surgieron de la niebla y ella animó a Mark a incorporarse. Estaba

conmocionado y necesitaban hacerle un chequeo. Fueran cuales fuesen sus planes para ese encuentro, era justo decir que probablemente no habían salido como él pretendía. Janssen se levantó y ayudó a Mark y a ella a ponerse de pie. El adolescente se enjugó los ojos con el dorso de la manga y después su mirada se posó en Tamara.

—¿Me puedes dar el móvil de Holly, por favor? Se lo quitaste cuando encontraste su cuerpo, ¿verdad? —Tamara se esforzó mucho en que no se percibiera hostilidad en su tono. El chico había pasado una dura prueba, enfrentándose a la muerte en dos ocasiones a manos de Colin Bettany y de la madre naturaleza. Metió la mano en el bolsillo de la sudadera, sacó un teléfono y se lo entregó. Sus ojos se detuvieron en el aparato. Fue un momento simbólico, casi como si regalara el último pedazo de Holly al que se había aferrado desde su muerte—. Encontraste el *software* de rastreo que Colin había puesto en su teléfono, ¿verdad?

Mark asintió.

—En el instituto, Maddie me contó que su padre había aparecido en la fiesta de la playa y que se la había llevado a casa. Siempre parecía saber dónde estaban Holly y su hermana. Imagino que llegó a casa esa noche y miró dónde se encontraban, se dio cuenta de que tramaban algo y salió a buscarlas.

—Pero tú no lo viste esa noche. —Mark negó con la cabeza—. Tú y Holly ya os habíais ido.

—Ustedes nunca mencionaron que él había aparecido en la fiesta de la playa. Yo sabía que, o él lo había mantenido en secreto, o… o había algo más. Después de lo que dijo mi padre…

—¿Te preocupaba que estuviéramos encubriendo a Colin e intentáramos culparte a ti o a tu padre? —preguntó ella, compadeciéndose del chico. Debía haber estado en un terrible estado de confusión, hecho un lío, esa última semana.

—Sobre todo cuando encontraron los zapatos de Holly en nuestra casa —dijo Mark, con los ojos revoloteando entre los dos policías—. Después de que Holly se marchara, me fui a casa. Papá estaba allí cuando llegué. Era imposible que la hubiera matado él. Cuando encontraron los zapatos, pensé que todo lo que me había dicho

sobre la policía debía ser verdad.

Tamara le puso la mano sobre la suya y sonrió.

—Hay mucho más en la historia que lo que tú sabes, Mark. Tu padre está relacionado con los sucesos que han ocurrido por aquí, pero tienes razón, él no mató a Holly. Vamos, te llevaremos a un lugar seguro. —Lo condujo con los agentes que estaban esperando y estos se lo llevaron. Janssen se arrodilló y recogió la escopeta recortada del lugar donde la había arrojado al acudir en su ayuda—. ¿Está bien?

—Un poco magullado —respondió Janssen encogiéndose de hombros.

—¿El cuerpo o el ego? —preguntó Tamara de broma. El rostro de Janssen se iluminó con una amplia sonrisa—. Me atrevería a decir que estoy molesta conmigo misma por no haberlo entendido antes. Apuesto a que, si cotejamos el ADN del bebé de con el de Colin, el resultado será que él es el padre.

Janssen parecía conmocionado. Era la primera vez que mostraba una reacción tan emotiva desde que se habían conocido.

—No lo había pensado —admitió Tom—. Deduje que era controlador ,pero…

—Tiene sentido. —Al mirar a lo largo del sendero, Tamara distinguió luces azules a través de la niebla, que empezaba a levantarse por la brisa del mar—. Ella era popular, pero dada a recluirse y soñaba con huir de su vida para empezar de nuevo. Se vestía como una mujer mucho mayor, cosa que, para ser justos, hacen muchas adolescentes, pero también buscaba la compañía de hombres mayores, como Ken Francis. ¿Estaba acostumbrada a los hombres mayores y se sentía extrañamente cómoda con ellos porque Colin la había criado muy bien? Reconozcámoslo, su interés por los chicos de su edad, como Mark, era pasajero en el mejor de los casos.

—Es algo muy trágico, ¿verdad? —dijo Janssen negando con la cabeza—. Visto desde fuera, lo tenía todo.

—Maddie habló de cómo Holly la cuidaba, la protegía… No me di cuenta de lo importante que eran esas palabras. Me pregunto si estaba planeando una manera de llevársela de aquí también en algún momento del futuro. No me sorprendería. Probablemente

Colin se sintió amenazado porque Holly estaba creciendo y alejándose de él, sobre todo después de que la buscara aquella noche. Quizá no la encontró con Mark, sino más bien en casa de Ken. Si Callum McCall pudo ver lo que hacían, es muy probable que Colin también lo hiciera.

—Cuando ella se marchó, la confrontó —sugirió Janssen.

—Si la idea de perderla o, más probablemente, de perder su poder y control sobre ella lo llevó a matarla intencionadamente o si fue demasiado lejos en un arrebato…, nadie lo sabe, pero el resultado fue que ella estaba muerta y él tuvo que pensar en algo con rapidez. Puede que viera que Holly había estado con Mark en ese sendero, o quizá fue una coincidencia, no lo sé, pero dejarla allí puso a Mark en el punto de mira.

Janssen frunció el ceño. Ella sabía que lo estaba repasando todo en su mente.

—Debió haber algún tipo de altercado con Ken —teorizó Tom—. Cuando se marchó, Holly iba descalza y las plantas de sus pies aún estaban limpias cuando encontramos su cuerpo. No pudo haber caminado mucho. Imagino que se encontró con su padre cerca de la casa y que él la mató poco después. Un hombre de su tamaño podría haberla traído con facilidad hasta aquí. Holly era una chica tan menuda que no le habría resultado difícil y a esa hora de la noche era poco probable que lo descubrieran *in fraganti.*

—¿Cree que Ken contará exactamente lo que pasó esa noche para que ella se fuera sin sus zapatos? Ahora sus secretos están al descubierto, no tiene nada que perder.

Janssen se encogió de hombros. Ninguno de los implicados en ese caso parecía capaz de decir la verdad. La paternidad del niño seguiría siendo una teoría hasta que se pudiera demostrar, ya que también podría ser hijo de Ken.

—Ni que decir tiene que sin el torpe intento de justicia de Mark puede que nunca lo hubiéramos descubierto —añadió Tamara.

Janssen le dio un codazo en el costado mientras avanzaban por el camino.

—Al final habríamos llegado a esa conclusión, estoy seguro. Va a ser interesante saber qué dijo Mark en la llamada que hizo de

madrugada para conseguir que viniera Colin.

—Quizá no tuvo que decir gran cosa. Colin no podía saber con certeza qué pruebas había en su contra y un hombre con una necesidad tan desesperada de dominar necesitaba estar seguro. Al encontrar a Mark solo… probablemente no pudo resistir la oportunidad de atar ese cabo suelto, incluso arriesgándose a acabar con usted también. Si hubiera tirado el arma y alegado defensa propia, habríamos tenido dificultades para acusarlo. Era demasiado impulsivo para su propio bien.

Janssen dejó de caminar.

—Los hombres como él siempre lo son. —Sonaba como si las palabras hubieran sido pronunciadas desde la experiencia y el tono era áspero y bordeaba la amargura. Tamara prefirió no presionarlo —. Me pregunto cuánto sabía su mujer, Marie. Maddie tenía miedo de revelarle a usted lo que sabía, pero confiaba en Mark.

—Sí. Confiaba en Mark. Tenía razón sobre él todo el tiempo. En cuanto a Marie, tendrá preguntas que responder, pero los maltratadores como Colin no solo manipulan a sus víctimas, sino a todos los que los rodean. ¿En qué momento Marie deja de ser víctima y se convierte en facilitadora?

—Sé lo que quiere decir —respondió Janssen, mirándola a los ojos —, y quizá estoy siendo demasiado simplista, pero…, para mí, ese momento es cuando entra en la habitación de tu hija. —Se dio la vuelta y siguió caminando.

Tamara aceleró el paso para seguir su zancada.

CAPÍTULO 37

Tamara Greave estaba en la entrada de su hotel, entregando su maleta al taxista, cuando vio salir de la autopista el coche de Tom Janssen. El inspector detuvo el vehículo y salió de él. Antes de saludarla, le mostró al conductor su placa de policía y cogió la maleta, ofreciéndole a cambio un billete de cinco libras mientras le decía que ya no era necesario que se quedara. El conductor la miró y ella sonrió, indicando que le parecía bien. Janssen le dio al hombre una suave palmada en el hombro y se acercó a ella, aún agarrado al asa de la maleta. El conductor parecía descontento por haber perdido la carrera, pero no protestó.

—No pensaría que la iba a hacer coger un taxi hasta la estación, ¿verdad? —dijo Janssen con una sonrisa.

—No veo por qué no. —Ella le devolvió la sonrisa, agradeciéndole el gesto.

Tras una semana bastante intensa, Janssen le seguía pareciendo una especie de libro cerrado. Justo cuando creía que empezaba a pillarle el punto, él volvía a despistarla. Durante el tiempo que trabajaron juntos, Janssen parecía abordar los casos de manera diferente a ella, pero en ningún momento dio a entender que su método fuera superior ni menospreció el de ella. Consciente de su propia incapacidad para trabajar en estrecha colaboración con los demás, el tiempo que habían pasado juntos había sido todo un éxito.

—He aprovechado la maleta todo lo que he podido. —Él se echó a reír—. No se preocupe, no le voy a dejar con todo el papeleo. Volveré en un par de días.

—Vaya, en ese caso, no tenía por qué haberme molestado en venir —dijo Janssen, metiendo la bolsa de viaje en el maletero del coche —. Eric y yo nos jugamos a piedra, papel o tijera quién iba a llevarla a la estación.

—¿Y quién ganó?

—Es un secreto —replicó Janssen, poniéndose a su lado mientras ella abría la puerta.

La silla infantil estaba en la parte trasera y ella rompió su propia regla sobre la intromisión en la vida privada de su colega.

—Tom, ¿tiene un hijo o mete la silla de vez en cuando solo para confundir a la gente?

Él volvió a reírse. Era como si la conclusión exitosa del caso hubiera eliminado el estrés de los siete días anteriores. Janssen parecía un hombre distinto al que había conocido en Downham Market la semana anterior, un tanto taciturno y reticente.

—Alice, mi novia, tiene una hija.

—Ah… ¿Viven con usted?

—No, y tampoco creo que eso vaya a ocurrir pronto.

—Lo siento, no quería meterme donde no me llaman. —Mirando por la ventana hacia estuario mientras Janssen arrancaba el coche, se dio cuenta de que echaría de menos ese lugar, aunque volvería pronto.

Janssen la miró mientras arrancaba.

—Un barco no es el lugar ideal para criar a una niña —dijo en voz baja mientras se incorporaba al tráfico.

—No me había dicho que vivía en un barco. —Era algo original, estrafalario. No le pegaba. Había tantas cosas en él que ella ignoraba y que podrían haber surgido fácilmente en una conversación. Aunque a menudo la acusaban de ser una persona poco dispuesta a escuchar. Tom también parecía reacio a compartir información personal. Tenían eso en común. Sus pensamientos se desviaron hacia Richard y cómo respondería él a que pasara solo un día o dos en casa antes de marcharse de nuevo. No estaba segura, pero dudaba que la noticia fuera bien recibida. La anticipación de una discusión amenazaba con empañar su estado de ánimo y, apartando ese pensamiento de su mente, volvió su atención hacia Maddie Bettany—. ¿Cómo fue con Marie?

Janssen resopló entre dientes.

—Como esperábamos. Ha cerrado filas en torno a su marido y se niega en redondo a cooperar.

—¿Incluso ahora… después de haber establecido más allá de toda

duda razonable que él mató a su hija?

Janssen confirmó la afirmación. Un destello de rabia la recorrió antes de apartarlo; su corazón sufría por la hermana de Holly. Se avecinaba un período inquietante, fuera cual fuera el resultado del juicio a su padre. La gente hablaba y señalaba con el dedo. Maddie y su madre, si se demostraba que no era cómplice, llevarían siempre esa carga, a menos que se marcharan del pueblo. Y, aun así, las costumbres del mundo moderno y su carácter sensacionalista harían que les resultara muy difícil dejar atrás esa parte de sus vidas.

—Pobre chica. —Tamara casi susurró las palabras.

—¿Qué?

—Nada… Solo pensaba en los inocentes afectados por todo esto. —Miró el paisaje que pasaba por la ventana—. ¿Y Callum? ¿Sigue sin hablar?

—No ha dicho ni una palabra. Tampoco Ken y Jane Francis. Sin duda, hemos destapado a un grupo disfuncional. Me atrevo a decir que Callum mantendrá la boca cerrada, pero los otros dos pueden volverse el uno contra el otro en cualquier momento.

Ella se rio. Janssen subestimaba su apego al *statu quo*. Las medidas que Jane había tomado para preservar un matrimonio que era poco más que un acuerdo beneficioso para ambas partes eran increíbles, pero, al fin y al cabo, ¿no eran todos los matrimonios similares de una forma u otra? Una vez que la pasión inicial de una relación se apagaba, lo que quedaba eran dos personas que se hacían compañía mutuamente mientras la vida pasaba. *«¿Es ahí donde estamos Richard y yo?».* Se estremeció ante la idea y pensar en el viaje de vuelta de repente le produjo ansiedad. Janssen debió notar un sutil cambio en su actitud, porque adoptó una expresión de preocupación.

—¿Se encuentra bien?

Ella sonrió débilmente.

—Sí.

Tom no parecía convencido, pero no hizo más comentarios. Después de los acontecimientos de la semana, lo último que Tamara quería era añadir más drama, y eso era lo que esperaba. Richard era un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Aunque con ella no

lo lograba siempre, a pesar de sus esfuerzos. Quizá eran demasiado diferentes o quizá, en cierto modo, demasiado similares.

Janssen tomó el desvío hacia la estación de tren. Se detuvo en la zona habilitada para dejar a los viajeros y se bajó. Ya había un tren en el andén. Habían llegado justo a tiempo. Se alegró de haber comprado ya su billete. Cuando salió del coche, Janssen ya estaba junto al coche y había sacado la maleta del maletero. Tamara cogió el asa que le ofrecía y le dio las gracias. Se despidieron y ella se dirigió a la entrada de la estación mientras él volvía al lado del conductor. Lo llamó justo cuando estaba abriendo la puerta.

—No le di las gracias por estar ahí el otro día, cuando estaba sujetando a Mark. Por un momento… No estaba segura de que fuera usted el que venía hacia nosotros a través de la niebla.

Janssen inclinó la cabeza.

—Estoy seguro de que puede valerse por sí misma. Formamos un buen equipo. —Sonrió con ternura—. Quizá debería ofrecer su ayuda más a menudo.

—Puede que lo haga, inspector. —Su rostro esbozó una sonrisa—. Además, me muero por ver ese barco suyo.

Se dio la vuelta, cruzó las puertas y entró en el andén sin mirar atrás. Si lo hubiera hecho, habría visto a Janssen observándola hasta que desapareció de su vista, tamborileando distraídamente con las yemas de los dedos en el techo del coche. Permaneció allí unos instantes hasta que un taxista hizo sonar el claxon para expresar su irritación por el bloqueo de la zona por parte de Janssen.

—Nos vemos, inspectora jefe Greave —dijo en voz baja.

Tras echar una mirada al taxi, se subió al coche, volvió a arrancar el motor y emprendió el camino de regreso a la comisaría.